
FUEGO Y METAL 1
Metal Slinger
RACHEL SCHNEIDER
CROSS BOOKS

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

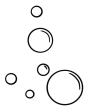
Créditos

METAL SLINGER
FUEGO Y METAL 1

Rachel Schneider



A mi madre, que soñó por mí



Capítulo 1



—Si encontramos la forma —digo, confirmando el plan.

Kai asiente.

—Sí, pero nadie va a ir solo. —Se recoge el pelo rubio en un moño sobre la cabeza y mira a Messer—. ¿Estamos?

Mientras mira su reflejo en el pequeño espejo que cuelga sobre la palangana, Messer sonríe a Kai pasándose la mano por la barbilla recién afeitada.

—¿Tienes miedo de que nos divirtamos sin ti?

—Necesito que hables en serio durante diez minutos —amonesta Kai.

El barco mercante escora hacia un lado y nos agarramos a lo primero que encontramos.

Cuando empieza a enderezarse, pierdo pie y mi mano aterriza en una de las letrinas. Emito un sonido asqueado mientras me apresuro a ponerme en pie en cuanto recuperamos el equilibrio. Aparto a Messer con el hombro para meter las manos en los restos de espuma que ha dejado. Cuanto más nos acercamos a tierra, más fuerte se vuelve el oleaje. Por eso la mayoría de nuestros compañeros de clase están congregados en cubierta, ansiosos por ver la costa por primera vez en su vida.

Messer pone una mano tranquilizadora en el hombro de su amigo.

—O vamos todos o no va ninguno —dice.

El raro atisbo de autocontrol en la mirada de Messer consigue borrar la preocupación instalada entre las cejas de Kai mientras me pasa una toalla para secarme las manos. Todavía no las siento limpias del todo, pero aparto ese pensamiento. No puedo hacer nada al respecto.

—Recordad, nuestra prioridad es observar cómo están las cosas —insiste Kai—. Evaluar la situación. Solo intentaremos adentrarnos en tierra si estamos absolutamente seguros de que podemos hacerlo sin que nos cojan.

—Por mí no hay problema —dice Messer, con una mano en el pecho—. Vosotros dos, sin embargo, tenéis un historial terrible.

Busco su mirada en el espejo y pongo los ojos en blanco.

—Un día de estos vas a dejar de tener suerte.

Intento domar los mechones de pelo que se me han escapado de la trenza, pero es inútil. El pelo no me ha obedecido nunca en la vida, ni siquiera cuando nací, que salió de un tono cobrizo diferente al rubio habitual de nuestro pueblo.

Arriba, el volumen de las voces crece, un sonido de emoción y un estruendo de pasos que atraviesa el techo del casco de madera.

Kai me toma por los hombros y me gira hacia él.

—Nuestro primer objetivo es evaluar la situación —me recuerda, antes de soltarme—. Así que no hagas nada apresurado. Habrá más oportunidades.

No sabría decir si intenta convencerme a mí o a sí mismo. El Mercado solo tiene lugar una vez al año, desde que nuestro pueblo fue desterrado hace aproximadamente un siglo. Hay dos grupos de Alaha que tienen el privilegio de asistir: los guardias que facilitan el intercambio de productos y los cadetes que están a punto de graduarse. Somos cincuenta y seis cadetes y, para la mayoría de nosotros, podrían pasar décadas antes de ver tierra firme de nuevo,

si es que volvemos a verla alguna vez. El capitán elige solo a unos cuantos de los muchos guardias alaha para volver al Mercado todos los años.

El día de hoy bien podría ser nuestra única esperanza.

—Deberíamos estar de vuelta aquí antes de que alguien nos eche de menos. —Messer muestra de nuevo su habitual sonrisa—. Ah, y quizá le haya dicho a Aurora que puede venirse con nosotros.

Kai y yo nos miramos, molestos. Nos quejamos, pero Messer ya se ha alejado bastante, ha cruzado las barracas interiores y ha subido por la escalera que lleva a la cubierta superior antes de que lo alcancemos. La vista ante nosotros impide cualquier argumento más, pues nos deja con la boca abierta.

Tierra.

Nada podría haberme preparado para las notables diferencias entre esta costa rocosa y nuestro hogar en medio de los árboles de Alaha. Todas las ilustraciones y las pinturas que he visto palidecen en comparación.

Como si todo el mundo estuviera en un trance colectivo, las voces emocionadas disminuyen hasta quedar en silencio mientras el barco se acerca lentamente.

Nunca me he sentido tan insignificante, tan pequeña como ahora, mientras echo hacia atrás la cabeza para abarcar la magnitud de la pared de roca vertical. Entonces la veo, la hendidura en el acantilado de piedra, como si un gigante hubiera usado un hacha para partir la tierra justo por la mitad.

—Qué locura —murmura Messer.

El Mercado se sitúa en la grieta sobre un muelle enorme. Desde un lateral del acantilado hasta el otro, y adentrándose hacia el interior hasta perderse de vista, el puerto se extiende por el área

como un territorio neutral entre nosotros, los alaha, y el pueblo de Kenta.

Nuestra pequeña flota de barcos aún tarda unas horas más en atravesar la barrera de escollos antes de que podamos atracar. Los guardias ponen las pasarelas para que los hombres descarguen el cargamento de peces que hemos reunido en nuestro viaje hasta aquí. Uno de los comandantes grita órdenes mientras las redes se levantan del agua y se arrojan en los carros que aguardan para que la gente de Kenta intercambie el pescado por los artículos que el capitán consiga negociar con el rey. Normalmente, trigo, frutas y verduras.

Llevo toda la vida esperando este día, medio convencida de que los moradores de tierra eran un mito. Teniendo en cuenta el bullicioso muelle, definitivamente, no lo son.

Vestidos con colores vivos y telas de extrañas hechuras, los kenta son posiblemente los seres vivos más guapos que he visto nunca. A juzgar por el murmullo de mis compañeros de clase reunidos en la cubierta del barco mientras esperamos nuestro turno para desembarcar, están tan asombrados como yo.

—No dejéis que sus ropas bonitas y sus joyas os engañen —dice Gramble, nuestro instructor, con las manos entrelazadas tras la espalda mientras pasea de arriba abajo por la cubierta—. Son tan despiadados como los calamares gigantes.

Me obligo a no poner los ojos en blanco. Nada es más temible que los calamares gigantes que supuestamente se encuentran en las zonas más remotas de los océanos. No tienen un hogar u origen conocido. La única prueba de su existencia son los botes abandonados que dejan tras de sí, vagando a la deriva sin un alma a bordo. Se dice que los cuerpos de los tripulantes se hundieron bajo las aguas y nadie volvió a verlos. Eso cuando queda algún bote. Me

pasé la adolescencia oyendo a mis compañeros de clase contarse entre susurros que eso era lo que les había pasado a mis padres, pero yo creo que no es más que un cuento de miedo para mantener firmes a los niños de Alaha. La imagen de un tentáculo negro introduciéndose por la ventana de un dormitorio hace maravillas con los niños indisciplinados. Pero a diferencia de los calamares gigantes capaces de arrastrar un barco entero hasta el fondo del océano, la gente kenta parece... Gente normal.

No sé qué estaba esperando, pero no son para nada como los fieros guerreros kenta de nuestros libros de historia. Un pueblo que, apoyado por otros tres territorios, desterró a los alaha, tras una brutal guerra, a vivir sobre el océano con poco más que lo puesto y algunos barcos a nuestro nombre. Aunque de lo que sí que tiene aspecto la hueste de soldados kenta, alineados en el puerto y apostados por el Mercado, es de ser el tipo de gente que no dejará que los nuestros pongan un pie en tierra. La extensión de puerto que flota sobre el agua es la única tierra que nos dejarán pisar.

Entrecierro los ojos por la luz del sol y diviso a Kai en el paseo marítimo. Él desembarcó antes para intercambiar información con los guardias de su rango. El pelo dorado se le ha oscurecido en las sienes, mojado de sudor. Su mirada pasea sobre los kenta cercanos y los botes, luego se posa en mí, por un breve instante. Su aspecto es... deslumbrante.

Kai podría haber venido el año pasado, cuando cumplió los dieciocho con su propia promoción de guardias alaha, pero esperó por Messer y por mí, por si lográbamos venir a tierra.

Gramble continúa aleccionando a nuestra clase.

—Cuando lleguemos a puerto, permaneced con vuestro grupo. Nunca más de cuatro, nunca menos de dos. Sed amables, pero no

demasiado. Estamos aquí para comerciar pacíficamente con ellos, no para hacer enemigos, ¿entendido?

Todos asentimos.

Gramble va sacando cobres de un monedero y poniéndonos cuatro en la mano a cada uno.

—No os lo gastéis todo en un solo sitio. —Tiene una sonrisa rara e irónica cuando da un paso atrás para despedirnos—. Por ser alaha —inicia con un puño contra el pecho.

«Desde los saludos diarios hasta los pésames y las felicitaciones. Somos uno».

Repetimos la frase al unísono, «Por ser alaha», y rompemos la formación, siguiendo a Gramble por la pasarela camino al puerto. El corazón me late desbocado. Miro a Kai, a mis compañeros de clase, entrenados para permanecer calmados e impenetrables. Sus expresiones no revelan nada, todo lo contrario de la mezcla de pánico y emoción que me embarga a mí.

Al pisar los tablones de madera del muelle, los siento sólidos tras las semanas de viaje por mar para llegar aquí. El estómago vacío me ruge al oler el aroma a comida y especias que sale del Mercado.

Kai se reúne con Messer, con Aurora y conmigo en el puerto. Debe de notar mis emociones turbulentas porque me da un rápido y suave apretón en la muñeca para tranquilizarme. Me tomo un momento para bloquear el bullicio de actividad que nos rodea, centrándome en sus conocidos ojos grises que son como los míos, el único rasgo común que comparto con nuestra gente. Son seguros y reconfortantes, son los ojos de mi amigo.

—No sé vosotros —dice, desplegando esa sonrisa por la que es conocido y relajando la tensión con ella—, pero yo, en el primer puesto de comida que encuentre que no venda pescado, voy a comer hasta perder el sentido.

Su actitud alegre se extiende por nuestro grupo y provoca algunas expresiones conformes. Líder nato y futuro capitán de los alaha, todo el mundo toma a Kai como ejemplo.

Él es la única razón de que yo pueda estar aquí. Se eligen muy pocas mujeres para ser guardias, y considerando mi linaje, o más bien mi falta de él, nunca habría tenido la ocasión de competir y mucho menos de ser aceptada.

Messer le pone la mano en el hombro a Kai, luciendo una sonrisa de oreja a oreja.

—¿A qué esperamos?

Nos dirigimos hacia el paseo marítimo y observamos a los vendedores alineados a ambos lados del muelle. Cada puesto tiene un estandarte colgado, que representa a las familias que han viajado para este único día de comercio. Mi curiosidad salta de un puesto a otro, fijándose en la comida, la ropa, las joyas y los distintos artículos que se muestran.

Los soldados kenta patrullan con cuchillos y espadas envainadas y las armaduras protegiéndoles el cuerpo. Algunos llevan cascos de metal que les cubren por completo el rostro, y les deja solo una fina rendija por la que mirar. Estos soldados, en particular, parecen de otro mundo, como si cualquier cosa o persona pudiera ocultarse debajo del casco.

Uno pasa junto a nosotros, sus ojos inquisitivos se clavan en Kai a través de la pequeña abertura, recorriendo su cuerpo de arriba abajo. Kai mantiene una postura relajada, pero puedo percibir la incomodidad que late bajo la calma exterior, ante la mirada enjuiciadora del soldado kenta, y me pregunto si es consciente de que está mirando al hijo del capitán, a pesar de que no lleva el añadido de joyas y lujos correspondientes.

—Parece un poco excesivo teniendo en cuenta que no se nos permite llevar ni un solo objeto mínimamente afilado. —La voz de Aurora está teñida de desdén y fulmina con la mirada a un soldado cercano mientras enarca una ceja.

Ante una mirada tan firme como la de Aurora, no me extraña que el guardia acabe apartando la suya.

—Aurora —reprende Kai—, soy el primer descendiente de la dinastía Wren que asiste al Mercado. Es lógico que estén preparados.

Ella pone los ojos en blanco.

—Somos nosotros los que estamos en territorio enemigo.

—Nos queda medio día antes de que nos arrastren de vuelta a esa prisión flotante, y ni de broma voy a desperdiciarlo aquí parado —dice Messer, pellizcando a Aurora en el costado—. Además, sabemos que no necesitas cosas punzantes para espantar a la gente.

Ella intenta darle un manotazo en el hombro, pero él la esquiva riendo. Kai me roza la espalda con la yema de los dedos, guiándome más allá de la fila de soldados mientras inclina la cabeza en señal de respeto.

Gesto que no recibe respuesta. Puede que los kenta sean gente como nosotros, pero desde luego son maleducados como un demonio.

—Disimula, Brynn.

Me obligo a relajar la cara y me disfrazo con una tímida sonrisa.

—Sería menos ofensivo que nos escupieran en la cara.

—Estamos aquí en son de paz —me recuerda Kai, pero las armas y las miradas de esta gente no dicen lo mismo.

Estamos obligados a ceder ante ellos, ante un grupo que pertenece al pueblo que nos desterró, y se supone que debemos parecer agradecidos por su generosidad, darles las gracias por

permitir el comercio con nuestra gente como si no estuviéramos siempre a punto de morir de hambre por su culpa. Aunque supongo que esto es bastante más de lo que ninguno de los otros territorios ha ofrecido. Maile nos ha dado la espalda, Strou se somete ante Kenta en todo, y Roison, aunque dice estar de nuestra parte, tampoco se esfuerza mucho por echar una mano.

Messer nos conduce a un puesto cercano que muestra una gran variedad de repostería: tartas de fruta, pasteles y panes trenzados recubiertos de dulce. Se ve que cada pastel ha sido elaborado con esmero y dedicación, y a mí se me hace la boca agua.

Messer pone sus cuatro monedas de cobre en el mostrador de madera, atrayendo la atención de la dependienta que está tras el mismo.

—Todo lo que pueda comprar con esto, dámelo.

Cualquier reserva que pueda tener acerca del comportamiento excesivamente entusiasta de Messer desaparece en cuanto la joven dependienta se derrite ante su sonrisa contagiosa. Se mete un mechón de cabello oscuro tras la oreja y le pregunta si le gustan las ciruelas, con un acento que se marca en las vocales.

Obviando todo lo que nos han enseñado sobre diferencias culturales, Messer ensancha su sonrisa en actitud de coqueteo.

—Me como cualquier cosa que tenga suficiente azúcar, cariño.

Si no me equivoco, el rubor le inunda las mejillas pecosas. Unos aretes plateados y dorados le adornan las orejas, una ceja y casi todos los dedos. Extiende el papel encerado y pone un pastel de cada, haciendo un paquete para llevar, paquete que Messer arruina al desenvolverlo para meterse un pastel entero en la boca. Mientras mastica, emite un gemido y el azúcar le cae por la barbilla. Inclina la cabeza en señal de agradecimiento, con las manos unidas frente a él, mientras habla con la boca llena.

—Eres una diosa.

El rubor se intensifica en sus pálidas mejillas, mientras la chica inclina también la cabeza. Parece que Messer enamora a todas las mujeres por igual, kenta y alaha.

La chica me mira, soy la siguiente, así que considero mis opciones. Estoy tentada a hacer lo mismo que Messer y dejarme todo el dinero en pasteles. El de lavanda tiene una pinta deliciosa, pero hay también un cuadrado de chocolate que parece realmente divino.

El aliento de Kai me hace estremecer cuando inclina la cabeza sobre mi hombro y me susurra al oído.

—Es posible que tenga algunas monedas extra.

Intento no mostrarme afectada por su cercanía y mantengo la mirada fija en los productos que tengo ante mí.

—No esperaría menos del mimado hijo del capitán.

Si algo puede decirse del padre de Kai es que es indulgente con su único heredero.

Él se ríe.

—Puede que sea mimado, pero también muy generoso —dice, con la voz más grave. Una voz que parece conspirar—. Coge lo que quieras.

Así que cojo cuatro cuadrados de chocolate, uno para cada uno de nosotros. Los alzamos en el aire en un brindis.

—Por ser alaha —dice Messer.

—Por estar fuera de ese maldito barco —apunto yo.

Aurora hace una mueca.

—Amén.

Todos damos un mordisco a nuestros postres y gemimos al unísono. Yo doy un mordisco tan grande que la mitad del suave chocolate se me cae al suelo.

—Sapos y culebras —murmuro.

Messer me mira con sorna.

—Suenas más rara cuando dices eso...

Aurora se apresura a meterse en la boca su porción cuando empieza a desmoronarse.

—No tiene ningún sentido.

Me sacudo las migas de las manos y me encojo de hombros.

—Por eso me gusta.

Encontramos un puesto en el que sirven tés de zarzamora y nos zampamos nuestros dulces mientras inspeccionamos el Mercado. El pueblo kenta no parece desconfiar tanto de nosotros como sus soldados. Si acaso, nos tratan como si fuéramos invisibles, a menos que se vean impelidos a nuestra compañía, en cuyo caso parecen tolerarnos bien.

Yo estoy boquiabierta con las faldas y vestidos de algunas de las mujeres. De varios largos y colores, se les arremolinan alrededor de las piernas mientras trabajan y se mueven entre los puestos, y algunos van adornados con cuentas y joyas.

Nunca me he fijado mucho en lo que me pongo, pero no puedo evitar darme cuenta de lo sosos que son mis pantalones y mi camisa. Hasta la trenza con reflejos dorados que me cae por la espalda palidece ante los elaborados peinados y recogidos de las mujeres kenta.

Kai me sigue la mirada y me da un pequeño empujón con el hombro.

—Eres un miembro de la guardia alaha, vestirte elegante no es muy útil para pelear.

—A menos que quieras estar ridícula —añade Messer, dando una opinión que nadie le ha pedido. Qué canalla entrometido.

Me parece que luchar con un vestido sería menos ridículo que los soldados con esos cubos de metal gigantes sobre la cabeza con este

calor sofocante.

Continuamos avanzando por el paseo, mirando a un lado y a otro, buscando una ruta para adentrarnos en tierra. Con los imponentes acantilados de fondo, los soldados apostados en el perímetro son una frívola muestra de fuerza. La piedra es suave y no tiene marcas. No hay ni un asidero o grieta que se pueda usar como apoyo para escalar las murallas.

—De alguna forma tienen que traer aquí las cosas...

Kai no responde al comentario de Messer. No es necesario. Todos estamos llegando a la misma conclusión desmoralizadora: puede que no encontremos la manera.

Nunca.

Seguimos por el Mercado hasta que vemos una multitud alrededor de una pista de baile improvisada en el centro del puerto, y nos abrimos paso hasta llegar a la parte frontal del círculo. Hay una banda en un pequeño escenario, con violines, armónicas y tambores tensados. Las faldas de los vestidos de las mujeres flotan a su alrededor mientras bailan.

Mirarlas es hipnotizante. Los bailarines entran y salen de la formación, enlazando las manos con su siguiente pareja antes incluso de verla. Las risas y sonrisas les iluminan el rostro y todos irradian felicidad a medida que la velocidad de la música va creciendo. Más y más deprisa hasta que seguirla es una desafío, y solo entonces veo algunos fallos. Un paso fuera de tiempo, manos que se desentrelazan, un tropezón.

Entonces la música se detiene de forma abrupta, y los bailarines con ella. La multitud se deshace en vítores, y nosotros no somos menos, aplaudiendo mientras los bailarines ríen y se sonríen entre ellos, haciéndose reverencias unos a otros antes de separarse. Una de las mujeres pasa por mi lado, y yo extiendo la mano para pasar

los dedos por el material de su falda. Es apenas un roce, pero lo siento como agua cayéndome entre la punta de los dedos.

El violín solista empieza una melodía más suave, y unas pocas parejas de las restantes se quedan en la pista de baile, meciéndose con sus compañeros.

Kai me coge la mano.

—Baila conmigo.

Alzo las cejas, sorprendida.

—¿Aquí?

Sería una flagrante ruptura de la Regla de los Límites, una lista de normas que toda persona de Alaha acepta cuando llega a la mayoría de edad. No habrá contacto íntimo de ningún tipo hasta la Ceremonia de Unión.

La ceremonia se llama así por el legendario vínculo de unión, que se realiza el mismo año en que cumplen dieciocho.

La mayoría de las veces, la ceremonia es un matrimonio estratégico, una negociación entre familias más que una unión por amor. En origen, se instauró para controlar la descendencia entre familias relacionadas por lazos sanguíneos muy cercanos, pero ahora solo se usa para frenar la superpoblación. La gente es más proclive a tener bebés en un entorno aislado cuando se le obliga a casarse a una edad temprana.

Kai me mira.

—¿Quién nos va a delatar? ¿Mis propios guardias?

Miro alrededor y veo a muchos de los nuestros observando a la banda desde la multitud. Miro a Messer y le paso mi bebida. Como de costumbre, dejo que Kai me guíe y le sigo hasta la pista de baile. Las otras parejas nos sonríen educadamente mientras nos situamos entre ellas en la pista pulida por las pisadas de tantos pies a lo largo de los años.

—Eh —me dice Kai alzándome la barbilla con un dedo—. Solo tú y yo.

Su mirada es firme mientras me va llevando con un ritmo estable. Nuestros movimientos son menos gráciles sin las telas ondulantes, pero cierro los ojos y obligo a mi cuerpo a moverse con el de Kai, deseando que mi mente se calme. Me centro en el toque de su mano en mi cadera y el olor familiar que todavía desprende su piel y... cielos, qué altas son las murallas.

—Brynn, mírame —pide Kai.

Eso hago, abriendo los ojos de golpe.

—Siempre voy a protegerte.

Cree que tengo miedo de que me amonesten, como debería ser, teniendo en cuenta las consecuencias de romper una de las normas de los alaha, pero no le temo al trabajo duro o a la celda de castigo.

—No sería la primera vez que nos mandan a una celda —le digo, con aire de indiferencia—. Ni la segunda.

He debido fingir muy mal porque Kai no sonríe ante la sutil mención de la última vez que nos castigaron a pasar una noche en las celdas. Habíamos robado ropa interior de los tendederos y la habíamos atado al mástil de la bandera de Alaha en el centro del Nivel Principal. La broma no mereció la pena en absoluto.

Lo que no me espero son las palabras que dice a continuación.

—Le he pedido permiso a mis padres para elegirte en la Ceremonia de Unión.

El corazón se me para.

—¿Por qué has hecho eso? —pregunto, con la voz temblando.

—Venga, Bry —contesta, clavándome la mirada—. No me digas que no te lo esperabas.

Yo niego con la cabeza.

Nunca me he permitido entretenerme con la idea de casarme y mucho menos de hacerlo por amor. Me he enseñado a mí misma a alejar esos pensamientos, a encerrarlos en algún lugar tan profundo que ni yo misma estoy segura de dónde están.

Kai tiene dónde elegir entre chicas y familias que compiten por su mano. Yo no tengo familia. Ni dote. Ningún incentivo para el matrimonio. Estoy al final de la lista.

¿Por qué iba a elegirme?

—El futuro líder de los alaha no va a elegir a una olvidada como esposa.

Aprieta los dientes pero no pierde el ritmo.

—Sabes que odio que hables así de ti.

—Es lo que soy, Kai.

—No.

Su forma de cogerme se vuelve más fuerte, pero no aprieta. Lo examino, buscando alguna pista de lo que esconde bajo la manga, pero no veo más que la expectación que refleja su mirada.

—Eres lista y trabajadora, y condenadamente guapa —dice, enfatizando cada palabra para asegurarse de que yo le crea—. He oído a mis hombres susurrar tu nombre a mis espaldas, porque nunca se atreverían a decirme a la cara que están interesados en cortejarte.

Sus palabras me crean una presión en el pecho, mientras sigo mirándole a los ojos. Kai ha sido mi mejor amigo desde que tengo memoria. Ha tenido que defenderme ante los demás durante su vida, probablemente más de lo que le gustaría admitir, pero nunca ha mostrado el menor atisbo de interés en casarse conmigo. No de esta manera.

Sacudo la cabeza, confusa.

—¿Lo dices de verdad?

Su expresión es completamente seria cuando me mira.

—¿Quieres que sea verdad?

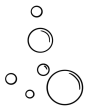
Nuestros movimientos se detienen. Me he pasado la vida entera esperando este día, esperando la oportunidad de venir al Mercado anual, a tierra, ¿y me suelta esto ahora?

Aprieto los dientes, y lo aparto poniéndole las manos en el pecho. Como no se mueve, lo hago de nuevo, con más fuerza. Tropieza con la pareja que está detrás de él, pero no deja de mirarme mientras yo doy un paso atrás.

Entrecierra los ojos.

—Brynn...

Levanto la mano para detenerlo. Vuelve a abrir la boca, pero no oigo lo que dice porque me vuelvo y me apresuro a escabullirme entre la multitud en mi ansia por escapar, por dejar de sentir el peso de todas las miradas sobre mí.



Capítulo 2



Me he metido en el fondo del Mercado.

Las murallas de piedra se elevan acercándose entre sí a ambos lados del puerto, tapando la luz del sol casi por completo y sumiendo los puestos en sombra. En esta zona el aire es diferente, denso y terroso. Me recuerda al olor previo a la lluvia. Es mi favorito.

Aquí los vendedores están apiñados. No hay tanta gente, y hay más lugareños que gente de Alaha. Hay velas, miel y cerámica digna de la realeza, dorada y repujada. Sería una auténtica blasfemia poner el guiso de pescado que hemos comido cerca de estos platos.

El mercader que está en el puesto no se acerca. Es evidente que no soy su tipo de clientela, pero me sonríe mientras admiro los platillos pintados a mano. Ciervos, conejos y zorros, animales que puedes ver en tierra.

Hacen que me avergüence de mis dibujos a carboncillo.

Una mujer con un vestido que le llega hasta la rodilla se acerca al puesto y yo me aparto. Es entonces cuando lo veo. De nuevo.

La primera vez estaba a poco menos de medio kilómetro. Nuestras miradas se cruzaron un instante cuando pasé, pero me dio tiempo a fijarme en varias cosas: el aplomo de su postura en pie con los brazos cruzados, cómo se le nubló la sonrisa cuando me vio, y cómo cesó la conversación que estaba teniendo con su compañero, otro soldado kenta.

Pelo negro, ojos negros, un aro dorado en el lateral de la nariz. Unos labios que me hacen saber de manera instintiva que está acostumbrado a hablar con rudeza, o quizá es su actitud general la que me dice eso, pero hay algo inherentemente descarado en su belleza.

Estoy segura de que ha estado siguiéndome desde entonces. Mantengo el paso, no quiero mostrar que sé que me está siguiendo, pero cruzo el puerto para poner distancia entre nosotros. Lo bastante lejos como para crear un espacio, pero no tanto como para que resulte sospechoso, y cambio el rumbo de vuelta a los barcos.

«¿Qué vas a hacer ahora?».

Evidentemente, él cruza también, y se mantiene a pocos pasos detrás de mí. Una correa con dagas le adorna el pecho, el cuero está bordado con el emblema de Kenta, establece su riqueza y alto rango. Hago un rápido inventario de lo que me rodea y no veo ni un solo alaha. Solo hay kentas en todas partes.

Miro hacia atrás.

Esta vez ni se molesta en esconder su interés, los negros ojos fijos en mí mientras se abre paso entre la multitud, más alto que los demás.

Quizá me vigila porque estoy sola. Las palabras de Gramble instándonos a permanecer en grupo me vienen a la cabeza, pero mi instinto me dice algo diferente. Me dice que me quieren dar caza. Camino más deprisa, pasando la siguiente fila de vendedores antes de atreverme a mirar atrás de nuevo. Esta vez no aparto la vista, dejándole claro que lo he visto y no tengo miedo. Tiene el valor de sonreírme. Es inquietante, su sonrisa es tan malvada como hermosa. Quizá le resulte divertido intimidar a chicas alaha.

Me detengo ante una vendedora cualquiera, con la esperanza de que si lo ignoro, pierda el interés.

—¿Estás buscando algún color en particular? —pregunta la señora que está tras el mostrador.

Ni siquiera miro lo que vende antes de negar con la cabeza y seguir avanzando. Finjo examinar los puestos, saltándome algunos en un esfuerzo por acercarme a la parte delantera del paseo.

La tensión que me agarrota los músculos se disipa en cuanto veo a dos guardias alaha a una distancia a la que podrían oírme si grito. Veo el cabello brillante de Messer entre la multitud y luego a Kai, mientras se abren paso entre la gente, mirando a un lado y a otro mientras me buscan. Aurora los sigue, mientras bebe de una taza, sin mostrar la más mínima preocupación.

Una vez más, miro hacia atrás y suspiro aliviada cuando ya no veo al soldado. Saludo con la mano a Messer, que le da un toque a Kai en el hombro y me señala. Mientras espero a que se acerquen para no perdernos entre la multitud, veo que el puesto que está a mi lado vende gemas. La luz se refracta en las caras de aquellas que cuelgan y lanza multitud de arcoíris sobre el puerto y las murallas de piedra tras él. Me acerco y acaricio la pequeña gema que parece cristal de mar.

—Bonita, ¿eh? —dice el vendedor, con una sonrisa franca tras la barba.

Recuerdo los cuatro cobres que aún tengo en el bolsillo.

—¿Cuánto es?

—Son piedras muy valiosas —dice, cogiendo una de las más pequeñas—. Son difíciles de sacar del fondo de las minas. Una moneda de oro por esta.

Los sueños de colgar una de la ventana de mi habitación se desvanecen.

—Son bellísimas —digo, desencantada.

Él asiente, comprensivo. Antes de que pueda apartarme, una mano se cierra sobre la mía. Se me corta la respiración cuando el soldado se cierne sobre mí, con los ojos negros llenos de enfado, y me retiene en el lugar.

—Ladrona —dice, y el eco de su voz resuena en las paredes del cañón.

Yo niego con la cabeza, mitad intentando defenderme, mitad mostrando incredulidad. Intento zafar la mano de donde él la tiene retenida en la mesa, pero me retiene con fuerza.

—No he cogido nada.

—¿En serio? —Me aparta la manga de la túnica y hace girar mi mano, dejando a la vista la piedra de cristal verde que aparece en la palma—.Y entonces, ¿qué es esto?

Emito un jadeo.

—La has puesto tú ahí.

Sus ojos negros taladran los míos.

—¿Me estás llamando mentiroso?

—Sí —respondo, negándome a apartar la vista de su mirada dominante.

Su mano me aprieta con más fuerza la muñeca.

—He oído que los alaha le arrancan miembros a los que rompen alguna de sus preciosas normas. ¿Cómo es? ¿Un dedo o una mano, al ladrón?

Hablo con los dientes apretados.

—No he cogido nada.

Me mira a los ojos durante un momento. Lo que busca no podría decirlo, ya que ambos sabemos que ha montado él todo este número.

Los vendedores y dependientes cercanos se paran a ver el espectáculo.

Aparta la vista, mientras carraspea y se dirige a alguien que está detrás de mí.

—Que sea una mano.

Otro soldado me aparta del mostrador.

—¡Esto es absurdo! —Lucho por deshacerme del fuerte brazo que me coge por la cintura, pero el soldado me levanta y soy incapaz de usar el suelo como apoyo—. ¡No soy una ladrona!

Mi acusador nos dirige al otro lado del puesto y detrás de la fila de vendedores. El soldado que me lleva me coloca frente a la muralla de piedra, que es como un gigante dormido ante nosotros. El calor irradia de su superficie, a menos de medio metro de distancia. Es lo más cerca que he estado de tocar tierra.

Los ojos oscuros del soldado que me ha acusado parecen taladrarme desde un lado.

—Pon la mano en la pared —me ordena.

No me muevo, ni siquiera pestañeo, mientras paso revista a mis opciones. Diez años de entrenamiento deberían ponerse en juego en cualquier momento, pero es difícil pensar con todo el mundo mirando a mi espalda. El bullicio del Mercado se ha reducido a un leve zumbido detrás de mí.

Todo se detiene mientras respiro profundamente para calmarme, luego doy un pisotón con toda mi fuerza al soldado que me agarra, liberando el brazo al mismo tiempo. Esto debilita lo suficiente su agarre como para soltarme, pero el impulso me desequilibra y caigo en los brazos del soldado de ojos oscuros.

Él me gira en el sitio con rapidez y me rodea el cuello con el antebrazo poniéndome un cuchillo al cuello. Si no estuviera sintiendo el filo en la piel, estaría más impresionada por su velocidad y destreza, pero el pánico contrarresta cualquier pensamiento racional, salvo el de encontrar una manera de salir de este lío.

Busco a Kai con la mirada entre las caras de la multitud, pero no lo encuentro. Solo hay extraños mirándome.

Da su orden en mi oído para que solo lo oiga yo, y me provoca un escalofrío por la espalda.

—Pon la mano contra la piedra. —No está simplemente tratando de asustarme como había pensado.

Niego con la cabeza, a pesar de sentir el filo del cuchillo.

—¿Por qué estás haciendo esto?

Pero ya no quiere seguir escuchando mis quejas. Usa la mano libre para agarrar la mía y coloca mi palma temblorosa contra la piedra templada, cubriendo mi mano con la suya.

Un dolor diferente a cualquiera que haya sentido antes se extiende por mi cuerpo. El calor me invade el brazo y el pecho, me baja por el cuerpo y se extiende por las piernas. Es como una corriente viva, parecida a la que producen las anguilas eléctricas que hay en los arrecifes cerca de Alaha, pero multiplicado por mil.

Grito.

Luego, en un abrir y cerrar de ojos, se acaba.

Abro los ojos de golpe y dejo escapar el aire que retenía, con un grito que muere en el fondo de la garganta. Estoy de rodillas, la madera del puerto me corta las tibias. Mis sentidos vuelven a activarse. El murmullo de las voces sorprendidas empieza a filtrarse a través de mi aturdimiento. Me llevo las manos a la cara y me siento aliviada al ver que aún están unidas al cuerpo.

Pero el dolor...

Miro arriba, más arriba, mucho más arriba, hasta dar con la cara del soldado. Parece tan sorprendido como yo, con los ojos muy abiertos, mientras me contempla, con el aliento congelado en el pecho.

La voz de Kai se eleva sobre las demás.

—¡Suéltala!

Pero el soldado no deja de mirarme, con algo a medias entre el asombro y el miedo.

—He dicho —exige Kai, con esa voz que raramente usa y que silencia a la multitud— que la sueltes.

El soldado se vuelve despacio, con la cabeza volviéndose hacia Kai cuando aún no ha apartado la vista de mí, y el rostro cambiando del estupor a la frialdad cuando lo mira.

—Eso no funciona conmigo —le dice con voz baja e impasible—, aquí no tienes poder.

Lucho por ponerme en pie, pero las piernas me flaquean cuando trato de enderezarme. Aunque no puedo mirar hacia atrás para ver la expresión de Kai, la mirada impertérrita del soldado me dice que esto no va a acabar sin daños colaterales. Hace girar el cuchillo en la mano, como un recordatorio de que Kai y yo estamos indefensos ante él y sus hombres.

—Suéltala —repite Kai, más conciliador que antes.

El soldado enarca una ceja.

—No es tuya.

Hay un momento de calma antes de que un estallido se produzca a nuestra izquierda. Messer salta sobre un puesto, ahora volcado, y los tarros de cristal de gelatinas y mermeladas se estrellan por el muelle. Se crea un caos cuando derriba a mi segundo captor por la espalda.

Usando la distracción en mi propio beneficio, alcanzo el cuchillo que está enfundado en el muslo del soldado y le hago un corte limpio en el talón. Aúlla de dolor y su rodilla golpea el muelle a mi lado. Intenta cogerme, pero trazo un amplio arco con el cuchillo, obligándolo a esquivar un ataque que le pasa a escasos centímetros del rostro. Eso me da el tiempo suficiente para ponerme en pie, con

cuidado de evitar la superficie de la muralla de piedra, mientras me tambaleo para recuperar el equilibrio.

Levanta la mirada hacia mí.

—No —dice, y un aire de desesperación envuelve la palabra.

Hay algo en la forma angustiada en la que me sostiene la mirada mientras lucha por ponerse en pie sobre una sola pierna que me retiene por un momento, pero no lo suficiente como para detenerme realmente.

Nota mi intención de echar a correr y grita a sus compañeros soldados.

—¡No la dejéis salir del muelle!

Me tambaleo hasta llegar a Messer, que forcejea con el otro soldado. Al ver que me acerco, se impone al otro hombre y le da un puñetazo en la cara, derribándolo. Se apresura hacia mí, y me coge por la cintura para ayudarme a mantenerme en pie.

Kai nos ve y empieza a abrirse camino entre la gente. Alaha se ha unido al conflicto, y empieza una batalla por llevar a nuestra gente de vuelta a los botes.

—¿Estás bien? —pregunta Kai, sosteniéndome por el otro lado.

No pierdo energía contestando, mientras me concentro en cada paso a medida que voy recuperando mis facultades. Nos apresuramos a llegar al borde del muelle, hacia las banderas alaha que ondean sobre nosotros. Los kenta se apartan a nuestro paso en una retirada masiva.

—¿Qué demonios ha pasado? —grita Gramble mientras corre hacia nosotros, observando a la turba enfurecida de soldados kenta que nos pisan los talones.

No aguarda a oír las explicaciones y toma el mando para dirigir a los cadetes a la pasarela más cercana. Los guardias alaha se

posicionan a lo largo del muelle, una última línea de defensa mientras nuestra gente se apresura hacia la seguridad de los botes.

Kai se detiene en la improvisada barricada.

—¿Dónde está Aurora?

Messer casi tropieza debido a la abrupta parada, su pecho sube y baja mientras la busca.

—Pensé que iba detrás.

Una explosión sacude el muelle y tira a todo el mundo al suelo. El silencio resuena durante un largo momento, antes de que sea capaz de situarme. Están lloviendo escombros y trozos de madera, y me cubro la cabeza hasta que, poco a poco, se detiene. Messer me ayuda a levantarme, y me aparto el pelo de la cara mientras Kai me coge de los brazos.

—Estoy bien —les digo, con una voz que oigo amortiguada—. ¿Y vosotros?

No hay tiempo para cerciorarnos, Gramble sigue gritándonos para que embarquemos. Los soldados kenta que están detrás de nosotros empiezan a levantarse del suelo. La mitad de ellos se sacude de encima el estupor mientras observan la columna de humo que se alza hacia el cielo desde lo más profundo del Mercado. La otra mitad avanza de nuevo hacia nosotros, llena de afán vengativo.

Messer me empuja hacia el barco.

—Voy a buscar a Aurora.

Se detiene en seco cuando la ve aparecer entre el caos, caminando con calma y despreocupación mientras se dirige hacia nosotros, sosteniendo la misma taza que llevaba antes.

—Pensé que nos vendría bien una ventaja —dice, guiñando el ojo a un asombrado Messer cuando pasa a su lado.

Todo el mundo se gira para mirar mientras ella camina hacia la pasarela.

Kai sacude la cabeza y me apremia a seguir hacia delante.

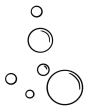
—Tenemos que irnos.

La tripulación trabaja a un ritmo endiablado para levantar la pasarela y alejarnos del muelle, y lo consigue justo a tiempo de ver el Mercado colapsar sobre sí mismo. El agua del mar engulle de un solo golpe toda una parte del paseo, con gente incluida.

Me apresuro hacia el mástil y uso las últimas fuerzas que me quedan para escalar. Kai grita mi nombre, pero yo no me detengo, buscando una visión mejor del desastre. Nada podría haberme preparado para tal magnitud de destrucción. Aurora consiguió hacer un agujero del tamaño de dos barcos justo en la mitad del Mercado. Cientos y cientos de personas luchan por mantenerse a flote, agarrándose a lo que encuentran o a los demás.

Un siglo de comercio y paz... destruidos. No hay vuelta atrás. La venganza será inevitable.

Me doy cuenta de que tengo los puños apretados y miro hacia abajo para descubrir que mis manos temblorosas agarran con fuerza el cuchillo del soldado.



Capítulo 3



Los murmullos se detienen en cuanto entro al casco.

Las consecuencias de lo sucedido en el Mercado pesan en el ambiente como una manta húmeda, asfixiante. El viaje de vuelta a casa ha estado lleno de susurros y melancolía, en un marcado contraste con la ruidosa y animada atmósfera de la tripulación en el camino de ida. Todo el mundo está tenso, enfadado por el poco tiempo que estuvimos en el Mercado, nervioso por el derrotero que tomará la relación con los kenta.

Y me culpan a mí.

Siempre ha habido comentarios sobre mi comportamiento, rumores sobre la mala influencia que ejerzo, siempre metiendo en problemas de algún tipo a Kai y a Messer. Una confusión generalizada acerca de los motivos por los que los padres de Kai permitían semejante amistad, especulaciones que ahora están en la mirada de mis compañeros, aunque saben perfectamente quién es realmente la persona conflictiva.

Messer levanta la vista del ajedrez al que está jugando con Lawson, uno de los pocos chicos de nuestra clase a los que tolero, y sonríe, compasivo. Odia que yo sea siempre el chivo expiatorio. Lo he estado evitando para ahorrarle el malestar de tener que cargar conmigo como amiga.

Rodeo al grupo que juega a las cartas, fingiendo que no noto sus miradas clavarse en mi espalda mientras atravieso las hamacas, la mía está en la parte más alejada del barco. Bueno, la mía, la de Messer y la de Kai, porque se negaron a dejarme sola.

Enciendo una cerilla y prendo la lámpara que cuelga entre nuestros postes, cerrando rápidamente la puertecilla del pábilo aceitado para apagar la pequeña llama. Los niños alaha crecen recitando las reglas de seguridad contra el fuego. Una llama fuera de lugar y el barco entero prendería, acabando con todos nosotros.

Abro la lona doblada de la hamaca y suelto un grito, mientras me alejo de un salto de la criatura peluda que sale corriendo en dirección opuesta.

Una risa estalla detrás de mí. Obviamente, alguien puso la rata allí, usando granos de maíz como cebo. No me molesto en buscar al culpable, sé que es Paul y su grupo de compinches. Han sido los que más se han metido conmigo por mi estatus social desde que me uní a la guardia con ellos a los doce años, y el rojo de mis mejillas delataría mi humillación.

En lugar de eso, le doy la vuelta a la hamaca y la reviso por completo antes de meterme en ella. Supongo que es mejor que mis botas atadas al mástil en medio de la noche o que me tiren la cena sobre las piernas, dejándome olor a guiso de pescado durante días. Ninguna de las dos jugarretas tuvo castigo por parte de Gramble.

Espero a que el enfado se me pase un poco antes de atreverme a echarle una mirada a Messer, pero no me está prestando atención. Tiene los ojos clavados en Paul. Como si sintiera mis ojos puestos en él, Messer me mira y yo niego con la cabeza. Lo que sea que esté pensando no vale la pena. Ya nos esperamos lo peor a nuestra llegada a Alaha; no hace falta añadir más a nuestra lista de transgresiones.

Robo.

Incitación a una guerra.

Traición.

Todas las acusaciones que Gramble nos lanzó a Messer, a Aurora y a mí.

Kai se libró de su ira, como era de esperar. Él es nuestra esperanza para evitar el exilio cuando lleguemos. El capitán Wren tendrá en cuenta la versión de los hechos de Kai antes de decidir nuestros castigos.

Me aseguro de que todos hayan vuelto a su conversación, con la broma ya olvidada, antes de bajar la llama de la lámpara, dejando solo la luz suficiente para ver.

Saco la daga del cinturón. Paso los dedos por la empuñadura de madera, sigo la franja de metal hasta su unión, luego hasta la inscripción inicial en la base.

«J».

Quizá sea un apellido, considerando lo antigua que es el arma. Hay muchas posibilidades de que el objeto tenga más valor sentimental que funcional, a juzgar por la diminuta grieta que recorre la unión del mango. Aun así, la hoja está sorprendentemente afilada, y sirvió para cortarle el tendón a la perfección. Mientras hago rodar la daga en la mano, vuelvo a pensar en mi mano sobre la muralla. El dolor que me recorrió el cuerpo, que pareció casi... mágico.

Saco mi cuaderno de bocetos del morral y lo abro por la página que marqué con un lápiz de carboncillo, uso la daga para mantenerlo abierto. Dibujo el arma una y otra vez. El borde afilado hecho de un material negro, a diferencia del metal de las típicas espadas y dagas. Insatisfecha con todos mis dibujos inconclusos, paso a una página en blanco y comienzo de nuevo. Voy por la quinta

versión cuando veo a Kai entrar en los camarotes de la tripulación desde la cubierta superior.

Declina las invitaciones para unirse a una partida. Messer lo intercepta antes de que Kai pueda llegar a su litera, y me apresuro a esconder mi contrabando en el cuaderno, deslizándolo bajo la almohada. Se hablan confidentes, y no necesito escucharlos para saber que Messer le está contando a Kai lo de la rata en mi hamaca, pues la cabeza de Messer señala a Paul mientras la mirada de Kai lo sigue.

Odio que haga eso, informar a Kai de todas las cosas terribles que me hacen mis compañeros de clase. Es como si Messer esperase que Kai hiciera algo al respecto, pero cuando lo hace solo empeora las cosas. Las burlas se vuelven más crueles. Más feas. Más venenosas.

Kai da una palmada a Messer en el hombro y toma el camino más corto hacia nuestras hamacas.

No he tenido que esforzarme mucho por evitar a Kai. Ya se ha encargado él de evitarme a mí. Por eso me enfado especialmente con Messer cuando Kai posa su intensa mirada sobre mí. Se desabrocha el cinturón y lo cuelga en el gancho junto a su hamaca.

—¿Por qué no me has contado lo del acoso?

¿Cómo le explico a él, el hijo de un capitán que nunca ha enfrentado una verdadera oposición por parte de sus superiores, y mucho menos de sus compañeros, que todo lo que haga para intentar remediar la situación solo tendrá el efecto contrario?

—Si te niegas a pedirme ayuda, al menos tienes que aprender a defenderte por ti misma —dice, subiendo a su hamaca.

Lo fulmino con la mirada.

—¿Para que me castiguen a mí? Gramble siempre cree a Paul o a cualquier otro antes que a mí. —Vuelvo a dirigir la mirada hacia el

oscuro vientre del casco—. No, gracias. Prefiero no acabar de encargada de la limpieza.

En este barco, limpiar los baños no es tarea para débiles.

Escucho el suspiro de Kai sobre el crujir de la madera del barco. Sabe que tengo razón, aunque no pueda admitirlo. Odia sentirse impotente con respecto a mi posición en la guardia. O, qué narices, en Alaha y en la vida en general. Su rol como mi mejor amigo tiene sus límites.

—Se pasará —le digo, queriendo aliviar su preocupación—. Muchos de ellos nunca volverán a ver tierra firme mientras vivan, y yo soy la razón de que su estancia en el Mercado haya terminado antes de lo que pensaban.

Estamos en una especie de prisión flotante, obligados a convivir y respirar el mismo aire sin ningún descanso unos de otros. Por muy emocionados que estuviéramos por ir a ver el Mercado, todo el viaje desde casa estuvo lleno de disputas y melodrama. Al menos el trayecto de vuelta ha sido tranquilo, aunque solo sea porque hay un frente unido contra mí.

—No es justo que te echen la culpa a ti —dice él.

Es agradable escucharle decir que no me responsabiliza del desastroso giro de los acontecimientos en el Mercado o de que el tratado de paz ahora penda de un hilo, pero la verdad es que sí que tengo algo de culpa. Si no me hubiera escapado de Kai, no habría estado sola, y el soldado kenta de ojos oscuros no habría tenido la oportunidad de acusarme de ladrona. Todavía no entiendo sus motivos. No sé si planeaba infringir el tratado con la intención de acusar a nuestra gente de instigadores ya antes de llegar al Mercado, pero en cualquier caso me convertí en un blanco fácil.

Kai y yo no hemos hablado de nada de lo ocurrido hoy, a excepción del interrogatorio inicial de Gramble después de partir.

Dijo que no vio al soldado siguiéndome ni inmovilizándome contra la mesa, solo los momentos posteriores, aunque omitió el detalle de que me obligó a poner la mano contra la muralla de piedra.

Fue un alivio no tener que explicar el extraño dolor que sentí en el momento en que mi palma hizo contacto con la muralla, así que le seguí el juego y omití esa parte. Messer hizo lo mismo. Pero el tema, mucho más complicado y evidente, de su propuesta de matrimonio sigue ahí, como una cadena que me cuelga del cuello. Cada vez que creo que he reunido el valor suficiente para abordarlo, no me sale nada.

—Kai.

Él abre los ojos, volviendo la cabeza hacia mí.

Por primera vez, repito la verdad, pero solo a él.

—No robé nada de ese vendedor. No mentiría sobre esto. A ti, no.

A pesar de todo lo que queda sin decir, sus ojos se suavizan bajo el vaivén de la luz de la lámpara.

—Lo sé, Brynn —dice. Extiende un brazo a través del espacio entre nuestras hamacas, y hago lo mismo, cogiéndole la mano—. Ya te lo dije: te voy a proteger siempre.

Nos quedamos dormidos así, cogidos de la mano.

Cuando me despierto por el sonido de los gritos de un chico, mi mano cuelga lacia a un lado de la hamaca. La de Kai está en la misma posición, y se gira para mirar hacia la causa del alboroto.

Solo queda una lámpara encendida en el compartimento, así que es difícil ver algo, pero la ristra de maldiciones delata la fuente. Paul se sacude en su hamaca, haciéndola bambolearse mientras da patadas y agita brazos y piernas.

—¡Quitádmelas! ¡Quitádmelas!

Alguien tiene la sensatez de encender otra lámpara e iluminar hacia Paul. Unos insectos negros le recorren el cuerpo mientras

intenta, sin éxito, sacudírselos. Me doy cuenta de que son cucarachas, mientras él entra en pánico y se inclina demasiado hacia un lado, lo que le hace caer al suelo con un fuerte golpe seco.

Se oye una ráfaga de risas cuando la gente se da cuenta de que Paul tiene un miedo mortal a esos bichos de unos pocos centímetros. Grita y se quita la camisa de golpe, y los pantalones le siguen rápidamente, y eso solo sirve para que todo el mundo se ría aún más fuerte, lo que a su vez le enfada más.

—¿Quién ha hecho esto? —Se pone de pie, respirando con dificultad mientras mira a todos. Más grande que la mayoría de nuestra clase, no es alguien con quien meterse, y eso hace que todo el mundo se calle de golpe—. ¿Quién ha hecho esto? —repite, envalentonado por su capacidad de intimidar.

Nadie contesta, y su mirada recorre el, ahora, silencioso espacio. Se detiene cuando llega a mí, sus ojos se posan en los míos antes de dirigirse a Kai, a mi lado, y luego apartar la vista.

Kai y yo intercambiamos una mirada cómplice, tras ver la hamaca vacía de Messer y sabiendo con seguridad quién es el culpable. Kai disimula una sonrisa, mientras se cubre los ojos con un brazo en un intento de volver a dormirse. Yo, por otro lado, espero a que todo vuelva a estar en silencio, con solo los ronquidos y los sonidos siempre crujientes del barco, antes de salir a gatas de mi hamaca.

La cubierta es inquietante en medio de la noche. Una pequeña tripulación atiende las velas y el timón con nada más que negrura en todas las direcciones. Aurora está apoyada en la barandilla mientras charla con otros dos compañeros del turno de noche. Me ve y ladea la cabeza para señalar en dirección a proa.

Asiento en agradecimiento.

A pesar de ser las únicas dos chicas de nuestra clase, nunca hemos conectado. Es difícil formar una amistad cuando siempre nos

han enfrentado precisamente por eso. Pasamos los años de entrenamiento compitiendo, tratando de ser mejor, más rápida, más fuerte que la otra. No fue hasta hace un año, aproximadamente, cuando Messer nos obligó a ser civilizadas. Siempre el pacificador del grupo. Sin embargo, es difícil no caer de nuevo en la misma trampa, con todo el mundo echándome a mí la culpa, a pesar de que fue Aurora quien voló el Mercado. Algunos la consideran una heroína por darnos la oportunidad de escapar.

No puedo asegurar que hubiéramos llegado a tiempo a los botes para escapar de los kenta que nos perseguían, pero tampoco puedo asegurar lo contrario. Que Aurora prendiera fuego al puesto de queroseno y aceites puede que nos haya salvado temporalmente, pero quizá, a largo plazo, nos condene. Algunos de mis compañeros parecen entender la gravedad de la situación y se han enfadado con ambas. Al menos eso puedo aceptarlo.

Subo por la escalera hasta la cima de la proa, rodeo la barandilla y entonces maldigo a Aurora en voz baja por lo que veo. Ella sabía perfectamente lo que iba a encontrarme. Messer y una chica se separan cuando me ven. La chica intenta esconder el rostro mientras se ajusta la blusa, pero es un esfuerzo inútil. Solo hay unas pocas chicas en la tripulación y su vestimenta azul la delata: Masie, la escriba e hija de Gramble.

Se escabulle y yo aparto la mirada cuando Messer se ajusta los pantalones. Me apoyo en la proa del barco. Tras un momento, Messer se pone a mi lado y me atrevo a mirarlo.

—¿Estás buscando que te exilien?

Sonríe de medio lado, con esa mezcla de arrogancia y despreocupación.

—Por algunas cosas merece la pena correr el riesgo, B.

No puedo evitar sonreír ante su ridícula frase.

—Eres muy idiota.

Él me mira, sin muestra alguna de arrepentimiento.

—Ya lo sé.

Sacudo la cabeza, acostumbrada a su actitud indiferente.

—Bueno, puedes culpar a Aurora por la interrupción. Fue ella quien te delató.

—Lo suponía —dice—, sigue enfadada conmigo.

—¿Contigo? —pregunto, confundida—. ¿Por qué?

Mira hacia la negrura que se extiende ante nosotros.

—Podría decirse que tenemos una diferencia de opiniones.

Alzo una ceja ante su vaga respuesta.

—¿Sobre qué?

Su sonrisa pierde un poco de brillo.

—Ella cree que ya es hora de plantar cara a Kenta. De impugnar el acuerdo actual.

Sus palabras me sorprenden y, a la vez, no.

—¿Y tú no?

Inclina la cabeza a un lado y me mira.

—Yo creo que ella ya ha tomado esa decisión sin contar con nosotros.

Dejo escapar el aire.

—¿Cuál crees que será el castigo?

Niega con la cabeza.

—Con Wren no hay forma de saberlo. Podría ser un año en la celda de castigo, quién sabe.

Es lo máximo que ha sentenciado a alguien. Si alguien merece un castigo mayor, simplemente se le exilia, se le destierra en un minúsculo bote de remos y se le ordena no volver nunca. En lo que llevo de vida solo se han dado tres exilios, que yo recuerde, y todos

fueron por crímenes mucho menores que romper un tratado de paz de un siglo de antigüedad.

—Estoy lista para afrontarlo —le digo.

Él compone una expresión difícil de descifrar.

—Este barco ya es bastante castigo.

Eso es muy cierto.

—¿Cómo sabías que a Paul le asustan las cucarachas? —pregunto, cambiando de tema—. ¿Y cómo conseguiste coger tantas?

Su sonrisa vuelve en todo su esplendor.

—Tengo mis trucos.

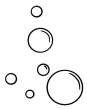
Le sostengo la mirada por un momento que se extiende hasta que apoyo la cabeza en su hombro. Se tensa por un segundo, antes de rodearme con un brazo. Es lo más que nos hemos tocado fuera del entrenamiento, y es un poco raro.

Me aparto primero.

—No vuelvas a hacerlo.

Sabe a qué me refiero, pero sonríe de lado.

—No prometo nada.



Capítulo 4



Llevamos en cubierta desde el amanecer, aguardando y observando cómo nuestro hogar toma forma ante nosotros.

El bote avanza entre los árboles más pequeños que surgen de los bordes de la arboleda y se adentra en el espacio donde nuestra ciudad cuelga entre los troncos más grandes. Algunos son tan anchos como barcos enteros, como gigantes que salen del fondo del océano, y sus copas se entrelazan en un denso matorral. Constituyen la estructura de nuestro hogar, una isla sin tierra.

Con las velas ya recogidas, la tripulación rema hasta el muelle del pescador. El grupo que ha venido a darnos la bienvenida vitorea y saluda desde arriba, con muchos rostros conocidos y sonrisas que brillan desde la red de puentes en forma de telaraña que se extiende entre los árboles. Las pasarelas se doblan y rodean las redondas cabañas de madera que están construidas sobre las ramas y alrededor de ellas. Los niños corren siguiendo el barco mientras este se acerca a puerto, portando banderas que muestran el emblema de Alaha y que ondean alto sobre sus cabezas, con la tela agitada por el viento. Recuerdo haber hecho lo mismo de niña: la emoción de dar la bienvenida a los marineros y guardias después de haber estado ausentes seis semanas, o a veces más, dependiendo del clima, y llevar mi propia bandera durante el desfile. Es el inicio de las festividades que durarán hasta bien entrada la noche. Recuerdo las

marcas de cansancio grabadas en los rostros de los marineros, y haber pensado que debían de estar muy aliviados de estar en casa y lejos de la gente de Kenta. Qué tonta. Mi perspectiva era muy ingenua y simple en aquel entonces.

Pasar semanas enteras en un bote te quita la vida. El espacio limitado, la falta de privacidad, las vistas inacabables de lo mismo día tras día. Luego está ese día con toda la emoción del Mercado, cuando conoces gente y comida y cosas diferentes a todo lo que has visto en Alaha, antes de que te toque el arduo y monótono viaje de vuelta.

Seis semanas en el mar parecen pertenecer a otra vida, a una de hace mucho tiempo. Todo parece borroso por los bordes, como si ya no viera las cosas con ojos claros, no importa cuántas veces parpadee; el mundo tiene un color diferente. Menos color, en cierto modo.

La música y los vítores suben mientras atracamos detrás del bote que llegó no mucho antes que el nuestro, y la tripulación descarga el ganado y otros animales. Un hombre lleva un cerdo atado sobre los hombros que gruñe en protesta.

—Es un bonito recordatorio de que las cosas siempre podrían ir peor —dice Kai, arrugando la nariz por la peste de los animales de granja.

Esbozo una pequeña sonrisa.

—He oído que a Uche lo sentenciaron a limpiar establos una semana por quejarse de que la asignación de barcos a los guardias estaba amañada.

Kai bufa, viendo el ceño fruncido de Uche mientras da una palmada en el trasero de una ternera, intentando sin éxito que el animal baje voluntariamente por la pasarela.

—Alguien tiene que hacer el trabajo sucio.

Así es. Su comandante no se tomó bien que lo acusaran de favoritismo, a pesar de los rumores de que realmente lame las pajitas más largas para que sus hombres preferidos las elijan primero.

—Aseguraos de que no os dejáis nada —grita Gramble, que permanece al lado de la pasarela para asegurarse de que todo el mundo abandone la cubierta de forma civilizada—. Aseaos y descansad. Esta noche tenéis una fiesta a la que asistir.

Se refiere a todo el mundo, excepto a Kai, Messer, Aurora y yo. Lo primero que hizo esta mañana fue venir a vernos para indicarnos que después de desembarcar nos presentáramos inmediatamente ante el capitán Wren.

—No va a quedar ni gota de agua cuando terminen con nosotros —dice Messer.

El único lujo de vivir sola en la decrépita Fila de los Abandonados en mi minúscula cabaña, es que no tengo que compartir mi reserva de agua con nadie. Solo espero que me dejen ducharme antes de meterme en la celda.

Kai olisquea a Messer.

—Sí que apestas.

Messer finge indignación, dándole a Kai un manotazo juguetón.

—Mira quién habla. Llevas días oliendo a sardinas, pero no quería decírtelo porque soy un tipo amable.

Pongo los ojos en blanco.

—Solo eres amable con la gente que tiene pechos.

Kai y Messer se vuelven a mirarme a la vez, asombrados de que tales palabras hayan salido de mi boca.

—¿Qué? —digo, a la defensiva—. ¿Estamos fingiendo que Messer no es un salido?

Tras un segundo, Kai rompe a reír, luego Messer lo sigue antes de tirarme de la trenza.

—En ese caso deberías estar agradecida de que nunca haya usado mis artimañas contigo —dice con la media sonrisa más seductora que tiene.

—Inténtalo, si te atreves —respondo.

Al ver que Messer parece realmente interesado en ponerme a prueba, Kai le pone una mano en el hombro.

—Mejor no —dice Kai—. La he visto patearte el culo más de una vez.

—Fueron dos —dice Messer, mostrando un par de dedos—. Y fue porque esa semana Gramble nos hizo entrenar con los ojos vendados.

Tiene razón. Y además estoy convencida de que tuvo cuidado conmigo, pero aún saco a colación sus dos caídas siempre que puedo. Y Kai también.

Aurora se nos une, mostrando una amplia sonrisa desdeñosa.

—Si decir eso te hace sentir mejor...

Desembarcamos los últimos. Salimos del barco y subimos la escalera hasta el primer piso. Debe de ser que la noticia aún no se ha extendido, porque todos parecen tan emocionados ante nuestra vuelta como lo estaban con el regreso de otros viajes del Mercado.

Los tres llegamos al Nivel Principal y esperamos a que Kai termine de recorrer la fila de personas que reclaman su atención. El puente central es el más ancho y concurrido de la ciudad y atraviesa la arboleda de un lado a otro. Cuelga de los árboles más altos y es una especie de punto intermedio para viajar a cualquier lugar de la arboleda; suele estar lleno de transeúntes, ya que la gente entra y sale de las tiendas talladas en los troncos de los árboles más viejos. Todo está adornado con cintas y mesas para la fiesta de esta noche,

y, más abajo, se están montando juegos para los niños. El grupo de esposas que forman el comité de eventos de Alaha está sentado alrededor de una de las mesas y llenan bolsas de hojas picadas y teñidas que se usarán como confeti para celebrar otro exitoso año de comercio.

Kai se reúne con nosotros y se pone en cabeza en nuestro camino hacia el segundo piso. Tomamos una de las muchas escaleras, pasando delante de los escudos de comandantes de menor rango, de camino hacia las habitaciones familiares de Kai. Este nos mira, y todos nos preparamos para lo que sea que venga a continuación.

La primera persona que vemos cuando atravesamos la puerta es Dupre, el comandante de la guardia y mano derecha del capitán. Nunca ha existido un hombre más intimidante que Dupre. En la arboleda se le conoce como el hombre demasiado grande para las puertas, pues tiene que agacharse y girar ligeramente para entrar por ellas.

La voz del capitán Wren sale desde el interior.

—Detén a la chica.

El miedo que me invade se convierte en sorpresa cuando Dupre usa los grilletes que lleva en el cinturón para apresar la muñeca de Aurora. Ella no se resiste y su rostro está lleno de fiera determinación mientras Dupre le pone la otra mano tras la espalda y se las encadena juntas.

—Mándala a la celda. Espera hasta que termine aquí.

Aurora no suelta una sola palabra, no exige explicaciones sobre los motivos de su detención. Se limita a permitir que Dupre la lleve fuera, mientras dirige una dura mirada a Messer, en la que se puede leer un «te lo dije».

Kai toma la palabra.

—¿A qué viene eso? —le pregunta a su padre, con un aspecto mucho más tranquilo que el de Messer o el mío.

El capitán Wren está sentado en su silla al otro lado de un sofá.

—Soy yo quien hace las preguntas —dice, con una bebida en la mano.

Entramos en fila para descubrir lo que nos aguarda.

La madre de Kai, Faline, entra desde la cocina y se apresura a abrazar a su hijo.

—He estado preocupadísima —dice, con voz temblorosa.

Kai le da una palmada tranquilizadora en la espalda.

—Mandé noticias de vez en cuando, como me pediste que hiciera.

—Tendría que haber sido todos los días —dice, con la voz más calmada, apartando a su hijo para poder verlo bien—. Eso es lo que haría un hijo considerado.

—Habría sido un uso innecesario de pájaros extra —dice el capitán desde su silla, con tono monótono y la barbilla apoyada en la palma de la mano. Parece relajado y una ligera y entrañable sonrisa le ilumina los rasgos mientras observa la preocupación de su mujer por su hijo.

—¿Qué son unos cuantos pájaros comparados con mi paz mental? —replica ella, sonriéndonos a Messer y a mí.

Ambos compartimos una mirada de relativo alivio, mientras sentimos que la tensión se relaja.

Faline se acerca a mí y a Messer y, en un gesto maternal, nos da a ambos sendos apretones amables en el brazo antes de ocupar un lugar junto a su marido.

El capitán coge la mano de su esposa y la alza para besársela.

—Nada que no sea tenerlo vivito y coleando ante ti será suficiente para tu paz mental, cuando hablamos de tu único hijo.

Ella sonríe, sin negarlo.

Su cabello, recogido hacia atrás por una pinza, tiene exactamente el mismo tono que el de Kai, pero ahí se acaba el parecido. El resto de rasgos de Kai son de su padre, idéntico a él si no fuera por las décadas que los separan.

Vuelve a prestarnos atención y nos hace un gesto para que nos sentemos.

—Me han llegado las noticias, pero quiero oírlo de vosotros. ¿Qué sucedió exactamente? —Posa los ojos en mí.

Cojo aire y me obligo a no mirar a Kai mientras doy mi versión. Les cuento lo del soldado siguiéndome, su acusación de ladrona y su intento de cortarme la mano. Evito hablar de la pared o el dolor abrasador y sigo la narración de eventos, y acabo con la explosión provocada por Aurora y nuestra huida.

—¿Y no cogiste nada que no hubieras pagado?—pregunta el capitán.

No aparto los ojos de su mirada severa e inflexible.

—No.

Puede que no me crea, dado que no tengo la mejor reputación, así que no lo culpo por la expresión incierta de su rostro, pero prosigue con Kai. Su relato es igual que el mío y describe cómo se acercó al soldado y le ordenó que me dejara ir. La impotencia que sintió Kai en ese momento es palpable, aunque su voz no vacila mientras lo cuenta. Es evidente para todos nosotros que no le gustó no tener la capacidad de detenerlos.

Messer repite la misma versión de los hechos, excepto por la parte en la que tiene que admitir que golpeó al soldado que me detuvo. Cometer violencia contra una persona de Kenta rompe por completo el tratado de paz. Estamos entrenados para defendernos, y solo si nos provocan.

—¿Sentiste que representaban una amenaza para ti?

Messer se revuelve en su asiento.

—Para mí, personalmente, no —dice, mirando hacia mí—. Pero para B, sí.

El capitán vuelve a mirarme.

—¿Y tú, Brynn? ¿Te sentiste obligada a defenderte cuando usaste el arma del soldado kenta contra él?

He tenido tiempo para pensar de nuevo en cómo acuchillé al soldado en la pierna. Actué por impulso, pero asiento, sabiendo que no hay otra respuesta aceptable dada la situación.

El capitán asimila la información que le hemos dado, y el silencio se extiende por la habitación mientras aguardamos sus siguientes palabras.

—En ningún momento me ha explicado nadie por qué Brynn estaba sola. Se supone que debéis permanecer en grupo para evitar que se den incidentes como este.

Miro a Kai. Preparamos una excusa creíble, pero él no aparta la vista de su padre cuando responde.

—Le pedí a Brynn que se casara conmigo.

Messer da un respingo. No tengo que mirarlo para saber que le sorprende la revelación. A juzgar por la expresión que se instala en el rostro de Faline, solo puedo asumir que no está nada contenta por la noticia.

El capitán me mira y luego vuelve a mirar a Kai.

—¿Y?

Kai parece incómodo.

—No ha dicho que no.

Le lanzo una mirada asesina. «Gracias por echarme a los leones, imbécil».

Tampoco he dicho que sí.

Todas las miradas están fijas en mí, y la vergüenza que me quema en el cuello me sube hasta las mejillas. Me siento mortificada. Lo último que esperaba tener que explicar es el motivo de no lanzarme de cabeza al matrimonio con su hijo.

—Necesitaba un momento para... procesarlo —digo, intentando aminorar el latido de mi corazón.

El capitán suspira, como si estuviera molesto. Se levanta y camina un poco.

—Lo que estoy a punto de deciros no puede salir de aquí, ¿entendido? —Aguarda a que asintamos—. Sospechamos que Aurora forma parte de un pequeño levantamiento aquí en Alaha. Creemos que fue al Mercado con la intención de crear un disturbio que rompiera el tratado de paz.

Nos quedamos paralizados a la vez.

Luego Messer se inclina hacia delante.

—¿Estáis seguros?

—Sí —responde el capitán—. ¿No os ha dicho nada sobre su deseo de provocar una rebelión en Alaha?

En un buen día, Aurora se limita a tolerarme, así que mi respuesta es fácil mientras niego con la cabeza. Kai hace lo mismo.

La respuesta de Messer es más dubitativa.

—Nunca ha sido un secreto lo mucho que odia a los kenta —dice —, pero un montón de gente protesta por tener que confiar en los kenta como lo hacemos.

El capitán se cruza de brazos mientras se apoya contra el escritorio.

—Si encontrara una manera de que mi gente fuera autosuficiente sin que eso trajera una guerra, lo haría. Después de muchas idas y venidas, han decidido mantener el tratado de paz con una condición:

que les entreguemos a quienes orquestaron el ataque contra su gente, Brynn y Aurora.

Kai se pone rígido en su asiento.

—Ni hablar.

—Kai —amonesta el capitán.

—No —insiste Kai, y su tono no admite réplica.

Faline interviene en la conversación.

—Escucha a tu padre.

Kai se muerde la lengua, esperando a que su padre continúe.

—No quiero hacer eso, porque sé cuáles son tus sentimientos por ella, y ya les he informado de que no es algo negociable, puesto que está comprometida con mi hijo. Pueden pedir a cualquiera, salvo a la futura esposa del líder.

El corazón se me para ante lo que eso implica.

—Además, mantenemos la versión de que actuamos en defensa propia. De momento no voy a entregarles a nadie.

—¿Y si no cedemos ante sus demandas? —pregunta Messer.

—Kenta quiere asegurarse de que no se está gestando una revolución. Les pedí que nos dieran la oportunidad de investigar para que cuando llegue el próximo Mercado, se produzca sin incidentes. Eso sucederá dentro de dos años, no dentro de uno.

Me quedo sin aliento.

—Van a matarnos de hambre.

—Hemos reunido las suficientes provisiones y alimentos para el año que viene, y las cosas pueden cambiar mucho en los próximos meses, así que no nos preocupemos innecesariamente. —El descontento del capitán por lo sucedido en el Mercado parece quedar en segundo plano ante la rodilla de su hijo presionando contra la mía en un intento de calmar mis temores—. Además, tenemos una Ceremonia de Unión que planear.

Messer se ahoga con su propia saliva, pero disimula con una tos cuando le lanzo una mirada fulminante.

—Marchaos. Dormid un poco —dice el capitán, despidiéndonos mientras camina de vuelta a su lado del escritorio—. No necesito recordaros que todo lo que hemos hablado se queda entre estas cuatro paredes. —Posa su mirada en Messer—. No me gustaría nada tener que hablar con tu padre.

Es una amenaza tanto para él como para nosotros, pues sabe lo que estamos dispuestos a hacer para proteger a nuestro amigo.

—De acuerdo. Os veo esta noche.

Estamos a mitad de camino hacia la puerta cuando Messer se detiene y se vuelve.

—¿Y Aurora? ¿Qué va a pasarle?

Wren toma un buen trago de su bebida.

—Eso depende de su cooperación.

Sabemos que no vamos a recibir más información que esa, así que no decimos nada más hasta que estamos fuera, la puerta se ha cerrado y comprobamos que no hay nadie cerca que pueda oírnos.

Kai se pasa una mano por el pelo

—Podía haber ido peor.

—Habla por ti —dice Messer—. A Aurora la pueden exiliar.

—Conocía los riesgos cuando decidió iniciar una guerra. Literalmente.

Messer suspira.

—Conociendo a Aurora, no soltará prenda. No sé si eso la va a ayudar o todo lo contrario. —Sacude la cabeza, y sus rasgos se suavizan cuando nos mira a Kai y luego a mí—. ¿Os veré en la fiesta, tortolitos?

Me contengo para no darle un puñetazo en esa cara de suficiencia, y él se ríe mientras se aleja. Kai, sin embargo, tiene la

desfachatez de mostrarse arrepentido.

—Lo siento —dice, apartándose el pelo de la frente.

—¿El qué? ¿La decepción de tus padres por haberme elegido a mí o el hecho de que obviamente yo ya no puedo decidir nada?

Arruga las cejas mientras niega con la cabeza.

—A mis padres no les decepciona que te haya elegido a ti —protesta.

Yo aparto la mirada de su cara y veo el incesante fluir de gente yendo y viniendo por la red de puentes.

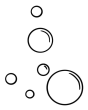
—Necesito dormir —digo con tranquilidad.

Me mira como si quisiera discutir conmigo, pero la expresión de mi cara, sea la que sea, le hace pensárselo mejor.

—Después. Hablaremos después.

Lo dejo sin decir nada más. Estoy demasiado exhausta y confusa y enfadada como para hablar. Tal como están ahora las cosas, puedo o bien casarme con Kai o ser entregada a los kenta como rebelde alaha.

Supongo que cualquiera de esas dos opciones sigue siendo mejor que el exilio, pero me parecen igualmente inquietantes.



Capítulo 5



Cuando me despierto está anocheciendo.

Cojo la lámpara de mi mesilla de noche. Tras una pequeña sacudida, confirmo que ya no tiene aceite, pero tampoco necesito mucha luz para moverme por mi espacio. Más pequeña que la mayoría de los botes de pesca individuales, la habitación cilíndrica consiste en una ducha abierta al lado de la letrina, una pequeña pileta y mi cama, todo a la distancia de un brazo. A veces se me olvida lo insignificante que es, pero tras haber estado en el hogar del capitán, es difícil no pensar en lo poco que tengo.

De alguna manera, me las arreglo para llegar a la esquina de mi habitación y bajo el grifo de la ducha, y el agua está agradablemente templada por el calor del sol. Me tomo mi tiempo frotando las capas de sudor y suciedad que llevaban semanas y semanas acumulándose. Vacío el depósito de agua de lluvia del tejado para lavarme el pelo. Dos veces. Mi cama parecía demasiado tentadora para molestarme en bañarme cuando llegué, así que me desnudé hasta quedarme en ropa interior y me tiré en plancha. Me alegra tener aún mis cuatro cobres porque así añadiré las sábanas a la pila de ropa que tengo que llevar a la lavandería.

Para cuando he acabado y estoy seca, el cielo ya está oscuro. Me llega un graznido a través de las cortinas de la ventana, y me apresuro a abrirlas.

La rápida aparición del pájaro me sorprende.

—Eh —saludo, con voz suave.

Él responde con otro trino y la cabeza inclinada en una invitación para que lo rasque.

Lo hago.

—No es posible que me hayas echado de menos en tan poco tiempo —bromeo.

Se acerca más para que le rasque en su sitio favorito. Tiene las plumas negras como la noche, pero cuando les da la luz del sol en un cierto punto revelan un precioso arcoíris tornasolado, donde predomina el azul.

—Ah, estupendo, ya has vuelto. —Me asomo a la ventana y veo el halo gris de rizos de Grenadine mientras me mira desde la habitación de abajo—. Otra vez voy a tener que escuchar a ese pájaro a todas horas.

Como si se sintiera ofendido, el pájaro abre el pico y grazna, con un sonido similar a una risa amenazante mientras su buche sube y baja.

Grenadine no le ve la gracia, las arrugas de su cara se contraen de indignación.

—Tu mascota es un incordio.

La palabra *mascota* es una exageración intencionada, teniendo en cuenta que el castigo por tener una es que te racionen la comida durante un mes. La comida es para la gente, no para los animales.

Saco una moneda de cobre y se la lanzo.

—Por las molestias.

Como buena bandida que es, Grenadine atrapa la moneda en el aire y cierra las cortinas con una sonrisa torva.

La música empieza a sonar en lo profundo de la arboleda. Las luces de las lámparas que cuelgan en las ventanas y por los

senderos se reflejan en la superficie del océano, creando puntos de fuego sobre el ondulante cristal negro. El viento trae las voces de la gente que empieza a acercarse a la fiesta.

Cojo mi morral, salgo por la ventana y subo hasta el tejado. Tengo una vista del bosque casi en su totalidad, pues mi cabaña es el punto más alto de la ciudad. Siempre he encontrado bella su complejidad, y he sentido orgullo de nuestra gente por sobrevivir en unas condiciones tan difíciles. Pero, por alguna razón que no sé identificar, ahora no me parece tan impresionante al mirarla.

El picoteo me saca de mis pensamientos melancólicos, y me encuentro al pájaro intentando romperme el morral a picotazos.

—Eres tremendamente insistente —le digo, sacando del interior el pescado seco que debe de estar oliendo—. Puedes quedártelo. Seré feliz si no vuelvo a probar el pescado en mi vida.

Esto me lleva a una cadena aún más desagradable de pensamientos, porque si nos prohíben el acceso al Mercado durante dos años, lo más probable es que haya un montón de pescado en mi futuro. Saco mi cuaderno de bocetos y hojeo mis dibujos. Hay un recuerdo que ha estado inquietándome desde que dejamos el Mercado. He estado luchando con el constante deseo de dibujarlo, demasiado asustada por estar tan cerca de otra gente. Quería poder tomármelo con calma, perderme por completo en la tarea.

Dibujé los detalles un poco cada vez, escondiéndolos en mis otros dibujos para no olvidarlos. Entre los vestidos de las mujeres kenta, apagados en negros y grises sobre el papel, entre los contornos de los puestos de los vendedores y las banderas, en los márgenes, se encuentran los ojos, el cuello y las manos de un hombre. Aunque mi recuerdo era reciente cuando los dibujé, no hacen justicia a dicho recuerdo. Aun así, tengo que sacarlo, sin importar lo decepcionante que sea el resultado.

Paso a una página limpia y cierro los ojos, permitiéndome revivir la escena en mi mente. Es una imagen fugaz en medio del caos de la acción, un destello de un momento cuando miré hacia atrás y mis ojos se encontraron con los suyos mientras corría hacia Messer..., cuando la mirada del soldado de ojos oscuros me imploraba que me detuviera.

Abro los ojos y coloco la punta del lápiz sobre la página en blanco... y comienzo a dibujar al soldado arrodillado.

El pájaro se acerca más, buscando un lugar para acomodarse en mi rodilla doblada antes de quedarse dormido como hace la mayoría de las veces que me visita.

Los ojos son lo más difícil. Puedo hacer que todas las demás características estén en perfecta proporción —la nariz, las mejillas, el mentón—, pero si los ojos no tienen la profundidad exacta, todo es un desperdicio, así que empiezo por ahí. Oscuros y perversos, miran desde debajo del marcado arco de las cejas. Angustiados e indefensos. Enfadados. Melancólicos. Peligrosos.

El primer intento no sale tan mal, así que extiendo la línea hasta el puente de la nariz y pierdo la noción del tiempo. No me doy cuenta hasta que el pájaro sale volando.

La cabeza de Kai emerge por el borde del tejado.

—Me preguntaba si andabas por aquí —dice, izándose.

Cierro el cuaderno en mi regazo.

—¿Cómo es que estás aquí? —pregunto.

—Todos están en la celebración, así que he podido escaparme. —Se sienta junto a mí, con los brazos apoyados en las rodillas y una mirada cansada, mientras me observa.

—¿Has descansado algo?

Lucho por reprimir un bostezo.

—¿Qué hora es?

—Casi medianoche.

Lo miro de arriba a abajo: vestido con ropa limpia, la espada en el cinturón y el pelo que parece haberse peinado en algún momento, pero que ahora le cae desordenado sobre la frente.

—¿Cómo ha ido?

Se encoge de hombros.

—He pasado la mayor parte de la noche mirando hacia atrás, esperando a que mi mejor amiga llegara.

—Kai...

—No pasa nada —dice con media sonrisa—. Estaba preocupado por ti. Hubiera venido antes a ver cómo estabas, pero mi padre me llamó para una reunión.

—¿Otra? ¿Más noticias de Kenta?

Niega con la cabeza.

—Llevan desde esta mañana interrogando a Aurora, pero no han conseguido nada, así que en lugar de quedarse sin la información presionándola demasiado, creen que nos llevará directamente al levantamiento si la dejamos regresar con la población.

Alzo las cejas, sorprendida.

—¿Crees que es una mala idea?

—¿Tú no?

Se pasa una mano por el pelo, el culpable de su aspecto desastrado.

—Creo que es arriesgado, pero puede salir bien si tenemos cuidado.

—Es un arma de doble filo.

—Probablemente ella sea la única razón por la que no estás en manos de los kenta ahora mismo.

Es cierto. Podría haber sido Kai, o Messer, o cualquiera de nuestros compañeros, pero pienso en los vendedores de ojos amables y

sonrisas fugaces y no puedo sacudirme la culpa. Respiro profundamente para reunir valor y abro la boca para hablar, pero Kai ya está negando con la cabeza.

—No —dice, lo mismo que le dijo a su padre.

Aun así, insisto.

—Lo más sensato sería entregarnos.

Él mira hacia el agua, y su expresión se afirma en una determinación inquebrantable.

—Si cedemos esta vez, tendremos que ceder siempre. Estaremos en la misma posición el próximo año con otra persona.

—No lo sabes.

—No estoy dispuesto a arriesgar tu vida para averiguarlo.

—Mi vida es insignificante en comparación con el conjunto de los alaha. Soy solo una olvidada.

Una chispa de ira se enciende en su mirada y se gira hacia mí.

—Deja de decir eso.

La ira en Kai es poco frecuente. Siempre está sereno y es coherente y paciente. Su intensa emoción me hace querer dejar la conversación ahí, odio la confrontación, pero no me perdonaría si no defendiera mi caso. Necesito saber que lo intenté.

—Niños, Kai. Los niños van a pasar hambre si no hacemos algo.

—Mi padre encontrará una solución.

—¿Y si no hay otra salida? —digo, exasperada—. En unos meses, si no se ha logrado ningún avance con los kenta, ¿considerarías la opción?

—No llegaremos a eso.

—Pero...

—¿Tan repulsiva te resulta la idea de casarte conmigo que preferirías entregarte a ellos?

La pregunta sale como un golpe, dejándonos a los dos sin aliento.

La desilusión y el dolor son evidentes en su mirada.

Deslizo la mano sobre el puño que tiene en la rodilla, con los dedos acariciándole los nudillos en una invitación tácita, y él abre la mano, permitiéndome entrelazar la mía con la suya.

—Casarme contigo no era parte del plan.

La ira y el dolor de antes se reemplazan por esperanza mientras se me acerca.

—El plan no cambia.

Una sacudida me recorre el pecho mientras trato de contener la excitación que comienza a despertarse en mi interior.

—¿Y qué hay de mi lugar en la guardia y de encontrar una manera de llegar a tierra?

Siempre había esperado ser una de las pocas seleccionadas para hacer el viaje anual al Mercado. Un sueño tonto, pero aun así lo deseaba.

—Todo seguirá igual que antes, solo que... —Deja escapar un suspiro y una sonrisa tímida le curva los labios—. Estaremos juntos.

Una semilla de felicidad se enraíza en mi pecho mientras la magnitud de lo que está diciendo empieza a calar en mí.

—Pero Kenta...

—Lo resolveremos —dice, sin dejar lugar a discusión.

Asiento.

Él me recorre el rostro con la mirada, como si se permitiera al fin contemplarme a su antojo. Yo hago lo mismo, maravillándome ante el hombre frente a mí, mi mejor amigo. Atractivo y amable. Mi futuro marido.

Supongo que podría acostumbrarme a esa etiqueta.

Mi mirada se posa en sus labios, y él hace lo mismo, sus ojos aterrizan en mi boca. No me atrevo a moverme, pero necesito que

haga algo, lo que sea, para librarme de este sufrimiento. Él lleva la otra mano a mi mejilla e inclina mi rostro hacia el suyo.

Llevamos años besándonos a escondidas. Nunca ha sido algo constante, ni hemos hablado de ello después, pero sí ha sido algo lo suficientemente continuo como para anticipar uno más, sin saber si ocurriría de nuevo. Me cogía por sorpresa, ya fuera en el tejado de mi casa, mientras nadábamos o escondidos detrás de una esquina. Algunos eran lentos y suaves, otros, un rápido roce de labios. Pero este es diferente a todos los anteriores. Hay propósito e intención en su mirada. Sus labios se encuentran con los míos en un toque suave antes de separarse.

—Respira —me dice, con una sonrisa burlona.

Eso hago y tomo una gran bocanada de aire. Una vez, dos. Otra más. Kai me ha visto ruborizarme tantas veces que ya no soy consciente de que lo hago.

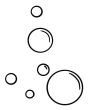
—¿Lo intentamos de nuevo?

Esta vez no espera y sonríe cuando sus labios tocan los míos, firmes y exploradores, mientras las respiraciones se entrelazan. Una chispa de deseo brilla a través de toda mi incertidumbre, y abro la boca hacia la suya, dándole permiso.

Se me escapa un gemido involuntario y Kai desliza un brazo alrededor de mi cintura, atrayéndome más hacia su cuerpo, su respiración está tan agitada como la mía. Si hubiera tenido alguna idea de lo bien que estaría imaginar un futuro con él, nunca habría dado otra respuesta que no fuera «sí» cuando me pidió que me casara con él.

Ahora lo sé, y es como un eco en mi cabeza mientras nos besamos.

Sí. Sí. Sí.



Capítulo 6



—¿Creéis que lo más difícil ya ha pasado porque estáis a punto de graduaros?

Gramble cruza la arena con paso firme, con la carga de espadas de madera.

—Os habéis vuelto complacientes. El viaje al Mercado os echó a perder, os pasasteis el día jugando a las cartas y bebiendo a escondidas en el barco.

Nos alineamos, todavía jadeando por la última tanda de ejercicios del entrenamiento de fuerza. Las cabras balan desde su establo. Son los animales más ruidosos, siempre están quejándose cuando hay que despejar los corrales para el entrenamiento diario. Puede que las vacas huelan peor, pero al menos son silenciosas.

Va lanzando una espada al pecho de cada persona a medida que avanza por la fila.

—Sí, lo sé todo sobre vuestras transgresiones. —Nos está provocando. Sabe perfectamente que el viaje no tuvo ningún lujo—. Atacad a vuestra izquierda. El primero en caer tendrá que correr varias vueltas. —Se coloca en el extremo más lejano de la fila de aprendices para observar—. ¡Ya!

El caos se desata al instante.

Lanzo un golpe con el brazo izquierdo, apuntando al costado descubierto de Lawson. Mi otra mano está cerrada en un puño sobre

la cabeza, con el brazo doblado para bloquear el ataque que sé que vendrá de Paul a mi derecha. Puede que la espada sea de madera, pero está bien pulida y afilada. Castigan la insubordinación asignándote la tarea de darles forma, y la hoja te quema el antebrazo al rozarlo.

Lawson se gira para esquivar el golpe y la punta de mi espada apenas le roza la espalda.

Paul acaba de desarmar a su oponente a su derecha y ahora se centra en mí.

—No sabía que permitían a las traidoras permanecer en la guardia —me suelta a la cara.

Cambio de táctica, dejo de atacar a Lawson y me centro en defenderme, espada contra espada, al encontrarme con el ataque de Paul. Es más grande y más fuerte que yo. Uso eso a mi favor, poniéndome a su alcance mientras giro hasta quedar de espaldas a él y le clavo la espada en el abdomen en un movimiento hacia atrás. Es una herida fatal, y se ve obligado a retroceder.

—¿Decías...?

Tira la espada al suelo de la arena y acepta la derrota. Escaneo la pista y veo a Lawson que se defiende de Aurora, retrocede con cada golpe que ella le lanza. Es casi demasiado fácil acercarme sigilosamente por detrás mientras miro a Aurora por encima del hombro de Lawson. Sin avisarlo, inclina su siguiente golpe para dirigir a Lawson hacia mí y yo le paso la espada por el cuello.

Lawson suelta un grito frustrado y Gramble le ordena que deje de quejarse y empiece a correr.

—Gracias —le digo a Aurora, pero ella ya ha pasado a su siguiente objetivo. Doy un buen trago al agua que saco del morral, agradecida de haber terminado con la infernal sesión de entrenamiento de hoy. No envidio a los guardias caídos que ya están corriendo alrededor de

la arena. Solo quedan tres personas combatiendo: Messer contra dos, Aurora y Philipe, y parece que estos se han aliado temporalmente contra él. Messer es el mejor espadachín de nuestra clase, así que es una decisión inteligente.

No tarda mucho en derribar a Philipe con una rápida finta y un corte en la parte posterior de las rodillas. Aurora, por otro lado, parece estar buscando sangre. Sus ataques se vuelven salvajes, con movimientos sin sentido ni ritmo, actuando solo por instinto ciego para intentar golpear a Messer en algún lugar, donde sea.

Messer bloquea sus golpes, pero no contraataca y es obvio que la está dejando agotarse. Como era de esperar, sus movimientos empiezan a perder fuerza, y él logra desarmarla. Sin espada, ella se queda frente a él, respirando con dificultad por el esfuerzo. Se miran durante varios segundos antes de que Messer recoja su espada y se la ofrezca en un gesto de paz.

Parece que todos aguardan expectantes a ver si ella lo deja quedar como un tonto, pero Aurora nunca es la primera en apartar la mirada. Eso no va con ella. En su lugar, le arranca la espada de las manos y espera a que él se aleje antes de guardarla con las demás y empezar a dar vueltas corriendo. Se escuchan aplausos desde la entrada del campo de entrenamiento, y todos se giran al ver aparecer al capitán Wren, Dupre y Kai en la arena. Es evidente que han estado supervisando el entrenamiento desde la torre del reloj en el nivel superior.

Estamos en el punto más al norte de la arboleda, el lugar donde más fácil resulta alojar el ganado después de descargarlo de los barcos al puerto. La cercana torre del reloj puede dar un claro punto de ventaja para formar una defensa, si alguna vez ocurriera una emboscada. Los cadetes permanecen atentos, incluidos los corredores, que se detienen a mitad de la carrera para mostrar sus

respetos. La mirada de Kai se clava directamente en la mía, y hago lo posible por parecer indiferente ante su inesperada aparición. Hemos estado encontrándonos a escondidas durante las últimas semanas, buscando cualquier momento para estar a solas, para cogernos de la mano, para mirarnos a los ojos lejos de miradas indiscretas, y para besarnos. Muchos, muchos besos. Es imprudente, lo sabemos. Estoy bastante segura de que sus padres lo saben, pero prefieren hacerse los tontos mientras no nos pillen. El capitán no podría ignorar nuestras indiscreciones si se hicieran públicas.

—Pueden continuar —dice el capitán Wren—. Ha hecho un buen trabajo con el entrenamiento de este grupo, Gramble.

Nuestro instructor se regocija en el elogio. Si tuviera plumas, estarían hinchadas en todo su esplendor.

—Ha sido un grupo testarudo —dice en tono de broma.

Kai observa a los ganadores.

—¿Alguno en particular? —pregunta, y desliza la mirada hacia mí. Está provocándome.

Gramble, sin percatarse de su intención, nos declara a todos niños problemáticos.

—¿Qué tal una demostración más? —dice el capitán—. Sus dos mejores espadachines.

Todo el mundo se anima cuando Gramble dirige su atención hacia nosotros. Como era de esperar, inmediatamente señala a Messer.

—Tú —dice. Hace una rápida inspección antes de fijarse en Willard —. Y tú.

Una pelea justa, al menos tan equilibrada como cualquiera podría esperar frente al nivel de habilidad de Messer. Willard es decente.

Se acercan a coger sus espadas de práctica, pero Dupre los detiene, se quita la funda de cuero de la espalda y la desenrolla para

mostrar espadas nuevas, reales, con empuñaduras de distintos tonos de cobre y bronce, y hojas de doble filo, brillantes y afiladas.

—Elegid vuestra arma —dice, con voz rasposa.

Cada uno examina la selección y elige, y es Messer quien coge el bronce en vez del cobre.

—Al *ring* —ordena Gramble.

Todos los seguimos hasta el círculo de combate, tallado en la madera del suelo de la arena.

—Ya sabéis el procedimiento. El primero en rendirse o pisar la línea pierde la pelea.

Todos guardamos silencio mientras observamos a los dos oponentes entrar al *ring*. Las apuestas son más altas con espadas reales. No es que las de madera no sean dañinas —tengo cicatrices y moratones que lo demuestran—, pero Willard tiende a ser despiadado en sus combates, y darle una espada verdaderamente afilada agrega un toque de peligro a la mezcla.

Messer mueve el arma en la mano, haciéndola girar en la palma para acostumbrarse al peso antes de adoptar su posición frente a Willard. Gramble extiende un brazo entre ellos, dejando caer el puño como señal de inicio.

Willard empieza. Messer lo espera, desvía el golpe y provoca un fuerte estrépito de metal al chocar las espadas. Sigue con un rápido giro de regreso que Willard se apresura a igualar. Cada ráfaga de movimiento me hace contener la respiración, esperando que llegue el golpe final, y rezando para que sea el de Messer. Continúa así durante lo que parece una eternidad, el tiempo suficiente para que los corredores que quedaban se vayan acercando para observar cuando terminan sus vueltas.

Finalmente, agotado por la lucha, Willard da un paso en falso y Messer aprovecha para presionar, obliga a Willard a ceder un paso

para recuperar el equilibrio. Messer no afloja, sigue atacando con golpes rápidos que empujan a su oponente fuera de la línea y los aplausos estallan. Pongo las manos alrededor de la boca a modo de altavoz para celebrar su victoria. El capitán Wren entra al *ring* con Kai, y cuando levanta una mano, el aplauso se apaga.

—Cada clase necesita un comandante —dice, colocando la mano sobre el hombro de Messer con orgullo.

Kai se desabrocha la correa adicional que lleva cruzada sobre el pecho, y deja ver una espada distinta a las demás. Tiene una serpiente tallada en el pomo dorado, con su lengua bífida dividiéndose en la guardia donde la hoja se une con el mango. La sostiene sobre ambas palmas mientras inclina la cabeza ante Messer.

Messer mira al capitán, luego a su amigo y a la espada que se le ofrece. Debe de estar en *shock*, pues observa el arma con los ojos muy abiertos durante lo que parece una eternidad, mientras todo el mundo espera a que acepte su nuevo puesto.

Pasa una cantidad incómoda de tiempo hasta que el capitán habla:

—Adelante. Te la has ganado.

Messer traga saliva. Extiende una mano y pasa los dedos por la serpiente dorada. Luego los aparta.

—Con el debido respeto —dice, dirigiéndose al capitán y luego a Gramble—, creo que no.

Un revuelo de murmullos se alza dentro del círculo.

—Si me van a considerar el mejor, tengo que vencer al mejor.

Kai observa a su amigo.

—¿Y quién consideras que es el mejor?

Messer vuelve la cabeza en mi dirección.

—Brynn. —Los murmullos se vuelven un aluvión de voces, y Gramble alza la voz para pedir silencio—. Eres la única que me ha

ganado alguna vez —dice.

—Solo porque me lo estabas poniendo fácil —replico—, y llevabas los ojos vendados.

Sonríe un poco y niega con la cabeza.

—Sabes que eso no es verdad.

¿Lo sé? Las dos veces que conseguí vencerlo me parecieron casualidades, él cometió errores simples porque no estaba esforzándose.

—¿Un segundo combate entonces? —dice Kai, colocándose la espada de nuevo en su correa.

Niego con la cabeza.

—No sería una pelea justa cuando ya está exhausto.

—Oh, voy a vencerte igual —responde Messer, con actitud arrogante, balanceando la espada a un lado—. Pero al menos esta vez me lo ganaré.

El capitán Wren le da una pequeña palmada en el hombro.

—Muy admirable, hijo.

Hace un gesto para que dé un paso adelante, y yo obligo a mis piernas temblorosas a cumplir. Hasta que estoy frente a Messer no me doy cuenta de que no tengo espada.

Sin que nadie le diga nada, Kai saca su propia arma de la funda de la cintura, y me dirige una mirada reconfortante mientras me la ofrece por la hoja. El murmullo de nuestros compañeros se apaga de inmediato. Esto no es algo común. Las espadas son algo personal de cada guardia. No se comparten ni se intercambian, son los bienes más sagrados de un alaha. Que Kai me ofrezca la suya, siendo el comandante de su propia flota, el futuro capitán, dice más que mil palabras. Sujeto la empuñadura dorada, el árbol grabado en el mango me resulta extraño en la palma. Es más pesada que las que estoy acostumbrada a manejar, y repaso algunas técnicas de

práctica, cambiándola de mano para familiarizarme con ella lo más rápido que puedo.

Estoy aquí tras haber superado cada desafío diseñado para eliminar a los eslabones más débiles, tras años de defender mi lugar en la guardia desde que me uní con doce años. He recibido escepticismo por todas partes, desde Gramble y mis compañeros hasta la vieja bruja de la habitación al final del pasillo.

Respiro hondo y enfrento la mirada de Messer. Entre nosotros fluye una corriente de respeto mutuo, y decido, aquí y ahora, dejar de intentar demostrar mi valía ante personas que no se interesan por conocerme. Tal vez no habría llegado aquí sin la influencia de Kai, pero sé que me he ganado este combate. El hecho de que Messer me considere digna es más que suficiente para mí, sin importar el resultado.

Gramble pone el brazo extendido entre nosotros, aguarda nuestro asentimiento de aprobación, luego cierra el puño y lo baja.

Repaso mentalmente los escenarios de ataque, pero conozco todos sus contraataques, y él conoce los míos. Nos rodeamos, sonriendo porque ambos estamos pensando lo mismo. Aun así, uno de los dos tiene que hacer el primer movimiento.

Amaga en mi dirección y sonríe cuando ve que no me muevo ni un ápice.

—Vamos, B —me provoca—. Demuéstranos a todos lo que sabes hacer.

Esbozo una sonrisa ladeada.

—Eres tú quien me ha invitado aquí. ¿Tienes miedo?

—¿De qué? ¿De tu re...? —Desvía mi golpe con un giro, sonriendo al esquivarlo por poco—. Iba a decir «tu revés», pero un golpe directo es muy buen comienzo.

Lanzo un golpe a la izquierda y otro a la derecha, él bloquea ambos, moviéndome hacia atrás al empujar mi espada con la suya. Ataco de nuevo, arriba, abajo, buscando una abertura, pero él bloquea cada movimiento. Es frustrante.

No voy a ponérselo fácil dejando que me desgaste hasta que le convenga contraatacar. Le doy justo lo que está buscando al concentrar toda mi fuerza en el revés. Él levanta la espada justo a tiempo y nuestros brazos tiemblan por la vibración cuando ambas hojas se encuentran. Resisto la presión con los dientes apretados, mientras nos miramos separados por apenas unos centímetros.

—Pensaba que no ibas a ponérmelo fácil —le suelto.

Él intenta sonreír a pesar de sus dientes apretados.

—Como quieras.

El metal resuena agudo mientras nos empujamos con las espadas, y eso da inicio a una incesante melodía de acero contra acero. Él no cede; ataca, esquiva y contraataca. Nos movemos de un lado a otro del círculo, sin detenernos. No hay tiempo para pensar ni planear, como suelo hacer contra otros rivales. Solo me guían el instinto y la reacción.

Es una sensación que me embriaga.

Después de un rato, paramos, jadeando, y me doy cuenta de que estoy sonriendo igual que él antes de volver a la lucha. Cambio de mano, le doy un descanso al brazo dominante, y él hace lo mismo. Izquierda, derecha, arriba, atrás. La espada no deja de sonar en mis manos. Estoy en medio de un giro, lanzando el arma de nuevo a mi derecha, cuando me doy cuenta: le he dejado una apertura. El escozor al sentir el toque de su espada en el interior del brazo no me sorprende. No freno mi impulso, sino que le doy un codazo en las costillas y giro para atacar su costado expuesto. Él me empuja con el antebrazo, y doy unos pasos atrás tambaleándome.

Me veo obligada a mantenerme firme ante su ataque. Estoy cansada. Tengo que ceder un paso para evitar que pase mis defensas, y como un tiburón oliendo la sangre en el agua, avanza. Gruño con cada bloqueo, me defiendo una y otra vez mientras él concentra toda su fuerza y su poder en la espada. No necesito mirar atrás para saber que la línea está a mis talones. Si no hago algo, me va a sacar del círculo. En un último intento, salto hacia un lado, ruedo hasta que vuelvo a ponerme en pie. El cabello se me suelta de la trenza, me bloquea la visión, pero no me atrevo a desperdiciar energía en apartarlo. En este momento, estoy en una lucha por sobrevivir, la delgada punta de su arma se acerca más con cada pase.

Voy a perder.

Solo tengo una opción, una última oportunidad desesperada para echarlo del círculo. Reuniendo toda la fuerza que me queda, lo dejo venir hacia mí, y nuestras espadas forman una cruz mientras él me empuja hacia la línea con toda su fuerza.

Aflojo las rodillas y suelto la espada, deslizándome al suelo para que el impulso lo derribe. Él clava la espada en el suelo para evitar que su cuerpo lo toque. Con los pies plantados a ambos lados de mis hombros y la espada hundida en los tablones sobre mi cabeza, me mira desde arriba.

Estoy atrapada.

Indefensa sin mi espada. Derrotada.

No esperaba ganar, pero es una sensación amarga haber estado tan cerca. Si existe algún consuelo, es el hecho de que Messer parece haber estado en el infierno conmigo. El sudor le cae desde el pelo en riachuelos, tiene la cara y el cuello enrojecidos, la camisa con múltiples desgarrones, y jadea por el esfuerzo. Solo puedo

imaginar cómo debo de estar yo... Me siento como una auténtica mierda.

Extiende una mano hacia mí, y me planteo la posibilidad de quedarme aquí abajo para siempre, pero acepto esa mano. Duele.

Su sonrisa es suave al dirigirse a mí.

—Te dije que ganaría.

Lo empujo, pero es un empujón débil.

Nadie vitorea como lo hicieron cuando Messer ganó su primer combate. Solo Kai entra en el círculo para saludar al vencedor. Me echa un vistazo, pero se centra en Messer, presentándole de nuevo la espada que corresponde al nuevo comandante.

—Ha sido una pelea honorable.

Messer toma la espada en su vaina.

—Por ser alaha.

Kai asiente.

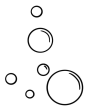
—Por ser alaha.

Recupero la espada de Kai de donde la dejé en el suelo. El metal está ardiendo. Las espadas se calientan cuando se golpean entre ellas continuamente. Algo relacionado con la fricción o la energía u otros motivos que no soy lo suficiente lista para entender. Se la devuelvo en la forma en que él me la ofreció a mí, por la hoja, en señal de disculpas.

Él la acepta, pero no la suelta, la usa para acercarme a él.

—Estoy orgulloso de considerarte mi vínculo.

Luego me besa, frente a todos, haciendo caso omiso de reglas y decoros. Cualquiera que sea el castigo que nos espere, lo sufriremos juntos. Valdrá la pena.



Capítulo 7



No valió la pena.

Nos pasamos la noche encerrados. Las celdas están rodeadas por todos los lados con piedras mangi extraídas del fondo marino, la puerta es una simple tabla de madera con un ventanuco asegurado con barrotes de hierro para que los guardias puedan comprobar el estado del prisionero. Hay cuatro celdas distribuidas por el perímetro del bosque en la base de cada torre de vigilancia. Son frías, ruidosas y húmedas por el agua de mar que golpea contra las paredes de piedra.

El capitán Wren se tomó la molestia de escoltarnos hasta nuestras respectivas celdas, primero a Kai y luego a mí. Su ceño fruncido no dejaba lugar a dudas mientras me encerraba. Está furioso por la desobediencia de Kai, pero le molesta especialmente porque es conmigo.

Siempre hay una pareja a la que pillan rompiendo las reglas de no contacto, pero en general solo los obligan a hacer turno en la cocina o limpiar establos. Es cierto que, normalmente, no lo hacen frente al capitán, sea o no su padre. Incluso después de una ensordecedora noche sin dormir y temblando de frío en la celda, el verdadero castigo empieza a la mañana siguiente: todos los alaha me observan. Los susurros y las miradas me siguen a todas partes. Las burlas se habían ido apagando durante el entrenamiento, pero han

sido reemplazadas por un frío distanciamiento y miradas fulminantes. Que los dioses no permitan que el adorado y preciado hijo del capitán elija a una olvidada como esposa.

En la plataforma de las comidas, Messer planta su desayuno frente al mío mientras toma asiento.

—Si querías saber el escondite secreto que uso para mis encuentros bajo la luz de la luna, solo tenías que preguntar.

Aurora pone los ojos en blanco.

—Todos saben de tu rincón detrás de la tienda del curtidor.

La única razón por la que a Messer nunca lo han pillado es que todos evitan la tienda de cuero como si fuera la peste, incluidos los guardias nocturnos. El hedor de orina parece pegarse a cualquiera que se acerque, y es casi imposible de quitar.

—Mejor que pasar la noche en la celda —dice Messer, que se mete un montón de huevos a la boca y sonríe mientras mastica—. Además, ninguna chica se ha quejado.

—Eso pone en duda el tipo de chicas que te gustan —dice Kai, deslizándose en la silla junto a mí—. Buenos días.

Sonrío ante su aspecto desastrado.

—¿Lo son?

—Es mi último día limpiando establos, así que diría que sí lo son.

Un castigo adicional que Wren le puso a su hijo. Sabía la verdadera razón por la que Kai había anunciado públicamente su intención de casarse conmigo: es más difícil retractarse una vez que se ha hecho. Wren necesitaba recordarle a Kai su lugar: bajo el mando de su padre.

Kai observa la plataforma, asegurándose de que los guardias del turno de desayuno no nos estén mirando antes de apretarme la rodilla bajo la mesa. Se supone que deben estar atentos a cualquier intento de robar comida o causar altercados, pero su atención ha

permanecido fija en Kai y en mí desde nuestra transgresión, sin duda bajo órdenes del capitán Wren.

—¿Cómo va tu brazo?

Levanto la parte inferior para que lo vea.

—Casi está curado, gracias al ungüento que mandaste a mi habitación.

—Agradéceselo a Messer —dice Kai—. Él se ofreció a pagarlo.

Eso es nuevo para mí, pero Messer se encoge de hombros.

—Me sentí mal después de haberte derrotado tan fácilmente.

Le hago una mueca.

—Qué humilde por tu parte.

Kai se acerca más, mirando a los guardias que patrullan el perímetro del espacio de comidas. Su voz es baja cuando habla.

—Anoche desaparecieron dos.

El miedo me invade.

—¿Quiénes? —pregunta Aurora.

—Drago y su hijo —responde Kai.

Messer maldice, apartando su plato.

—Es el tercer barco que desaparece en lo que va de año.

Kai asiente.

—Mi padre está hablando de retirar todas las partidas de pesca.

—¿Por cuánto tiempo? —pregunto.

Su mirada indica que aún no hay una respuesta definitiva.

Todos picoteamos desganados la comida, sin apetito tras oír las noticias de Kai. No es raro que un barco o dos desaparezcan cada año, pero en los últimos tres años el número se ha multiplicado por diez. Honramos a nuestros pescadores. Sus trabajos ya son lo suficientemente peligrosos. El ritmo de desapariciones solo puede significar una cosa: alguien está llevándose a nuestra gente.

Después del desayuno, Messer nos invita a una partida de póquer en el Nivel Principal, partida que todos rechazamos. Él dice que, en ese caso, quizá quede con una chica más tarde para llenar el vacío que dejan sus aburridos amigos. Kai me dice que me verá más tarde, lo que significa que me buscará en mi lugar habitual en el tejado, al acabar su turno patrullando con la guardia. Aurora no nos dice nada sobre sus planes.

Cojo mi lámpara y mi cuaderno de dibujo y subo al tejado con mi alijo. He intentado volver a mi rutina, buscando el placer en las cosas sencillas que hacía antes del Mercado. Solía estar satisfecha con mis dibujos a carboncillo. Sin nada con qué compararlos, me sentía orgullosa del dibujo extraño que en ocasiones me salía. Pero después de ver el arte de algunos de los vendedores, me doy cuenta de todo lo que le falta a mis dibujos, como toques de color para añadir profundidad y dimensión donde más lo necesito.

Ni siquiera el negro más profundo puede transmitir la oscuridad de las pupilas del soldado. He dibujado esos ojos una y otra vez, tantas que empiezo a pensar que son más un producto de mi imaginación que un recuerdo real. Paso las páginas hacia atrás y reviso las versiones para compararlas: todas están inacabadas y son tan decepcionantes como la primera.

Un sonido vibra en el aire, un grave barítono que me retumba en el pecho. Es un sonido que nunca he escuchado, pero reconozco al instante.

El cuerno que suena desde la torre de vigilancia para avisar de una llegada.

Apago la lámpara, guardo las cosas en el morral, dejo el tejado y me cuelo de vuelta por la ventana. Meto el cuchillo negro en la vaina del cinturón y embuto los pies en las botas de camino a la puerta. La

gente ya está saliendo a las entradas de sus casas, con los ojos vueltos hacia la torre norte... la torre frente a Kenta.

Corro.

Ya casi es de noche, y las lámparas llenan las entradas de las casas e iluminan los puentes y los senderos. Estoy al otro lado del bosque. Va a llevarme una hora llegar hasta la otra punta y casi una más llegar al nivel más bajo de la ciudad.

A menos que...

Miro la distancia entre mi puente y el que corre perpendicular por debajo. Es factible. Creo...

Es eso o saltar al agua, casi quince pisos por debajo, pero la zambullida es tan intimidante como un salto entre los puentes. Trepo por la barandilla y me deslizo hasta quedar colgada de las manos. Echo una última mirada hacia abajo, cierro los ojos con fuerza y me suelto. El aterrizaje me hace castañetear los dientes, pero por lo demás estoy bien. Me dejo caer en el siguiente cruce y luego en el siguiente hasta aterrizar en el Nivel Principal para, a continuación, recorrerlo. Hay más guardias dirigiéndose en la misma dirección. La gente se mantiene en los márgenes para dejar paso. Están siguiendo el protocolo: buscar refugio y resguardarse. Una sensación de pánico flota en el ambiente mientras la gente se dirige a sus hogares.

Cuando llego a la parte baja de la torre norte de vigilancia, los guardias de turno están apostados a lo largo del puente y en el puerto, más allá de la celda, donde se congregan más guardias que no están de servicio. Veo a Kai junto a su padre y Dupre, de espaldas a los soldados reunidos ante el mar abierto.

Intento atravesar la línea de guardias, pero doy con un comandante irritado.

—No se permite el paso a los novatos.

—Solo necesito hablar con el comandante Kai.

Se limita a señalar detrás de mí.

—Vete a casa antes de que te denuncie.

Lo ignoro y grito llamando a Kai. Este vuelve la cabeza en mi dirección, y su padre sigue su mirada. El capitán le dice algo a su hijo, y asiente hacia mí antes de volver la vista de nuevo hacia el océano.

Kai se me acerca y me aparta hacia un lado.

—Brynn, no puedes estar aquí.

—¿Qué está pasando?

Mira rápidamente al guardia más próximo para asegurarse de que no nos oye.

—Hay un barco kenta en el horizonte.

—¿Qué?

—Parece que están enviando una lancha. De momento, todo lo que podemos hacer es esperar a que llegue aquí.

—¿No mandaron aviso de que venían?

Niega con la cabeza.

—Vuelve a tu habitación y espera.

—¿Y si miro desde la arena? No estaré en medio.

Suspira mientras calibra cuántos guardias hay y lo altos que están los establos. Veo que está a punto de ceder, así que añado un «por favor», para ayudar.

—Quédate donde no te vean —concede.

Asiento.

—Ten cuidado —le digo, deseando dolorosamente poder tocarlo. Por la forma en que cierra los puños cuando se vuelve, diría que desea lo mismo.

Los establos están recién fregados, y me hago con un sitio desde el que se ve el puerto. Localizo el barco kenta inmóvil en el

horizonte, donde el cielo se junta con el agua y esta empieza a difuminarse con el sol poniente.

Un pequeño bote con una figura solitaria rema hacia nosotros; la distancia hace difícil distinguir nada más que a un hombre de pelo corto. La oscuridad cae y él no ha conseguido llegar a puerto, pero seguimos esperando, todos los ojos puestos en la pequeña parte del océano que refleja las luces de la arboleda. Esperamos y esperamos hasta que un único rayo de luz se ve en el cielo en la distancia y explota en chispas blancas que caen.

Una señal del barco kenta que indica que vienen en son de paz.

Como si respondiera a una señal invisible, la pequeña embarcación llega a la zona iluminada, y el corazón se me para en seco.

No.

No puede ser él. Estoy imaginando cosas. Apenas hay luz, todos los hombres parecen iguales en la penumbra.

Solo que este hombre es inconfundible en estatura y belleza. Me basta con un solo vistazo a su silueta para saber que es él.

Cinco guardias lo esperan cuando amarra el bote en el muelle. Le pasa una cuerda a uno de ellos para que la asegure, mientras se inclina hacia la escalerilla para subir por ella, alzando las manos en rendición en cuanto pone los pies en el muelle. La voz del guardia que le ordena arrodillarse apenas se oye por encima del oleaje.

La ansiedad me impide respirar.

No puede haber venido hasta aquí solo por un cuchillo..., ¿verdad? Si me descubren con él, no habrá dudas de que soy la ladrona que dice que soy. Tengo que deshacerme de él. Juro que puedo sentirlo vibrar en mi cintura, como si reaccionara a la cercanía de su dueño.

Y, como si escuchara su llamada, la cabeza del soldado kenta se alza de golpe y sus ojos se clavan en los míos.

Es probable que Kai sepa qué es lo que llama la atención del soldado sin necesidad de alzar la vista. Sin dudarlo, avanza hacia él —hacia el hombre que me sujetó contra la muralla y que desde entonces no ha salido de mis pensamientos— y se planta frente a él, exigiendo su atención.

El soldado ni siquiera pestañea. Los demás guardias empiezan a darse cuenta, y vuelven la vista para ver qué ha captado su atención. Me han descubierto, es oficial. Kai se inclina hacia él para interceptar su mirada. Veo los labios del soldado moverse, dice algo sin apartar los ojos de los míos.

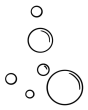
Suelto un pequeño grito cuando Kai le asesta un puñetazo en la cara.

La cabeza del soldado de ojos oscuros gira por el impacto. Escupe en el muelle antes de, por fin, dirigir su atención a Kai... y sonreírle.

Los guardias lo levantan y le colocan grilletes en muñecas y tobillos. Lo conducen hasta el capitán, que le dice algo. Sea lo que sea lo que el soldado responde, está claro que a Wren no le gusta. Su rostro se contrae de rabia. Indica a los guardias que lleven al soldado hasta la celda. Pasan justo por debajo de los establos, y el soldado vuelve a mirarme. Es solo un instante antes de desaparecer tras los barrotes, pero esa última mirada me acompaña todo el camino de vuelta a casa. No estaba sonriendo del todo, pero algo parecido le asomaba en la comisura de los ojos, que brillaban al encontrarse con los míos.

Como si esto le divirtiera. Como si yo le divirtiera.

Esa noche caigo en un sueño intranquilo, atrapada entre imágenes del soldado, el muro del Mercado y un prado cubierto de flores silvestres, con la hierba ondeando al viento como un mar verde.



Capítulo 8



La mirada de Messer se fija en la mía en cuanto piso la plataforma de la sala de comidas, y ambos nos dirigimos directamente hacia el otro. Mis ojos se desvían hacia el moratón púrpura intenso que le cubre la mandíbula, con la piel amoratada extendiéndosele bajo el cuello de la camisa.

—Messer —murmuro, observándolo.

Él niega con la cabeza, dirige la vista hacia los guardias que están cerca antes de tirar de mí hacia la fila de la comida. Llevamos nuestros platos hasta la parte más alejada de la plataforma, con vista directa al océano y al barco kenta, que sigue anclado en el horizonte.

Hemos estado recluidos temporalmente desde la llegada del barco y esta es la primera vez que lo veo en tres días.

Espero a que un guardia pase antes de clavar la mirada en Messer.

—¿Qué pasó?

—Me pilló escapándome, pero estoy bien —responde, clavando el tenedor en los huevos de su plato—. ¿Has hablado con Kai? —pregunta, esquivando la conversación sobre su padre.

Me sorprende que lo admita. El entrenamiento se había suspendido, así que esta vez no puede decir que sus heridas vienen de ahí. Creo que no hay nadie a quien odie más que al padre de Messer.

Con una expresión me ruega que lo deje pasar, así que lo hago, me obligo a tomar un bocado y tragar antes de responder.

—No. ¿Y tú?

Su mirada recorre la plataforma llena de gente y aprieta los labios con preocupación, sacudiendo la cabeza.

—Tampoco he visto a Aurora.

—¿No has... sabido nada por tu padre? —Su padre es el tercero al mando, el siguiente en rango después de Dupre. Si alguien sabe qué está pasando, es él.

Messer sacude la cabeza.

—Ahora mismo no está precisamente contento conmigo.

—¿Cuánta gente hay en ese barco? ¿Treinta? ¿Cuarenta hombres?

Mira la silueta borrosa en el horizonte.

—Si los hay.

—Los aniquilarían antes de que pusieran un pie en el bosque.

—No creo que hayan venido para vengarse —dice.

—Han estado enviando aves todos los días. ¿Crees que Wren dijo la verdad sobre las condiciones que puso Kenta?

—No sé qué pensar —responde, mirándome—. Pero sé que mantienen una estrecha vigilancia alrededor de la torre norte, así que el soldado kenta sigue bajo custodia.

Otro guardia pasa cerca de nuestra mesa.

—¿Recuerdas que usé el cuchillo del soldado? —No necesito dar más detalles.

Messer coge un buen bocado con el tenedor y se lo lleva a la boca, asintiendo sin mirarme.

Mantengo la mirada fija en la comida mientras hablo en voz baja.

—Puede que aún lo tenga.

Hay una pausa clara en su lado de la mesa antes de que logre recobrar la compostura. Toma un sorbo de su odre y luego aborda el

tema.

—Deshazte de él —dice con voz tajante, sin dar lugar a negociación.

Sé que cualquiera de las excusas que ponga por no haberlo hecho ya serían absurdas. Desde la llegada del soldado kenta, he estado preocupada día y noche, temiendo que los guardias de Alaha irrumpieran en mi cabaña y encontraran la evidencia del robo, pero no he logrado hacer lo que tenía que hacer.

Qué más da que admire la hoja negra y la destreza que supuso hacerla. No es un recuerdo ni algo que me pertenezca, así que bajo la cabeza en señal de conformidad.

Comemos lo más despacio que podemos mientras esperamos por si Kai aparece para el desayuno, pero el tiempo pasa y tenemos que presentarnos al entrenamiento. Aunque la arboleda intenta volver a una especie de normalidad, la gente se agrupa en corrillos, sus susurros flotan en el viento, entre las hojas de los árboles. El Nivel Principal está abierto. También las puertas de las tiendas, pero hoy nadie está de compras. Los dependientes permanecen en los umbrales mientras la gente pasa.

Unos niños juegan a las pirañas. Se ríen y escapan de los dos a los que les ha tocado ser los peces atacantes. Intentarán atrapar a los otros para hacer crecer su escuela de cazadores, pero al acercarnos al grupo, la falta de entusiasmo es evidente, sus voces, más bajas de lo habitual, las risas menos alegres. Messer se mete en el juego, rodeando a varios de ellos al mismo tiempo, lo que hace estallar los gritos. Los ayuda a perseguir a los demás peces libres hasta que no queda ninguno.

Shirlane, la profesora de primaria, viene a reprender a Messer y a los niños, y su peinado impecable y sus ojos acerados siguen siendo

tan aterradores como cuando éramos pequeños. Messer se aparta, agacha la cabeza, pero no consigue ocultar una sonrisa.

Su parada hace que tengamos que apresurarnos el resto del camino hacia los establos. La campana de la torre del reloj suena nueve veces, indicando el cambio de turno y el final del desayuno. Gramble ya está dando órdenes cuando llegamos al último escalón.

—Cien por llegar tarde —dice, señalando el sucio suelo de los establos.

Debido al cierre temporal de la arboleda, los establos llevan días sin limpiarse, pero no hay tiempo para contemplar el estiércol y la orina que cubren el suelo cuando nos tiramos en él para empezar las flexiones. Le lanzo a Messer una mirada de desagrado, mientras mis dedos se hunden en la basura con cada movimiento. Al menos parece arrepentido. Llevo treinta y siete flexiones cuando Gramble me llama. Me siento sobre las rodillas, alzo la vista y lo veo junto a Dupre en la entrada. El temible comandante hace un gesto con la mano para que me aproxime.

Messer me mira mientras alza una ceja con gesto interrogante y yo me encojo de hombros a modo de respuesta. Me concentro en recoger mi morral y poner un pie delante del otro. Dupre no da una palabra mientras gira y me dirige por la escalera del establo. Cojo un odre de agua y me limpio las manos de camino.

Al fondo, aguarda el capitán Wren.

—Brynn —me saluda. Muestra una sonrisa educada, pero hay una nota de seriedad en ella—, disculpa por sacarte del entrenamiento, pero necesito hablar contigo.

—Claro —digo, confiando en parecer accesible a pesar del deseo apremiante de salir huyendo.

—Por aquí.

Me indica que pase ante él y tomamos el camino hacia la torre norte. Veo a Kai fuera de la celda, y su ceño fruncido no me ayuda a calmarme. El capitán me detiene y me pone una mano en el hombro; yo me esfuerzo por resistir el impulso de apartarme. Me gira hacia él mientras aún estamos lo suficientemente alejados de la celda para que no se nos pueda oír.

Nota mi agitación.

—No hay nadie en peligro. —Sonríe, tranquilizándome—. Te he traído aquí porque necesito que hables con el soldado.

Me quedo sorprendida.

—¿Yo?

—Sí. Los mensajes que hemos enviado al barco kenta no han obtenido ninguna repuesta, y el soldado ha dejado claro que la única persona con la que hablará es contigo.

Miro a Kai, pero su expresión no deja traslucir nada.

—Lo único que tienes que hacer es entrar ahí y escuchar lo que tenga que contarte —dice el capitán, reclamando de nuevo mi atención—. Puede que intente manipularte o provocarte para que pierdas la calma; no se lo permitas.

—A ver si lo tengo claro —digo, sosteniéndole la mirada—. ¿Quieres que entre ahí y... escuche?

Por la pausa que hace antes de volver a hablar, diría que hay algo más.

—Los kenta tienen una armada de barcos, cuya localización necesitamos conocer.

—¿Crees que se dirigen hacia aquí?

—No lo sé —dice, mientras su vista se dirige al barco en el horizonte—. Pero necesitamos saber si este soldado y los que están en el barco son rebeldes que actúan por su cuenta, o... o si tenemos que estar preparados para algo más.

Es una presión muy grande. El pensamiento de hablar con el soldado me provoca un escalofrío por la espalda que es una mezcla de emoción y ansiedad. Noto un nudo en el estómago y el corazón me late desbocado, pero no hay forma de que pueda negarme, me lo pide el capitán, y es por mi gente.

—De acuerdo —le digo.

El capitán Wren sonríe. Es tan raro ver esa sonrisa dirigida a mí que por un momento me aturde, pero no hay tiempo que perder y me dirijo hacia Kai.

Va vestido con su uniforme de comandante.

—Voy a entrar contigo.

Asiento, aliviada.

—Si en cualquier momento quieres salir, dilo y lo haremos.

No sé qué decir, así que me limito a asentir de nuevo, mientras intento controlar el temblor de las manos, cerrándolas en puño a ambos lados del cuerpo.

Kai extiende la mano hacia la manija de hierro de la puerta, pero uno de los guardias lo detiene con una mano en el pecho.

—Nada de armas dentro.

Confuso, Kai mira su espada y luego a su padre. El capitán Wren asiente, indicándole que obedezca, y Kai suelta el arma que lleva a la cintura y la entrega.

—Lo siento, señor, pero no se permiten las armas dentro —ordena el guardia de nuevo.

Kai se queda quieto, igual que yo cuando veo que se levanta la tela de la camisa del lado izquierdo y saca una daga.

Es un arma prohibida.

Wren parece bastante molesto por la insubordinación de su hijo, pero nadie dice una palabra mientras Kai sostiene el arma por la hoja para que el guardia la pueda coger.

Kai busca mi mano y entrelaza sus dedos con los míos.

—¿Lista?

Dejo que su firme presencia me centre, respiro profundamente y hago un gesto de asentimiento a los guardias. Abren la puerta y Kai entra primero, con el cuerpo inclinado delante del mío mientras me conduce dentro.

El olor del interior me golpea, es peor que el de los establos. El tipo de peste que se cuela por cada poro de tu piel, un constante recordatorio de la condición humana.

Nada podría haberme preparado para la abrumadora diferencia entre la última vez que lo vi y esta. Uno de sus ojos está cerrado casi por completo por la hinchazón, el otro está sanguinolento alrededor de la pupila y un gran corte le cruza la ceja. Su nariz tiene una costra donde antes llevaba el aro.

Me duele mirarlo a los ojos.

Él sonríe, los dientes blancos como el marfil en contraste con su piel.

—Es un placer verte otra vez.

Aunque sus palabras se dirigen a Kai, ambos sabemos que son para mí.

Solo para mí.

El familiar golpe de la puerta de la celda cerrándose resuena tras nosotros. Estamos encerrados con el soldado.

Hago lo posible por mostrar una expresión valiente.

—Ojalá pudiera decir lo mismo.

Sus fosas nasales se expanden, sus ojos arden mientras pasa la mirada de mí a Kai.

—¿Los alaha hacen entrenar a sus guardias jóvenes con los animales?

Es imposible no notar el olor a mierda de vaca que desprendo y odio que se me note la humillación por lo roja que me pongo.

—Juzgas con precipitación. —Las palabras de Kai son heladas—. Estamos limitados por el espacio, así que nos vemos obligados a usar los establos como pista de entrenamiento.

El soldado mira a Kai.

—¿Puedes explicarme por qué su olor llenaba esta celda cuando he llegado?

Un escalofrío me recorre el cuerpo. Fue capaz de oler... no, es imposible. Se le habrá escapado a un guardia, o escuchó alguna conversación. Miro a Kai, pero sus ojos siguen fijos en el soldado, mirándolo como si no fuera más que el barro de sus botas.

—No estamos aquí para explicarnos ante ti.

—Es cierto. Tenemos un trato. —El soldado vuelve los ojos negros hacia mí—. Quiero disculparme. —Su voz parece neutra, como si no escondiera nada. O como si lo escondiera muy bien.

En cualquier caso, es inquietante.

—Aquel día en el Mercado, no pretendía herirte. Nunca había experimentado un dolor de ese tipo personalmente, pero he oído historias al respecto, y ninguna es agradable.

Pienso en ese dolor todo el tiempo. El modo en que lo sentí como algo vivo, como otra entidad invadiendo mi cuerpo durante el segundo de conexión que tuve con tierra firme. Es raro, porque pasó tan deprisa que casi no parece real ya, como si no hubiera pasado nunca.

—No puede haber sido peor que el que me hubieras provocado cortándome la mano. —Alza una ceja—. O peor de lo que te ha ocurrido aquí.

Corta la conexión entre nosotros, dirigiendo la vista a Kai, y lo sigo con la mirada, mientras comienzo a entenderlo.

—¿Kai? —Doy un paso al frente para obligarlo a mirarme. Le cojo el brazo.

Él me detiene con una mano sobre la mía, que sigue aferrada a su camisa.

—Te está manipulando, Brynn.

El capitán me advirtió de que haría esto, intentar manipularme y confundirme. Lo cierto es que es embarazoso haberle dejado hacerlo con tanta facilidad. Vuelvo mi atención hacia el desastrado prisionero. Nos observa atentamente a ambos, fijándose en la forma en que la mano de Kai cubre la mía.

Suelto a Kai, repentinamente ansiosa de salir de esta celda.

—¿Dónde está la armada?

El soldado de ojos oscuros se acomoda contra la pared, apoyando la cabeza contra las piedras.

—La mayor parte está atracada en la Bahía de la Vieja Marea. Mantienen un barco o dos en el Mercado, y los pocos que quedan, en mar abierto. Cambian de turno de vez en cuando, pero es difícil decir cuándo sucederá.

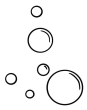
Bueno, ha sido fácil. Demasiado fácil...

Pero Kai parece satisfecho, me coge por el codo y me guía hacia la puerta, donde da un par de golpes con los nudillos para indicar a los guardias de fuera que hemos acabado. Me atrevo a mirar al soldado antes de salir. O bien soy más crédula de lo que pensaba o hay una preocupación acuciante en sus ojos cuando nos ve salir.

—Hasta la próxima, Brynn.

La forma en la que dice mi nombre, con la última letra quedándose en la punta de su lengua, me hace temblar de miedo.

Lo dice como si aún tuviéramos algo pendiente.



Capítulo 9



Tengo cuidado para no salirme de las sombras que proyectan las cabañas. Los guardias han hecho el cambio de turno, amonestando a todo el que no cumpla con el toque de queda. Han cogido a un par de adolescentes merodeando, pero los perdonaron y no los mandaron a las celdas.

Qué afortunados.

Me detengo en el primer piso junto a la torre sur de vigilancia y me mantengo pegada a la estructura para evitar que los guardias de arriba me vean. Lleva días lloviendo intermitentemente, pero por suerte no hay espuma en el agua. Reviso de nuevo los alrededores antes de asegurarme de que la espada de la cadera está bien sujeta. Luego, doy un paso y me lanzo al océano, manteniendo brazos y piernas juntos para minimizar la agitación del agua.

Nado hasta la escalerilla que cuelga bajo el Nivel Principal. Está resbaladiza y cubierta de percebes y algas, pero me las arreglo para subir hasta la estructura que sostiene la parte inferior del puente. Las vigas que la componen no están en mucho mejor estado que la escalerilla. Resbalo a cada paso, y la oscuridad engulle el espacio a apenas un par de metros delante de mí. Me planteo volver. El puente abarca todo el ancho de la arboleda, y a este ritmo, puede que no llegue antes del amanecer.

Aun así, la inquietud constante en el estómago me empuja a dar otro paso, a buscar respuestas, pero también a ayudar. Si puedo.

Paso las siguientes horas avanzando con cautela por las vigas entrecruzadas. De un extremo al otro del puente, voy rezando a cada paso para no caer al océano. Los muelles de pesca no están muy lejos, pero son una de las zonas más patrulladas del bosque, debido a los adolescentes que se escabullen hacia los botes de pesca por la noche.

No me doy cuenta de que he llegado hasta que estoy a un brazo de distancia de la prisión. Por la gracia de los dioses, lo he logrado.

Apoyo las manos contra las piedras mangi y dejo los músculos descansar un instante. Sin embargo, me recuerdo a mí misma que aún tengo que regresar y que ya voy tarde. El sol no tardará más de una hora en asomar por el horizonte, lo que significa que en tres horas debo presentarme al entrenamiento.

Me asomo por las grietas que hay entre las piedras apiladas. La luz de un farol colgado al otro lado de la puerta de madera se filtra por los barrotes de la ventana, perfilando la silueta de uno de los guardias que está cerca. Me fijo en la figura apoyada contra la pared opuesta, de cara a mí.

Tiene una rodilla doblada y los brazos encadenados cuelgan por encima. Parece dormido, con la parte trasera de la cabeza apoyada contra la pared. La luz parpadea sobre un lado de su cuerpo, y deja el otro en sombras. Incluso en su agotamiento maltrecho, es condenadamente atractivo.

De pronto abre los ojos.

No debería ser posible que me viera, pero su mirada parece aterrizar justo en mí. Contengo la respiración, me agacho hasta quedarme sobre los talones con apenas unos centímetros de madera para mantenerme entre las piedras y el agua de allí abajo.

—Mira quién es —murmura con sorna, aunque es difícil entenderlo con la voz tan rasposa—. La ladronzuela en persona.

—No soy una ladrona. Nunca le robé nada al vendedor en el Mercado.

—Pero sí que robaste algo.

—Eso fue un accidente.

La celda no es más que una caja. Si se acostara a lo ancho, no cabría. Las cadenas alrededor de sus muñecas y tobillos chocan entre sí cuando se inclina hacia delante, y el rostro se vuelve más claro en las sombras a pesar de alejarse de la luz.

Sus ojos están alerta, lo cual es sorprendente considerando su estado. La ropa y la piel están cubiertas del hollín de las piedras y de humedad, hay sangre seca en su piel y los moratones están aún más horribles que el día anterior.

Una sonrisa maliciosa le curva la comisura de la boca, mientras sus ojos atrapan los míos a través de los huecos entre las piedras.

—¿Separarme el talón de la pierna también fue un accidente?

Respondo a su sonrisa.

—No.

La suya se ensancha, mostrando los dientes.

—Pareces tener tendencia a la rebeldía.

—¿Por actuar en defensa propia?

—Por estar aquí ahora mismo.

No se equivoca.

—Querías mi atención —digo—. Ahora la tienes.

—Déjame adivinar —dice—. El chico te lo contó.

Se me eriza la piel.

—El chico —recalco— es el futuro líder de Alaha, y al menos podrías fingir respeto al hablar de él.

—¿Siempre te refieres a él así? El futuro líder de Alaha...

Se está burlando de mí.

—¿Por qué viniste aquí?

Ahora sonríe de verdad.

—Por ti, por supuesto.

Un escalofrío me recorre la espalda. Aunque estoy oculta casi al completo en el otro lado de la pared de la celda, siento que es capaz de ver cada centímetro de mí. Sus palabras me provocan una reacción visceral. No sé si de miedo o de repugnancia.

—¿Qué quieres de mí?

Su sonrisa permanece, pero de algún modo pierde el rastro de amargura que tenía, despojándose del aire condescendiente. Ladea la cabeza y luego vuelve a su posición original, relajándose contra la pared.

—No puedo decírtelo.

—¿Qué? —Me sale muy alto, y miro apresurada hacia los barrotes de la puerta, comprobando la posición del guardia. Por suerte, el sonido de las olas al romper ayuda a atenuar nuestras voces. La sombra sigue inmóvil en la pared iluminada por la llama parpadeante —. Querías hablar conmigo —siseo, más bajo—, pues habla.

Él niega con la cabeza.

—Todavía no confío en ti.

—¿Confiar en mí? —repito, incrédula—. ¿Qué tiene que ver confiar en mí con esto?

Me observa durante un largo momento.

—Brynn.

Mi nombre le sale más como una pregunta que como una afirmación, como si estuviera jugando con la sensación de la palabra en su boca.

—No es un nombre que te vaya bien.

Estoy segura de que está tratando de irritarme.

—¿Cuál es el tuyo?

—Acker —declara.

—¿Tienes apellido?

Ignora mi pregunta.

—Espero que no te hayan reñido por mi culpa.

Puede que sea él quien esté en la celda, pero está claro que soy yo quien tiene que seguir sus reglas en esta conversación.

—Kai no me habla como te habla a ti.

—Es bueno saberlo. —Cambia de postura cuando una ola rompe a nuestro alrededor y entra agua en su celda, que salpica las piedras —. Considerando lo que está dispuesto a hacerte.

—Si te refieres a mi tiempo en esta celda, ten por seguro que merecía ese castigo.

Y ahí está, esa sonrisa que usa como un arma.

—Oh, de eso no tengo duda —se arrastra hacia mi lado de la celda, con el tintineo de las cadenas al moverse—, pero no es a eso a lo que me refiero.

Trago saliva, casi con miedo a preguntar.

Él se acerca todo lo que puede al hueco entre las piedras.

—Dime, ¿qué recuerdas de tu infancia?

Entre los alaha no es raro que los niños sigan las profesiones de sus padres. Los pescadores llevan a sus hijos al mar desde pequeños, a veces incluso a los pocos días de haber nacido. Por lo que me han contado, mis padres solían llevarme en sus expediciones de pesca.

Cuando tenía siete años, un grupo de búsqueda me encontró en el bote... sola, sin la menor pista de adónde habían ido o qué les había sucedido. El misterio alimentó la leyenda del calamar gigante, pero la razón más probable de su desaparición es que estuvieran

pescando con arpón y olvidaran amarrar el bote. Cuando se dieron cuenta de su terrible error, el bote ya se habría alejado demasiado.

Recuerdo los días siguientes, cómo aquella hermosa mujer me sostenía entre los brazos mientras yo lloraba sin parar. Faline, la madre de Kai. Ese es mi primer recuerdo, ella y el niño de ojos grises que no podía contener su curiosidad mientras me miraba en brazos de su madre. Un sentimiento crece dentro de mí, como la puerta de una caverna que no he abierto en mucho mucho tiempo.

«¿Por qué estás tan triste?», me susurraba el niño, mientras su madre dormitaba conmigo en brazos.

«No lo sé», susurraba yo en respuesta.

Volviendo la vista atrás, recuerdo lo frustrante que era no poder llorar a pesar del dolor punzante en el pecho. Recuerdo lo extraña que me resultaba aquella mujer que intentaba consolarme y mi deseo de volver a casa.

Pero no recuerdo ni un solo detalle sobre mis padres o del hogar que añoraba.

—Los padres de Kai me acogieron después de que los míos murieran, pero... no recuerdo nada anterior a los siete años —le digo.

No habría preguntado si no lo supiera ya. No necesita decirlo en voz alta para que yo vea la confirmación en sus ojos.

—La condición con la que aceptaron traerte aquí para hablar conmigo fue que me asegurara de... —Inclina la cabeza, buscando las palabras adecuadas—. Dar garantías de que no revelaría demasiado. Así que tendrás que hacer las preguntas correctas.

—¿Qué quieres decir?

Me sostiene la mirada.

—Creo que lo sabes.

¿Dar garantías? ¿Está hablando de un juramento de sangre? Se supone que un juramento de sangre une mágicamente a las personas con la palabra que han dado. Una promesa cuya ruptura tiene consecuencias mortales.

Más mitos.

—Los juramentos de los que hablas no son reales.

Él alza una ceja.

—Son una tontería —insisto—. Kai y yo jugábamos a eso de niños. Nos pinchábamos los dedos y jurábamos por nuestras vidas, pero nunca nos desplomamos muertos cuando rompimos esos juramentos.

Sacude la cabeza.

—Les faltaba una pieza clave, el pegamento que hace que la promesa se mantenga.

Pienso en el viejo cuento y el verso que lo acompañaba:

«Sangre a sangre, confianza a confianza, plantamos esta tierra...».

—Tierra.

Él asiente.

—Pero Alaha no tiene tierra.

Por la forma en que guarda silencio, voy a asumir que eso no es cierto.

Suelto un suspiro al comprenderlo.

—El capitán posee tierra kenta.

Estamos a pocos centímetros, separados por una fina barrera de roca y nuestras miradas se encuentran a través de la grieta.

—La tierra era antigua. Tenía siglos, probablemente, así que el juramento se debilitará con el tiempo. Ya puedo sentir cómo se aflojan las ataduras. A medida que logras encajar las piezas, todo se vuelve más endeble.

—Digamos que te creo —propongo, dubitativa—. Si la magia y los juramentos de sangre, y vete a saber qué más, son reales, ¿por qué hacer un pacto que puede matarte si lo incumples? Eso, asumiendo que has hecho un pacto de sangre con Wren.

—Sabía que no te permitirían hablar conmigo a solas y que probablemente mandarían a algún acompañante para protegerte. —Ladea la cabeza con actitud contemplativa—. Tenía que verlo mientras estaba ocurriendo.

—¿Ver el qué?

Se queda en silencio un instante, lo que me lleva a pensar que el juramento le impide revelar demasiado.

Deja escapar un suspiro frustrado.

—¿Lo amas?

Me siento confusa y algo irritada por una pregunta tan íntima.

—Eso es un poco personal, ¿no te parece?

Él se mantiene en silencio.

—Sí, lo amo —le digo—. Es mi mejor amigo.

Sacude la cabeza, con una risita sofocada.

—Creo que es la peor declaración de amor que he oído nunca.

—No sabía que debía recitar una poesía sobre sus ojos.

—Mi mejor amigo —repite, como si tuviera todo el tiempo del mundo para considerar mis palabras—. Si mi vínculo usara esas palabras para definirme, me sentiría fatal.

—Muy bien —digo de mala gana—, háblame de tu vínculo. ¿Qué es lo que amas de ella? —Eso, suponiendo que tenga mujer. A juzgar por su aspecto, esa belleza que resulta intimidante, diría que sí, pero su personalidad echa mucho para atrás. Su sonrisa se desvanece y parece triste.

—Tiene unos ojos preciosos —dice con suavidad, como si estuviera perdido en sus recuerdos—. Son marrones y verdes y

ámbar, como los colores de las estaciones. He buscado unos ojos así en todas partes, pero nunca he visto nada comparable.

La verdad es que odio lo sincero que suena.

—Conmovedor —le digo, dejando que la irritación se cuele entre mis palabras—. Debe de estar preocupada por ti.

Niega con la cabeza.

—Soy yo el que está preocupado por ella, te lo aseguro.

—Qué afortunada.

—Ten cuidado —dice como si arrastrara las palabras—, pareces un poco amargada. ¿Es porque te has dado cuenta de que tienes cero interés romántico en el hombre con el que planeas casarte?

—La razón por la que estuve en esta celda —digo, dejando que desvergüenza y rencor se me escapen por la boca— es que rompimos la Regla de los Límites. ¿Sabes lo que es?

Ya no sonríe.

—He oído hablar de los pactos de Alaha. Son una caricatura de las tradiciones de Kenta, creadas para controlar a la población.

Cualquier intención de ser amable que me quedara se evapora.

—El capitán no es un dictador. Es amable. Me acogió cuando yo no tenía a nadie.

El fuego de mi mirada prende en la suya.

—¿Y qué hay de tus padres reales? ¿Dónde están?

—Muertos.

—¿Viste sus cuerpos?

—Da igual lo que les pasara. Ya no están.

Chasquea la lengua y su expresión es molesta.

—No puedo ayudarte si te empeñas en no ver la verdad.

—¿Ayudarme con qué?

Niega con la cabeza.

—Esa no es la pregunta adecuada.

Si pudiera atravesar la pared, lo estrangularía.

—Cuando me acusaste de robar en el Mercado, ¿estabas intentando...? —Me detengo, sin saber si dar voz a mis sospechas por si me equivoco—. ¿Estabas intentando ayudarme?

—Sí —Hay un deje de entusiasmo en su voz.

—¿Porque piensas que estoy en peligro?

Deja que el silencio responda por él.

—¿Quién me pone en peligro?

Las olas golpean más fuerte, la marea está subiendo con la luna. Parece un presagio de lo que vendrá. Mis padres, mi pasado, mi falta de recuerdos... Acker insinúa algo grande. Trago saliva. Es casi como si me estuviera diciendo que no soy...

Que no soy alaha.

No necesitaba que él me lo dijera. Hace mucho tiempo que lo sé, esa sensación de otredad que llevo escondida dentro. Pero oírlo es diferente, ver mis miedos reflejados en las palabras de un extraño.

El pánico se apodera de mí y provoca que me tambalee sobre la estrecha cornisa.

Sonríe con la boca cerrada, pero no intenta hacerme cambiar de opinión ni provocarme. Coloca un brazo sobre la rodilla doblada y asiente.

—Estate tranquila, Brynn, todo se revelará a su debido tiempo.

Hay un mensaje implícito en sus palabras, un acertijo que quiere que yo resuelva. Parece un juego.

Uno al que no quiero jugar.

—Disfruta de tu estancia en Alaha. —Me dispongo a irme—. Parece que vas a estar aquí una buena temporada.

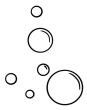
El camino de vuelta a la torre sur dándole vueltas a la conversación se me hace largo. Había pensado que hablar con él sin

la intromisión de testigos aliviaría mi curiosidad, pero parece que ha tenido el efecto contrario.

Cuando llego al final del puente, me recuerdo a mí misma la advertencia de Messer.

Cojo la daga que llevo a la cintura y paso los dedos por la oscura hoja y el mango gastado, grabándolos en mi memoria. Con el corazón acelerado, extiendo el brazo sobre el agua y dejo caer la daga.

Desaparece casi enseguida en el oscuro abismo.



Capítulo 10



El comandante Johannes, padre de Messer, le estrecha la mano al capitán Wren y luego a Kai, mientras mantiene ese aspecto de persona respetable que el muy cabrón tiene.

Es el día de la graduación. El Nivel Principal se va llenando de gente a medida que se acerca el inicio de la ceremonia. Los graduados vienen con sus familias. Debido a mi falta de parientes, Kai me invitó a ir con sus padres. Habría sido de mala educación decir que no.

—Parece que tengo que felicitarte —dice el comandante Johannes. Me mira, fijándose en mi recién adquirido uniforme de guardia y luego vuelve su atención a los hombres que hay a mi lado.

Su mujer, Danuh, sin embargo, me toma las manos.

—Estoy deseando verte en el comité —dice, refiriéndose al grupo de esposas de los comandantes que planean todas las actividades de los alaha.

No lo había pensado, pero tiene sentido que esperen que participe. Sonriendo, se lo agradezco, y me siento aliviada cuando me suelta las manos.

Messer me mira y me recorre el uniforme con la vista.

—Te queda bien.

Tiro de la tela, odio lo ajustada que es y lo mucho que pica.

—A ti también. Tu espada parece aún más brillante.

Se mira la empuñadura que queda a la vista con expresión orgullosa.

—Mis padres la hicieron pulir y afilar como regalo de graduación.

Entonces lo veo de nuevo, más moratones en el cuello, huellas de dedos. Aprieto la mandíbula y miro hacia otro lado, y veo a la madre de Messer. No era mi intención, pero el enfado y la preocupación deben de verse en mi expresión, porque Kai me da un pequeño codazo.

—Vienes, ¿verdad?

Niego con la cabeza y me uno a la conversación sobre la cena que se dará después de la ceremonia de graduación.

—No puedo. He quedado con la modista.

Ya voy retrasada para probarme el vestido de la Ceremonia de Unión, lo he dejado para el último momento, arriesgándome a quedarme sin cita.

—Si es que hay cena —señala el comandante Johannes—. Callom alzó la bandera azul esta mañana.

—Ay, no —murmura Faline.

La azul es la peor de las banderas, significa que viene una tormenta terrible.

Danuh sacude una mano en el aire.

—Callom es un alarmista. Suele dar avisos con exceso de precaución.

Faline no parece convencida.

—Esperemos que así sea —musita, mirando a un cielo cargado—. La Ceremonia de Unión es en tres días.

Por supuesto, esa es su mayor preocupación. La bandera azul no solo avisa de viento y lluvia, sino del tipo de tormenta que a menudo hace que el nivel del mar suba lo suficiente como para inundar el

nivel de la Arboleda, a veces el segundo, y las celdas son lo primero que queda sumergido.

—Estoy seguro de que todo estará bajo control para entonces —dice el capitán Wren.

Ve a otro comandante de alto rango y, tras excusarse, él y Faline se alejan, pero sus palabras quedan flotando en el ambiente. Hablamos con algunas personas más antes de dirigirnos a nuestro sitio.

Mi clase está en una fila en el centro del Nivel Principal. Nuestras familias y amigos están ante nosotros y aplauden a cada estudiante al que nombran para recibir su insignia: un círculo de metal que simboliza la historia de la armadura que los alaha visten en la batalla. La llevamos en el hombro cuando estamos de servicio.

Cada respiración es un esfuerzo.

El capitán Wren llama al siguiente estudiante, Joel, y mis ojos siguen los movimientos de mi compañero de clase, hasta encontrarme con la mirada de Kai al otro lado del Nivel Principal. Los diecisiete comandantes de alto rango están alineados, hombro con hombro, esperando para estrechar la mano de cada graduado después de que les coloquen la insignia. Kai es el último, el más joven hasta que Messer tome su lugar junto a él el año que viene.

Wren casi tiene que gritar para hacerse oír sobre el aullido del viento, que aumenta su fuerza. El cielo se oscurece a cada minuto que pasa, y juro que empiezo a sentir alguna gota de lluvia en la piel.

El comentario de Wren sobre que todo estará resuelto antes de la Ceremonia de Unión me deja una sensación desagradable. Si Callom tiene razón, no hay forma de que Acker sobreviva en el calabozo. No creo que Wren tenga intención de liberar al soldado kenta. Sería demasiado arriesgado.

La diligencia con que los guardias se aseguraron de que Kai se quitara las armas antes de dejarnos entrar a verlo me inquieta.

Creo que le tienen miedo.

Aurora me da un codazo.

—Atiende.

Miro al capitán Wren y, por la expresión de su cara, me doy cuenta de que ha dicho mi nombre al menos dos veces. El estómago me da un vuelco, mientras me obligo a moverme. Si dejara de apretar la mandíbula, me desmoronaría delante de todo el mundo.

—Brynn —dice el capitán, cuando estoy frente a él. Me pone la insignia en el uniforme, y yo rezo para que no note lo acelerado que tengo el corazón a través de la tela de la camisa—, enhorabuena.

Asiento en agradecimiento, no confío en mí misma si hablo. Sigo hacia los comandantes y empiezo a avanzar por la fila. La mayoría de los apretones de manos no son muy sentidos, una formalidad que tienen que seguir haciendo, pero algunos se molestan, al menos, en mirarme a los ojos. La presencia de Kai se vuelve más grande a medida que me acerco al final de la fila.

Llego ante él, miro sus ojos grises, tan parecidos a los míos.

Abiertos, acogedores, cálidos. Familiares. Como un hogar. Extiende la mano y yo intento esconder el temblor de la mía mientras la deslizo hacia él.

—Enhorabuena, Brynn —me dice, con mirada tranquila.

La calma me invade, relajándome la tensión de la mandíbula. Me sostiene la mano un poco más del tiempo necesario, pero yo no la aparto, agradeciendo este momento de tranquilidad que me da. Me parece que llevo toda la vida esperando este momento y aun así no puedo evitar la sensación de desesperación que se cierne sobre mí.

De alguna manera, me las arreglo para resistir el resto de la ceremonia. El capitán termina su discurso, y la multitud se dispersa.

Kai y su padre se mezclan con los demás, y Messer me encuentra apoyada en la barandilla del puente.

Me da un golpecito con el hombro.

—¿Va todo bien?

Niego con la cabeza. No me es posible describir con exactitud lo que siento, pero sé con seguridad que no va todo bien.

Deja escapar un suspiro, y pone las manos sobre la barandilla, mirando hacia la extensión de agua.

—Mis padres ya han acordado mi matrimonio —dice.

—¿Ah, sí? —pregunto, intentando calibrar sus emociones—. ¿Y?

—Es Aurora.

Me quedo sin habla.

No sé qué me esperaba, pero no esto. No Aurora, la hija de un pescador sin historia en la guardia. Su familia no tiene rango ni dinero, nada de valor con lo que negociar para una unión con alguien del estatus de Messer.

—¿Estás... contento... con esto? —tartamudeo, sorprendida.

Se encoge de hombros.

—Supongo que no voy a aburrirme. —Me sonríe, pero no es su sonrisa de siempre—. Lo que estoy deseando es irme de casa de mis padres y tener la mía propia.

Lo entiendo, y le sonrío.

—Te mereces ser feliz, Messer.

—Igual que tú, B —me dice con una sonrisa triste y comprensiva.

Después de la Ceremonia de Unión, me obligarán a dejar mi cabaña en la Fila de los Olvidados para vivir con Kai en el centro del bosque. Es el sacrificio que me piden para hacerle sitio a los no unidos tras la ceremonia, pero también significa perder mi lugar favorito para dibujar en el tejado.

Quizá no sea gran cosa, pero es mío. Bueno, mío y del pájaro, y no quiero compartirlo con el nuevo ocupante de mi hogar actual. Si es que no sale espantado, quiero decir.

Un fuerte golpe de viento viene desde el mar. La decoración que han atado entre los árboles se suelta y las cuerdas y las banderillas caen sobre las ramas y las hojas. La gente empieza a irse para resguardarse del tiempo, que amenaza con empeorar.

Cuando miro al mar agitado, veo que algo ha cambiado.

—El barco —digo, mirando a Messer—. Ya no está.

Él sigue mi mirada hacia el norte, donde se hallaba el barco en el horizonte, hasta el espacio ahora vacío.

Nos dirigimos inmediatamente hacia el capitán Wren y Kai y para informarles de la desaparición del barco. A Wren no le gusta nada, con la cara roja por el enfado le pregunta a su tercero en comandancia por qué nadie le ha informado. El padre de Messer no tiene respuesta, algo que solo sirve para enfadar más a Wren.

—Se cancela la cena —declara el capitán Wren—. Que todo el mundo haga acopio de la comida y las provisiones que pueda necesitar para quedarse refugiados hasta mañana por la mañana. Parece que debemos prepararnos para una noche dura.

Todo el mundo se apresura a partir. Messer se va con su madre, pero yo aguardo a que Kai termine la conversación con su padre y los comandantes en los escalones cercanos. No hablamos hasta que estamos lejos de oídos indiscretos, deteniéndonos en el sendero vacío que se bifurca en dirección a casa de Kai y en dirección a la mía.

—Va a matar al soldado —le digo.

—No lo ha dicho, pero sí —confirma, mientras algunos mechones de pelo se le sueltan de la coleta—. Ha instruido a todos los guardias

para que dejen sus puestos en cuanto las olas alcancen los tres metros.

Por el aspecto que presenta ahora el mar, eso sucederá en un par de horas.

—¿Te ha dicho algo más?

Niega con la cabeza.

—Lo mismo que te ha contado a ti.

No me gusta. Dejarlo morir... ¿para qué?

—No creo que haya venido hasta aquí solo para disculparse —digo.

Kai inclina la cabeza a un lado y su vista se dirige al horizonte que se ve entre los árboles, antes de volver a mirarme, derrotado.

—Vuelve a tu cabaña. Cierra bien las ventanas y prepárate. Parece que se avecina una buena.

Esperamos a que pase una familia para darnos un beso furtivo y hacemos planes para vernos a primera hora de la mañana.

Hoy debería haber sido un día lleno de celebración y emoción, pues finalmente hemos conseguido aquello por lo que hemos estado trabajando desde los trece años, pero tengo un gran peso sobre los hombros. Es como si las nubes hubieran sido un presagio desde el momento en que me desperté. El barco ya no está y no hay ningún sitio seguro donde esconder a un fugitivo en el bosque. No sin que me pillen.

Un momento.

Me detengo a pocos pasos de mi puerta al darme cuenta. Claro que hay un lugar en el que nadie buscará.

No. No puedo. Es decir, de ninguna forma puedo confiar tanto en él como para esconderlo conmigo.

Me giro hacia la torre sur y contemplo mis opciones.

Cabe la posibilidad de que ni siquiera me dé tiempo. Demonios, cabe la posibilidad de que no lo consiga en absoluto con el tamaño de esas olas de un blanco embravecido. Pero la alternativa...

Por cien mil perros rabiosos.

Me apresuro hasta la torre, y le digo al guardia con el que me topo que estoy dando una carrera de última hora para conseguir aceite para la lámpara. Un trueno retumba a lo lejos y me quito el chaleco del uniforme cuando por fin llego al otro extremo de la arboleda. El mar se agita furioso, pero confío en mis habilidades para llegar a la escalera que conduce a las vigas transversales bajo el Nivel Principal.

Lo hago sin problema, pero la verdadera dificultad reside en lo resbaladizas que están las vigas, cubiertas por una fina capa de espuma de mar. Algunas de las olas las tapan el tiempo suficiente para que deje de verme los pies, así que me lleva el doble de tiempo llegar hasta él.

Con medio metro de agua cubriendo ya el espacio, él se acerca hacia mi lado de la celda y se sujeta con los dedos entre las piedras apiladas. Su expresión es indescifrable.

Apoyo las manos en las piedras para intentar no resbalarme de la cornisa.

—Dime algo, lo que sea, que me convenza de ayudarte.

Él niega con la cabeza.

—No puedo.

Yo gruño.

—¿Por el supuesto pacto de sangre?

—No —dice con voz cansada y ronca—. Nunca voy a decirte nada que sea solo en beneficio propio.

—¿Ni siquiera si con eso puedes salvar tu vida? —pregunto, asombrada.

Vuelve a negar con la cabeza.

—No.

Llega una ola tan alta que me alcanza la cadera, y tengo que agarrarme a la pared con todas mis fuerzas. Pego la frente contra las piedras y paso revista a mis opciones, pero sé que solo hay dos salidas.

—Mírame.

El tono de su voz me obliga a levantar la vista. Está apoyado al otro lado de la pared y tiene los ojos a la altura de los míos. En su mirada no hay nada que no sea paciencia y comprensión, su expresión parece en completo desacuerdo con la rabiosa tormenta que nos rodea.

A juzgar por el pánico que me embarga, podría parecer que es mi vida la que peligra y no la suya.

—No creo que hayas venido hasta aquí para ver cómo me ahogo. —Odio la negación de cabeza que le doy como respuesta.

—Entonces estamos perdiendo el tiempo —dice, calmado como siempre, como si tuviera todo el tiempo del mundo y estuviera esperando a que yo me pusiera al día.

Esto es una locura.

—Lo intentaré —le digo. Intentaré liberarlo.

El océano vuelve a alzarse desde abajo en una ola profunda y poderosa que nos hace perder pie y nos obliga a nadar para no hundirnos. Me lanza hacia atrás, la corriente intenta arrastrarme mar adentro, pero consigo avanzar a contracorriente hasta el otro lado de la celda.

Solo pasan unos segundos, aunque parecen eternos, hasta que el agua sube lo suficiente para permitirme trepar directamente al muelle. Después tarda más en escurrirse, colándose por las rendijas del suelo. Acker queda atrapado en medio de la subida hasta que el

agua por fin se retira, dejándolo caer contra el suelo de piedra, en el que resuenan sus cadenas.

Tiro con fuerza de la manija de hierro de la puerta, pero el pestillo no se mueve.

—La daga —dice Acker, tambaleándose al incorporarse—, ¿dónde está la daga?

Abro la boca y la vuelvo a cerrar antes de ser capaz de soltarlo.

—La tiré al mar.

Asiente, aceptando rápidamente el hecho, como si lo esperase.

—No pasa nada. Puedes llamarla.

No me da tiempo a preguntarle de qué demonios está hablando cuando otra enorme ola nos asola, esta vez cubriéndonos hasta la cabeza. Me agarro al tirador de la puerta para que la ola no me lleve con ella, y sostengo la respiración durante casi un minuto hasta que finalmente pasa.

Para Acker es más tiempo, y coge una gran bocanada de aire cuando emerge del interior de la celda.

—Puedes llamarla porque te pertenece. —Se tambalea de forma extraña, intentando no perder el equilibrio, y el pecho se le expande en cada bocanada de aire que toma—. No puedo explicártelo ahora mismo, pero responderá a tu llamada.

Una ola más pequeña nos hace flotar durante unos segundos antes de dejarnos caer. Nos estamos quedando sin tiempo. Una vez que la marea suba por completo, todo este nivel estará bajo el agua en cuestión de minutos.

Las manos esposadas de Acker aterrizan en las mías, presionándolas con firmeza contra los barrotes del ventanuco de la puerta.

—Es una parte de ti, y a la vez no lo es. Cierra los ojos.

Obedezco sin rechistar.

—Búscalo con los sentidos. Extiende la mano como si fueras a recogerlo de donde lo tiraste, como si estuviera justo ante ti.

Esto es una locura, siento que estoy perdiendo el tiempo en vez de intentar encontrar el modo de romper el pestillo de la puerta, pero finjo que me hallo sobre madera sólida que no está cubierta por medio metro de agua. Siento otra ola acercarse, y contengo la respiración para poder seguir con mi búsqueda mental debajo del agua.

Al flotar en el interior de la ola, libre del rugido del viento y de la inquisitiva mirada de Acker, encuentro un resquicio de calma dentro de mi mente y me aferro a él, me dejo envolver.

Todo se queda quieto. Parece que el tiempo se detiene y el mar se calma y puedo ver con claridad el fondo del océano. En mi mente, rastreo la arena, haciendo que los peces se escurran en la oscuridad total. Está desolado y vacío. Los pulmones empiezan a arderme. El sedimento me nubla la visión mientras me apresuro, como si estuviera realmente caminando sobre el fondo marino, pero no hay nad...

Ahí está.

De lado, medio enterrada en la arena. Me acerco y la saco, cogiéndola fuerte con el puño.

Dejo escapar un gritito asombrado cuando el agua cae y miro maravillada a la daga real que tengo en la mano, y luego, emocionada, a Acker, que aguarda impaciente.

—La encontré. —No tengo tiempo de procesar lo que acaba de ocurrir, pero no puedo evitar la sonrisa que me asoma a los labios. «La magia es real».

La sonrisa que esboza a modo de respuesta me provoca un chispazo de emoción. A pesar del hambre y el cansancio que le marcan los rasgos, sigue siendo deslumbrante.

—Úsalo para romper el sello de la puerta.

«¿Qué?».

Otra ola nos sumerge. Dura tanto que parece que el mundo no tiene fin ni el océano fondo. Ambos tomamos una bocanada ansiosa de aire cuando el agua finalmente se retira.

—¿Qué sello? —pregunto en cuanto puedo respirar.

—Hay un sello en la puerta, pero puedes romperlo con el cuchillo.

Eso es todo lo que consigue decir antes de que una ola nos sumerja de nuevo. No sé qué hacer, pero abro los ojos y encuentro la rendija entre la puerta y la pared de la celda a través de la niebla. Meto la hoja de la daga en el hueco, buscando algo tangible, como un pestillo, pero la saco vacía.

La ansiedad se apodera de mí cuando los pulmones me empiezan a arder. Me preocupa la capacidad de Acker para aguantar sin aire, y vuelvo a los barrotes, buscando sus manos. Pasa un momento largo, demasiado largo, antes de que sienta sus manos sobre las mías. Me agarra con fuerza y eso es lo único que impide que me suelte y nade hasta la superficie.

Soltarme significaría dejarlo morir. No es una opción que esté dispuesta a aceptar. Por alguna razón que no acabo de comprender, sé que no podría perdonarme si no diera todo lo que tengo por salvarlo, aunque me cueste la vida.

El agua tarda en salir de la celda y yo espero, conteniendo la respiración, a que Acker salga a la superficie. Sus jadeos son desesperados.

Sus dedos se aferran con más fuerza a los míos.

—Jovie —dice entre jadeos.

El agua le cubre las pestañas y le cae por las mejillas. Tiene la piel de alabastro, hace tiempo que se ha ido ese color sano que

mostraban sus mejillas el día del Mercado, y eso hace que sus ojos oscuros sean aún más intensos.

—Ese es tu nombre, tu nombre real..., Jovie.

Hay un «adiós» en su tono. Yo sacudo la cabeza.

Entonces él empieza a sacar mis dedos de los barrotes de metal.

—No.

No sé bien si se lo digo a él o a mí misma, pero no dejo de agarrar los barrotes. Otra ola y otra espera imposible. Debajo del agua está oscuro y hace frío.

Los dedos de Acker, ahora, son inflexibles al intentar sacar mi mano mientras yo me esfuerzo en lo contrario, negándome a soltar los barrotes. La hoja de la daga se mueve adelante y atrás en la rendija, pero no encuentro el pestillo. Cada vez tengo más presión en la cabeza mientras lucho contra el instinto de tomar una bocanada desesperada, sabiendo que moriría en cuestión de segundos cuando mis pulmones se llenaran de agua salada en lugar de aire.

Acker golpea su mano contra la mía, pero yo sigo aferrándome, clavo la hoja más adentro.

Ahí está.

Como espadas resonando entre sí, el metal vibra con el impacto. Luego la puerta cede y la fuerza de la corriente submarina la empuja hasta abrirla por completo. Nos acercamos el uno al otro desesperadamente antes de nadar hacia la superficie.

Arriba, arriba y más arriba.

Trago aire con un fuerte grito de alivio, y el de Acker es aún más fuerte, pero no hay tiempo para relajarse. Su cadena tiene la longitud justa para llegar hasta la celda. Conseguimos subir al techo de la misma, y solo entonces nos permitimos un momento de descanso para respirar.

Acker tose agua, disfrutando del oxígeno que le inunda los pulmones en la siguiente inhalación. El viento ululante atraviesa los árboles, hace volar las hojas por el aire. La muralla de nubes tormentosas se acerca como si estuviera derrumbando el mismísimo cielo.

Miro los grilletes de sus muñecas.

Al notar la dirección de mi mirada, los levanta y tira de ellos, sus músculos se tensan, el metal se parte y se hunde en el agua. Él cae hacia delante, apoyándose en las manos.

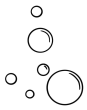
Estoy atónita, sin saber cómo es posible.

Dirijo la atención a las olas.

—¿Qué tal se te da nadar?

Mira hacia el mar embravecido, con el pecho aún agitado por el esfuerzo realizado.

—Supongo que estamos a punto de averiguarlo.



Capítulo 11



Me tiemblan las manos.

Cierro los puños, apretándolos, y luego relajo las manos, tomando una respiración profunda. La tormenta acabó temprano esta mañana, y solo es cuestión de tiempo que descubran que nuestro prisionero ya no está dentro de su celda. No hay cuerpo, ni vivo ni muerto. Y empezarán a buscar.

Pero primero, la comida.

Acker está delgado, demasiado delgado para un viaje por mar. Se desmayó cuando llegamos a la torre sur ayer por la noche. En su defensa diré que ya habría sido una travesía ardua en un día normal. Pero ¿recorrer esa distancia a nado, durante una tormenta, y sin estar con las fuerzas al completo? Casi imposible.

Eso le dije cuando subimos a la plataforma, con el agua empujándonos sobre los tablones.

—Pensé que no ibas a conseguirlo.

Cuando contestó, ni siquiera tuvo energía para abrir los ojos.

—Yo tampoco.

Me planteé los beneficios de dejarlo descansar allí, pero durante la tormenta teníamos más posibilidades de colarlo en mi cabaña sin que nos vieran, ya que todo el mundo tendría las puertas y ventanas completamente cerradas. No se quejó ni una sola vez cuando le cogí el brazo para pasármelo sobre los hombros y escalé hasta el nivel

más alto de Alaha. Cayó en el suelo de mi cabaña con un buen golpe y ni se inmutó.

Aún no lo ha hecho.

Necesita comida y agua, y eso significa que tengo que aventurarme a la concurrida galería de las comidas. Mejor guardar las apariencias, en cualquier caso.

Hago lo posible por parecer normal, como si no acabara de liberar de su celda al prisionero enemigo y ahora lo tuviera escondido en mi habitación. Permanezco ansiosa en la fila de la comida mientras un trabajador de la cocina sirve guiso de pescado. Me ruge el estómago y cojo una manzana mientras escondo otra debajo del brazo. Me vuelvo para encontrarme con Grenadine, mi vecina favorita, que está en la fila detrás de mí. Casi se me sale el corazón por la boca.

Esboza una sonrisa cargada de intención.

—Tienes un aspecto horrible.

Intento calmar mis latidos desbocados y doy un paso para sortearla.

Ella sigue.

—La tormenta también me tuvo despierta toda la noche —dice, sin darse por aludida por mi silencio—. Odio que se bamboleen los árboles.

Los pisos más altos son los que más se mueven con el viento. Durante las tormentas, los puentes y las cabañas crujen por la tensión. Ha habido ocasiones en que las sujeciones han llegado a romperse. Se han caído puentes, a veces se han llevado con ellos pasarelas enteras y han dejado unas partes de la arboleda aisladas de las demás.

—Siempre puedes pedir que te muevan a un piso más bajo —le digo.

«Y lejos de mí».

—¿Y dejarte totalmente sola ahí arriba?

Apresuro el paso, pero consigue alcanzarme cuando empiezo a subir la escalera.

—Pero no estás sola, ¿a que no? —susurra con los ojos brillantes.

Me detengo de sopetón.

—¿Perdona?

Espera hasta que alguien que bajaba la escalera pase entre nosotras antes de acercárseme más.

—Tu mascota es la única compañía que tienes, ¿no es así?

Suelto un suspiro contenido y sigo subiendo.

—Me gusta el silencio.

—Ese pájaro es cualquier cosa menos silencioso.

Se aleja en la siguiente bifurcación y yo suspiro aliviada, aunque no me dura mucho.

Las vibraciones bajo mis pies se extienden a las piernas mientras el puente empieza a temblar.

Veinte guardias o más avanzan por las cabañas y en cada bifurcación se van quedando parejas de dos. Se oyen sus voces cuando llaman a las puertas y ordenan a la gente salir de sus habitaciones para inspeccionar dentro.

Yo no me espero, mirando, como los demás. Intentando ser lo más discreta posible, me apresuro por la escalera, con el corazón en un puño mientras veo que los guardias se van acercando a cada segundo que pasa. Cuando cruzo la puerta me quedo helada y casi se me cae la bandeja al suelo. El cuchillo con la «J» inscrita en el mango se apoya en mi cuello.

Luego, con la misma rapidez, se aleja.

Acker sale de detrás de mí.

—Ah, estupendo, has traído comida.

Sin disculparse, me la saca de las manos. Bebe directamente del cuenco, y veo su nuez subir y bajar a cada trago. Va sin camisa. Tiene la piel llena de gotas de agua y el pelo aún mojado de la ducha que debe de haberse dado en mi ausencia.

Después del cuarto trago, pone una mueca.

—Esto está malísimo.

Ignoro su comentario.

—Los guardias te están buscando.

Ve la manzana y me pone el cuenco de vuelta en las manos para coger la fruta. Le da tres mordiscos seguidos a toda velocidad. Alza las cejas mientras mastica y dirige la mirada a la parte más alejada de la habitación, en dirección al Nivel Principal.

—Lo suponía.

Me apresuro hacia la ventana y abro la cortina.

—Tienes que irte al tejado.

Me mira.

—¿Adónde has ido esta mañana? —Sus ojos son fríos, acusadores.

Le devuelvo una mirada igual de dura.

—¿Por qué iba a salvarte la vida para luego entregarte?

Me mira un poco más, mientras avanza en mi dirección. Contengo la respiración, mientras la emoción me envuelve, ¿o es miedo cuando veo a esa mole de músculos acercárseme?

El corazón se me acelera un poco cuando busca mi mano y pone en ella el cuchillo.

—Grita si me necesitas.

Luego agarra la manzana entre los dientes y sale por la ventana, pero se detiene cuando su mirada se posa en mi odre, que está en la mesilla de noche, y se lo lleva con él.

Suspiro aliviada.

—Sírvete, por favor —murmuro, mientras cierro las cortinas.

Me quito la ropa lo más rápido que puedo y meto la cabeza bajo la ducha para mojarme el pelo. Justo acabo de ponerme una de mis camisolas de dormir cuando unos golpes rápidos suenan en la puerta.

La voz de Kai me llega desde el otro lado.

—Brynn —llama—. ¿Estás presentable? —Trato de parecer calmada, abro un poco la puerta.

—¿Kai? ¿Qué pasa? —Hay dos guardias a su espalda.

Kai toma nota de mi vestimenta.

—¿Podemos pasar?

—¿Los tres? —pregunto, echo una mirada significativa a la camisola, prácticamente transparente de lo fina que es.

—Hay que inspeccionar todas los cabañas —dice el guardia de mayor rango que está tras él—. También la de la prometida del capitán, no hay excepciones.

Kai parece avergonzado mientras abre la puerta del todo, haciéndome dar un paso atrás. Me cruzo de brazos y hago lo posible por parecer confusa. Los guardias invaden el espacio, lo cual es excesivo, considerando lo pequeño que es. Kai me lanza una mirada de disculpa antes de darme la espalda para supervisar la búsqueda en mi cabaña.

El corazón se me para.

La camisa de Acker está hecha una bola debajo de la pileta, como si le diera tanto asco que la hubiera tirado al suelo sin mirar. Llena de sangre y manchas de sudor, es fácil de identificar.

Me apresuro hasta el otro extremo de la habitación, coloco el cuerpo de forma que parece que tapo mi desnudez de paso que cubro también la prenda de ropa.

—¿Qué es lo que estáis buscando?

Uno de los guardias se fija en el suelo mojado, el otro levanta la única manta de mi cama para mirar debajo. Luego va hacia la ventana, aparta la cortina con un dedo, e inspecciona con la mirada arriba y abajo antes de volver a dejarla en su sitio.

Se vuelven hacia Kai y asienten antes de salir. Kai cierra la puerta y echa el pestillo.

—El prisionero ha escapado —dice mientras observa mis manos, que aferran con fuerza el dobladillo de la camiseta. Hay una pausa llena de tensión—. Alguien tuvo que ayudarlo a escapar. Alguien de Alaha.

Se pasa una mano por el pelo mientras inspecciona el cuarto con la vista. No le gusta este giro de los acontecimientos. Está estresado.

Le cojo la mano y lo acerco hacia mí, luego se la suelto y le apoyo la mía en el pecho. No tengo que fingir la preocupación. Él me coge la cara con las manos y acerca la boca a la mía. El beso es tierno y reconfortante y me afloja la tensión del pecho.

Kai se aparta y su expresión se vuelve ceñuda mientras sigue acariciándome las mejillas con los pulgares.

—Te quiero —dice, mirándome con fijeza.

Me invade una sensación cálida y parpadeo ante el torrente de humedad en mis ojos. Nunca me había dicho esas palabras, ni yo a él. De hecho, nadie me las había dicho jamás, al menos que yo recuerde. Nunca lo he pensado mucho, pero me doy cuenta de toda la fuerza que contienen. Significan algo.

Probablemente lo signifiquen todo. Puedo sentir en cada fibra de mi cuerpo que merezco ser amada, amada por él.

No confío en ser capaz de hablar sin que se me quiebre la voz, así que le pongo la mano en la nuca para acercar su boca a la mía. Este beso es de todo menos tierno, su caricia en mis mejillas se vuelve

feroz, en el buen sentido. Es un beso caliente y lleno de deseo y frustración, nuestras frentes están pegadas y la evidencia de su deseo se interpone entre ambos.

Aparta su boca de la mía y se sumerge de nuevo en ella con un último y largo movimiento de lengua, antes de soltarme del todo. Parece tan triste como alterado.

—Tengo que irme.

Asiento, y es como si me echaran un cubo de agua fría.

—De momento, todo el mundo debe quedarse donde está. —Me da un beso en la mejilla, una opción más segura, antes de abrir la puerta—. Me aseguraré de mandar a alguien con comida más tarde.

Y luego se va.

En cuanto echo el cerrojo, Acker entra por la ventana, aterrizando de pie. Tiene los ojos oscuros fijos en mí y el rostro congestionado. Está enfadado.

Ya, bueno, yo también.

Cojo la camisa hecha una bola y se la tiro, dándole en el pecho. La coge antes de que se caiga al suelo.

—Vas a hacer que nos maten a los dos.

—Te ha... —Se detiene a media frase, la mandíbula le tiembla mientras lucha por decir lo que quiere decir.

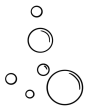
De pronto, me siento exhausta. Demasiado para discutir, eso desde luego. Me arrastro hasta la cama.

Dice mi nombre, no Brynn, sino el otro, el que suena extraño y familiar a la vez, mientras yo me hago un ovillo en la cama.

Maldice.

—Se ha pasado de la raya.

Me quedo dormida en cuestión de segundos.



Capítulo 12



Hay un extraño en mi cabaña. Sigue aquí, muy real y muy presente, y está haciendo flexiones en el suelo al lado de la cama.

Acker tiene la espalda cubierta de sudor, y los músculos se le contraen con los movimientos. Acaba esa tanda y se sienta sobre las rodillas, lo que hace que me fije en la forma en que se le tensan los músculos con cada respiración. El descanso y la hidratación le han sentado bien al cuerpo.

Los últimos dos días empiezan a volverse nítidos a medida que la niebla del sueño se despeja.

—¿Qué hora es?

—Es por la mañana temprano. El sol saldrá en un hora.

Lo miro boquiabierta. Eso significa que he dormido... unas quince horas. Bebe de mi odre y señala.

—Hay comida.

Guiso y un bollo de pan partido en dos mitades reposan en una bandeja a los pies de mi cama. Al verlo, me ruge el estómago y me pongo la bandeja en el regazo. Me meto una cucharada en la boca.

La tensión se corta con un cuchillo. No es que Acker parezca especialmente turbado por los acontecimientos de ayer, muestra todo el cuerpo mientras se pone en pie y se apoya en el lavabo, pero puedo notar el enjuiciamiento que desprende.

—Gracias por dejarme un poco. —Impresionante, teniendo en cuenta el nivel de hambre que ha pasado.

—Estamos igualados.

—Guiso frío como pago por salvarte la vida —señalo, enarcando una ceja—. Si lo miramos así, igual me podías haber dejado el trozo entero de pan.

Esboza una sonrisa irónica.

—¿Después de escuchar a mi captor confesarte su amor? Preferiría morirme.

Ahí está.

—No le debo explicaciones ni a ti ni a nadie —digo, mientras me levanto para poner los platos fuera de la puerta para que los recojan. Veo a un guardia un piso más abajo, patrullando, y cuando cierro, paso el pestillo.

Inclina la cabeza hacia un lado, mientras nos miramos el uno al otro.

—Vi en tus ojos que te habías dado cuenta. Sé que sabes que no eres alaha. ¿Es que eso no cambia nada?

La rabia me hace enrojecer.

—Esta sigue siendo mi vida. ¿Qué quieres que haga? ¿Abandonar todo lo que conozco?

Alza la voz, mirándome como si la respuesta fuera evidente.

—¡Sí!

Le hago un gesto para que se calle.

—Te va a oír Grenadine.

Hace una mueca antes de responder con gritos susurrados.

—¿Quién es Grenadine?

—Mi vecina, idiota. Y hay guardias patrullando.

Coge una gran bocanada de aire y habla con más suavidad.

—Esta gente te arrancó de tu hogar, de los brazos de tu madre.

Noto que empieza a levantárseme un dolor de cabeza y la habitación empieza a girar.

Me dejo caer en la cama y me pongo las manos en la frente en un intento de aplacar el latido.

Él se rasca la barbilla.

—¿Qué sabes de la historia del exilio de Alaha?

—Tu gente... —Me detengo, sacudiendo la cabeza frustrada. Me lleva un momento seguir—. Los territorios del interior —corrijo, alzo la vista para mirarlo— ya no querían compartir sus recursos y sus tierras, así que nos exiliaron al mar.

—En cada territorio, Kenta, Roison, Maile y Strou, gobierna una familia elegida por la Madre Naturaleza y se le conceden dones como recompensa por cuidar de la tierra y de su gente. Son los Herederos de la Madre Naturaleza, por decirlo así.

—Dones —repito, mirándolo—, es decir...

—Magia —completa él.

Me río, pero la frialdad de su mirada me detiene.

—La magia no es real.

Mira hacia un lado y deja vagar la vista por mi cuarto con expresión enjuiciadora.

—¿Y cómo lo sabes?

Un argumento efectivo para callarme.

Se reclina contra el lateral de la cama y se rodea una rodilla con el brazo.

—Un Heredero alaha recibió como don la habilidad natural de influir, lo que quiere decir que proporciona confianza al temeroso o calma al vengativo; un don diseñado para impedir la guerra y el conflicto. Pero el líder de los Alaha usó sus dones en beneficio propio. Convenció a otros líderes para hacerse con las riquezas y dejar a sus pueblos sumidos en la pobreza, y construyó ejércitos

alimentados por la rabia, para enviarlos contra cualquiera que fuera capaz de escapar a su influencia. Conquistó un territorio tras otro.

—¿Por eso fuimos desterrados?

Asiente y se vuelve para mirarme.

—Ese líder es el hombre que conoces como capitán Wren.

Niego con la cabeza.

—Eso es imposible. Eso significaría que tiene cientos de años.

—Trescientos diecisiete. La esperanza de vida de un Heredero baja a medida que se aleja de la tierra, pero es normal vivir bien pasado el siglo o los dos siglos. Alguien tan poderoso como Wren podría vivir milenios.

Abre la boca para continuar, pero la cierra de golpe, aprieta los dientes mientras niega con la cabeza. Supongo que el juramento aún sigue haciéndole un poco de efecto.

Se pasa la lengua por los labios y respira profundamente antes de intentarlo de nuevo.

—Su poder de influencia no conoce límites. Puede convencer a los hombres de cometer completas depravaciones y a las mujeres de su amor inmortal.

—¿Y realmente crees que Wren es capaz de esas cosas?

—Quizá no solo él —contesta.

Acker asiente cuando yo empiezo a negar con la cabeza.

—Nunca me haría eso —digo, convencida—. Kai ni siquiera posee magia.

Asiente a modo de respuesta.

—Sí la tiene.

—Salvo en el Mercado, Kai nunca ha estado en tierra —digo a la defensiva.

—Cuando tocaste la muralla en el Mercado, intentó obligarme a soltarte. Su padre fue lo suficientemente listo para robar un poco de

tierra antes de que lo exiliaran, para tenerla a mano cuando su hijo llegara a la mayoría de edad.

Busco las botas para ponérmelas.

—Es el mismo suelo que usó cuando creó el juramento de sangre —continúa—. El poder de Kai es débil, pero está ahí. Ha estado usándolo contigo. Durante años, creo.

Estoy apretando demasiado los cordones de las botas con cada movimiento iracundo.

—¿Y tú tienes estos... dones mágicos?

Su mandíbula se tensa notablemente mientras lucha con el juramento, pero es capaz de responder con un ligero asentimiento.

—Entonces, ¿por qué no te escapaste tú solo de la celda, eh?

—La piedra con la que se construyó suprime la magia. Probablemente tú también lo sentiste cuando estuviste allí dentro. —Me mira, buscando mi reacción—. El sofoco —dice.

Me pongo de pie y paso a su lado, apartándolo, para llegar a la pileta y cepillarme los dientes.

—Te equivocas.

Se pone en pie y viene a mi lado.

—¿Adónde te crees que vas?

—Puede que haya acabado mi entrenamiento, pero sigo teniendo que informar a Gramble. Se supone que tienen que decirnos los puestos que nos darán.

Resopla.

—Estás perdiendo el tiempo.

Está completamente pegado a mí, demasiado, pero yo finjo que no me molesta.

—¿Y eso por qué?

—Porque Wren cree que las mujeres tienen su sitio, y es a sus pies.

—Kai nunca...

—... me haría eso —completa, mofándose.

Escupo en el lavabo y me giro para confrontarlo.

—Tienes mucho descaro.

—Al menos tengo algo. Mejor que no tener sangre en las venas.

Reacciono sin pensarlo, y ya tengo la mano hecha un puño para estampárselo en la cara cuando él me la coge antes de que le toque.

—¡Suéltame!

Él me acalla.

—Grenadine está en la puerta de al lado, ¿recuerdas?

—La Ceremonia de Unión es mañana —siseo—. Será el mejor momento para sacar un bote sin que nadie se dé cuenta. Podrás irte, y así podremos olvidar que nos hemos conocido.

Me agarra por la cintura con fuerza y me acerca a él.

—Si crees que voy a ir algún sitio sin ti, estás muy equivocada.

Nuestros cuerpos están a escasos centímetros, su olor me llena los pulmones. Es algo a lo que no se le puede poner otro nombre que masculino, en todos los sentidos. Casi embriagador. Algo parecido a una sonrisa genuina se instala en sus labios y desvía mi atención hacia su boca. Me obligo a centrarme en los ojos, pero es casi como mirar al sol.

—Estás delirando si crees que me voy a ir a algún lado contigo.

Sus ojos me recorren el cuerpo, evaluando.

—Te ataré de pies y manos, si es necesario.

Me zafo de su agarre.

—Pues prepárate para luchar, porque no voy a rendirme como un barco que se hunde.

Capítulo 13

—¿Puedo?

Las miradas de todos se vuelven a mí, sorprendidas. La de Messer, la que más. Sonríe lentamente.

—Ya la habéis oído —dice golpeando la baraja de cartas, delante de Lawson—. Dejadla entrar.

Nunca he aceptado antes una invitación de Messer o de Kai para jugar a las cartas en el Principal, pero estoy desesperada por evitar mi cabaña, aunque eso signifique someterme a las incómodas miradas que se lanzan los otros jugadores mientras me siento.

Lawson baraja las cartas, y Ophelia, una de las hijas del comandante con las que estuvimos en primaria, coge las primeras que él le desliza por la suave mesa de madera.

—¿Sabe jugar?

Messer va a contestar, pero yo me adelanto.

—Sabe —digo mientras inspecciono mis cartas— lo suficiente como para arreglárselas.

—¿Lo suficiente para apostar? —pregunta Lawson, que se lame las puntas de los dedos antes de levantar las suyas de la mesa.

—No desperdicio mis monedas en un juego.

Messer sonríe.

—Eso no es lo que apostamos aquí.

Ophelia pone los ojos en blanco.

—Han estado dándole vueltas a la manera de arruinar la ceremonia de mañana.

—¿Arruinarla cómo? —pregunto, suspicaz ante la sonrisa de Messer.

Mientras nosotros estamos aquí sentados, el comité está montando el escenario para la Ceremonia de Unión de mañana. Cintas azules y blancas cuelgan de los palos de mayo listos para la danza de la fertilidad que tendrá lugar cuando todo el mundo esté ya emparejado... Bueno, los que tengan la suerte de ser elegidos.

—Sea lo que sea que estéis planeando, por favor, no lo hagáis —dice Willard desde el otro lado de la mesa.

—Lo que te pasa es que no quieres retrasar la vuelta a casa con tu vínculo —señala Messer, sonriendo—, cuya identidad aún tienes que revelar, por cierto. ¿Tienes miedo de que pueda adelantarme y robártela?

—Sí —contesta, totalmente serio—. Eres lo suficiente cabrón para reclamar mi vínculo como tuya solo por divertirte.

Messer se finge ofendido y, llevándose una mano al pecho, cae hacia atrás de forma teatral con una amplia sonrisa llena de hoyuelos.

—Me halaga que pienses que puedo robarte a tu chica.

Ophelia, la única otra chica de la mesa, pone los ojos en blanco.

—Tienes donde elegir y lo sabes. La mitad de las chicas disponibles morirían felices si tú las eligieras.

—Parece que hablas por experiencia —dice Messer, dirigiendo su encanto hacia ella.

Veo a Ophelia sonrojarse. Nunca he conocido a una chica que no se enamorara inmediatamente de Messer. Maldita sea, cualquier mujer de cualquier edad, Grenadine incluida. Hasta las mujeres kenta del Mercado reaccionaban ante él. Si hay alguien que tenga

influencia, es Messer. Siempre se lo había atribuido a su constitución y sus hoyuelos, pero quizá...

He pasado los últimos días negándome a aceptar el constante zumbido que me sale del pecho. Un intento inútil, ya que ahora lo estoy sintiendo en su presencia, pero lo aprovecho.

—Gracias a los dioses que Aurora no es de las celosas —digo, mirándolo por encima de mis cartas.

Es un triste intento de flirtear, pero espero hacer un buen trabajo transmitiendo mi intención sin ser demasiado obvia. Su sonrisa vacila por un segundo antes de recomponerse.

Adopta mi tono.

—¿Debería serlo?

No sé qué estoy buscando o si es posible, pero rastreo con mi mente como hice cuando recuperé la daga, buscando algo, lo que sea, en Messer.

Y no siento nada.

Lo único que noto es su confusión, y eso es solo porque lo conozco muy bien, no gracias a ninguna magia.

Jugamos hasta bien entrada la noche. Es la distracción que necesitaba, y me sorprende descubrir que no soy nada mala. Ayuda que ninguno de ellos, salvo Messer, me conozca lo suficiente para saber cuándo voy de farol. Gracias a esa ventaja, echo a un par de ellos pronto.

El número de jugadores va disminuyendo hasta que solo quedamos Messer, Lawson y yo. El comité hace tiempo que se dispersó, tras acabar con la decoración.

Lawson tira sus cartas, descubriéndolas.

—Eres un jodido tramposo, eso es lo que eres.

Sonriendo, Messer desliza las fichas hacia su montaña, bastante alta.

—¿Cuántos meses de tarea en la cocina piensas que conseguirás por correr desnudo en la ceremonia?

Echo una mirada a Lawson.

—Más de lo que vale.

—No tiene elección. —Messer baraja las cartas, las curva entre las manos para hacerlas caer ordenadas. Enarca una ceja mirando a Lawson.

—A menos que quieras subir la apuesta.

Lawson suspira, niega con la cabeza antes de retirar su silla.

—Yo lo dejo por esta noche.

—Sí, probablemente sea mejor que te vayas a pasar una buena noche de descanso. Igual es la última que puedes en un futuro próximo.

—Supongo que la celda es una alternativa preferible a que te obliguen a ver la Ceremonia de Unión y acabar en la Fila de los Olvidados.

El padre de Lawson es pescador y su madre es lavandera. Ya ha subido en el escalafón social al convertirse en guardia, pero el número de chicos lleva tres generaciones duplicando al de chicas. Es de aspecto corriente y posición social modesta. Ahora es cuando debería hacer su emparejamiento, si es que tiene la oportunidad de hacerlo.

Messer y yo compartimos una mirada apenada.

Lawson se encoge de hombros.

—Quizá tenga suerte y me consiga una viuda joven en los próximos años para poder acostarme con una mujer antes de cumplir los veinticinco.

A Messer se le escapa una risa ahogada.

—Si para entonces sigues siendo virgen, te haré un favor y te la chuparé yo mismo.

Lawson le dedica una sonrisa burlona.

—Te lo tendré en cuenta.

Lo vemos irse andando en dirección sur hacia la cabaña de sus padres, en la otra punta del Nivel Principal. A pesar de su broma, se puede ver su postura abatida mientras pasa al lado de los guardias de la noche. Este turno está relegado a los guardias que no tienen vínculo o niños a los que cuidar en casa. Viven una existencia solitaria fuera de la hermandad que supone la Fila de los Olvidados. El futuro que le aguarda a Lawson, sin duda.

También habría sido el mío si el anuncio de Kai en el Mercado no lo hubiera cambiado. Lawson es un buen chico. Se merece algo más. Como una oportunidad de tener una familia o un empleo mejor que el turno de guardias que nadie quiere.

La expresión de Messer refleja preocupación mientras observa cómo la figura de Lawson se pierde en la lejanía.

—¿Quieres jugar otra ronda? —me pregunta.

Niego con la cabeza.

—Tengo una cita con la modista, y luego he quedado con Kai. —Anya ha estado haciendo horas extra para los cambios de última hora de mi vestido. Según el reloj de la torre, faltan diez minutos para la medianoche. Tengo que irme ya si quiero llegar a la hora que quedamos.

—Qué atrevido. Me gusta.

Sonrío y retiro mi silla.

—Gracias por dejarme ganar.

—No sé de qué me hablas. —Le cuesta horrores ocultar la risa—. La próxima vez te ganaré.

Compartimos una sonrisa mientras me alejo.

El resto de las tiendas del Nivel Principal están ya cerradas, pero la de Anya sigue con la luz encendida cuando entro. Está en su mesa

cosiendo a mano un delicado diseño de flores en una tela drapeada. Me mira por encima de las gafas y me sonríe.

—Acabo de terminarlo —me dice, dejando a un lado la labor para coger el vestido rojo que cuelga tras ella—. Pruébatelo para que pueda echarte un vistazo.

Cojo la prenda que me ofrece y entro a la sección que está separada por cortinas. Ponérselo no acaba de ser agradable. El material es suave, pero no puede evitar fijarme en que no es nada comparado con la suavidad de los vestidos que llevaban las mujeres del Mercado.

Lo único que le pedí a Anya es que fuera simple, pero de un color vivo. El vestido me cae sobre la clavícula, con el bajo a pocos centímetros de los pies; el corpiño es ajustado, pero no tanto que pueda considerarse inapropiado para la esposa de un capitán.

Salgo y enrojezco ante el exagerado gritito de asombro de Anya.

—Una chica preciosa. Absolutamente preciosa. —Me lleva hasta el espejo y me pone frente a él, colocándose las gafas en la cabeza para verme mejor—. Puedo recogerlo un poco aquí —dice, tirando del cuello—, para no enseñar demasiado.

Le sonrío.

—Eso sería estupendo. Gracias.

Se vuelve para coger el alfiletero cuando la campanilla de la puerta anuncia la entrada de alguien.

Es Kai. Da un paso dentro, vacilante.

—Disculpad. ¿Puedo entrar?

Si a Anya le sorprende la llegada del futuro capitán, no da muestras de ello.

—Vas a meterme en un problema, chico.

Él sonríe a medida que se acerca.

—No creo que sea yo el que vaya a causar problemas. —Pasea la mirada sobre mi vestido, provocando que vuelva a sonrojarme.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto, mientras miro a Anya, antes de bajar la voz—. Pensaba que habíamos quedado después.

—He venido a pagar —dice, y saca unas monedas de su bolsa. Las deposita en la mano de Anya, añadiendo una moneda extra de oro, que tintinea como cierre—. ¿Nos dejas un minuto, Anya?

Ella muerde la moneda y le guiña un ojo.

—Te dejo unos cuantos. —Luego desaparece hacia el fondo de la tienda.

Kai se acerca y me coge por la cintura desde detrás. Entrelaza los dedos y le sonríe a mi imagen reflejada en el espejo.

—Quería verte con el vestido antes de la ceremonia de mañana —dice, mirándome el cuerpo—, y puedo decir que me gusta lo que veo.

Me reclino en su abrazo, me permito disfrutar de este momento, solo nosotros dos.

—Esto es mejor que estar delante de cientos de personas.

Nos mecemos dulcemente, mientras nuestros latidos marcan el ritmo.

—¿Recuerdas cuando nos quedamos dormidos jugando al escondite?

Sonrío.

—En la despensa.

Teníamos once años. Messer era el que buscaba y se aburrió de hacerlo a los quince minutos. Nos quedamos horas escondidos. Todo el mundo entró en pánico y, hasta que el personal de cocina se presentó para la cena, no descubrieron nuestro escondite.

—Ese fue el día en que le dije a mi madre que me iba a casar contigo, cuando llegara el momento de escoger vínculo. —Afloja el

abrazo, deja que me gire hacia él.

Le entrelazo las manos alrededor del cuello y lo acerco para besarlo. Es un beso cargado de calor y deseo contenido. Me coge la cara con ambas manos, haciendo la conexión más profunda y yo apenas soy capaz de contener el murmullo de deseo que se forma en mi garganta.

Kai se aleja y sus ojos me sonríen mientras me mira.

—No podía haber elegido una mejor novia.

Se me forma un nudo en la garganta y me llevo sus manos a la boca para besarle los dedos.

—Es un honor que me hayas elegido.

Tira de mí para darme otro beso.

—Te veo mañana.

Asiento.

—De acuerdo.

Luego, como si quisiera evitarlo pero no pudiera, me besa por última vez. Me deja sin respiración y deseosa y a punto de romperme de adoración por el hombre que tengo ante mí. Cuando finalmente se aleja, soy consciente de ese sitio en mi pecho que tiembla con cada latido de mi corazón. Como si estuviera... agitado.

Lo sigo con la vista hasta la puerta y mi sonrisa se apaga en cuanto me aseguro de que ya no está. Los ojos se me empañan de lágrimas y lucho por contenerlas cuando Anya vuelve, escandalizada por las arrugas que le he hecho a la tela.

Haber comprendido la situación es como una brasa ardiéndome en la boca que siento todo el camino de vuelta a la cabaña, y la primera lágrima se me cae en cuanto cruzo la puerta de mi habitación.

Acker me mira, cuidadoso.

—¿Qué te pasa?

Se levanta del suelo con movimientos medidos, como si temiera espantarme.

Yo niego con la cabeza y me siento en el borde de la cama para desatarme las botas.

—Jovie.

Ya estamos con el otro nombre.

No soy capaz de detener las lágrimas que me inundan y me caen en la punta de los zapatos.

Acker se arrodilla delante de mí y detiene mis movimientos temblorosos, poniendo las manos sobre las mías. Es la segunda vez que me toca.

Cierro los ojos con fuerza y se me escapan más lágrimas.

—¿Cómo es? —Aparto mis manos de las suyas, no quiero su consuelo—. ¿Cómo es cuando alguien usa su poder sobre ti?

Él toma aire y se echa hacia atrás, solo le veo las rodillas mientras sigo con la vista clavada en el suelo.

—Depende. La mayoría de los poderes son fáciles de detectar porque se enraízan en el mundo físico: el agua, el fuego, la fuerza bruta. Pero en lo relacionado con la mente es más difícil. ¿Por qué? ¿Cómo ha sido para ti?

Poniéndome la mano en ese lugar del pecho, encuentro el valor para enfrentar la mirada de Acker.

—Fue como un grito —susurro.

Su mirada va desde mi mano en el pecho hasta mi cara.

—Tu magia quiere protegerte. Puede reaccionar por instinto.

No es solo eso, pero aún no encuentro la forma de explicarlo. La invasión del olor y el sabor, como si Kai se condensara en una sensación de piel, dulzura y amor.

Me seco las lágrimas de la cara.

—Necesito una ducha.

El rostro de Acker refleja preocupación, pero se pone en pie para dejarme espacio.

—Estaré en el tejado. Tómate tu tiempo.

Espero a que se haya ido antes de arrodillarme ante la cesta de lata donde guardo todos los cuadernos de dibujo viejos bajo la cama. Están etiquetados por la edad que tenía cuando me dieron el cuaderno, y los reviso hasta dar con el que estoy buscando. Desato el cordel que une el de los catorce años y paso las páginas buscando el dibujo, uno específico de Kai. Paso páginas de peces, botes y árboles, todos aburridos y sin vida, como los anteriores. Me detengo cuando encuentro el que busco: mi primer boceto de un ser humano. De Kai.

Algunos de nosotros nos habíamos pasado el día trepando por el tronco roto y agrietado de un árbol que se alza a cierta distancia del bosque. Habíamos subido una y otra vez hasta la rama más baja que podía sostenernos a todos y saltábamos desde allí al océano, a unos diez metros. Kai me había convencido para quedarme, sentarme en la rama y ver desde allí la puesta de sol mientras los demás nadaban de vuelta al bosque.

Fue un buen día. Recuerdo estar feliz. No..., contenta.

Pero todo cambió en cuanto me tocó la mano. Notaba mariposas en el estómago mientras veíamos el sol hundirse más y más en el horizonte. Veía a Kai... con una luz diferente. Su pelo, sus mejillas, la nariz, los labios... eran algo digno de admirar. Intenté no mirarlo, pero me resultó imposible. Él notó mis miradas furtivas y no se molestó en esconder una sonrisa.

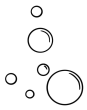
Y me besó. En la esquina de la boca, todo lo casto que puede ser un beso.

Todos mis dibujos anteriores eran de la naturaleza o de diferentes objetos, pero nunca había dibujado a gente, demasiado intimidada

por el reto de las proporciones y las emociones que muestran los rostros humanos; sin embargo, a partir de ese día, me decidí a hacerlo.

Mis trazos eran demasiado pesados y sin vida, las cejas demasiado grandes y los ojos demasiado pequeños. Paso los dedos sobre esos dibujos tan malos y odio las lágrimas que caen sobre la imagen, emborronando el carboncillo.

Por primera vez desde que tengo siete años, lloro sin parar.



Capítulo 14



En la mañana de mi Ceremonia de Unión, debería estar preparándome. Poniéndome histérica con el pelo, maquillándome los ojos y lidiando con los nervios anteriores a la ceremonia. Pero en su lugar, estoy mirando cómo otro hombre hace girar un cuchillo.

Tendido en el suelo al lado de mi cama con un brazo bajo la cabeza a modo de almohada, los ojos de Acker se centran en el cuchillo que da vueltas en equilibrio sobre su dedo corazón. Desafía a la lógica, el cuchillo gira vertical, pero, por alguna razón, la punta no se le clava en la yema del dedo.

Estaba ahí cuando me desperté hace unas horas, y hemos estado tumbados en silencio desde entonces, él haciendo trucos de magia con el arma y yo revisando mis viejos cuadernos. La mayoría son un horror, pero algunos me sorprendieron.

Claro que no este. Había intentado dibujar un animal que salía en uno de nuestros libros de texto, un caballo, y creo que le puse una pata de más.

Cierro el cuaderno con brusquedad y vuelco mi atención en Acker.

—¿En qué consiste exactamente tu don?

Él me mira, mientras la navaja sigue sobre su dedo.

—Soy lo que se llama un elemental. Los hay de muchos tipos, pero yo puedo controlar los metales. Hierro, acero, bronce... —Lanza

la navaja y la recoge en la palma, extendiéndola hacia mí para que la coja.

Yo lo hago y paso el pulgar por la punta, pinchándome ligeramente. Esboza una sonrisa irónica.

Me chupo la sangre de la punta del dedo y miro a Acker. Ha hecho un gran esfuerzo esta mañana al no ser un gilipollas sarcástico. No es necesario que lo estropee ahora. Su sonrisa parece reflejar mis pensamientos.

—Cuéntame. —Paso un dedo sobre la inicial inscrita en el mango. Subo la vista para enfrentar la de Acker y reúno valor al ver la disponibilidad de su mirada—. Cuéntame todo lo que puedas.

Asiente y fija la vista en el techo.

—Tu familia se hallaba en Kenta visitando a la mía cuando desapareciste. Estábamos en nuestra cabaña del sur, al lado del océano, y cuando tu madre fue a despertarte no estabas en la cama. Tras rastrear la costa y los bosques circundantes, supusieron que te habrías escapado para ver el océano por tu cuenta. —Su entrecejo empieza a arrugarse con la preocupación.

—Tú estabas allí —digo, al darme cuenta de que está relatando su propio recuerdo.

—Sí —responde, mirándome—. Acababa de cumplir nueve años y me encargaron encontrar en la ciudad elementales de agua para que ayudaran con la búsqueda en el mar. Los pocos que encontramos unieron sus fuerzas para retirar la marea y así buscar tu cuerpo.

Una esperanza tonta gira en mi interior.

—¿Mis padres...? —pregunto, sin ser capaz de acabar la frase.

La preocupación de la mirada se le borra para dar paso a una especie de tierna alegría.

—Tu madre está viva.

Se me escapa un gritito ahogado y me apresuro a cubrirme la boca con la mano.

—Llevó fatal tu desaparición. A lo largo de los años, hubo rumores de que te habían visto, se decía que los territorios vecinos te habían capturado. Envió guardias y más guardias a recabar cualquier información que pudieran encontrar, pero nunca volvían con nada concreto. Tu padre pensó que un funeral la ayudaría a aceptar la pérdida, pero ella nunca abandonó la esperanza. En la actualidad, no tengo claro dónde está tu padre.

Me mira con tristeza. Es raro mirarlo y ver el dolor que se refleja en mí.

—Tú y yo nos conocíamos —digo, dándolo por sentado.

Asiente.

—Éramos cercanos —aclaro.

Vuelve a asentir.

—¿Éramos amigos?

Veo una pequeña sonrisa en su rostro.

—¿Te lo puedes creer? —me pregunta.

Yo niego con la cabeza.

—No.

Ríe y se le forman unas arruguitas en las esquinas de los ojos.

—¿Por eso me reconociste en el Mercado?

Ladea la cabeza.

—Fue gracias a tu cuchillo.

Me he preguntado por qué lo llevaba con él aquel día en el Mercado, pero no he tenido el valor de preguntárselo a él.

—Te llama, igual que tú lo llamas a él.

Lo hago girar entre los dedos, fijándome en las grietas y hendiduras con una perspectiva.

—¿Es mágico?

Se incorpora, sonriendo, para quedar sentado de lado contra la cama y así ver el cuchillo en mis manos con más claridad.

—Hiciste este cuchillo con la ayuda de tu padre —dice—. Quería que te sintieras cómoda con un arma desde pequeña, y se considera un rito de paso para los niños pequeños forjar su primer cuchillo a mano, así aprecian la habilidad y el esfuerzo que conlleva hacerlos.

Intento conjurar una imagen de mi padre, pero no consigo sacar nada de las profundidades de la mente.

—Siempre que un arma o una herramienta se hace a mano con piedra madre de la tierra, queda unida a su fabricante por medio de magia. Ya sean hachas, espadas o incluso un ariete, siempre responderán a la llamada de la persona que las hizo. Por eso la mayoría de los herreros hacen un juramento de sangre. Solo se confía en los más honrados para forjar en nombre de otros.

—¿Dónde está tu arma?

—Hecha pedazos en la repisa de la chimenea de mi casa, si mal no recuerdo. Se partió por la mitad contra una nuez, poco después de cumplir yo los once años. —Me muestra la palma y señala la cicatriz entre el pulgar y el índice.

—¿Cómo acabaste teniendo la mía?

—Tu madre me la dio cuando me uní al ejército, para que la tuviera conmigo en los viajes. Vibró cuando te vi en el Mercado. —Fija su mirada en mí, buscando algo en las profundidades que soy incapaz de ver—. Te busqué. En cada mercado y cada pueblucho, en cada esquina de cada ciudad, miraba todas las caras buscando la tuya.

Me quedo sin aliento. Sobrepasada por una emoción a la que no soy capaz de poner nombre, me muerdo la lengua por miedo a decir cualquier cosa.

Él traga saliva y mira al suelo, pero me da la sensación de que lo hace más por darme privacidad que porque él lo necesite.

—Y había abandonado la búsqueda. Cada vez era más difícil mantenerme en la idea de que seguías viva, así que en su lugar, llevaba el cuchillo en honor a tu recuerdo, pues ya había perdido la esperanza de que pudiera guiarme hasta ti. Por eso no podía creer que fueras tú cuando el cuchillo me señaló tu presencia. Incluso cuando te vi con mis propios ojos, como un fantasma en pleno día, me negué a creerlo. Porque... —Se detiene y alza la vista para mirarme—. Porque significaba que había renunciado a ti.

Su culpa es palpable. Hace que me duela el corazón. No sé si por el amigo con el que no tuve la oportunidad de crecer o por no saber cómo aminorar su sentimiento de culpa.

Recuerdo de pronto que me acusó de ladrona y amenazó con cortarme la mano por ello. Sigue siendo un kenta, un soldado del líder que exilió a una población entera por los hechos de una única persona, eso asumiendo que todo lo que Acker ha contado sea cierto.

Le devuelvo el cuchillo, tanto para ofrecerle una distracción de su sensación de culpa como por el mero disfrute de verlo jugar con él.

—Entonces —digo, en pose pensativa—, ¿qué título tengo?

Él enarca una ceja.

—Te tienes en alta estima, ¿eh?

Pongo los ojos en blanco.

—No creo que los alaha cruzaran las líneas enemigas para robar al hijo de unos plebeyos.

Sonríe, una sonrisa amplia y pretenciosa.

—Eres la princesa Jovie del Maile.

Me río.

Él ni pestañea.

—Los Maile llevan desde el siglo pasado gobernados por tu familia. Desde antes de que la mía gobernara en Kenta, incluso.

Mi sonrisa se desvanece al ver que él no sonríe en respuesta.

—Estás hablando en serio.

—Totalmente —contesta.

Me tumbo en la cama, sin saber qué decir. Maile. Maile. No Alaha o Kenta, sino Maile... y princesa, nada menos.

—No lo entiendo. ¿Por qué iba Wren a raptarme? ¿Para qué?

—Eso inició una guerra. Hubo un montón de señalamientos, acusaciones a diestro y siniestro. Que era, probablemente, el objetivo de Wren, causar una guerra interna entre los territorios que quedaban con la esperanza de poder quedarse con los más débiles y gobernar en su tierra.

—Bueno, es obvio que no funcionó.

La luz de la mañana se cuela por la cortina de la ventana, y le cubre los hombros y el pelo de rayos dorados, subrayando el tono marrón cobrizo de sus ojos. Brillan cuando me mira.

—Empiezo a preguntarme si la cosa es aún más siniestra.

Ruedo sobre el costado para quedar cara a cara con él.

—¿Qué quieres decir?

—Conoces la Ceremonia de Unión Alaha —dice, mirándome—. Pero un vínculo basado en el amor no se elige, se otorga. Igual que tu magia. —La mirada de Acker se aparta de la mía mientras busca las palabras precisas—. Un vínculo verdadero es poco frecuente, un nexo diferente a cualquier otro. Si Kai fue capaz de convencerte de que eres el suyo, podría reclamar la mitad de tu territorio maile.

No lo entiendo.

—Pero habría descubierto sus motivaciones en cuanto estuviéramos en tierra.

—A lo que te has expuesto aquí es solo una fracción de lo que sería su poder total en tierra. —La cara que pone muestra que ya se arrepiente de lo que está a punto de revelar—. Y su magia se vuelve más potente a través del contacto físico —dice con la voz tensa—. Tocar, estar piel con piel. O, como probablemente sabes, boca con boca.

Alzo una mano para que no siga por ahí.

—Lo pillo.

—Para cuando descubrieras quién eres realmente y lo que te han hecho, ya no te importaría. La persona que eres dejaría de existir fuera de lo que Kai te influyese para pensar o sentir.

La duda se me instala en la cabeza. La idea de poder perder todo sentido de mí misma, todo sentido de libre albedrío, a causa de otra persona, sea con magia o sin ella...

Acker se pone en pie de forma abrupta.

—Viene alguien.

—Probablemente sea el desayuno que me envía Kai.

Él se queda quieto, con la cabeza inclinada, escuchando algo que yo no percibo, ya que está intentando oír a través de la pared.

—Qué est...

Coge el cuchillo y me pone el mango en la mano, indicándome que permanezca en silencio con un dedo en los labios, antes de señalar al techo. Suena un golpe en la puerta. Miro en esa dirección y luego a Acker, pero él ya está saliendo por la ventana. Me enfundo unos pantalones y deslizo el cuchillo en la parte de atrás del cinturón antes de cubrirlo con la túnica.

Cojo aire, quito el pestillo a la puerta y la abro.

—Faline —digo, incapaz de esconder mi asombro.

—Buenos días —dice, radiante—. Quería traerte el vestido. —Alza un brazo recubierto de tela—. ¿Puedo entrar?

Hay un guardia a su lado, con pinta aburrida.

—Claro —digo, completamente consciente de que no puedo negarle la entrada.

Su propio vestido le revolotea alrededor de los tobillos cuando pasa junto a mí, con el pelo peinado en intrincadas trenzas con flores entretejidas. Observa mi pequeña morada y repara en la cama, la pileta y el inodoro en la esquina. En otro tiempo me hubiera humillado su inspección, pero mantengo la cabeza alta cuando su mirada vuelve a mí.

—Hoy es el gran día —dice, disimulando su impresión ante mi espacio—. ¿Cómo te sientes?

Dejo escapar un suspiro.

—Mareada por los nervios.

Sonríe, mostrando una gran comprensión y amabilidad.

—Es normal. Kai ha perdido la espada dos veces esta mañana.

La situación se vuelve un poco incómoda cuando yo no respondo. La mención a Kai me recuerda la herida abierta que siento dentro del pecho.

—No hay necesidad de estar nerviosa. El día pasará rápido y para la puesta de sol los dos estaréis juntos.

Asiento. Esto es raro en muchísimos aspectos.

—En fin —dice, mientras pone el vestido sobre la cama. Estira la tela y la aplana para evitar las arrugas—, también quería hablar contigo un momento.

Nos sentamos al borde de mi cama con el vestido entre ambas. Intenta meterse un mechón de pelo tras la oreja aunque ninguno se ha salido, y me doy cuenta de que es ella la que está nerviosa.

—No sé si recuerdas cuando tus padres murieron, pero hubo una época en la que viniste a vivir con el capitán y conmigo.

Asiento con un ligero movimiento de cabeza.

—Lo recuerdo.

—Estabas inconsolable. Te tenía en brazos, día y noche, mientras llorabas, intentando darte algún consuelo sin conseguirlo... Hasta que Kai empezó a fijarse en ti. —Esboza una suave sonrisa—. Os manteníamos alejados el uno del otro, para que no te sintieras sobrepasada. Kai era un terremoto a aquella edad, pero consiguió escapar de la vigilancia de su padre y, una noche, entró en nuestra habitación cuando yo intentaba dormirte. Te vio y, no me preguntes cómo, supo ser cuidadoso, no imaginas lo callado que estaba mientras se acercaba a echarte un vistazo. Os mirasteis y fue la primera vez que dejaste de llorar en semanas. —Se le forman lágrimas en los ojos—. Desde ese momento, fuisteis inseparables.

Trago saliva para controlar el nudo que se me ha hecho en la garganta.

Se pasa un dedo bajo los ojos.

—Me voy a pasar todo el día llorando, ¿eh?

Me acerco y pongo una mano sobre la suya.

—Gracias. —No estoy segura de qué le estoy agradeciendo, pero parece lo apropiado en esta situación.

Me aprieta cariñosamente la mano.

—Debería dejar que te prepares para la ceremonia.

Ya he empezado a moverme para acompañarla a la puerta, cuando se me ocurre una idea.

—Antes de que te vayas —le digo, abriendo la puerta—, ¿podría pedirte un favor?

Ella parece sorprenderse, pero sonríe.

—Por supuesto.

—Es un poco embarazoso, pero el regalo que le haces a tu vínculo tras la ceremonia... Yo, bueno... todavía no me han dado mi paga oficial de guardia...

—No digas más —me interrumpe.

Mete la mano en el bolso de monedas que lleva a la cadera, y saca un puñado de ellas que deposita en mi mano. Intento no fijarme en el número de piezas de oro y plata del conjunto, y ella me guiña un ojo antes de irse.

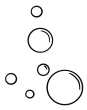
En el tiempo que me lleva cerrar y echar el pestillo, Acker ya está de vuelta en el cuarto. Mira el vestido que está sobre la cama y luego a mí. La verdad es que es un vestido bonito, el más bonito que he tenido nunca. Supongo que eso era lo que le estaba agradeciendo a Faline.

Lo tiro al suelo.

—Esperaremos a que comience la Ceremonia de Unión, y luego nos escabulliremos en uno de los botes de pesca. Es el único momento en el que parte del muelle estará sin guardias.

Acker sonríe, pero suena muy sucio cuando habla.

—Qué pena. Estaba deseando poder atarte.



Capítulo 15



Espero todo lo que puedo, pero el pájaro no viene. Ha estado asustado desde que llegó Acker. Aun así, le dejo un cuenco con queso curado y nueces. No le alcanzará más que para una comida, pero es todo lo que puedo ofrecerle como despedida. Me cuelo por la ventana de vuelta hacia mi habitación por última vez.

Acker termina de rellenar el odre y me mira mientras lo mete en mi morral.

Se oye la música a lo lejos, marcando el inicio de la ceremonia.

—¿Ahora? —pregunta Acker.

Yo asiento, pero primero...

Cojo el cuaderno de dibujo más antiguo de la pila que hay al lado de la cama, y lo abro por una página que marqué antes. Es el que usaba con once años, cuando empecé a llevar diarios, y lo dejo abierto sobre el colchón.

Luego saco el siguiente cuaderno marcado, el de los doce años. Y el de los trece.

Repito el proceso hasta que hay una manta de dibujos sobre la superficie de la cama, todos de la misma imagen, la última, de esta mañana. Colinas ondulantes de hierba hasta donde la vista alcanza. Las mismas colinas y tallos hasta la cintura con los que llevo soñando toda la vida: una respuesta a por qué me fui y adónde me dirijo.

Mi hogar.

Siento, más que escucho, a Acker coger aire.

Echo un último vistazo al lugar que me ha dado paz la mayor parte de mi vida y abro la puerta. Los pasillos están vacíos, pero el sonido de voces e instrumentos llega desde abajo. Está anocheciendo y los faroles están encendidos a lo largo del camino. Una fuerte brisa me saca algunos mechones de pelo de la trenza.

—Quédate detrás de mí —le digo.

No es que haya forma de esconder la estatura de Acker. No tiene nada que ver con los típicos rasgos alaha, tiene el pelo oscuro en vez de claro y los ojos marrones en lugar de grises. Tampoco ayuda mucho ese atuendo kenta que lavó y secó hasta dejar medio limpio.

Apenas hemos dado dos pasos más allá del cuarto de Grenadine cuando su anciana voz áspera nos deja clavados en el sitio.

—¿Adónde os escapáis?

Está apoyada en la puerta entreabierta, con una sonrisa sabihonda y divertida en los labios arrugados.

Intento no mostrar sorpresa al verla, esquivando su pregunta.

—¿Y tú por qué no estás en la Ceremonia de Unión?

—Bah —responde, haciendo un gesto con la mano—. Este año no hay buena comida, así que ¿para qué ir?

Mira a Acker, luego vuelve a mirarme.

—Es muy guapo. Ya entiendo por qué estás cambiando de barco.

Como no quiero decir nada que pueda molestarla, me muerdo la lengua y no la corrijo. En lugar de eso, meto la mano en el bolsillo y saco una de las monedas pequeñas..., luego dos más tras pensarlo un segundo, y se las tiendo.

Su sonrisa se ensancha, dejando ver los dientes manchados.

—Siempre supiste cómo hablarle a mi corazón.

Coge las tres monedas de oro y me guiña un ojo.

—Estoy deseando dormir tranquila esta noche sin vosotros dos discutiendo sin parar.

Y con eso, cierra la puerta en nuestras narices.

Acker alza una ceja.

—Te dije que me gritaras más bajito.

Continuamos hasta la siguiente intersección y paso yo primero, me cuelgo y me dejo caer hasta la intersección del nivel inferior. Acker me sigue de cerca. Hacemos lo mismo hasta el siguiente nivel antes de ver a un grupo de gente corriendo que llega tarde a la ceremonia, y nos tiramos boca abajo para que no puedan vernos cuando pasan debajo.

Parece que la fiesta está en pleno apogeo para cuando llegamos al tercer nivel. Ya estamos oficialmente fuera de tiempo.

—Tenemos que saltar desde aquí.

Él observa el agua agitada debajo, probablemente recordando la travesía a nado a través de la tormenta durante su huida.

—Subiremos por la parte inferior del Nivel Principal, y escalaremos así hasta acercarnos al muelle.

Le hago una señal para que me pase el morral, que me aseguro a la cintura.

—Mantén las piernas y los brazos pegados al cuerpo. Y pon los dedos de los pies en punta.

Él no pone ninguna objeción, si es que tiene alguna, y asiente en respuesta a mis instrucciones. Yo salto primero y aguardo en el agua mientras salta él, un alumno perfecto, ya que cae con destreza antes de reaparecer rápidamente. Nadamos hacia la escalera y subimos a las vigas que están bajo el Nivel Principal.

La primera vez que crucé por la parte inferior del Principal me llevó horas, pero he desarrollado un método eficiente para cruzar las

vigas cubiertas de percebes y musgo. Nos movemos en zigzag hacia los botes, en silencio, concentrados en nuestros pasos.

—Ya casi estamos —le digo.

El muelle aparece ante nosotros, con el puerto en el centro exacto del Principal y justo debajo de donde se celebra la ceremonia. Detengo a Acker con una mano y le hago una señal para indicar que es hora de saltar. La música y las voces cubren el sonido de nuestros cuerpos al caer al agua. Acker sube al muelle primero, y extiende el brazo para ayudarme a subir, antes de saltar al bote pesquero más cercano.

Me desato el morral de la cintura, se lo lanzo y me agacho para soltar la cuerda de amarre, con manos temblorosas. El sonido de los pies bailando y la música es casi lo suficientemente fuerte como para tapar el martilleo de mi corazón.

Estoy aún mirando hacia abajo, cuando Acker grita mi nombre, una advertencia que no soy capaz de tener en cuenta con la suficiente rapidez. En un segundo, tengo unas manos encima y el afilado borde de una espada al cuello.

Acker alza los brazos en señal de rendición.

—Tranquilo —dice, con la mirada fija en el gigante que tengo detrás.

—No te muevas. —Un escalofrío me recorre la espalda al darme cuenta de que estoy en manos de Dupre. Le da instrucciones a alguien que está fuera de mi campo de visión para que vaya a buscar a Kai—. Al muelle —ordena a Acker.

Acker obedece, con las manos aún en alto para que todos las vean, y pasa por encima del casco hasta colocarse sobre las tablas. Dupre da un paso atrás, obligándome a ponerme de puntillas para evitar que su arma me corte.

Los ojos de Acker se clavan en mi garganta expuesta.

—Tranquilo —repite, con una profunda nota de advertencia en la voz.

Kai aparece.

—¿O qué? —Dos guardias van tras él. Me mira con la expresión teñida de decepción y resignación, antes de hacer un gesto con la cabeza hacia Dupre—. Con cuidado.

Dupre baja la espada, y yo dejo escapar un suspiro de alivio. No dura mucho.

Puedo oír el poder del don de Kai en sus palabras cuando habla.

—De rodillas.

Acker baja una rodilla, y luego la otra, con los ojos chispeando de rabia a pesar de sus calmados movimientos. Es la primera vez que veo a Kai usar su don en otra persona y un miedo recién descubierto se me enraíza dentro.

Los dos guardias se acercan y esposan las muñecas de Acker. Su mirada, mientras, permanece fija en Kai, con la rabia hirviendo bajo la superficie.

Con Acker momentáneamente fuera de juego, Kai se pasa las manos por el pelo, antes de ponerlas en jarras y volver su atención hacia mí.

La pena y el enfado le cruzan el semblante, como si se hallara dividido entre ambos.

—Todo lo que he hecho ha sido para protegerte.

—¿Protegerme? —escupo—. Eres tú de quien me tengo que proteger.

Él niega con la cabeza.

—No tienes ni idea.

—Ilumíname entonces —le suelto, casi en un gruñido.

Su voz sale baja y fría, y tiene la mirada perdida.

—Era o mi padre o yo.

Me tambaleo hacia atrás, incrédula, chocando con Dupre. Kai extiende la mano para sujetarme, pero me aparto con brusquedad.

Un destello de irritación le cruza la mirada.

—Pude sentir cómo tu magia reaccionaba a la mía en la tienda de vestidos.

—¿Por qué no me detuviste entonces?

—Porque esperaba estar equivocándome.

Alza una mano, en señal de derrota.

—Nunca quise que te enterases así.

Dejo escapar un bufido.

—Mejor no finjamos que tuviste intención de decírmelo.

—Sí que la tuve —protesta—. No sabía cómo o cuándo hacerlo, pero sabía que llegaría el día en que tendría que ser honesto contigo.

—Y, sin embargo, aquí estamos.

Intenta acercarse a mí de nuevo, pero se detiene cuando ve cómo me tenso.

—Brynn —suplica.

Hay un largo intervalo en el que trago saliva, intentando suavizar el nudo que se me ha formado en la garganta y la urgencia de llorar me obliga a tener la boca cerrada.

Como no respondo, vuelve a decirlo.

—Brynn.

—Ese no es su nombre.

Todas las miradas se vuelven hacia Acker, que pronuncia esas palabras con una calma espectral. Es lo suficientemente inquietante como para que los hombres vacilen. Pero la atención de Acker no se aparta de Kai, una mirada fija e inquebrantable, a pesar de la comprometida posición en la que se encuentra.

—Aquí no tienes poder.

Acker sonríe con la arrogancia de quien sabe más de lo que dice.

—Tengo más que tú.

Kai no muerde el anzuelo y le da la espalda en señal de desdén, pero cuando vuelve a dirigir su mirada hacia mí, puedo ver que está intranquilo.

—Solo te devolví emociones que tú ya estabas sintiendo.

Niego con la cabeza.

—Nada de lo que digas puede justificar que me hayas manipulado en tu propio beneficio.

El rostro de Kai se endurece, el enfado y la indignación le tiñen las mejillas de rojo.

—¿Por qué crees que nunca me acosté contigo?

La humillación me hace arder la sangre y retumba en mis oídos. En este momento sé que ya no es mi amigo. Aun así es un golpe bajo. Demasiado bajo.

—Quería que fuera decisión tuya, sin influencia alguna de mi magia. Quería que tú... —Se detiene, casi como si no quisiera admitir lo que está a punto de decir—. Quería que realmente me amaras cuando te entregaras a mí.

No necesito magia para saber que está siendo honesto.

—Ese es el problema, Kai —digo, en voz tan baja que solo él puede oírme—. Yo sí que te amaba. Eras mi mejor amigo y me has traicionado.

Solo tarda un par de segundos, pero su reacción cambia de la agonía a la frialdad más absoluta.

—Tengo un plan en marcha, y no puedo permitir que te vayas. —Mientras me sostiene la mirada y sigue dando la espalda a Acker, dice—: Matadlo.

Me lanzo a por Kai, pero me golpean las piernas por detrás y caigo de rodillas. Uno de los guardias coge a Acker por el pelo,

inclinándole la cabeza de forma que el cuello quede expuesto, mientras el otro saca un espada del cinturón.

La mirada de Acker se desliza hacia mí, con los ojos entrecerrados y el cuello tenso por el ángulo en que le sujetan la cabeza a la fuerza. Durante un segundo me mantiene la mirada, casi como si quisiera transmitirme algo, algo como... ¿arrepentimiento, quizá?

Luego se mueve.

Pasa las cadenas de las esposas sobre la cabeza y coge por el cuello al guardia que tiene detrás, retorciendo el metal en un lazo. Acaba con él en cuestión de segundos, y las esposas caen de sus manos con una floritura de su magia. El otro guardia se lanza a por él, pero se detiene en mitad del movimiento. Su espada está ahora en la mano de Acker, que la clava profundo en el pecho del guardia. Asombrado, el guardia retrocede dando tumbos y atragantándose con la sangre que le llena los pulmones.

Dupre aprieta más la espada contra mi cuello mientras Acker dirige su atención a nosotros.

—No vas a matarla. —No muestra la más mínima agitación mientras avanza con paso firme.

Kai desenfunda la espada que lleva a la cadera. Acker tiene la audacia de sonreír sin perder el ritmo mientras se impulsa desde un poste del muelle y salta al aire antes de soltar un golpe directo con el puño en la cara de Kai. La pelea termina antes de haber empezado. Kai cae al muelle con un fuerte golpe.

Dupre empuja la espada contra mi barbilla para obligarme a estirarme, usándome de escudo contra Acker.

Coge la espada que se le ha caído a Kai y la sopesa, inspeccionando el arma mientras habla.

—Suelta a la chica y me plantearé no matarte.

No debo haber oído más de cinco frases del guardia más fiel de Wren, pero, desde luego, esta es la primera vez que lo escucho maldecir:

—Que te jodan.

Acker levanta la vista de la espada.

—Empiezo a pensar que en Alaha todos son producto de la endogamia. Es la única explicación que encuentro a tamaño nivel de estupidez.

Noto un sorprendente temblor en las manos de Dupre, y reprimo un quejido cuando la hoja me pincha.

Acker se queda completamente inmóvil y pierde todo atisbo de humor.

—No te tengo miedo...

En un movimiento singular, Acker gira y lanza la espada como un disco. Yo chillo, cierro los ojos con fuerza mientras el arma viene hacia mí. El sonido del metal cortando carne y hueso me reverbera en el oído. La sangre se derrama sobre mi cabeza. La espada que tenía al cuello cae lentamente mientras el gran cuerpo de Dupre se desploma de espaldas con un golpe seco.

Acker me coge por los hombros.

—¿Estás bien?

Lo miro con los ojos entrecerrados.

—Sí.

Intenta limpiarme la sangre de la cara, antes de frotarse la mano contra la pernera de los pantalones.

—Lo siento.

Dejo escapar un profundo suspiro, intentando, sin conseguirlo, detener el temblor de mis manos y mi voz.

—Lo dejaremos en tablas.

Suelta una risa ahogada y una sonrisa le asoma por la comisura del labio..., pero enseguida desaparece, y desvía la hoja que viene hacia él en el último segundo. No llega a su objetivo, las tripas de Acker, pero aun así Kai consigue enterrar la mitad de la hoja en el costado de Acker antes de sacarla.

La sangre brota de ese punto.

Kai lanza otra estocada, pero Acker la detiene con una facilidad vergonzosa agarrándole la muñeca a Kai. Usa la otra mano para cogerlo por la garganta y con una calma inquietante se apodera del cuchillo y se lo pone en el cuello.

—No lo mates.

La mirada de Kai se enfoca en mí cuando me acerco, pero yo no lo miro.

Le pongo la mano en el hombro a Acker.

—Acker. —Es la primera vez que le llamo por su nombre, y él tarda en apartar la vista de Kai. Cuando su mirada se encuentra con la mía está vacía de toda emoción. Me trago mi miedo, sabiendo que es mucho lo que le pido cuando Kai acaba de intentar matarlo—. Por favor —le ruego.

Toma una profunda respiración y sus ojos vuelven a cobrar vida poco a poco, luego aparta la afilada punta del cuello de Kai. El alivio de este no dura mucho, ya que Acker lo sujeta y le rodea el cuello con el antebrazo impidiéndole respirar. Kai lucha, pero Acker mantiene su agarre hasta que el rostro de Kai se pone de un feo tono rojo, luego blanco y finalmente se le cierran los ojos. Acker deja caer a Kai sobre el muelle.

—Gracias —le digo, pero no está interesado en mi gratitud. Inspecciona la daga de Kai antes de subirse la camisa para metérsela en el cinturón. Alcanzo a ver la herida de su costado un segundo antes de que vuelva a cubrirla.

Las pulsaciones por fin me bajan lo suficiente como para volver a escuchar la música. Parece que a Acker le pasa lo mismo porque ambos nos ponemos en movimiento a la vez.

Acabo de desamarrar el bote del muelle y Acker coge los remos y me pasa uno cuando nos impulsamos para salir. Mete nuestras provisiones bajo el asiento de proa mientras yo navego para salir del puerto. Diviso un movimiento por el rabillo del ojo y veo que el guardia con las cadenas alrededor del cuello se pone en pie de forma tambaleante.

—Pensaba que lo habías matado —le digo a Acker, llamando su atención.

El guardia nos echa una mirada fulminante mientras se vuelve hacia la escalera que lleva al Principal. Acker se pone en pie, coge la daga de Kai, ajusta el agarre con precisión y la lanza hacia el guardia. Se oye perfectamente el sonido cortante que hace en su vuelo y el golpe abrupto al introducirse en la nuca del guardia.

Tambaleándose en un escalón del tramo medio, el guardia gira sobre sí mismo, y nos deja ver la punta del cuchillo sobresaliéndole de la cuenca del ojo. Da una vuelta completa antes de caer por la escalera y aterrizar boca abajo.

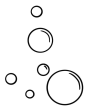
Acker chasquea la lengua y extiende el brazo.

—Mi puntería no es la mejor hoy.

Observo con un horror incrédulo cómo la daga se desprende sola del guardia muerto y vuela de vuelta hacia Acker. Este gruñe cuando le golpea la palma, como si la recuperación le hubiera exigido un esfuerzo, y se limpia el arma en la pernera.

Ninguno de los dos habla mientras cada cual coge un remo y empezamos a dirigir el bote para sacarlo de debajo de la arboleda. La luz del Principal brilla sobre el agua y nos esforzamos al máximo para avanzar hacia las sombras.

La música nos persigue durante varios kilómetros mientras remamos hacia la noche.



Capítulo 16



Estamos totalmente fuera de rumbo y bien jodidos. Tuvimos que abandonar nuestra dirección norte cuando nos mandaron detrás a todo el ejército de Alaha. Un montón de velas blancas salpicaban el horizonte sobre nuestra estela, así que tuvimos que virar abruptamente hacia el oeste, en dirección a ningún sitio. Remamos y remamos. Cuando ya éramos incapaces de seguir remando, remamos un poco más, sin poder alzar las velas por miedo a ser demasiado visibles, demasiado ubicables en contraste con el agua oscura.

Un estruendo me saca de mi remada inconsciente. El remo de Acker golpea la cubierta un segundo antes de que él se incline sobre el borde. Voy hacia él, pero las piernas me fallan, así que gateo hasta mi morral para sacar el odre de agua.

Se lo pongo en los labios.

—Bebe.

Está pálido y cubierto de sudor, tiene los ojos cerrados y la cabeza desplomada contra el lateral del bote. Gruñe, pero intenta alzar la cabeza lo suficiente para tomar unos pocos sorbos.

—Déjame verte el costado.

Vuelve a gruñir cuando se mueve para darme acceso. Tiene la camisa empapada de sangre y sudor. El corte está húmedo, y un

rojo brillante gotea a través de la costra formada por sangre seca que rodea la herida.

—Tengo que limpiártelo. No te muevas.

Se las arregla para hablar.

—No iba a ir a ningún sitio.

Me pongo de pie con esfuerzo y me tambaleo hasta la escotilla donde se guarda el botiquín de emergencias. Mientras cojo los apósitos limpios y un tarro de ungüento, agradezco encontrar un odre extra de agua que alguien debió dejarse al final de su último viaje.

Lo llevo todo a donde está Acker y me pongo de rodillas a su lado.

—Esto te va a doler —le digo, destapando el agua.

—Espera. —Intenta sentarse erguido, y la sangre le mana de la herida, más de la que puede permitirse perder.

—¡Eh! Te dije que no te movieras. —Le pongo una mano en el hombro para detenerlo.

—Tú —dice en un jadeo, mientras abre los ojos para mirarme y señala el agua que tengo en la mano—, bebe tú.

—Después de limpiarte la herida.

Intenta sentarse erguido de nuevo y los abdominales se le tensan por el esfuerzo.

—Vale, vale. —Mantengo una mano firme sobre él para asegurarme de que no vuelva a moverse mientras, con la otra, me llevo el agua a la boca. Tengo los labios agrietados y el agua me gotea por ellos, pero me encuentro dándole largos tragos cuando solo pretendía beber un par de sorbitos.

Acker consigue poner cara de suficiencia incluso estando medio muerto por la pérdida de sangre. No me molesto en advertirle cuando vierto el resto del contenido sobre el corte y rebusco en el botiquín algo de ungüento.

Por cien mil perros rabiosos.

Al abrir el tarro, descubro que está vacío, salvo por un resto pegado al borde. Reúno todo lo que puedo y lo aplico sobre la herida abierta. Él contiene un gemido de dolor, pero esa poca medicina parece bastar para detener el sangrado. Le hago beber el resto del agua del segundo odre mientras espero a que la sangre empiece a coagular.

—Tenemos que vendarla— le digo.

Puede mantener los ojos abiertos durante más de unos segundos.

—Sanaré mucho más rápido en tierra —dice.

Cada palabra le sale áspera, deshilachada.

—Va a pasar tiempo antes de que veamos tierra.

—Mi gente ha estado esperando con los barcos fondeados escondidos —responde—. Si tenemos suerte, quizá nos crucemos con ellos.

No digo lo que pienso. Fuimos hacia el oeste porque era el rumbo menos probable y, por tanto, el lugar menos probable donde nos buscarían, tanto los alaha como los kenta.

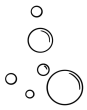
Coloco la gasa sobre la herida y, con la otra mano, le paso la venda por la cintura. Tengo la cara a escasos centímetros de su abdomen mientras le rodeo la espalda para hacer el nudo, e ignoro el rechinar de sus dientes cuando aprieto y aseguro los extremos.

Lo miro.

—Había que hacerlo.

Él intenta, sin éxito, mantenerse enfocado en mí, así que lo ayudo a recostarse en cubierta, donde pierde el conocimiento al instante. El cielo está gris, el sol saldrá dentro de una hora, y cuando trato de ponerme de pie, me tiemblan las rodillas. Maldita sea, puede que me desmaye.

Reúno todas mis fuerzas para descolgar la vela de proa del mástil. Extiendo los remos sobre el ancho del casco y los sujeto como puedo con una cuerda de repuesto, luego coloco la vela por encima, improvisando un toldo para hacer sombra. Tengo justo el espacio necesario para acostarme de costado a su lado, y por fin me dejo vencer por el agotamiento.



Capítulo 17



El sonido de un trueno grave y continuo me despierta. La barca se mece con el vaivén del oleaje, pero Acker sigue dormido a mi lado. Le apoyo una mano en el pecho para comprobar que respira, y me alivia ver que ha recuperado algo de color en las mejillas.

Salgo de debajo de la vela y veo nubes negras que flotan amenazantes a lo lejos. La veleta en lo alto del mástil gira de vez en cuando, pero el viento se mantiene más o menos constante. La tormenta está lo bastante lejos como para no representar una amenaza. Es difícil saber cuánto nos hemos desviado, ya que las nubes tapan las primeras estrellas que empiezan a asomar en el cielo oscurecido.

La barca está pensada para que la manejen dos personas, aunque es posible hacerlo en solitario si se tiene la experiencia suficiente. Aunque todo recluta de la guardia recibe clases de navegación desde los trece años, no soy ninguna experta, pero he salido a pescar en velero las suficientes veces como para apañármelas.

Rebusco entre los utensilios de pesca. Hay cañas, sedales y una buena variedad de aparejos para atraer distintos tipos de peces, así como flotadores, anzuelos y plomos, todo útil, aunque lo que de verdad necesitamos es un sistema para recoger agua potable.

Tras encontrar lo que estaba buscando, uso mi cuchillo para cortar un trozo de cuerda de la red de pesca y lo destrenzo. Una vez que

consigo una hebra larga y única, la ato alrededor del mástil y la extiendo hasta uno de los viveros del casco. La lluvia golpeará el mástil, luego la cuerda y después correrá por ella hasta el pozo: un depósito de agua potable.

El trueno retumba sobre el agua y debe de despertar a Acker, porque suena un fuerte golpe, seguido de una colorida gama de maldiciones.

Levanto la cubierta improvisada que nos da sombra.

—Buenos días, bella durmiente.

Él se apoya en un codo, entrecerrando los ojos para mirarme antes de fijarse en el cielo que se oscurece y en el mar agitado a nuestro alrededor.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

Me encojo de hombros.

—Tu suposición será tan buena como la mía. Me desperté hace poco.

—Has estado ocupada —dice, reparando en los suministros que he sacado.

Me acerco y me arrodillo a su lado.

—¿Cómo te sientes?

Sin que tenga que pedírselo, se levanta la camiseta manchada para mostrarme el vendaje. Lo toqueteo un poco, satisfecha con lo bien que ha frenado el flujo de sangre. Un relámpago ilumina el horizonte.

—¿Cómo de preocupados deberíamos estar ante eso? —pregunta, señalando hacia la monstruosa tormenta que, afortunadamente, aún está a kilómetros de distancia.

—No mucho —le digo, bajándole la camiseta—. Pero deberíamos aprovechar el frente de ráfagas de viento a nuestro favor. Llevamos un rato a la deriva. —Un rato muy largo.

Se sienta antes de tambalearse y ponerse en pie.

—Dime qué hago.

O está ocultándolo muy bien, o el ungüento está haciendo milagros, porque no hay ni pizca de dolor en su rostro. No me fío del todo, pero no puedo poner la vela de proa sin su ayuda.

Trabajando juntos, enrollamos la vela nuevamente en su posición. Le muestro cómo atarla al casco y luego al mástil, pues sé que tendremos que repetir este trabajo con frecuencia. Tras muchos tirones, esfuerzos y maldiciones por ambas partes, logramos colocar el foque. Luego, subo al mástil para izar la lona a su lugar. La veleta comienza a girar a medida que el viento cambia de dirección.

—Así está bien —le digo a Acker, entregándole la driza de la vela mayor—. Tira de esto mientras yo dirijo.

Sentada de espaldas a la popa, mantengo una mano en el timón, mientras Acker tira de la cuerda y sube la vela principal con cada movimiento descendente. Entonces empezamos a movernos, surcando el agua mientras la vela se hincha.

Señalo al extremo fijo, a una cornamusa.

—Ata ahí la cuerda.

Vuelve a hacer el nudo que le enseñé durante una pausa en la interminable remada de antes y sonrío, impresionada por lo rápido que lo ha aprendido.

—Agáchate. Voy a virar la botavara.

Acker se sienta en el lado opuesto de la bañera, frente a mí, con las piernas encajadas contra las mías.

Cambio el timón y la botavara se desliza hacia un lado, haciendo que el barco escore. El agua roza la parte superior del casco mientras giramos. Mantengo la vista fija en la brújula y las velas, busco la combinación perfecta de viento y rumbo. Con la proa

orientada al noreste, el barco pierde algo de inclinación y avanzamos a una velocidad decente.

Cierro los ojos y me dejo acariciar por el viento que me azota en la cara. Voy a hacerlo. Voy a pisar tierra firme. Bueno, si es que llegamos. Ha habido desertores antes, pero nadie sabe si llegaron a ver tierra. Kenta está muy lejos para un barco de pesca pequeño, pero es la única opción que tenemos.

Cuando abro los ojos, Acker me está mirando.

—¿Qué? —La palabra se me escapa como un dardo más que como una pregunta.

Una pequeña sonrisa se le dibuja en la cara, y desaparece tan rápido como ha aparecido.

—Estoy impresionado, eso es todo.

Me avergüenza el rubor que amenaza con subirme a las mejillas. La soledad del barco y la inmensidad del mar hacen que sea aún más difícil soportar la intensidad de su mirada.

—¿Tan fácil de impresionar eres?

Arruga la nariz con gesto juguetón.

—Escuché a los guardias hablar de que la futura mujer de Kai era sorprendentemente buena con la espada.

Doy un respingo.

—No estés tan seguro de eso. Comparada contigo, no soy nada.

—¿Eso es un cumplido?

—No.

Se ríe.

—Si sabías luchar así —digo, tras un momento—, ¿por qué no te... escapaste, sin más?

Él niega, despacio.

—Podría haberlo hecho, pero tenía que entender cómo de integrada estabas, averiguar cómo de profundo era el amarre de Kai.

Y necesitaba que confiaras en mí.

Es presuntuoso por su parte asumir que ahora confío en él, pero lo que dice tiene sentido. Me subí a este bote con él tras haberlo visto encargarse de cuatro hombres armados bien entrenados, él solo. O soy una estúpida o estoy desesperada. Quizá un poco de cada.

—Luchas como si hubieras estado en batalla.

Mi frase causa un cambio en su comportamiento. Es ligero, casi imperceptible, pero ahí está, tras su mirada.

—Me uní al ejército cuando cumplí los trece, y vi mi primera batalla ese mismo año.

La imagen de un niño joven, delgaducho y de pelo oscuro luchando contra hombres adultos provoca que se me encoja el estómago. Solo la desesperación enseña a los soldados cómo matar con ese grado de salvajismo que él ha mostrado. No hubo vacilaciones cuando mató a los guardias alaha, ni tampoco cuando estuvo a punto de matar a Kai.

—¿Por qué? ¿Es que los kenta estaban tan desesperados por reclutar que sacrificaban a los más jóvenes?

No reacciona a mi notorio disgusto ante la idea de mandar niños a la guerra.

—La gente que viste en el Mercado no eran un retrato fidedigno de la suerte que hemos corrido. Llevamos décadas de conflicto intermitente con un territorio vecino. No es raro que los niños se unan al ejército cuando son jóvenes para empezar el entrenamiento en la adolescencia. Mi amigo se unió, así que yo también lo hice.

Lucho por contener mi desprecio.

—Según lo que me contaste antes, toda guerra y conflicto debería haber acabado cuando exiliasteis a Wren.

Un ramalazo de ira le brilla en los ojos.

—Así fue. Durante un siglo, vivimos en paz. No fue hasta tu secuestro cuando las cosas cambiaron.

Mi voz está llena de sarcasmo al contestarle.

—Ah, bueno, en ese caso, me disculpo por dejarme secuestrar.

—¿Eres siempre así de difícil? —me pregunta.

—Solo cuando abandono todo y a todos los que he conocido para aventurarme en un nuevo territorio aparentemente plagado de conflictos y estoy atrapada en un bote contigo, por lo que parece.

Se le contrae la mandíbula mientras mira hacia el agua con los ojos pensativos.

—Osiris, el líder de Roison, admitió haberte secuestrado y tu madre lo mató.

Pero, como ambos sabemos, no fue él.

—Nunca he entendido por qué había confesado algo que no había hecho —dice—, sabiendo que el resultado de tal confesión sería la muerte. Cuando su hermano, Chryse, heredó el trono, hizo una llamada a la revolución. Fue un simpatizante secreto de Wren durante la guerra contra Alaha. Desde entonces, hemos estado batallando guerra tras guerra.

Pasa un tiempo en el que no hay nada más que el sonido de las olas bajo el bote y las leves sacudidas de las velas al coger aire. Nos pasamos la mayor parte de la noche sumidos en nuestros propios pensamientos, en nuestros propios espacios diminutos, cada uno a un lado de la cubierta.

Cuando una ola fuerte provoca que el bote se incline, él suelta un gemido de dolor. Aseguro la caña para que el timón permanezca en su sitio y cojo el material para hacer vendas, plegándome en el espacio que hay junto a él. Se levanta la camisa sin preguntar nada. Tiene el costado cubierto de sangre pegajosa, una mezcla de la nueva y la vieja.

—¿Por qué no has dicho nada? —Intento arrancar la gasa, y él aprieta los dientes.

—Oh, no tengo ni idea —dice, con la voz cargada de dolor y sarcasmo.

Sonrío. No puedo evitarlo.

Cojo el cuchillo y él se queda quieto mientras maniobro con la punta debajo del vendaje, cortando con un movimiento rápido que le separa la tela del cuerpo.

Le sale sangre fresca de la herida.

—Necesita sutura.

Él asiente, como si lo supusiera.

Cojo lo que necesito de entre los aparejos de pesca: un sedal, un anzuelo y todo el ungüento que puedo encontrar. Empiezo a cerrar la escotilla cuando una botella oscura sale rodando de debajo del casco y golpea la madera. La sostengo en el aire, sonriendo, mientras se la muestro.

—Mira lo que he encontrado.

Extiende la mano para que se la dé. Descorcha la botella, se la lleva a la nariz y pone una mueca de horror.

—¿Intentas matarme?

—El hidromiel se considera contrabando en Alaha, así que imagínate la de tiempo que llevará esto aquí escondido.

Lo huele una última vez antes de llevárselo a la boca y poner cara de asco mientras traga.

Luego se sube la camisa por completo y vierte el líquido justo encima de la herida. Gruñe con los dientes apretados y las venas del cuello y el pecho le sobresalen mientras tensa los músculos, esperando a que cese el ardor. Cuando por fin pasa, deja escapar un ronco suspiro aliviado.

Se tumba de espaldas, mirándome, mientras corto con el cuchillo el sobrante de sedal del anzuelo.

—Venga, hazme sufrir.

Me fijo en una cicatriz con forma de V bajo la línea de las costillas. Redirijo mi atención a la herida y llevo el anzuelo hasta la parte superior del corte.

—A ver qué tal se me da.

Suelta un pequeña risa en forma de bufido, pero esta se corta cuando la punta del gancho se clava en la carne. Se le tensa el estómago mientras yo hago la fuerza necesaria para conseguir que el anzuelo salga por el otro lado.

—Uno menos.

Respira hondo.

—Cuéntame cosas de tu infancia —me pide.

Siento, más que veo, sus ojos fijos en mí mientras hago un nudo en el sedal y preparo el siguiente punto.

—¿Qué quieres saber?

—¿Cómo fue?

Me doy cuenta de que necesita distracción, así que se lo cuento. Le describo la vida con el capitán y Faline los primeros años. Me trataron como a Kai: misma formación y mismas obligaciones. Pasábamos los veranos nadando, pescando y jugando al escondite por toda la arboleda. Luego le cuento el problema que tuvimos, lo de robar y las bromas y el caos general que causamos de preadolescentes, tan insoportables que tuvieron que separarnos.

Me dieron mi propia cabaña, ubicada en lo alto de la arboleda junto a los demás olvidados e individuos sin emparejar. Al principio fue horrible. Nadie de mi edad quería que lo vieran con una niña que vivía en la Fila de los Olvidados.

Era solitario, pero me acostumbré a ello. En cuanto tuve edad para intentar ser guardia, eso me dio un objetivo. Vivía para entrenar e hice amistad con Messer y Aurora. O, mirando atrás, me doy cuenta de que me hice amiga de Messer y Aurora me toleraba. Lo cual no es poco, porque Aurora no tolera a casi nadie.

Si hay algo que decir sobre las dificultades de Alaha, es solo que yo siempre lo veía todo desde fuera. Fuese por mi falta de conexiones familiares en una comunidad construida sobre el favoritismo, o por mi inusual pelo cobrizo, nunca encajé del todo.

Mientras doy el último punto, alzo la vista para mirar a Acker. Él inspecciona mi trabajo y parece encontrarlo satisfactorio, porque se endereza hasta quedar sentado para que yo pueda volver a vestirlo. Cuando acabo, me coge la mano, impidiendo que me separe.

—Me pasé años esperando que hubieras muerto ese día. La alternativa solo me dejaba espacio para imaginar los peores horrores. Me alegra que tengas buenos recuerdos de esa época, a pesar de que me gustaría que hubieran tenido lugar en tu verdadero hogar. —Parece que quiere decir algo más, pero me suelta.

—Mi infancia no fue perfecta, pero he vivido en paz en Alaha. —Es más de lo que él puede decir. Aunque hay algo que ha estado molestándome—. ¿Por qué me hiciste poner la mano en la pared de piedra?

—Sabía que si los alaha te habían tenido alejada de tierra todo este tiempo, no habrías tenido tu despertar.

—¿A qué te refieres con despertar?

—Cuando alguien entra en contacto con su propia magia. Sabía que la única forma de estar seguro de que eras tú era hacerte tocar la tierra.

—Sabías que me dolería.

—Sí —contesta, con aspecto arrepentido—. Por eso te seguía. Me decía a mí mismo que no era posible. Era estúpido por parte de Wren dejarte regresar, y no podía dejar que te fueras sin estar seguro.

Me doy cuenta de que mi mano sigue junto a él, bajo la suya, cuando noto el movimiento de sus músculos en mi palma. Al sentirlo, retiro la mano y él sigue el movimiento con la vista, pero no dice nada al respecto.

—¿Por qué duele? El despertar...

—Es como los dolores del crecimiento durante la adolescencia. No fuiste sintiéndolo poco a poco a lo largo del tiempo, así que recibiste la dosis completa de una sola vez.

—Así que esta es mi magia —digo pasándome el cuchillo a la otra mano—. Ser capaz de llamar a un simple cuchillo.

—No. —Sonríe, negando con la cabeza—. Eso es un juego de niños. Tus verdaderos dones no se revelarán hasta que completes tu despertar.

El corazón me da un brinco.

—¿Quieres decir que lo que sentí en el Mercado no es todo?

Niega con la cabeza.

—Solo conozco de oídas las historias de gente que experimentó su despertar tarde en la vida, y por lo que cuentan, es doloroso, pero se pasa en un día o dos.

Clavo el cuchillo en la cubierta del bote.

—A ver si me aclaro. ¿Me estás llevando a tierra, donde voy a tener que experimentar el peor dolor de mi vida durante una cantidad indeterminada de tiempo?

Pone cara de circunstancias.

—Más o menos.

Aprieto los dientes y llamo al cuchillo hacia mi mano extendida. Viene rasgando el aire.

—Más te vale que sea un don espectacular.

—Tengo la sensación de que lo será.

Tras comprobar la brújula para asegurarme de que seguimos yendo en la dirección correcta, vuelvo a la popa. Durante un buen rato, quizá horas, estamos en silencio, ambos sumidos en nuestros propios pensamientos y en el empuje del mar.

Luego se me ocurre algo.

—Entonces me estás diciendo que si fabrico una cuchara con piedra madre —digo, mirándolo suspicaz—, y uso dicha cuchara para sacarle los ojos a un hombre, ¿podré llamarla para que regrese a mí?

Pone los ojos en blanco, pero se le escapa una sonrisa.

—Supongo que depende de si tallaste la cuchara con la intención de sacarle los ojos a la gente.

Estoy pensando qué otras armas podría crear con objetos cotidianos cuando siento la mirada de Acker.

—Por si sirve de algo —dice con expresión de arrepentimiento—, lo siento.

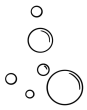
Le echo una mirada curiosa.

—Por Kai y por sacarte del único hogar que has tenido.

Respiro profundamente y suelto el aire despacio. Su disculpa no me vale de nada, en realidad, pero es un sentimiento bonito.

Me encojo de hombros.

—Y yo.



Capítulo 18



Acker corta el sedal con los dientes mientras sigue colocando los ganchos al final de las cañas. La pasada noche nos turnamos para hacer guardia. Primero él, luego yo, y se despertó hambriento. Ambos estamos muertos de sed, pero ninguno lo dice, pues sabemos que no sirve de nada.

El equipo de pesca está pensado para capturar presas más pequeñas en los arrecifes al este y al sur de Alaha, pero eso también parece un dato innecesario. Es lo que tenemos, y atraparemos lo que podamos.

A ver.

Hoy no hay mucho viento, así que avanzamos lento. Sigo revisando la brújula y ajustando el timón, aunque nunca es por mucho. No puedo evitar que la vista se me vaya de nuevo hacia Acker. Tiene los brazos y el pecho totalmente expuestos, su camisa está puesta a secar en el palo mayor, tras un intento de limpiar la sangre putrefacta. Sigo con la vista sus manos y dedos mientras atan un nudo. Culpo de ello al puro aburrimiento y la falta de algo más en lo que fijarme.

—¿Quién te enseñó a pescar?

Muerde el sedal y lo corta haciendo ruido con los dientes.

—Sobre todo, mi mejor amigo, Hallis. Pescábamos siempre que viajábamos con el ejército. Pescado fresco de arroyos, lagos. Cosas

así.

Me doy cuenta de que sé muy poco sobre él, mientras que él parece saberlo todo sobre mí.

—¿Es el amigo al que seguiste cuando se unió al ejército?

—Sí —me sonríe—, para horror de mi padre.

Esto despierta mi interés.

—Suponía que la mayoría de los nobles estarían orgullosos de que sus hijos quisieran servir en el ejército.

—Él habría preferido que me pasara la adolescencia bajo su protección, consiguiendo notoriedad política en la corte.

—¿Y tu madre?

Frunce el ceño, luchando por colocar bien el carrete en la caña de pescar.

—Murió cuando yo tenía doce años.

—Lo lamento.

Sacude la cabeza, como indicando que mi disculpa es innecesaria.

—Me crio mi hermana.

Finjo que en el horizonte hay algo que resulta más interesante que mirar los músculos de su espalda.

—¿Y tu vínculo?

—¿Mi vínculo? —repite, me mira antes de continuar con la tarea de enrollar el carrete.

—Sí, dijiste que en Kenta los vínculos son poco frecuentes. ¿Cómo es?

—Bueno —dice, mientras sacude la cabeza con una sonrisa—, es... asombrosa. —La manera en que lo dice resulta innegable, como si lo dijera con cada fibra de su ser.

No puedo evitar poner los ojos en blanco.

—Sí, eso me pareció con todo ese lirismo que desplegaste sobre sus ojos. Háblame de ella. ¿Cómo es? ¿A qué se dedica?

Se rasca la barbilla, a punto de contestar cuando ve algo sobre mi hombro y sus ojos se agrandan por la sorpresa. Oigo el batir de alas antes de volverme para ver un pájaro de color noche aterrizar en la popa del bote.

Él pía y yo dejo escapar un gritito ahogado, mientras sonrío sin poder evitarlo.

—¿Cómo me has encontrado?

En cuanto la pregunta sale de mi boca, Acker me coge por la cintura y me aparta.

—¡Eh! —protesto dando una patada en el suelo—. ¿Qué haces?

Me aparta del pájaro todo lo que puede y protege mi cuerpo con el suyo, mientras coge su daga. Tras haber visto lo increíblemente rápidos que son sus reflejos, hago lo único que se me ocurre.

Lo derribo.

Cae en cubierta con un quejido audible.

—¿Qué haces tú?

—¡Me da igual el hambre que tengas, no vas a comerte a mi pájaro! —grito.

—¿Qué? —Se gira para mirarme, sin llegar a verme bien los ojos desde su posición boca abajo—. No voy a comérmelo. Quiero matarlo.

—¡Para poder comértelo! —Sigo sobre él, asegurándome de que no se mueva.

—Es más probable que él me coma a mí.

—¿Que qué? —Alzo la vista para mirar al pájaro y veo que nos observa con la cabeza inclinada hacia un lado en actitud de estar entendiendo lo que pasa. Se rasca la cabeza con su diminuta garra, dejándose una pluma descolocada.

Acker gruñe debajo de mí.

—Te das cuenta de que si quisiera me desharía de tu peso sin problema, ¿verdad?

—¿Me prometes que no matarás a mi pájaro?

Pone los ojos en blanco, mientras resopla.

—Lo prometo.

Me levanto despacio, y Acker es igual de cuidadoso, mientras mantiene la vista fija en el pájaro que da saltitos a lo largo de la borda.

—Calma. Es inofensivo. —Rodeo a Acker y extiendo la mano para que el pájaro se me pose en la muñeca. Extiende la cabeza y la frota contra mi palma, suplicando que le rasque.

Acker se acerca, dando solo un minúsculo paso.

—¿Y cómo, si se me permite preguntar, has acabado con un eyeun como mascota? —pregunta, como si el término cariñoso le hiciera daño al decirlo.

—Se coló por mi ventana. O se cayó, probablemente. Tenía un ala herida, lo curé y lo cuidé hasta que se recuperó. —Me rodea la muñeca y se queda colgando—. Espera, ¿qué es un eyeun?

—Son criaturas mitológicas, aves de caza que pueden devorar a un hombre sin dejar ningún resto. Y he visto suficientes ilustraciones para saber que eso... —Señala de forma acusadora al pájaro— es un eyeun.

—Curioso —digo, mirando al agua que rodea el bote—. Suena horriblemente parecido a las historias de Alaha sobre el calamar gigante.

—También hay cuentos sobre criaturas demoníacas que supuestamente poblaban la tierra hace miles de años.

Las garras del pájaro se tensan sobre mi muñeca, la única advertencia que recibo antes de que eche a volar. Acker se encoge cuando vuela sobre su cabeza para aterrizar sobre el mástil.

—Grenadine era una bruja con él y el pájaro nunca intentó comérsela.

—Es evidente que soy una comida mucho más apetecible que Grenadine —dice, y vuelve a ponerse un poco juguetón. Echa un último vistazo al pájaro antes de revisar las cañas de pescar—. ¿Cómo se llama?

—No nos permitían tener mascotas en Alaha, así que nunca le puse nombre. Ni siquiera sé si es macho o hembra.

Acker me mira, luego mira al pájaro.

—Bueno, parece que en cualquier caso él te ha cogido cariño.

Lo pienso por un segundo y me maravillo de que haya volado todo un océano para encontrarme.

—*Blue* —digo—, me gusta el nombre de *Blue*.

Picotea en las cuerdas, comprobando la tensión.

—Pues con *Blue* se queda.

Se ríe, a punto de decir algo ingenioso, sin duda, cuando una de las cañas frente a nosotros empieza a curvarse. Se apresura hacia el otro lado del bote y saca la caña de su sujeción, enrollando rápidamente el carrete. Cojo la cuerda y tiro, emocionada por el pez de considerable tamaño que emerge de la superficie del agua.

Trabajamos en equipo hasta conseguir tener al pez lo suficiente cerca del bote para que yo pueda levantarlo del agua y pasarlo por la borda. Cae a nuestros pies. Acker lo coge por la boca y le saca el anzuelo, luego lo sostiene en alto para que se vea bien, con una sonrisa de oreja a oreja.

Un grito fuerte viene de arriba. Nuestras cabezas se apartan a tiempo para evitar las garras del pájaro, de *Blue*, que viene hacia nosotros para robar el pez de la mano de Acker de un solo movimiento. Aterriza en la popa y, en un par de segundos, abre el

pico hasta el punto de distorsionar el resto del cuerpo y se mete el pez entero en la enorme oquedad antes de tragárselo entero.

Acker y yo nos miramos sorprendidos y boquiabiertos.

Miro al pájaro, con miedo a apartar los ojos de él.

—¿Cómo ha metido todo eso ahí dentro?

Acker niega con la cabeza, tan incrédulo como yo.

—Magia.

Nos miramos de nuevo y Acker me señala con un dedo.

—Que no se me acerque. —Señala al pájaro—. Y que no se acerque a mi comida.

Blue pía.

Me agacho para ponerme frente a él.

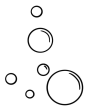
—Estarías hambriento después de volar tanto.

Él me mira, con los ojos negros como la obsidiana fijos en los míos.

—Te propongo un trato. Te guardamos una porción de comida para ti, siempre y cuando no nos robes las nuestras. —Entrecierro los ojos mientras le miro y espero que hayamos llegado a un acuerdo—. Y tampoco puedes comerte a Acker —añado, por si acaso.

No sé si realmente es posible para *Blue* comerse a un hombre entero, pero no quiero arriesgarme.

Chasquea el pico en rápida sucesión, y decido asumir que eso significa que está de acuerdo.



Capítulo 19



La palabra *sedienta* no empieza ni a describirlo.

Da igual cuántas veces me pase la lengua por los labios o trague saliva; no hay alivio para la piel cuarteada y la garganta rasposa. Estaríamos peor sin comida y la poca hidratación que hemos obtenido de la carne cruda del pescado que capturamos en los últimos días.

Acker no ha hablado mucho, pero supongo que yo tampoco. Es difícil pensar en algo que no sea la sed y las ganas de llegar a nuestro destino. Ha habido una cubierta de nubes casi continuamente, noche y día. Es un buen cambio respecto al calor del sol durante el día, pero no hemos sido capaces de fijar nuestra localización de noche.

Blue vuela por encima de nosotros, con las alas extendidas al viento. Hemos alcanzado una velocidad estable en dirección norte, turnándonos las guardias para vigilar las velas y la aparición de posibles barcos en el horizonte. En cierta forma, los días parecen ir y venir con la tortura más lenta, aunque también han pasado en un borrón, tanto que casi he perdido la cuenta.

Hemos adoptado un ritmo: despertarse, comer, dormir, repetir.

Acker dormita, arrullado por el vaivén del barco y yo bostezo por enésima vez, o eso me parece. Nos movemos lo suficientemente lento como para que pueda darme un refrescante chapuzón en el

agua y aliviarme. También me dará la oportunidad de comprobar si hay percebes pegados al fondo del bote. Si esperamos demasiado a comprobarlo, reducirán la velocidad con su peso.

Acker no se despierta mientras me desnudo hasta quedarme en ropa interior, su pecho sigue subiendo y bajando a un ritmo constante. Me siento en el borde del bote y me ato la cuerda de amarre a la cintura antes de zambullirme. Disfruto del agua fría del océano, que me sirve de bálsamo sobre la piel recalentada mientras floto de espaldas.

Tras un rato, llamo a mi cuchillo y buceo por debajo del bote. Hay unos pocos racimos de percebes que empiezan a crecer en la popa, y que desprendo con facilidad. Cojo un puñado cada vez, y se los doy a *Blue* cuando salgo a respirar.

Repito el proceso tantas veces que pierdo la noción del tiempo. Es un alivio poder centrarme en algo que no sea lo miserable que me siento. Por mucho que sepa que abandonar Alaha era algo que tenía que hacer, no me impide sentir añoranza. Echo de menos mi pequeña cabaña, mi cama y la seguridad de saber qué traerá cada día. Echo de menos a Kai, a Messer. Quizá hasta eche de menos a Aurora, pero eso igual es la deshidratación que saca lo mejor de mí.

Subo para alimentar a *Blue*. Flota sobre el agua, entre bocado y bocado, acicalándose las plumas.

—Me alegro de que estés aquí —le digo.

Engulle los percebes y sacude las plumas, algo que me tomo como un signo de gratitud. Me pregunto qué es capaz de articular realmente dentro de ese cerebro suyo de pájaro.

Entonces siento que algo me rodea el tobillo antes de tirar de mí hacia abajo. Grito produciendo una corriente de burbujas bajo el agua. Cojo mi cuchillo, con el corazón latiendo como loco mientras me preparo para luchar, posiblemente contra un calamar gigante.

Cuando soy capaz de liberarme y me giro, me encuentro con la sonriente cara de Acker. Le doy una patada con el pie que tengo libre y nado hasta la superficie, tosiendo toda el agua que me impide respirar. *Blue* sale volando cuando Acker emerge.

Se sacude el agua del pelo, lanzando gotitas en todas las direcciones, y yo le suelto todas las palabrotas que conozco. Él se ríe, los ojos le brillan de satisfacción. Lo cual solo hace que me enfade más.

Le echo agua en la cara.

—Podía haberte hecho daño —le digo, sosteniendo el cuchillo.

—No habría sido la primera vez, ¿no? —dice, sin un ápice de arrepentimiento, mientras se le ensancha la sonrisa.

—Argh. —Muerdo de exasperación.

Giro hacia el barco y entonces noto el agua deslizándoseme por la nuca.

No es verdad.

Tardo en volverme a mirarlo, me hierve la sangre.

—Hazlo otra vez —le digo—. Atrévete.

Él arquea una ceja, fanfarrón.

—¿Qué pasa si lo hago?

Ni me digno a responderle. Creo que está claro que será algo muy muy malo.

La luz se refleja en el agua y se proyecta en su rostro, ilumina las gotas que se le aferran a las pestañas y al pelo. La piel se le ha oscurecido con el sol, ha perdido el enrojecimiento de los primeros días en el mar, y eso hace que su sonrisa resulte aún más lasciva.

Segura de que no volverá a salpicarme, me vuelvo hacia el barco. Desato la cuerda de amarre que llevaba atada a la cintura y la ato de nuevo al escobén, formando un lazo en la cuerda para usarlo como estribo. Clavo el cuchillo en el casco y estoy a punto de poner

un pie en el lazo cuando Acker se lanza, me agarra por detrás y me tira otra vez al agua.

Desgraciado.

Los pensamientos asesinos ganan terreno en mi mente mientras me suelto de él con una patada y vuelvo a la superficie. Él sale justo después de mí y me lanzó sobre sus hombros para hundirlo. Es tan satisfactorio devolvérsela que lo salpico de nuevo en cuanto sale a por aire.

Su expresión tiene un aire de depredador que me hace sumergirme bajo el agua. Sé que soy mejor nadadora que él, así que buceo bajo el barco para escapar y salgo por el otro lado. Mantengo la atención en el agua que está debajo de mí, a ambos lados del bote, esperando que salga una figura oscura.

Aguardo tanto tiempo que empiezo a preguntarme si habrá renunciado, y entonces una sombra cae sobre mí. No esperaba que viniera por arriba y alzo la vista para encontrármelo sonriendo como un demonio. Vuelvo a nadar para alejarme, pero no hay forma. Salta al agua y me envuelve con los brazos en un segundo.

Yo doy patadas y lucho por soltarme, revolviéndome, y me río cuando pasa los dedos por el área sensible del estómago y las costillas. Toda la parte delantera de su cuerpo está pegada a mí por detrás, piel contra piel, sus muslos y piernas rozando las mías. Su contacto es cálido.

Me arrastra bajo el agua con él, pero eso no mengua el calor ardiente de su mano en mi barriga o de la otra cruzada sobre mi pecho. Me invaden sensaciones inapropiadas.

Me recuerda a lo que sentía al estar bajo la influencia de Kai, después de que los guardias buscaran a Acker en mi cuarto y Kai usara su poder en mí. Como si el cuerpo no me perteneciera. No hay

ningún control, ningún pensamiento o razonamiento, solo la sensación. Tocar y ser tocada.

Arrastrada por el calor que sale de él.

Y eso no es algo que deba sentir con Acker.

Intento maniobrar para quedarme frente a él. Debe de ver el pánico que me embarga porque su sonrisa se desvanece, y afloja el agarre de los brazos. Uso las manos para apartarme de su pecho y nado hasta la superficie. El bote ya está un poco alejado y me impulso con brazos y piernas para alcanzarlo. Fue una imprudencia por nuestra parte dejar el bote a la deriva.

Estoy de espaldas a Acker cuando sube al barco. Me destrenzo el pelo y me lo desenredo con los dedos; finjo estar demasiado ocupada para mirarlo, que no hay una nueva tensión entre nosotros mientras nos vestimos.

Él es el primero en romper el silencio.

—No pretendía incomodarte —dice, en voz baja e insegura.

Yo estoy demasiado avergonzada para mirarlo.

—No pasa nada —digo, sin querer discutir ese miedo que sentí, un miedo que sigue bastante latente.

El aire me echa el pelo sobre la cara, y miro la veleta y el cielo encapotado, y luego a las velas que se hinchan y se deshinchan. Es difícil saber de dónde va a venir el viento.

Ajusto el timón, para virar el bote hasta que las velas se enderezan. Compruebo la brújula.

—Creo que se está fraguando una tormenta cerca. Más adelante, diría yo. Podemos bordearla, pero acercarnos lo suficiente para coger algo de lluvia si tenemos suerte.

Acker se sienta enfrente de mí e inclina la cabeza hasta quedar en mi línea de visión, obligándome a mirarlo.

—¿Quieres comer, por si la cosa se pone peor?

Asiento, agradecida con él por haber dejado pasar el tema.

Él limpia un pescado. Hemos descubierto que *Blue* es un pozo sin fondo y se apresura a coger los restos en el aire cuando Acker los tira por la borda del bote. Filetea la carne en tiras y me ofrece una con la punta de su daga.

Mientras me acerco a cogerla, me doy cuenta de algo, horrorizada, y detengo la mano a medio camino.

—¿Llevas todo el tiempo usando este cuchillo?

Él se extraña ante la pregunta.

—Sí —contesta, pero parece más una pregunta.

La bilis me sube a la garganta.

—¿Has estado alimentándome con la misma daga que le clavaste en la cuenca del ojo al hombre?

Entrecierra los ojos al mirarme.

—¿Te sentirías mejor si te dijera que no? —Tras unos segundos de silencio, coge mi mano y me pone encima la carne cruda—. Lo limpié con los restos de hidromiel. Está en perfecto estado.

Ya está.

La gota que colma el vaso.

Le lanzo el pescado, satisfecha por el ruido húmedo que hace al golpearle en toda la cara.

Parpadea y se limpia la cara con una mano.

—El otro cuchillo que hay lo tienes tú. ¿Qué pensabas que estaba usando?

Si fuera más lista, quizá prestaría atención a la calma tensa de su voz, pero no puedo evitar que la repulsión se me escape por la boca.

—No creía que nadie en su sano juicio fuera capaz de usar un arma homicida como cubertería.

Él respira profundo, lentamente, como si usara ese tiempo para calmar su propia ira.

—Dice la mujer que habla de sacarle los ojos a la gente con cucharas. —Clava la daga en la borda y levanta las manos en gesto de rendición—. Pues muérete de hambre. Me da igual.

No tiene ningún reparo en comer con el cuchillo que usó para matar a un hombre y seguimos sentados en completo silencio mientras él acaba su comida.

Hago lo que puedo para ignorar los rugidos de mi estómago, esperando que el golpeteo del agua contra el bote los disimule.

Creo sentir una gota de agua aterrizarme en la nariz, pero cuando me toco para comprobarlo, no noto nada. Miro hacia arriba e inspecciono el cielo gris, aunque no veo signos de lluvia. Sería una gota salpicada por el océano. Vuelvo a mi tarea de fingir que Acker no existe cuando vuelvo a sentirlo, esta vez en la mano. Y luego otra en la frente.

Parpadeo ante la llovizna que empieza a caer. Acker también la nota y mira al cielo mientras los ojos se le iluminan y sonríe cuando nuestras miradas se encuentran. Al poco, está cayendo un aguacero. Nos empapamos casi al instante. Me quedo hipnotizada viendo el agua correr por el mástil y deslizarse por la cuerda hasta el depósito. Abro la boca y disfruto del dulce sabor del néctar de los mismísimos dioses.

Cuando abro los ojos, Acker me está mirando. Su expresión es impenetrable.

La lluvia forma un velo alrededor del bote, reduciendo la visibilidad. Nos redirijo hacia el este para evitar el empeoramiento del tiempo que puede esperarnos delante, y el bote escora de forma pronunciada mientras gira de lado con la proa elevándose sobre la espuma blanca que se forma sobre la superficie del agua.

El timón me zozobra en la mano con cada golpe, pero seguimos a una velocidad constante durante un buen rato.

Necesitábamos esto tras los días que llevábamos estancados. Si logramos aprovechar este viento, avanzaremos rápido. Justo cuando pienso eso, el viento cambia. Las velas pierden su hinchazón y cuelgan del mástil como cortinas mojadas.

—Mierda.

Acker se inclina hacia delante para gritar por encima de la lluvia.

—¿Qué pasa?

Sacudo la cabeza, demasiado asustada para ponerlo en palabras, como si decirlo en alto lo hiciera más cierto.

—La tormenta ha cambiado de dirección.

Ya no se mueve hacia el oeste, sino que viene directa hacia nosotros. El bote se tambalea hacia delante y hacia atrás mientras lucho con el timón.

—¿Deberíamos dar la vuelta? —pregunta Acker—. ¿Intentar dejarla atrás?

Blue lanza un grito al tiempo que emprende el vuelo desde el mástil, con las plumas agitándose al viento. Subestimé la gravedad de la tormenta, demasiado emocionada por la posibilidad de tener agua potable para evaluar bien los signos. Y podría costarnos la vida.

—Podemos intentarlo —le digo, mirándolo.

Pero quizá sea ya demasiado tarde.



Capítulo 20

Esto es un agujero negro. Privada de visión, he perdido todo sentido del tiempo y del rumbo. El viento y las olas nos azotan inclementes. La inclinación del barco está a merced del mar.

Apoyamos las piernas contra el lateral del casco, presionando con fuerza el lado contrario y agarrándonos el uno al otro firmemente en un acuerdo implícito para no perder al otro en la oscuridad. Durante horas que parecen interminables, aguantamos así la tormenta.

Cada poco, el océano nos empuja por debajo y deja el bote brevemente suspendido en el aire, mientras el estómago me ruge a modo de protesta. El agua se cuela en el interior del bote por un lateral solo para ir a salir por el otro al momento siguiente. Lo único que podemos hacer es resistir para no salir despedidos con ella.

La temperatura ha caído en picado. Cada vez que entra agua en el bote parece hielo al contacto con nuestra piel temblorosa. Si la cantidad de agua que entra no acaba con nosotros, la pérdida de calor acabará haciéndolo.

Una y otra vez viene una ola tras otra. No hablamos. Las palabras no nos salvarán.

Entonces...

Un zumbido bajo y atronador impregna el aire, apaga el sonido del agua y las respiraciones entrecortadas, incluso de mis latidos. No

necesito sentirlo u oírlo para saber que se me acaba de parar el corazón porque sé qué es lo que se avecina.

Solo he estado en el centro de una tormenta marina una vez, y es un recuerdo imposible de borrar. Recuerdo cómo el aire se volvía cada vez más violento, retumbándome en los oídos, en los árboles y en toda la arboleda... hasta que llegó ese silencio insoportable, justo antes de que el agua se alzara y se tragara media Alaha. Aquel día, muchas personas perdieron sus casas; algunas, la vida.

Me abrazo a Acker. No duda en rodearme con el brazo.

Acerca los labios a mi oído y grita para que le escuche.

—¡No te sueltes! Pase lo que pase, no te sueltes.

Me estrecha con fuerza contra su cuerpo, hunde mi cabeza bajo su barbilla. Usa las piernas y el otro brazo para mantenernos sujetos dentro del bote.

Ya no llueve, sino que el agua azota el aire como si fueran pequeñas agujas. Un relámpago, el primero que vemos en horas, rasga el cielo. Un trueno seco atraviesa el estruendo del viento como un latigazo. Acker me aprieta aún más. Me hace daño con su abrazo, pero aun así lo agradezco mientras me aferro a su camisa empapada.

Y entonces, como si alguien apagara una vela, el viento y la lluvia se detienen. Solo se oye nuestra respiración agitada. La popa se inclina hacia delante. Acker tensa brazos y piernas para evitar que nos vayamos con la caída. La proa se hunde de golpe en el hueco entre dos olas, y entramos en caída libre.

Cierro los ojos con fuerza y espero el impacto: la madera rompiéndose contra el agua, el momento en que el bote se haga añicos y todo acabe.

Pero no ocurre.

—Cielos. —La voz de Acker es apenas un susurro, pero aun así me resuena en los oídos.

Abro los ojos y dejo escapar todo el aliento contenido. Hay destellos de rayos procedentes de todas partes, como brazos que se extienden por el cielo y alcanzan el mar y todos los puntos intermedios. Vemos el agua turbulenta y la pared de nubes y lluvia arremolinándose a nuestro alrededor mientras las olas gigantescas se enroscan en el corazón de la tormenta.

Un rayo impacta en una de las olas, iluminando el agua bajo la superficie con un resplandor azul brillante, antes de desvanecerse nuevamente en la oscuridad. El aire está cargado de electricidad y, a pesar de estar empapada, se me eriza todo el vello del cuerpo.

Otra zigzagueante línea de electricidad baja desde lo alto, busca el camino de menor resistencia antes de golpear el agua no muy lejos de nuestra embarcación, iluminando de nuevo la superficie que nos rodea.

Ahogo un grito.

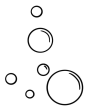
Acker maldice.

Unos tentáculos largos y oscuros envuelven el bote, enroscándose a nuestro alrededor en el agua turbulenta. El fondo de la ola que esperaba que fuera nuestro final parece no llegar nunca y empezamos nuestro ascenso por la cara de la siguiente cresta, casi como si flotáramos por encima de la superficie del agua.

Casi como si nos llevaran.

Acker no me suelta. Ni cuando parece que el bote va a romperse en cualquier momento y nos vamos a caer al mar. Ni en el centro de la tormenta, ni cuando atravesamos el velo del centro de la tormenta. Nunca afloja su abrazo, ni siquiera cuando le tiemblan los brazos.

Nunca me suelta.



Capítulo 21



Es un recuerdo.

Me doy cuenta de ello dentro del sueño, el mismo sueño que llevo semanas teniendo. Una cama hecha de plumas y almohadas se convierte en unas colinas onduladas de hierba que se extienden hasta donde alcanza la vista. Hay una suave brisa y el pelo rubio rojizo me cae ante los ojos mientras entrelazo tallos de flores silvestres.

Puedo sentir la tierra fría y mojada bajo las rodillas, su olor es fuerte, y mi vestido es amarillo con un dobladillo blanco. Añado otra flor a la creación que tengo en el regazo. Una corona digna de una reina. A mi madre, está claro, va a encantarle. Le encanta todo lo que hago para ella.

Una mariposa dorada se me posa en el dorso de la mano, y me quedo congelada, completamente quieta mientras ella abre y cierra las alas.

—Hola —la saludo—. ¿Cómo estás hoy? —Las mariposas doradas son mis favoritas.

Unas pisadas que aplastan la alta hierba revelan a un niño, y luego a otro. Se detienen ante mí. La mariposa se aleja volando.

El único rasgo del primer niño que puedo ver claramente son sus pecas. Son especialmente abundantes sobre la nariz y las mejillas, pero no distingo nada más. Su cuerpo es como un espejismo a la luz

del sol, pero sé que tiene el ceño fruncido. No necesito ver su expresión para saber que es así. Siempre está enfadado por algo.

Intento esconder mi corona, pero él detecta el movimiento y me la quita de las manos.

—Haciendo más basura de esta, ¿no? —Se pone la corona en la cabeza y se vuelve hacia el otro niño—. ¿Cómo me queda?

El segundo niño entra en mi visión. Tiene el pelo y los ojos castaños y una boca amplia, de una belleza que corta el aliento. Empuja al de pecas.

—Pareces un idiota.

—Yo creo que me da un aspecto distinguido. —Retrocede con aires de grandeza y tropieza con un palo, cayendo al suelo con un quejido ahogado.

El de ojos marrones estalla en carcajadas mientras pasa de largo.

—Bien hecho, imbécil.

Me guiña un ojo por encima del hombro. El chico pecoso, ahora refunfuñando, le sigue de cerca hasta que desaparecen al otro lado de la colina.

Abro los ojos.

El bamboleo ya familiar del bote es lo primero que reconozco, el suave crujir del casco. Luego el cielo azul y el sol demasiado brillante. Vuelvo la cabeza, buscando a Acker. Tengo la mejilla pegada en el interior de su brazo y me maravillo al ver los signos de vida en su pecho, cada respiración como una evidencia visual de nuestra victoria.

Lo hemos logrado.

Blue lanza gritos desde lo alto del cielo.

Acker abre los ojos y parpadea molesto, frunce el ceño mientras el pájaro da vueltas al bote sobre nuestras cabezas. Entonces Acker abre y cierra los ojos un par de veces, como si llegara a la misma

conclusión que yo, luego vuelve la cabeza hacia un lado y su mirada se encuentra con la mía. Es la mirada del chico de ojos marrones de mi sueño, solo que mayor y más sabio, todas las experiencias de su vida reunidas en la profundidad de esos ojos.

—Hola —dice, con la voz suave aunque rasgada.

No soy capaz de disimular la emoción en la voz cuando le contesto.

—Hola.

Me envuelve en un abrazo y no me permito pensar demasiado al respecto mientras entierro la cara en su pecho y disfruto del tremendo alivio que me invade al saber que lo hemos conseguido. Que estamos vivos. Con un aspecto terrible, pero vivos.

Nos soltamos a la vez y nos incorporamos para comprobar el estado del barco. La vela mayor está medio desenrollada de la botavara, pero intacta. La vela de proa, sin embargo, cuelga de su poste y está rasgada. El mástil y la botavara parecen firmes y no parece que el casco esté dañado. Teniendo solo la vela de proa nos moveremos más despacio, pero seguiremos operativos. Podría ser peor.

Inspecciono las cosas que guardamos en uno de los compartimentos para pesca. Está todo empapado, pero era de esperar.

Acker se pasa una mano por la cara y la barbilla.

—Me siento como si me hubiera pasado la noche bebiendo.

Cojo el odre y tomo la mitad antes de pasárselo.

—Sueles hacerlo a menudo, ¿eh?

Se la termina de un trago, la garganta se le mueve con cada sorbo.

—Me lo he pasado bien. ¿Y tú? ¿Te va el vino? ¿La ginebra?

—En Alaha no se permite el alcohol, pero Kai robó una vez el hidromiel de su padre. Acabamos echando las tripas en el entrenamiento matutino.

Acker sonríe.

—Sí, yo también he tenido experiencias de esas. He renegado del alcohol más veces de las que puedo recordar. Por el contrario, Hallis no lo ha probado nunca.

Me pongo con la reparación de las velas, tensando la driza.

—¿Sigue siendo igual de estúpido que cuando era pequeño?

Acker guarda silencio ante mis palabras y tiene la mirada fija en mí mientras se me acerca.

Mantengo una expresión impasible, mientras vuelvo a atar la cuerda a la vela, satisfecha con mi nuevo nudo.

—Se metía mucho conmigo —digo, busco su mirada antes de pasar al siguiente.

Acker apoya el antebrazo en la botavara.

—Le gustabas. Pero no sabía cómo expresarlo de la manera adecuada.

Hago una mueca.

—¿Y qué hay de ti?

—¿Qué hay de mí? —dice, cuidadoso.

—No te portabas mucho mejor que él, ¿cuál es tu excusa?

No contesta y el silencio se extiende entre nosotros mientras empiezo a alzar la vela. Es un silencio que dura hasta que tenemos todo montado y listo para zarpar, entonces él me corta el paso cuando me dirijo al timón, obligándome a prestarle atención.

—¿Cuándo has empezado a recordar todo eso?

Esta conversación ya es cargante, y empiezo a lamentar haber mencionada nada.

—Quizá desde el Mercado. He estado teniendo unos sueños muy raros. Al principio, pensé que eran tonterías sin sentido, pero se fueron haciendo más vívidos. Como si estuviera reviviendo ciertos recuerdos.

Él me examina, como si estuviera intentando averiguar si me estoy guardando información.

—Me preguntaba si recuperarías la memoria cuando estuviéramos de vuelta en tierra, pero fuera cual fuese el poder que Wren ejercía sobre ella podría estar desapareciendo a medida que te alejas de él.

—No siempre lo recuerdo todo. A veces me despierto y el sueño está... borroso.

Me mira con una cara muy rara.

—¿Qué has soñado sobre mí?

Me sorprende que haya dejado pasar la oportunidad de convertir la pregunta en una pulla. Enarco una ceja ante la pregunta y me convenzo a mí misma de que no estoy decepcionada.

—La verdad es que no mucho. Solo este recuerdo de Hallis y tú robándome la corona de flores.

Se le forma una arruga entre las cejas.

—Una corona de flores...

Por supuesto, el recuerdo que tengo es tan irrelevante para él que ni lo recuerda.

—Ese y la vez que me confesaste tu amor eterno.

Se queda completamente blanco, tan de repente que me quedo en suspenso. Pero su expresión pronto se transforma en enfado cuando se da cuenta de que solo estoy bromeando, y no puedo evitar reírme por lo avergonzado que está.

Me da la espalda.

—Tenía nueve años.

Lo sigo hasta la proa del bote.

—¿Qué dijiste? ¿Qué dije yo?

Saca las cañas de pescar de su compartimento en el casco y empieza a inspeccionarlas por si tienen daños.

—Juraría que te dije que eras la chica más guapa que había visto nunca.

Tiene las orejas rojas cuando me mira.

—Te reíste en mi cara. —Me dirige una mirada asesina—. Más o menos como estás haciendo ahora.

Lucho por disimular mis ganas de reír, poniéndome lo más seria que puedo.

—Lo siento.

Me echa una mirada que deja claro que no me cree, pero veo que se le forma una sonrisa en la comisura de la boca.

—Estás guapa cuando mientes.

Guardo un silencio sorprendido, su confesión me ha cogido con la guardia baja.

Me da la espalda mientras se pone a preparar una de las cañas.

—De hecho, fue el día antes de que desaparecieras.

Lo he observado las suficientes veces como para saber cómo le gusta ensartar los cebos, así que trabajo a su lado para preparar el resto de las cañas.

—Quizá sí que me escapé, después de todo.

Veo su sonrisa con el rabillo del ojo.

—Mentiría si te dijera que no lo pensé más de una vez. Pero seamos honestos, ninguna chica huiría de esta cara tan bonita.

Pongo los ojos en blanco.

—Tenía siete años. Y por lo que recuerdo, eras un chaval larguirucho y con el pelo revuelto. Seguramente creía que tenías piojos.

—Es que tenía piojos. Crecí con ellos. Ahora son unos piojos increíblemente guapos.

—Increíblemente humildes —digo por lo bajo, con la voz llena de sarcasmo.

Lanza el primer sedal y coloca la caña en el soporte del lateral del casco, luego vuelve su atención hacia mí.

—Me alegro de que estemos de acuerdo en ambos aspectos.

No puedo evitar sonrojarme.

—Estoy de acuerdo —le digo, con cuidado de mantener una expresión neutra a la vista de su innegable belleza—. Tú también estás guapo cuando mientes.

La burla triunfante de sus ojos se convierte en confusión.

—Tu vínculo —digo—. No existe. Me mentiste para tener razón sobre mis sentimientos hacia Kai.

Ni siquiera parpadea ante mi acusación y queda un rastro de sonrisa en sus labios, pero más afilada.

—Quieres decir tu falta de sentimientos hacia Kai.

Vuelvo a poner los ojos en blanco. Acabo con mi caña y se la paso para que la lance antes de ponerme con la siguiente.

—¿Cómo voy a creer nada de lo que me has dicho?

No contesta hasta que le doy la siguiente caña. No la coge directamente, sino que me sujeta la mano par que no pueda soltar la caña y así tenga que mirarlo.

—No te he mentido. Sí que tengo un vínculo.

La honestidad parece resonar en sus palabras cuando su mirada se posa en la mía, firme bajo el brillo cegador del sol. Siento que el estómago se me encoge y la sensación me incomoda. Me digo a mí misma que es hambre o que estoy deshidratada, lo que sea antes que este injustificado sentimiento de decepción. No puede ser.

—No me parecías el tipo de hombre que sería indecente con una mujer si su vínculo ya lo ha elegido.

Vuelve a fruncir el entrecejo.

—¿Te refieres a lo del otro día en el agua?

No necesito asentir para que él sepa que eso es exactamente a lo que me estoy refiriendo.

Me suelta la mano y coge la caña.

—Me preguntaba qué te había molestado —dice, mientras lanza el sedal y me libra de su intensa mirada—. Suponía que tenía algo que ver con los sentimientos que aún tienes por Kai, pero me agrada saber que te preocupa mi lealtad.

—A alguien debería preocuparle —digo seca, riñéndole.

Le dejo que se encargue del resto de las cañas y me coloco en mi posición en proa. No sé qué es peor, creer que miente o que engaña. En ambos casos, no es de fiar. No sé por qué me esperaba algo distinto de él.

Acaba de preparar las cañas y se coloca en su sitio habitual frente a mí, dando la espalda a la popa. Es por la mañana temprano, pero el sudor ya le moja el nacimiento del pelo y la humedad le hace brillar el cuello.

—Mi vínculo aún no me ha elegido —dice—. No nos hemos casado, así que no hay pacto que romper. Soy libre para hacer lo que quiera, igual que ella.

Levanto una ceja con aire interrogante.

—Con lo que dijiste sobre lo raro que es encontrar un vínculo, pensé que no renunciarías con tanta indiferencia.

—Llevo mucho tiempo esperando que mi vínculo acepte la unión —dice, con una expresión pensativa mientras se rasca la perilla que ha ido dejando crecer—. Más que suficiente, creo.

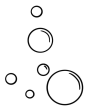
Sus palabras suenan como si ya hubiera resuelto el dilema que lo inquietaba, como si se hubiese liberado del peso que esa decisión suponía. No da más detalles sobre por qué su vínculo no lo ha elegido.

Inclino la cabeza hacia un lado, mirándolo desde un nuevo ángulo.

—Y dijiste que ninguna chica podría escapar de tu cara bonita.

Se ríe, y es una auténtica delicia.

—Aprecio la lección de humildad.



Capítulo 22



—¿Preferirías... no comer pan nunca más o comer solo pan el resto de tu vida?

La tormenta parece haberse tragado a los peces, porque hace días que no hay un solo bocado. Estamos sin comida y con los últimos restos de agua. Las nubes han vuelto a cerrarse y navegamos sin una dirección clara. Hago lo que puedo por ser optimista, pero no es fácil cuando el estómago vacío se empeña en manifestarse a cada puñetero minuto del día.

Acker, con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en un brazo, considera las opciones.

—Esta es peor que el ultimátum de los brazos de serpiente.

—Bueno, ¿qué me dices?

Me mira con un ojo entrecerrado.

—Supongo que no volvería a comer pan.

Estoy indignada.

—Menudo masoquista.

—¿Quién necesita pan habiendo filetes? —Vuelve a recostarse con una sonrisa, mientras cierra los ojos de nuevo—. ¿Preferirías tener pelo por todo el cuerpo o no tener pelo en ningún sitio?

Gruño al recordar la apariencia de mi pelo ahora mismo. He hecho lo que he podido para mantenerlo en una trenza, pero el agua salada y el viento lo han convertido en una locura encaracolada.

—¿Quién necesita pelo? Tienes que lavarlo y peinarlo, y siempre se te mete en los ojos.

—Apuesto a que nadarías rapidísimo sin él. Como un pez.

Vuelvo a lanzar una de las cañas.

—Entonces cambio de idea. Porque podrías confundirme con un pez y comerme.

—Sales perdiendo. Tengo tanta hambre que te comería ahora mismo, con pelo o sin él.

Hay un segundo de silencio mientras la frase adquiere una connotación completamente diferente y me sonrojo por completo. No le miro, fingiendo que no he pillado la indirecta.

—¿Qué dices? ¿Lanzo ya la red?

Acker resopla.

—Tú misma lo dijiste, la red no va a alcanzar la profundidad necesaria, ya que está hecha para pescar cerca de los arrecifes. Además, lo único que haría sería ralentizarnos. Gastarías más energía de la que tienes, sin sustancia para reponerla. —Se gira de lado como supongo que haría si estuviera en una cama de verdad—. De hecho, deberías descansar.

—No estoy cansada —miento.

Me arriesgo a echarle una mirada, y veo que me está observando con ojos perezosos. Sabe que estoy exhausta. Él también lo está. El océano te hace eso, te va chupando la energía a cada segundo. No puedo imaginar lo angustiados que estaríamos si el sol brillara con toda su fuerza. Pequeñas gracias que nos conceden los dioses, supongo.

—¿Me despiertas para el cambio de guardia? —pregunta tras un momento. Yo asiento.

El día da paso a la noche, y las nubes siguen inmóviles. Es como si todo estuviera cubierto por una pesada manta. Acker no se mueve ni

un milímetro mientras duerme sobre cubierta. El aire es pesado y húmedo y provoca que cada respiración sea más costosa que la anterior, y me muero de sed, joder.

Mantengo las manos en las cañas. Con lo poco que alumbra la luna, podría no darme cuenta de un tirón o de que se cae una caña, así que voy turnándome para comprobar cada una. Cada poco tiempo compruebo también la brújula y hago ajustes en el timón cuando es necesario. El tiempo pasa lento y rápido a la vez, tanto es así que me sorprendo cuando las nubes empiezan a delinearse claras con la luz de la mañana.

Casi se me sale el corazón por la boca cuando Acker rompe el silencio, con su voz ronca de recién despertado.

—He dormido todo el día.

Me inclino hacia el odre y se lo paso.

—Acaba de hacerse de día, de hecho.

Se para en medio del movimiento, con los ojos acabando de abrirse cuando pasa la vista del cielo a mí.

—¿He dormido toda la noche?

Agito el odre para que lo coja.

—Como un bebé.

—¿Por qué no me has despertado?

—Necesitabas dormir.

Se yergue hasta quedar sentado.

—Tú también.

Dejo caer el recipiente en su regazo.

—¿Cómo tienes el costado?

No se molesta en mirarlo.

—Bien.

Esa forma de despacharlo no me convence.

—Lo vi cuando te metiste en el agua el otro día —le digo, admitiendo la verdad—. No tiene buena pinta. ¿Le has estado echando el ungüento?

Sabe que lo he pillado.

—Lo acabé. —Destapa el odre y da un trago minúsculo antes de pasármelo, con el mismo peso que antes de beber—. Has estado mirándome a hurtadillas mientras me desnudo. Me siento halagado.

Doy mi propio sorbo minúsculo e ignoro su intento de desviar la conversación.

—Está infectado.

—No creo que el hidromiel fuera de la mejor calidad —bromea.

—Déjame verlo.

—¿Intentas que me desnude? —Como ni siquiera pestañeo, deja de hacer el bobo y se pone serio—. No está tan mal como parece.

—Entonces, ¿por qué no me lo enseñas?

Se pone en pie, alzándose ante mí en un segundo.

—Porque te estás preocupando por nada. Curará en cuanto lleguemos a tierra.

—Hablas como si ya se viera en el horizonte —le digo, frustrada por su despreocupación—. Puede que tardemos semanas en avistar tierra. ¿Qué vas a hacer cuando te suba la fiebre?

Niega con la cabeza.

—No me va a subir la fiebre.

—¿Cómo lo sabes? —casi grito, se me rompe la voz por la emoción contenida.

Tiene el valor de sonreírme.

—He sobrevivido a cosas mucho peores como para que una simple herida que pica vaya a acabar conmigo.

Me atraganto con la risa sarcástica que se me escapa.

—Tu arrogancia no te salvará —murmuro entre dientes.

—Ni tu preocupación. —La suavidad de su voz apaga por completo mi enfado, dejando un vacío en su lugar. Se mueve despacio cuando alza una mano para apartarme el pelo de la cara, como si tuviera miedo de espantarme—. Tienes que dormir. La cabeza juega malas pasadas cuando lleva mucho tiempo sin descanso.

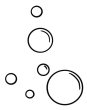
Sé que tiene razón. El deseo de cerrar los ojos tira de mí. Llevo luchando contra él toda la noche, y como si nuestra discusión me hubiera dejado sin energía, el deseo de dormir se vuelve más potente al instante.

Asiento, rindiéndome. Su cuerpo se relaja, como si mi sumisión aminorara sus propias preocupaciones.

Sonríe.

—Bien.

Esta respuesta de una sola palabra parece incompleta, como si quisiera decir más, pero se detuviera. Pero no tengo tiempo de darle más vueltas mientras me tumbo y cierro los ojos, acomodando la cabeza en mi morral. Me quedo frita en un minuto.



Capítulo 23



Estoy en mi siguiente guardia, y me dedico a pensar en Kai y en lo que estará haciendo. Es difícil no pensar en ello. Cuando tomé la decisión de irme, me obligué a no mirar atrás. Me centraría en avanzar, ir hacia donde siempre había querido ir: mi hogar.

Ahora mismo ese lugar parece un mito. Quizá el océano no tenga fin. Este es el infierno del que hablaban, pero en vez de fuego, es un pozo estéril sin fin.

Me pregunto si Kai piensa en mí o está demasiado ocupado recomponiendo sus planes. Moviendo sus piezas de ajedrez. Haciendo cosas propias de Kai. Conspirando.

El hambre ha desaparecido. Es un pequeño respiro. De vez en cuando tengo una sensación punzante en el abdomen, pero más allá de eso, todo va bien.

Bueno, más allá de la sed insoportable, pero solo me permito pensar en ella muy ocasionalmente al tragar saliva. Me lo he prohibido.

Hasta *Blue* está menos activo. Debe de tener aún más hambre que nosotros.

Supongo que volaría para buscar comida si la situación se volviera más crítica. A menos... A menos que sí que esté planeando comerse a Acker. Lo miro encaramado a la botavara y veo que está durmiendo, con la cabeza metida bajo el ala.

Ay, dioses, estoy empezando a delirar. He oído historias de marineros que se volvían locos. Messer contó una que le había contado su abuelo sobre un pescador que encontraron tras llevar medio año perdido en el mar y que se había arrancado todo el pelo. Quizá finalmente sí que me quede sin ningún pelo.

Mi respiración acelerada despierta a Acker.

—Ah, hola. Disculpa —susurro—. No quería despertarte.

Se apoya en un codo para mirarme en la oscuridad.

—¿Qué estás haciendo?

—Pensaba en arrancarme el pelo.

Pone una cara rara, a medias entre la diversión y la confusión.

—Por favor, no lo hagas. A pesar de lo que he dicho, me gusta bastante tu pelo.

Sonrío y paso los dedos por la caña de pescar más cercana.

—Estoy esperando a ver si pican.

Hay un momento de silencio en el que todo lo que se oye es nuestra respiración y el suave golpeteo del agua contra el bote. Hasta que dice dos palabras que me dejan sin respiración.

—Ven aquí. —Su voz es profunda y grave. Hace un movimiento con la mano invitándome a acercarme a él—. No vas a pescar nada esta noche, y no confío en que me despiertes para el cambio de guardia.

Susurro mi pensamiento más oscuro.

—Dormir es como rendirse.

Deja escapar un suave suspiro y niega con la cabeza.

—Apostaría a que no han sido muchas las veces que te has rendido ante algo —dice, con una sonrisa seca—. No creo que hayan sido más de cinco.

Ahora soy yo la que deja escapar una pequeña risa.

Tras un momento, insiste.

—Ven aquí.

—Pero el timón...

—No va a moverse. Mira la vela.

Cuelga flácida del mástil, sin rastro de viento que la agite.

—Apesto —le advierto.

—Ya lo sé. Puedo olerte desde aquí.

Le lanzo una mirada asesina, pero solo consigo que su sonrisa sea más amplia y me rindo. Suelto la caña y me acurruco a su lado, con cuidado de dejar un espacio entre ambos mientras me tumbo sobre el costado. Apenas hay espacio para un adulto, así que no hablemos de dos, y doblo el brazo bajo la cabeza para que me sirva de almohada.

Tras mi tercer cambio de posición buscando un poco de comodidad, Acker extiende el brazo en mi dirección. Miro ese espacio que ha creado, considerando mis opciones.

—No voy a morderte —me dice—, hoy no.

Su broma crea el ambiente que necesito para rendirme y usar su brazo como cojín para la cabeza, sin que sea más raro de lo necesario. Encima él huele mucho mejor que yo. Lo primero que haré mañana es darme un buen chapuzón en el océano.

—Dijiste que podías olerme.

Pone los ojos en blanco.

—Estoy seguro de que huelo igual de bien que tú. Seguro que nuestros olores se anulan.

—No. En Alaha, en la celda —aclaro—. Dijiste que podías oler mi presencia allí.

—Ah. Es el hierro de tu sangre.

—¿Eres capaz de distinguir a la gente por eso?

Piensa un momento.

—A veces. Depende.

—¿De qué?

—De lo mucho que conozca a alguien, supongo. Puede ser tan irrelevante o memorable como cualquier otro olor. —Se inclina sobre mí e inhala, las aletas de su nariz se mueven y veo una sonrisa en su mirada—. Tú hueles a flores silvestres. De las que crecen en las colinas de Kenta.

Puedo sentir el calor recorrerme de la punta de la cabeza a los dedos de los pies. Intento que no se me note lo mucho que me afecta, pero es difícil cuando me está sonriendo con esa estúpida sonrisa y esos ojos burlones aún más estúpidos.

Compone una mueca.

—Por debajo de la peste, me refiero.

Rompe el hechizo y le doy un manotazo en el pecho con la mano que tengo libre.

Se ríe y me coge la mano, dejándola entre nosotros.

—Duerme, Jovie. Ya te vengarás mañana de mí.

No necesito su permiso para dormir, pero no puedo negar que esa insistencia me reconforta. Estoy muerta. Si él no ve problema en que los dos nos tomemos un descanso, a mí me parece estupendo.

Me doy cuenta de que confío en él. No del todo aún. Pero creo que es listo y leal. Hasta cierto punto, al menos, lo que ya es más de lo que puedo decir de la mayoría de la gente de Alaha.

Luego cierro los ojos y empiezo a soñar.

Es el mismo sueño en el que estoy en una cómoda cama llena de almohadones, una cama enorme, como si fuera para un gigante. Estoy esperando que cambie a la pradera donde hago la corona de flores silvestres, pero no llega. En su lugar, lucho por permanecer dormida. Me gusta la cama y no quiero despertarme aún, pero hay algo que no deja de darme en el hombro.

—Jovie.

Me despierto y me encuentro a Acker zarandeándome suavemente, con una expresión llena de emoción y urgencia.

—Mira —dice, dirige la vista hacia arriba. Miro hacia arriba yo también y me quedo sin respiración.

Estrellas.

Cubriendo el cielo en lugar de las nubes, incontables puntos de luz se reflejan en la superficie plana del océano hasta donde alcanza la vista. El agua está completamente quieta, con una calma que nunca había presenciado, fundiéndose con el cielo en el horizonte hasta formar una esfera de belleza inabarcable en todas las direcciones.

El bote no se mueve, igual de quieto que el agua bajo él, y es como si formáramos parte del cielo. Me inclino para ver mejor el reflejo en la superficie del agua. Es como si pudiera meter la mano dentro y tocar una estrella: la imagen reflejada desde arriba es inquebrantable.

—¿Alguna vez habías visto algo así? —susurra Acker.

Niego con la cabeza.

—Nunca.

—¿Distingues alguna de las constelaciones?

Hay más estrellas que cielo. Soy incapaz de distinguir ningún conjunto o forma de las que he estudiado. Niego con la cabeza. Si le decepciona mi respuesta, no lo muestra, su mirada sigue tan sorprendida como la mía. Se pone en pie y saca las cañas de pescar del agua, haciendo que el reflejo estrellado se quiebre en todas las direcciones.

Yo también me pongo en pie.

—¿Qué haces?

Apila las cañas con rapidez y se saca la camisa.

—Voy a nadar con las estrellas —dice, como si la respuesta fuera obvia. Se quita los pantalones igual de rápido y se coloca en el

borde del bote—. ¿A qué esperas?

Luego me guiña un ojo y se zambulle, deshaciendo la ilusión en ondas de luz.

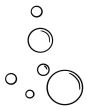
Emerge y se sacude el agua del pelo, sonriendo de oreja a oreja. No puedo hacer otra cosa que seguirle.

Sin rastro ya de pudor, me quedo en ropa interior y me tiro al agua. Está más fría de lo que esperaba y un escalofrío me recorre de arriba abajo. Intento moverme lo menos posible para preservar el reflejo.

En lo alto, *Blue* lanza un chillido antes de emprender el vuelo. No tiene viento sobre el que sostenerse, así que solo efectúa un círculo antes de volver a posarse en el mástil, como si él, también, quisiera experimentar un vuelo infinito. Floto de espaldas y Acker hace lo mismo a mi lado. No hablamos. No es necesario.

Nos quedamos así hasta que la piel se nos arruga y el cansancio nos envuelve. Cuando subimos de nuevo al bote, parece que han pasado horas. Estamos demasiado cansados para esperar a secarnos y vestirnos, así que nos tumbamos sin preocuparnos de que sea impúdico. El aire de la noche es una bendición en mi piel mojada. No me sentía tan en calma desde...

No me da tiempo a pensar en ningún recuerdo antes de quedarme dormida.



Capítulo 24



—Nunca pensé que vería el día en que este rechazara comida —dice Acker, tirando al mar las tripas de su última captura.

Blue se sacude las plumas y sigue acicalándose en la proa del bote.

—A lo mejor está harto de pescado. —Yo lo estoy. Pensar en probar otro bocado me dan ganas de vomitar, pero el hambre también—. A lo mejor le apetecen unos percebes. Y de todas formas, seguro que al casco le viene bien un raspado. Si coges el timón, me meto yo a por ellos.

Acker se niega.

—Voy yo —dice, lavándose las manos en el agua.

No es más que un destello de dolor, pero veo el gesto que intenta disimular cuando se pone en pie. Se quita la camisa, y veo la piel amoratada y llena de manchas del costado antes de que se quite los pantalones. A pesar de lo que ha adelgazado, se le marcan los músculos con cada movimiento. Desde los fuertes muslos hasta los músculos más pequeños de las costillas, su fuerza sigue siendo evidente en las delgadas líneas de su cuerpo. Se ata una cuerda alrededor de la cintura y abandona el bote de un salto. Es pura elegancia.

Tras la noche en que estrellas y mar fueron una sola cosa, los peces han vuelto en cantidad, y varios aguaceros dispersos nos

permitieron recoger un poco de agua en nuestro pozo. Pero con la retirada de las nubes llegó el sol, alto en el cielo y ardiente como venganza.

Acker sale con un manojo de percebes. Se quita el agua de los ojos y nada hasta el lateral del bote. Chasquea la lengua para llamar a *Blue* y pone un crustáceo sobre el borde del casco. El pájaro inicia un vuelo descendente y aterriza a medio metro de Acker, curioso pero cauto. Acker da un par de brazadas, apartándose para dejar espacio a *Blue* que se acerca a saltitos al percebe más cercano. Lo inspecciona, inclinando la cabeza a un lado y a otro, lo coge con el pico y da un saltito para acercarse a Acker.

Luego procede a lanzarle el percebe a la cara. Le da en la frente antes de caer al agua. Miro a Acker, que parece tan asombrado como yo.

—Esto es lo último que... —Se detiene, cuando algo detrás de mí llama su atención.

Me vuelvo justo tiempo para ver a Blue volando a toda velocidad tras una gaviota. Lanza un grito de guerra y abre la boca, unas fauces descomunales, mientras se lanza a por su víctima, ajena al destino que le espera. Tras atrapar la gaviota, Blue aterriza en la popa... y se la traga.

Desde el interior del cuerpo del minúsculo pájaro sale un chapoteo amortiguado y me estremezco ante ese sonido húmedo.

—Qué asco.

Acker me mira emocionado mientras flota en el agua.

—Nos acercamos a tierra.

Oteo el horizonte con expresión tensa. Hay un montón de pequeñas islas y arrecifes dispersos entre Alaha y Kenta. Están llenos de comida, así que siempre hay pájaros cerca, pero aun así

me aferro a la esperanza. Es más agradable que el interminable bombardeo de miseria del que no sé cómo huir.

Acker termina de rascar el fondo del bote. Nos pasamos el resto del día en silencio, pero hay una energía palpable mientras trabajamos y nuestra atención no deja de dirigirse hacia el horizonte. Es como si no quisiéramos gafar nuestra suerte verbalizando nuestras dudas.

Estoy fileteando un pez para ponerlo a secar cuando noto la primera náusea. No le doy demasiada importancia. El calor es brutal, así que hago un esfuerzo por estirar mi ración de agua y beber menos cantidad con más frecuencia.

Empieza a anochecer cuando Acker se da otro chapuzón. Creo que le ayuda a sobrellevar el calor que irradia la infección. No he vuelto a sacar el tema por miedo a arruinar la frágil tregua que hemos conseguido. Además, tiene razón: no se puede hacer nada al respecto. No hasta que lleguemos a tierra.

De pronto, me sobreviene un mareo y tengo que cerrar los ojos con fuerza para evitar que el mundo se me dé la vuelta.

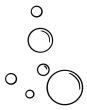
Pero me sucede otra vez. Y otra.

Tengo que posar el cuchillo y respirar para intentar que la bilis que amenaza con subirme a la garganta no llegue. Cuando consigo estabilizarme, alzo la vista y veo la oscura sombra de la tierra en nuestro camino. Estamos demasiado lejos para estar segura, pero parece suficiente grande para ser una isla.

Me inclino sobre el lateral del bote. Cuando Acker emerge, soy capaz de decir una palabra y señalar al horizonte.

—Tierra.

Luego echo las tripas fuera.



Capítulo 25



Acker sigue con la vista fija en la orilla mientras esta se perfila cada vez más clara. Una pequeña playa de arena negra cobijada entre dos rocas negras, con gaviotas posadas en las peñas que rodean el promontorio. A medida que la tierra se acerca, Acker se tensa más y más.

—Hay solo un sitio que tenga playas negras como esta. —Tiene una expresión preocupada—. Esto es territorio roison.

El mapa que nos enseñaron en mis días escolares en Alaha estaba simplificado. No había títulos ni fronteras, solo los marcadores topográficos formados por líneas de puntos, pero recuerdo a mi profesora señalando Kenta en el centro, y Maile al noreste, con montañas a lo largo de la frontera. Luego, hacia la izquierda, un poco más pequeño, el territorio strou. Y en el extremo opuesto de Kenta, estaba Roison con sus playas de arena negra. Hemos pasado de largo nuestro destino y nos hemos ido demasiado hacia el este, sobrepasando la costa de Kenta.

Acker maldice por lo bajo.

—Deberíamos virar hacia el oeste para dirigirnos a Kenta.

Sacudo la cabeza.

—Ni hablar.

Él aparta la vista de la costa y la dirige hacia mí.

—Chryse, su líder, ha permitido a rebeldes y bandidos operar dentro de su tierra. Es el peor sitio para aventurarnos.

—¿Y si nos pilla otra tormenta u otro cambio de rumbo? ¿Llevamos semanas sobreviviendo con casi nada y quieres alejarte de la primera tierra que vemos? No. Es demasiado arriesgado.

—Jovie, ya estás sintiendo los efectos del despertar. Cuando alcancemos tierra va a ser diez veces peor, ¿y quieres pasar eso en un territorio enemigo?

—Tampoco sobreviviremos si sucumbes a la infección que tienes —le digo, señalándole el costado—. Dijiste que en tierra mejorarías. Bueno, pues ahí está. —Señalo la playa con un dedo—. Justo ahí.

Él aprieta los dientes.

—Hay un tratado de paz, pero es frágil. Si Chryse nos encuentra en su territorio, podría reiniciarse la guerra.

Un dolor punzante empieza a formárseme tras los ojos y los cierro con fuerza para volver a abrirlos en cuanto se desvanece.

—Deberíamos virar la vela si vamos a dar la vuelta.

Acker me coge por el codo.

—¿Cómo de malo es?

Terrible. Siento que la cabeza me estalla y el estómago se me da la vuelta, y tengo unos destellos de luz en los márgenes de la visión que he estado ignorando.

—Estoy bien.

No parece convencido, pero aun así me suelta. Me vuelvo para desatar la botavara y entonces escucho su fuerte suspiro.

—Para.

Me giro hacia él con expresión interrogante.

—Deberíamos bajarla y remar hasta la orilla. Así hay menos posibilidades de que nos vean.

No me muevo.

—¿Estás seguro? Dijiste que...

—Sé lo que dije —murmura—. Prométeme que en cuanto pisemos tierra seguirás mis órdenes.

—Te doy mi palabra.

De alguna forma, parece aún menos convencido que antes.

Bajamos la vela y empaquetemos todo lo que podemos llevar con nosotros. No es mucho, pero sí lo suficiente para que el conjunto pese. Cuando las olas empiezan a romper, remamos de espaldas a la playa. Me cuesta esfuerzo no mirar hacia atrás con cada golpe de remo: odio darle la espalda al enemigo.

Cuando por fin llegamos lo suficientemente cerca de la playa para desembarcar, ya ha caído la noche.

Acker sale primero del bote, luego salgo yo. Siento el agua helada un segundo, antes de notar una temperatura que me abrasa la piel. La sorpresa del hielo antes del ardor, como si me hubieran arrojado a un caldero de agua hirviendo.

Grito mientras me esfuerzo por mantenerme lo más alejada posible de las olas. La playa y las rocas y la falta de vegetación deberían haberme dado una pista. El agua es completamente inhabitable. Extiendo la mano intentando encontrar algo, lo que sea, donde apoyarme, pero no encuentro nada más que un dolor abrasador cuando el agua me roza los dedos.

Le echo una mirada a Acker y ya sé todo lo que necesito saber. Él está tranquilo.

Al agua no le pasa nada.

Soy yo.

Nada hacia mí, con la preocupación pintada en el rostro, pero no aguardo a que llegue a mi lado. Nado hacia la orilla con todas mis fuerzas. Necesito llegar a la orilla. En tierra firme encontraré alivio.

Pero me equivoco.

Me equivoco terriblemente.

Caigo de rodillas en el fondo arenoso donde ya rompen las olas y grito de dolor. Me pongo en pie, pero mis piernas ceden inmediatamente por el dolor que las recorre. Me doy cuenta de que no hay escapatoria. Floto en el agua, llevando las rodillas al pecho para no tocar más la tierra, aguantando el dolor abrasador. No hay solución para esto.

—Jovie —grita Acker, sorteando las olas que rompen para llegar hasta mí.

No puedo disimular el dolor, el miedo se convierte en pánico. Un día así, quizá dos, dijo Acker.

—No puedo —lloro, incapaz de salir del agua.

No se molesta en pedirme permiso antes de agacharse, pasarme una mano bajo las piernas, la otra bajo la espalda y levantarme del agua. Eso me proporciona un ligero alivio, pero no dura mucho. Cada paso hacia delante es un nuevo nivel de tortura, ya que nos adentramos en tierra firme. La luz cegadora que tenía en el margen de la visión crece hasta engullirlo todo.

Llegamos hasta las rocas que bordean la orilla y las sobrepasamos al alcanzar el lugar donde la arena se convierte en hierba. *Blue* se acerca por encima de nuestras cabezas y se mantiene en un vuelo bajo mientras Acker avanza conmigo en brazos. Él también entiende la importancia de ser discreto.

No sé decir cuánto nos lleva, pero llegamos a un área boscosa donde los árboles se alzan por encima de nosotros. No son como los de Alaha. Estos son delgados, con más hojas y más pequeñas.

Acker se detiene en un pequeño claro.

—Creo que esto está lo suficientemente escondido para que podamos esperar aquí a que pase tu despertar.

Se arrodilla y me aferro a él.

—Por favor. —«El suelo, no. Por favor, no me pongas en el suelo».

—Jovie —dice, y su aliento me acaricia el pelo—, la única forma de que acabe es pasarlo.

Sé que tiene razón. No hay nada que pueda hacer para impedir lo inevitable, pero estoy tentada a rogarle que me lleve de vuelta. De vuelta al bote. De vuelta a Alaha. Sé que me odiaría a mí misma por ello, así que me muerdo la lengua hasta que noto sangre.

—Ahora voy a ponerte en el suelo —dice, suave pero firme.

Asiento y suelto su camisa. En el momento en el que mi espalda toca el suelo, dejo escapar un grito. Acker me tapa la boca con una mano mientras con la otra me sostiene con suavidad la cabeza y la baja hasta dejarla reposar en el suelo.

No puedo impedirlo. Mi cuerpo se contorsiona en un esfuerzo por huir del dolor. No llego a oír lo que me dice Acker. Veo que mueve los labios, pero no hay sonido. Solo existe el dolor, como un rayo que me atraviesa todo el cuerpo. El latido del corazón es mi propia marcha fúnebre y cada pulsación aviva el fuego.

Su voz atraviesa por fin el rugido que hay en mi mente.

—Por favor, Jovie —dice, desesperado.

Lucho por mantenerme concentrada en su cara. Su boca se mueve, pero sus palabras se entrecortan, su cara se distorsiona mientras sigue hablando. No, más bien, suplicando. Está suplicándome.

—Necesito que dejes de gritar. Por favor.

Aprieto con fuerza los dientes, luchando por contener el grito que amenaza con salir. El pecho de Acker se agita cuando deja escapar un suspiro de alivio.

—Lo siento —me dice.

Se disculpa una y otra vez.

—Voy a intentar encontrar algo que te ayude, ¿vale?

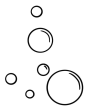
Se me caen las lágrimas, pero consigo asentir. Obligo a mi cuerpo a relajarse, intentando destensar los músculos, pero es casi imposible. Cada respiración, cada latido es como un ataque contra mí misma, como si mi propio cuerpo se me rebelara. Siento la magia en el pecho. Da vueltas y cambia, disfrutando con la agonía que siento.

Esto no parece un don. Parece un castigo.

Noto la presencia de Acker antes de que hable.

—Mastícalo bien antes de tragarlo. —Me pone una planta con hojas en los labios. Acker me sostiene la cabeza, apoyándosela en los muslos mientras me acerca el odre a la boca.

La mayoría del agua se me derrama por la barbilla, pero consigo tragar un par de sorbos. Acker me aparta el pelo de la frente, me pasa la mano con suavidad por el entrecejo una y otra vez, en un gesto reconfortante. Caigo en un sueño profundo.



Capítulo 26



Todo es confuso.

El cielo es morado, la hierba es roja y los árboles giran con el viento. Estoy comiendo un pastel en la mesa de la cocina y miro a través de la puerta al mundo inclinado de ahí fuera. Mamá me aparta los mechones rebeldes de la cara y yo balanceo las piernas bajo la mesa.

Está sonriendo, pero no puedo distinguir su cara a través de la lluvia. Está lloviendo dentro de casa, y se están empapando la mesa, el suelo y las paredes, pero a nosotras no nos toca. Estoy enfadada, pero no recuerdo por qué.

—Ve a verle —me dice mamá.

Me limpio las migas de las manos y me levanto para ir hacia la puerta. La lluvia desaparece en cuanto salgo al exterior, el cielo es de un tono ciruela profundo mientras el sol se oculta en el horizonte. Extiendo la mano hacia el cubo que está en el umbral, cuando la veo. La única cosa que está completamente clara en mi mente, como si perteneciese a otro mundo: una corona de flores que descansa sobre el cubo. Voy a cogerla...

Y me despierto de golpe.

El cielo y los árboles que veo sobre mí han vuelto a sus tonos normales de azul y verde. Mi estómago se rebela y dejo escapar un

gruñido mientras me vuelvo sobre un costado, tosiendo lo poco que me queda dentro.

Acker entra en mi campo de visión cuando se arrodilla a mi lado, con gesto preocupado, y me aparta el pelo de la cara.

—¿Cómo estás?

Hecha mierda.

Vuelvo a sentir arcadas. Él frunce los labios al ver mi estado y me acerca el odre a la boca para que pueda beber.

Debajo de mí, la tierra se mece como si fuera el mar.

—¿Por qué se mueve el suelo? —pregunto, con voz débil.

—No se mueve. La raíz de saigón que te di puede causar sueños febriles y alucinaciones. Esperaba haberte dado la suficiente para que durmieras todo el tiempo que durase el dolor, pero la has procesado más rápido de lo que pensaba.

Bien por mí.

Tengo un vago recuerdo de Acker llevándome de un lado a otro, pero no tengo percepción del tiempo o del lugar. Todos los árboles parecen los mismos. El cielo está despejado, así que debe de ser mediodía. El dolor agudo ya no es tan intenso.

—El dolor —digo— ha mejorado. —No se ha ido, pero ya no me come viva.

Acker me mira, escéptico.

—Tienes un aspecto horrible.

Dejo escapar una risa ahogada.

—Gracias.

Supongo que en comparación con su rostro fresco y vital, yo debo parecer una moribunda. Mientras la tierra parece haberme dejado sin vida, a Acker le ha insuflado un nuevo vigor. El pelo que le cae por la cara parece más brillante, sus ojos más vivos, hasta los hombros más... ¿anchos? Juraría que le brilla la piel.

—No podemos quedarnos aquí mucho más tiempo. El barco terminó volcando al sur de aquí. Eso atrae atención. Vamos a tener que adentrarnos en el territorio más de lo que me gustaría.

Blue aterriza en su hombro, y realmente debo de estar sufriendo alucinaciones porque sacude las plumas y canta, acomodándose como si no fueran enemigos mortales.

—Ha estado vigilando la zona, comprobando que no haya rebeldes.

El pájaro salta desde su hombro al suelo para perseguir un escarabajo entre el follaje. Nuestra seguridad está en buenas manos, por lo que veo. En buenas plumas. ¿En buenas garras? Lo que sea.

Acker mete la mano en el morral y saca más hojas que me pone en la boca.

Sacudo la cabeza.

—Puedo aguantar.

—No tiene sentido que sufras sin necesidad.

Clavo los dedos en la tierra que me rodea, me resisto a lo que me ofrece. Pero me llega con el dolor que siento en la punta de los dedos para darme cuenta de lo débil que estoy. Odio esto, ser el eslabón más débil. Ahora mismo, hasta *Blue* es más útil que yo.

Cuando Acker amenaza con obligarme a tragar las hojas, le lanzo una mirada asesina, pero él se limita a enarcar una ceja por toda respuesta.

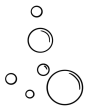
—Ponme a prueba —me reta.

Abro la boca, y me mete trocitos ya cortados en la boca. Uso la poca energía que tengo para apretar los dientes todo lo fuerte que puedo a pesar del ramalazo de dolor que me provoca. Él se aparta, pero no lo suficiente deprisa, y soy capaz de morderle la punta de un dedo. Él resopla y me devuelve una mirada vengativa.

Con la mano apoyada en el suelo al lado de mi cabeza, su enfado se transforma en una sonrisa astuta. Como una serpiente en el agua, fluida y precisa.

—Dulces sueños —me dice, con ojos resplandecientes.

Quizá cabrearle cuando estoy a punto de perder la consciencia no fue muy buena idea, pero me quedo frita sin un ápice de preocupación por mi seguridad.



Capítulo 27



—Bájame. —No me hace caso—. Que me bajes.

Acker me lleva sobre el hombro como una niña pequeña. Añado esto a la lista de formas de despertarme que más odio.

No quiero decírselo, pero...

—Tienes vómito en la camisa.

—Créeme que lo sé —dice, tropezando con una raíz.

El suelo se desenfoca con el movimiento y agradezco no tener nada más en el estómago. Le levanto la tela de la camisa e inspecciono la herida de cuchillo del costado. Ya no está abierta ni decolorada, parece haber cicatrizado, pero la piel está desfigurada. La toco con el dedo.

Él se estremece con el contacto.

—Para.

Suelto la camisa.

—Es culpa tuya por haberme obligado a comer la planta de las pesadillas.

El sueño permanece en mi recuerdo. Me perseguía un oso gigante de ojos rojos relucientes que arrastraba por el suelo unas garras del tamaño de mi brazo, y se movía y ondulaba como el océano. Si es un recuerdo del pasado, prefiero no volver a él.

—No puedes llevarme en contra de mi voluntad —le digo, intentando sonar todo lo convincente que puedo.

Puedo notar, más que oír, su resoplido molesto antes de que me cambie de posición, sacándome del hombro y poniéndome en pie. Mis piernas ceden sin sujeción, y Acker me levanta cogiéndome por las axilas para sostenerme.

Me echa un vistazo.

—Eso pensaba. —Esta vez, cuando vuelve a cogerme, me acomoda en el regazo.

—Ya van tres días —le digo, con la cabeza desmadejada contra su pecho, mientras él sigue caminando—. Dijiste que el despertar ya habría pasado a estas alturas.

—Cuatro días —me corrige—. Van cuatro días.

—¿Cuatro?

—Has estado inconsciente varias veces. Al principio pensaba que era por la raíz de saigón, que habías tenido algún tipo de reacción adversa, pero no deberías seguir con tanto dolor.

Baja la vista para mirarme, en su regazo, y veo la preocupación marcándole el rostro.

No hace falta que lo diga para que yo sepa que algo va mal. Lo noto en el interior, donde reside la magia. Se está haciendo pequeña, como si se escondiera. No sé de qué. Es casi como si la magia estuviera...

Asustada.

—Un grupo de rebeldes ha dado con nuestro rastro. *Blue* los tiene vigilados, pero los avistamientos son esporádicos. Llevo los dos últimos días tratando de despistarlos, pero no estoy teniendo mucha suerte. Cada vez que les doy esquinazo, vuelven a encontrar el rastro.

—¿Cuántos hombres?

—Lo último que reportó *Blue* es que eran doce, pero eso asumiendo que podamos fiarnos de la habilidad de un pájaro para

contar.

A pesar de la carga extra que le supongo, Acker atraviesa el bosque con paso seguro, silencioso y estratégico para no pisar ramitas o tierra mojada. Lleva cuatro días haciendo esto sin dormir, y eso no lo ha retrasado ni lo más mínimo. Lo que subraya aún más lo inútil que resulto yo, literalmente un peso muerto en sus brazos.

Y le vomité encima.

Vamos en ligera pendiente cuando Acker empieza a descender la colina. El suelo del bosque está cubierto por una alfombra de hojas muertas, pero entre ellas asoman matas de un verde vibrante: musgo, helechos y arbustos frondosos.

En Alaha nos enseñaron la composición de la tierra, cómo eran los ecosistemas de cada continente, dónde vivían y prosperaban las plantas y los animales autóctonos, cuáles eran venenosas y cuáles comestibles... Pero las ilustraciones de un libro no son nada comparadas con la vida real. Los sonidos, los olores y las sensaciones, los pájaros, los capullos recién salidos y la humedad. Hay una especie de urgencia desesperada por caer al suelo y hundir los dedos en el suelo para sentir la esencia de la tierra en mis manos.

Acker se detiene.

—¿Qué...?

Me chista para guardar silencio.

Inclina la cabeza hacia un lado, está... percibiendo algo, diría yo. Luego reanuda la marcha, pero en una dirección diferente. No sé si se acerca o se aleja de ese algo hasta que veo que se abre un espacio entre los árboles un poco más adelante, y lo oigo: agua corriendo.

Salimos a un talud rocoso con un arroyo turbulento que fluye ante nosotros. Estamos en un cañón desde el que contemplamos, entre

las copas de los árboles, unas montañas cubiertas de nieve tan lejanas que los bordes se ven difusos. Hay un recodo aguas abajo y el agua se pierde de vista entre los árboles.

Intento evaluar la dificultad de cruzar el turbulento arroyo. El agua, blanca de espuma, tiene un aspecto feroz. No tengo forma de medir lo peligrosa que es la corriente, pero puede que sea nuestra única oportunidad de deshacernos de la gente que nos sigue.

Blue aparece volando desde las alturas y sus plumas negras e iridiscentes reflejan la luz del sol cuando aterriza en una roca a nuestro lado.

—¿Algún cambio en sus movimientos? —le pregunta Acker. Habla como si el pájaro entendiera cada palabra que emite.

Blue niega con la cabeza y eriza las plumas por un segundo.

—¿Cuántos hay?

Chasquea con el pico... diez veces.

—Entonces han perdido a dos —digo, siguiendo la comunicación.

—Quizá se hayan separado para seguir el rastro falso que he dejado.

Nos volvemos para mirar el agua espumosa. No tengo fuerza suficiente para hacerlo y no creo que Acker pueda cargar conmigo sin que el agua se nos lleve. Mueve el brazo que me sostiene las piernas y extiende la mano, de forma que sus dedos apuntan hacia la orilla de enfrente, mientras sus ojos buscan algo.

No, notan algo.

No estoy segura de qué es hasta que veo los diminutos fragmentos de roca elevarse desde el río. Acker extiende los dedos hacia abajo, en dirección al talud, haciendo vibrar algunas piedras más grandes al pasar sobre ellas con su magia. Busca aquellas que tengan vetas de metales pesados.

Me mira.

—¿Puedes sujetarte a mí si te llevo a la espalda?

Asiento. Aunque no pudiera, lo haría. No hay otra opción. Le rodeo el cuerpo con brazos y piernas, y él me sujeta por debajo de las rodillas, subiéndome un poco más. Luego, separa los pies para afianzarse mejor sobre el terreno y estira las manos hacia el río.

Con las palmas hacia arriba tira de algo, curvando los dedos. Tarda unos segundos, pero entonces las veo. Se me corta la respiración al observar los fragmentos de roca y metales en bruto que surgen del agua. Algunos tan pequeños como piedrecillas, otros del tamaño de un coco, brillan húmedos bajo el sol de la tarde. Las venas se le marcan en los brazos mientras concentra su energía. Como movidos por una mano invisible, los sedimentos se agrupan y forman un puente flotante ante nosotros. Acker mantiene una mano extendida para sostener la estructura, la otra bajo una de mis rodillas, y coloca el primer pie sobre el puente.

El agua helada le salpica los pies y el puente se hunde ligeramente bajo nuestro peso, pero Acker no se detiene. Avanzando sin descanso, cruzamos los furiosos rápidos hasta alcanzar el otro lado del talud.

Acker baja la mano y el puente se desmorona, provocando una lluvia de rocas que desaparece bajo los blancos rápidos sin dejar ni rastro de nuestro camino.

Su pecho sube y baja; el esfuerzo de la concentración se disipa junto con la tensión de sus músculos.

—¿Estás bien?

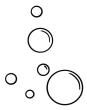
Estoy temblando del esfuerzo que supone seguir aferrada a él, con el sudor empapándome la piel.

—Sí —respondo, sobrecogida.

—Bien. —Vuelve a sujetarme por debajo de las piernas y me mantiene contra su cuerpo—. Tenemos que alejarnos de aquí, así

que voy a ir rápido.

Es la única advertencia que recibo antes de que eche a correr entre los árboles. No para hasta que empieza a caer la luz del día, y yo pierdo la lucha por mantenerme consciente poco después, a pesar de las sacudidas de su carrera.



Capítulo 28



Esta vez sé con certeza que el suelo se mueve debajo de mí antes de despertar. Estamos acurrucados en el hueco que forman dos árboles caídos. Por su estado de descomposición, llevan aquí mucho tiempo. *Blue* está posado sobre una rama rota, con la cabeza metida bajo un ala mientras duerme. El sol está bajo en el cielo, lo que me indica que llevo un buen rato inconsciente.

El pecho de Acker sube y baja a ritmo constante. Tiene un brazo sobre mis piernas, que están encogidas contra su regazo, y el otro me rodea la espalda, con la mano en la parte superior de mi columna para mantenerme pegada al pecho. No me muevo, temerosa de despertarlo. Su corazón late de manera regular en mi oído, y una repentina sensación de soledad me golpea.

He dejado todo lo que conozco, a todas las personas que conozco, para viajar a un lugar en el que no he estado nunca. No cualquier lugar, sino un hogar del que solo he captado fragmentos en sueños.

Acker no es mi amigo.

Es un hombre que ha estado conmigo durante todo el camino, que arriesgó su vida varias veces para protegerme. Un amigo de una vida pasada, una vida que podría haber sido, tal vez, pero él solo está aquí debido a una promesa que le hizo a mi familia, a mi madre.

No sé cuánto más nos llevará llegar a Kenta, pero nuestro tiempo juntos está llegando a su fin.

Me tomo un momento para catalogar el nivel de mi dolor, ignorando la leve desazón que siento en el pecho. Con cautela, extiendo la mano para tocar la tierra al otro lado de Acker; está fría. Levanto los dedos hacia la cara, frotando las yemas entre sí y siento la aspereza de la tierra en ellas. Tengo el extraño impulso de probarla. Llevo la punta de un dedo a la lengua, de lo que me arrepiento al instante. Me apresuro a escupir y el arrepentimiento me golpea con más fuerza cuando muerdo pequeños granos de arena.

Mi cabeza se balancea a causa de la risa silenciosa de Acker, lo que me alerta de que está despierto. Probablemente lleve despierto todo este tiempo, si tuviera que adivinarlo. Su pecho se estremece mientras lucha por contener la risa antes de perder la batalla, pues de su boca se escapa un sonido profundo.

No puedo evitar sonreír como respuesta.

—No sé por qué he hecho eso —admito, avergonzada.

Mi comentario solo sirve para hacerlo reír aún más y la cabeza de *Blue* emerge de debajo de su ala. No me aparto del regazo de Acker, pero levanto una mano para que *Blue* se pose en ella. Ha sido una ayuda inestimable, comunicándose con Acker mientras yo estaba enferma. Se merece que le rasque el cuello unas cuantas veces.

Da un pequeño saltito hacia mi mano y se dobla para dejar a mi alcance el lugar detrás de su cabeza, pero solo un segundo. Luego parpadea mirándome y se aleja volando.

Recojo la mano, sintiéndome rechazada.

—Qué raro.

Acker me acaricia la espalda, consolándome.

—Lleva días dedicándose a vigilar. No ha tenido tiempo de cazar. Probablemente se haya ido a buscar su desayuno.

Eso tiene sentido.

Vuelvo mi atención hacia Acker, lo miro por primera vez desde que me desperté. Su mirada es suave, aunque está alerta. Las pocas horas de sueño le han sentado bien. No creo que llegue a acostumbrarme nunca a ser su centro de atención.

Continúa acariciándome la espalda y los escalofríos me recorren todo el cuerpo cuando su mano llega a la parte baja.

—¿Has tenido más sueños?

—Algunos, pero demasiado confusos como para sacar nada en claro.

Sus ojos buscan los míos, antes de hablarme.

—Cuéntamelos.

—Bueno, había un oso furibundo. Tenía ojos de color sanguinolento y corría sobre las patas traseras, persiguiéndome.

Acker se queda en silencio y luego estalla en risas de nuevo. De alguna forma, el sonido es aún más encantador que el de hace un rato.

Le doy un manotazo en el pecho.

—¡No es gracioso! Era aterrador.

Mis palabras solo consiguen hacerle reír más. Enfadada, me aparto de él. Él extiende las manos hacia mí, pero se las aparto. Hasta que el desgarrón de mis pantalones expone mis rodillas al suelo húmedo, no me doy cuenta de que estoy arrodillada directamente sobre la tierra, entre las piernas de Acker.

Él se da cuenta justo en el mismo momento que yo y deja de reírse. Tiene los ojos fijos en mí.

—¿Cómo te sientes?

Pongo una mueca de confusión mientras lucho por poner en palabras mi sensación. Llevo las manos al suelo, pongo las palmas abiertas sobre la tierra.

—Es... —Me da miedo decirlo, pero no se me ocurre una razón para no contarle la verdad—. Raro —digo—. Aunque ya no me duele.

No reacciona como pensaba que haría. No es que esperara una reacción desmesurada, pero tampoco la impenetrable expresión que le cubre el rostro, como si estuviera perdido.

Sacude la cabeza mientras vuelve a esbozar una sonrisa, más pequeña, pero ahí está.

—Hallis solía asustarte con historias de un oso al que llamaba Manos Colmillo, que se agazapaba en el bosque a la espera de niñas pequeñas con bonitos vestidos.

Lo miro con el ceño fruncido.

—No es que tenga muchos recuerdos buenos de tu amigo Hallis —le digo—. Parece un completo gil...

Acker se pone de pie de un salto y me arrastra con él, pegando su pecho a mi espalda un segundo antes de que unos hombres nos rodeen. Salen de entre los árboles, con espadas y arcos que nos apuntan desde todos los ángulos. Como los peces que se camuflan para cazar con sigilo en los arrecifes, van vestidos de verde y marrón, y cubiertos de hojas y ramas, perfectamente mimetizados con el entorno.

Son nueve y nosotros somos dos. He visto a Acker encargarse de cuatro hombres con facilidad, pero ¿nueve?

Llevo días sin usar las piernas y me siento como un ternero recién nacido cuando intento sostenerme sobre ellas, mientras el brazo de Acker me rodea la cintura para ayudarme. Me fijo en las espadas de los soldados. Tendría que acercarme lo suficiente para arrebatarles

una, pero estoy demasiado agotada para lograr semejante milagro, ya no digamos para usar esa espada después.

Un décimo hombre entra en el círculo que nos rodea. Es alto, de pelo claro y ojos de un azul penetrante. Es inquietante lo mucho que se parece a un alaha.

—Aferrad bien vuestras armas —ordena a sus hombres sin apartar la vista de nosotros—. Tenemos entre nosotros al Soldado del Caos.

Un escalofrío de inquietud recorre el círculo, pero nadie se mueve, excepto por las manos, que se aferran con más fuerza a las armas.

El hombre inclina ligeramente la cabeza, a modo de saludo.

—Ace —dice, con los ojos clavados en Acker.

Por la rigidez del cuerpo de Acker tras de mí, queda claro que conoce bien al hombre que tenemos delante.

—Vad. La deserción no te sienta nada bien.

La camiseta raída y los pantalones rotos no atenúan la dureza de la mirada de Vad.

—Tú tampoco tienes muy buen aspecto. —Hago lo posible por no parecer tan débil como me siento, pero me da la impresión de que no engaño a nadie—. ¿Y qué traes contigo?

—Nada que pueda interesaros a ti o a tus hombres —dice Acker, con firmeza—, te lo aseguro.

—Mmm. Creo que te equivocas.

El tono de Acker se vuelve gélido, pero incluso sin verlo, sé con seguridad que exhibe una sonrisa cruel al hablar.

—Yo nunca me equivoco.

—Bueno, te equivocas ahora, al haber cruzado las líneas marcadas por el tratado.

—Dice el traidor —replica Acker.

—Déjate de mierdas moralistas, Acker. Ambos sabemos quién es aquí el más sanguinario.

Acker no da una palabra ni se mueve tras de mí.

—No tienes que preocuparte. —La mirada de Vad se dirige a mí por un breve instante—. Ella ya se ha imaginado varias situaciones en las que matas a todos los hombres que estamos aquí. No te tiene miedo. De hecho, es justo al contrario.

Me quedo paralizada. Es imposible...

—Soy un oráculo, cariño —dice—. ¿Cómo pensabas que había conseguido hacerle una emboscada a tu amigo elemental? Harías bien en recordarlo ahora que has vuelto a casa.

Ahora es Acker el que se queda de piedra, todo músculo sólido a mi espalda, dispuesto para lanzarse. Vad sabe quién soy y de dónde vengo.

—Jovinnia, la princesa perdida de Maile. ¿O prefieres que te llame Brynn?

No es que haya pensado mucho sobre mi nombre. Ninguno me acaba de encantar. Supongo que, si tuviera que elegir, me quedaría con la versión de Acker.

—Pues Jovie, entonces —dice Vad con una sonrisa. Acker casi suelta un gruñido como respuesta.

Vad alza una mano para aplacar su ira.

—Si tu meta es la paz entre nuestras tierras, podemos olvidar que te hemos visto. No es necesario que hoy corra la sangre.

La incisiva mirada que me dirige me provoca un escalofrío. El cuchillo que llevo en la cintura no me da mucha seguridad.

—No hace falta que me pintes como el malo, Vad. No tengo problema en hacer mi papel. Y como ya has descubierto, a ella no le importa.

En lo más profundo de mi mente, siento el poder de Vad como una llama en la oscuridad más absoluta. No hay barrera, nada que le

impida ver lo que quiera. La llama pasa sobre mis recuerdos, atravesándolos, inspeccionándolos. Buscando, buscando, buscando.

No puedo evitar temblar. He conocido el miedo, pero nunca así. Hago como si mi mente fuera un pozo para apagar el fuego que consume mi cerebro. Imagino el agua inundando la magia que invade mi espacio, pero el poder de Vad sobrepasa cualquier posibilidad de mantener mis pensamientos más íntimos en privado. Puede ver, oír y sentir lo que le plazca. Mi mente está débil, más débil de lo que jamás imaginé.

Su sonrisa se ensancha ante mi conclusión, como si saboreara mis secretos.

—¿Hay algo que te apetezca saber? —le pregunta a Acker.

—Sal de su cabeza —susurra Acker, amenazante.

Vad no se inmuta. Mira al hombre que está a mi espalda, con expresión cómplice.

—Sé que tienes curiosidad.

Acker está casi vibrando de indignación.

—¡Sal ya! —exige.

Como una cerilla al apagarse, la llama se vuelve humo en mi mente, dejando detrás un residuo de hollín.

—Ella encuentra la idea aborrecible —divulga Vad—. Enviar niños a la batalla. De hecho, estoy seguro de que estará de acuerdo en entregarse para evitar que eso suceda en su nombre.

Una náusea me recorre. No sé si es por la invasión de privacidad o por el despertar.

—No tengo ningún deseo de ser el chivo expiatorio de nadie —declaro, corrigiéndolo. No importa lo que él pueda extraer de mi mente, quiero que escuche la verdad—. Prefiero morir antes que ir a cualquier parte contigo.

Puedo sentir la sonrisa de Acker cerca de mi oído.

—¿Las mujeres te expresan ese sentimiento a menudo, Vad? ¿Que prefieren morir antes que estar en tu presencia? —Chasquea la lengua—. Qué vergüenza.

Vad sonríe.

—Siempre has sido un hijo de puta arrogante.

—Dile que se aleje —dice Acker. Uno de los hombres a nuestra derecha lleva todo este tiempo acercándose lentamente a nuestro flanco.

—No tengo autoridad sobre estos hombres, Ace.

—Y, sin embargo, los has guiado a la muerte.

Vad sacude la cabeza.

—No vas a matar a ninguno de estos hombres.

Hay una clara familiaridad entre ellos y algo en la forma en la que Vad se contiene, da a Acker un respiro. Puedo sentirlo dudar detrás de mí.

—¿Cómo lo sabes?

Vad da un paso hacia nuestra izquierda y todos sus hombres lo siguen, creando un movimiento de contrarreloj a nuestro alrededor.

—Porque ella se está muriendo.

Parpadeo. Debo haberlo oído mal, porque creo que acaba de decir...

—Tú ya lo sospechabas. —Vad da otro paso, y luego otro más, con todos sus hombres siguiendo el movimiento envolvente—. Sabías que probablemente era demasiado débil para atravesar el despertar sin un sanador. Querías volver a Kenta, donde sabías que tendrías un sanador a mano en cuanto estuvieses en tierra.

Acker no reajusta nuestra posición y deja que Vad desaparezca por detrás de nosotros. Nos están acorralando, pero él no hace ningún movimiento. Firme como una roca y bien plantado en el suelo. Inmóvil. Letal.

—Pero ella insistió y tú cediste. Lo estaba pasando fatal en ese bote, y tú no soportabas verla desmoronarse un poco más cada día.

La voz de Acker sale fría y calmada.

—Ya basta.

—Dime —pide Vad, reapareciendo por el otro lado—, ¿es diferente cuando lo contemplas en tierra? ¿Es más fácil de aguantar?

—He dicho que ya basta. —Un temblor imperceptible recorre a Acker, que contiene su rabia a duras penas. Me quedo laxa en sus brazos, esperando transmitirle que tiene que controlarse, permanecer calmado, sin preocuparse de mis emociones.

—No necesito leerte la mente para saber la respuesta. —Vad completa su círculo y se detiene de nuevo ante nosotros—. Es una de las consecuencias de leer la mente desde los doce años. Queda poco misterio en la naturaleza humana. La gente es... —Lo piensa un momento, mientras eleva los ojos al cielo antes de volver a mirarnos con renovada energía—. Aburrida.

Cada respiración se vuelve más costosa. Me concentro en mantener un ritmo constante, temerosa de que se vea lo exhausta que estoy solo por mantenerme en pie. Incluso con Acker sosteniéndome, mis fuerzas se agotan.

A juzgar por la expresión de Vad, no debo de estar disimulando muy bien mi debilidad.

—Has estado practicando la defensa mental. Me impresiona tu capacidad para bloquearme.

Acker no habla. La expresión de los hombres que nos rodean deja claro que eso los incomoda, pues intercambian miradas de desconcierto, sin saber qué va a suceder.

—Te propongo un trato. —Vad chasquea los dedos y señala a Acker—. Te diré dónde encontrar un sanador aquí en Roison si me dejas entrar en tus recuerdos durante treinta segundos.

Acker suelta una pequeña risa incrédula.

—Estás delirando.

—¿Sí? —Vad esboza una mueca—. Hay más de un día de viaje a caballo hasta la frontera.

Antes de que Vad pueda decir nada más, o incluso respirar, un zumbido que atraviesa el aire se oye por todo el claro. Inconfundible. Al instante, algo me golpea el pecho. Miro hacia abajo. Una caña de madera sobresale del lateral de mi esternón. Acker nos ha hecho girar un segundo antes del impacto, al ver la flecha avecinarse, evitando por milímetros que me alcanzara el corazón. Clavado entre mis costillas, el proyectil se mueve con cada latido de mi corazón.

Me atraganto con un grito que se queda en la garganta, mientras en su lugar escapa un gemido ahogado.

Acker ruge, su voz se desborda mientras extiende la mano. Las armas de los hombres vuelan desde sus costados hasta sus cuellos y los de sus compañeros. La mitad de ellos están muertos antes de tocar el suelo.

Hay otro zumbido en el aire y una nueva flecha de madera casi acierta a Acker en la yugular mientras él nos aparta de su trayectoria.

—¡Alto! —grita Vad. Sus hombres le hacen caso.

Pero Acker no. Llama a su cuchillo que vuela desde uno de los cadáveres hasta su mano vacía.

—Si me matas a mí o cualquiera de ellos, nunca sabrás dónde encontrar al sanador, y Jovie morirá antes de que consigáis llegar a la frontera.

Unas burbujas de líquido me suben por la garganta y toso. La mano con la que presiono la entrada de la herida se llena de

manchas rojas. Agradezco que Acker me sujete. Las piernas no me sostendrían sin él.

—Bien —masculla Acker—, te escucho.

Vad niega con la cabeza, mientras vuelve a mostrar una sonrisa que se torna burlona hacia Acker.

—Y luego nos matarías. No. Quiero un juramento de sangre. Jurarás no hacernos daño.

Acker no titubea. Alza la mano y usa su magia para que el cuchillo se mueva cortándole la palma.

—Con esta sangre, juro no hacer daño ni a ti ni a ninguno de los hombres que están hoy aquí siempre y cuando Jovie no muera. —Aprieta el puño y deja que la sangre caiga al suelo junto con el arma.

A Vad no parecen gustarle demasiado los términos de Acker, pero no protesta. Acker habla con los dientes apretados.

—Adelante.

Mientras inclina la cabeza hacia un lado, los ojos de Vad se enfocan en Acker antes de ponerse en blanco. El brazo con el que Acker me sostiene se tensa, pero su cuerpo sigue firme como una roca detrás de mí. Me concentro en respirar. Cada inhalación me cuesta más que la anterior, y el sabor metálico me inunda la parte trasera de la lengua. Sé que solo son treinta segundos, como mucho treinta respiraciones, pero parece que pasa toda una vida antes de que los ojos de Vad vuelvan a enfocarse y el cuerpo de Acker vuelva a la vida. No sé qué conocimiento habrá extraído Vad de Acker, pero más vale que haya merecido la pena.

—Hay un arroyo que va hacia el oeste. Síguelo a través del bosque hasta que encuentres unos árboles cubiertos de musgo. Hay una cabaña oculta entre ellos. Está camuflada, así que mantén los ojos bien abiertos.

—¿Cómo de lejos?

—Veinte minutos —dice Vad, mientras posa la mirada en mí—. Si corres.

Acker me acuna contra su pecho. Toso de nuevo y siento la sangre caliente en la barbilla y el cuello.

Un grito de hombre surge de lo alto de los árboles. Supongo que es del arquero.

—¿Qué es eso? —pregunta uno de los hombres que nos rodea, con miedo en la voz—. Dijiste que no nos harías daño.

Acker les da la espalda a los hombres mientras continúan los gritos.

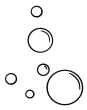
—No dije nada sobre el pájaro.

—¿El pájaro?

No puedo ver a *Blue*, pero oigo su grito de batalla un momento antes de que los chillidos de los hombres se transformen en gemidos ininteligibles, luego en un silencio asfixiado.

Hay una larga pausa antes de que los chillidos de los hombres que huyen tratando de ponerse a salvo se oigan detrás de nosotros.

Pero Acker no mira atrás ni espera. Corre.



Capítulo 29



—Deberíamos matarlo y entregarle su cabeza al rey.

Otra voz masculina interviene.

—Puede matarte sin mover un músculo, chaval. Te sugiero que mantengas la boca cerrada.

La voz de Acker está impregnada de rabia.

—Os mataré a los dos, si la dejáis morir.

Cada respiración es una lucha. El líquido me burbujea en la garganta y en la boca con cada inhalación. Quiero que esto termine, pero la muerte no parece dispuesta a venir rápido.

Ahora habla una voz anciana, femenina.

—¿Quién está en la puerta?

Hay un largo silencio, el único sonido es mi respiración agitada.

—Tú eres la curandera —dice Acker, perdiendo la dureza en su tono, mientras la desesperación se cuela en sus palabras.

Unos dedos fríos me recorren la mejilla.

—No ha completado el despertar —dice la mujer. Pasa un momento antes de que continúe—. Intentar forzar su cuerpo a que lo complete mientras la curas la matará antes de que lo haga la herida. Lo siento. No hay nada que pueda hacer por ella.

—Inténtalo —exige, pero es una orden débil, y la voz se le quiebra con esa única palabra—. Por favor.

Respira hondo antes de ordenar a los otros hombres que vayan a recoger ciertos aceites y hierbas de su gabinete de boticaria.

—Iremos al templo.

—No hay tiempo para tus chorradas fanáticas —escupe Acker, al tiempo que la ira lo invade de nuevo—. Aquí. Hazlo aquí.

—No lo sabes todo, catalizador de metales. Harás lo que te diga, y amenazarme con la muerte no te servirá de nada —añade ella.

No dejo de perder y recuperar la consciencia una y otra vez. Hay un hierro al rojo vivo que me atraviesa el pecho, pero me siento distante de todo, como si estuviera fuera de mi cuerpo y solo existiera en mi mente. Los recuerdos se apilan unos sobre otros. No solo los de mi infancia temprana, con mi padre arropándome en la cama y un espacio vacío donde debería estar su rostro, sino también los de mi época en Alaha, cuando Kai me enseñó a aguantar la respiración para largas inmersiones bajo el agua.

Los recuerdos se suceden sin cesar, como si mi alma intentara fundir esas dos historias. Luego, me devuelven al mundo real de golpe, mientras grito por el dolor abrasador cuando me arrancan la flecha del cuerpo.

—Sujétala —grita la mujer.

Unas manos me inmovilizan los brazos y las piernas contra una dura losa de roca, y mis ojos se encuentran con los de Acker, por encima de mí. Está sudando, con los ojos desorbitados y los dientes apretados, mientras me mantiene inmóvil sujetándome los hombros. No puedo dejar de gritar lo suficiente como para articular palabras, pero le estoy rogando.

«Detén esto. Déjame libre».

Él aparta la mirada hacia la mujer, que empieza a hablar.

—Hazlo.

Entonces ella me pone las manos sobre el pecho. Es peor que el despertar, peor que la flecha que me atravesó el pecho, totalmente indescriptible. Una pura agonía. Mi cuerpo se arquea, separándose de la mesa. He perdido todo control. Lucho por escapar de mí misma.

Unos gritos llegan a mis sentidos apagados: no son los míos, sino los de las personas que me están sujetando. Uno de los hombres ruega a un dios que no conozco pidiendo misericordia.

La mujer lanza órdenes a gritos.

—¡Cerrad los ojos! ¡No los abráis si no queréis quedaros ciegos!

No sé de qué está hablando. No puedo ver nada. Hay un vacío interminable ante mí, detrás de mí, en todas direcciones. Solo puedo sentir las manos sobre mi piel desnuda, oír las palabras de la mujer mientras prosigue su tarea.

El cabello de Acker me roza la frente y me doy cuenta de que su frente está presionada contra la mía, sus manos son el peso más prominente sobre mis hombros. Me transporto a un recuerdo, diferente de los que he soñado antes.

Estoy de pie sobre un acantilado, mirando el mar mientras me giro para enfrentar a Hallis. Puedo ver claramente su aspecto por primera vez, pero ha crecido. Frente a mí hay un hombre con el cabello castaño rojizo y las pecas mezcladas con el tono bronceado de la piel.

—¿Y si ya está irremediablemente perdida? —dice Hallis.

Sus ojos dorados perforan los míos, firmes, mientras me deja tiempo para sopesar mi respuesta.

No, mi respuesta no.

La de Acker.

—No puedo abandonarla.

Sus pensamientos fluyen a través de mí como si fueran propios.

Nadie ha ido a Alaha y ha regresado para contarlo. Mercenarios y espías, muertos bajo un velo de secretismo. Wren se ha creado una imagen de líder cariñoso con su gente. Los trozos de cuerpo que hemos recibido en bolsas de mensajería dicen lo contrario.

—Llegaré en pleno día. Es la única forma de evitar que Wren me mate de inmediato. Su poder se debilita sobre el océano, por lo que no puede convencer a tantas personas de su bondad si mata a un hombre a sangre fría. Si el tiempo lo permite, partiremos por la mañana.

Hallis asiente.

—El galeón lanzará una bengala de paz cuando llegues a sus muelles.

Extiendo la mano hacia la daga atada a la parte exterior del muslo, pero no la encuentro. Su falta me hace sentir incompleto, aunque me consuela saber que ahora la tiene ella.

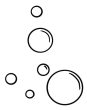
—Envía un mensaje a su familia. No importa el resultado.

Hallis asiente y me pone una mano en el hombro.

—Ojalá que la próxima vez que os veáis sea mejor que la primera.

Me aparto de su brazo e intento disimular la tensión mientras volvemos al puerto. Me duele el tobillo a pesar del trabajo que hizo el sanador, pero una sonrisa me asoma en los labios, llena de anticipación.

Voy a encontrar a Jovie.



Capítulo 30



Acker está sentado en una silla al pie de la cama, con la cabeza apoyada contra el puño, como si se hubiera quedado dormido a su pesar. Tiene la parte superior del pecho y los brazos cubiertos de barro seco y sangre y saben los dioses qué otras porquerías. Los mechones de pelo que se le pegan a la frente y las sienes están apelmazados y duros. La luz entra desde una única ventana situada a su espalda y le perfila el cuerpo con una silueta dorada.

Su aspecto ofrece un marcado contraste con el mío, mientras me aparto el impoluto camisón de encaje del escote para inspeccionar la cicatriz rosa que cubre el espacio entre mis pechos, una línea donde la flecha me perforó. Estoy en una pequeña cama en el centro de la habitación.

Oigo un crujir de tablones al otro lado de la puerta seguido por un golpe en la misma que despierta a Acker. Se pone en pie cuando la puerta se abre, y la cabeza casi le toca el techo. La sanadora entra despacio, observa a Acker. Lleva una bandeja con comida.

Me mira y se inclina en una reverencia.

—He traído comida.

Acker se mueve para dejarle espacio y la mujer se acerca para colocar la bandeja al pie de la cama. Mi estómago ruge al percibir el aroma del pollo, el arroz y las verduras. Las fosas nasales de Acker se dilatan, y su estómago, sin duda, responde igual.

—Tenéis de sobra para los dos, y aún hay más, por si os quedáis con hambre.

Esto es... raro. La mujer actúa como si fuéramos huéspedes honoríficos. ¿Cuánto tiempo he estado inconsciente? Lo último que recuerdo fue...

Estar atada a una losa de piedra. No solo me curaron, también me obligaron a atravesar los últimos estadios del despertar. Los recuerdos de los gritos que no eran míos...

Debe de sentir mi incomodidad, o quizá es la de Acker. Ninguno de los dos está actuando con normalidad.

Fuerzo una sonrisa.

—Gracias.

La mujer me devuelve la sonrisa y lo hace de forma mucho más sincera.

—Fia —dice, presentándose.

Yo no dudo.

—Jovie.

—Podéis quedaros los dos todo el tiempo que necesitéis. —Mira a Acker de forma marcada—. El baño está libre, si quieres usarlo. —Luego hace una nueva reverencia antes de encaminarse hacia la puerta.

Acker deja escapar un suspiro y se pasa la mano por la cara, mientras se desmorona en la silla. Me recorre el cuerpo con la mirada, sometiendo a un claro escrutinio cada centímetro de mi piel, como si quisiera asegurarse de que no me han salido más heridas mientras él dormía.

—¿Cómo estás?

Me encojo de hombros.

—Normal.

Baja la mirada.

—¿Solo normal?

Bueno, ahora que lo menciona, mi magia... Está como... alerta.

—Como si fuera a morirme si no me como ahora mismo todo lo que me quepa en el estómago.

Esboza una pequeña sonrisa.

—Es una consecuencia de agotar tu energía. La magia siempre tiene un precio.

Alzo las manos, inspeccionándolas en busca de algún signo de mis nuevos dones. Entrecierro los ojos para mirarlo, y extiendo con fuerza un brazo en su dirección, apuntando a la daga que lleva a la cintura.

No ocurre nada.

Sonríe de medio lado.

—Buen intento.

Emito un sonido decepcionado.

Sacude la cabeza.

—No eres una elemental.

—Entonces, ¿qué soy?

Su sonrisa disminuye un poco mientras respira profundamente.

—Todavía no estoy seguro.

—Pero tienes una idea.

Con el codo apoyado en el brazo de la silla, se mordisquea el pulgar mientras me sigue inspeccionando. Está muy lejos. Después de haber estado en contacto físico con él, de un modo u otro, durante semanas, los tres metros que nos separan son como un abismo, como si me obligaran a permanecer en esta cama cuando lo único que quiero es refugiarme en su regazo.

Entonces me doy cuenta de que tiene las manos limpias. Demasiado limpias en comparación con el resto del cuerpo.

—¿Quién me ha bañado?

No pierde un segundo en contestar.

—Te he vestido yo.

Parpadeo sorprendida.

—No fue... —Frunce el entrecejo en el medio de la frase—. No fue así. Habías..., habías quemado toda la ropa que llevabas.

—¿Que qué?

—Durante el despertar —dice, luchando por encontrar las palabras adecuadas—. Te encendiste y estabas... brillante. Como el sol. Y la piel se te calentó tanto que desintegraste la ropa. Y con ella, quemaste toda la sangre y la suciedad.

Estoy completamente patidifusa.

Se mira las manos abiertas. Son de un rosa carbonizado.

—Después de que Fia consiguiera curarte, te traje aquí tapada con una manta, a su casa, y aquí te cubrimos de forma adecuada.

Intento digerir la información que me ha dado, pero no soy capaz. No parece real, a decir verdad, no suena real, pero confío en Acker. No sé si es el instinto o la magia, y tampoco me importa. Solo sé que es verdad.

—Gracias —le digo.

No me responde.

—Asumo que hacer arder tu propia ropa no es la reacción típica al despertar.

Acker deja escapar el aire lentamente, y el agotamiento se le marca en cada centímetro del cuerpo y de la cara.

—Es difícil saberlo. Las descripciones de despertares tardíos son pocas y muy distantes entre sí. Nunca he conocido a nadie que lo haya experimentado en su propia carne.

Me da miedo preguntar, pero debo hacerlo.

—¿Podría... ser mi don?

—Si lo es —dice, con el entrecejo aún fruncido—, no se parece a nada que haya visto antes. —Eso no me tranquiliza.

Tras un momento, señala la bandeja de comida, se pone en pie y va hacia la puerta.

—Come.

—¿A dónde vas?

—A bañarme yo —dice con sonrisa burlona. Pero... tengo muchas preguntas—. Cuanto antes nos vayamos, mejor.

Dirige la vista hacia el pasillo que está al otro lado de la puerta, y entiendo todo lo que no dice. Fia ha sido hospitalaria, pero seguimos estando en territorio enemigo. No podemos fiarnos de nadie. Hay una pausa llena de tensión antes de que coloque mi daga en la bandeja de la comida al pie de la cama. Le miro y asiento, dándome por enterada.

Se vuelve para salir, pero deja la mano en el pomo de la puerta. La urgencia de ir hacia él me asola de nuevo. No solo de ir hacia él, sino... de que me estreche entre los brazos y me mantenga ahí, como hizo durante la tormenta.

Acker es el primero en romper el hechizo cuando finalmente se va. Me inclino para ver a través de la puerta entreabierta, y lo veo hablando con Fia en la cocina. Sus voces llegan amortiguadas a través del pasillo: él le pide ropa para cambiarse y la sigue hasta que desaparece de mi campo de visión. Cuando vuelve a aparecer veo que lleva una pila de ropa doblada. Luego vuelve a desaparecer por otra puerta.

Fia se detiene al final del pasillo. Sonríe antes de irse.

Nunca he pensado mucho en la muerte, pero no puedo negar que me siento agradecida por estar viva. Me acerco la bandeja de comida y vuelvo a sentirme agradecida por el hecho de que Fia sepa cocinar bien, aunque estoy segura de que, ahora mismo, me

comería cualquier cosa. Abro la boca para engullir toda la comida que pueda, luego parpadeo y ya no hay cuchara llena.

Me doy cuenta de que ya no hay nada. Estoy en una habitación diferente. Es un cuarto de baño. Hay una jofaina llena de agua y una pileta y...

No tengo control sobre mis manos ni sobre mi mirada. Estoy sentada al borde de la jofaina mientras me inclino para desatarme las botas.

Desatar las botas de Acker.

No son mis manos, son las de Acker.

Observo cómo se quita los zapatos y los pone bajo la pileta, uno junto al otro. A diferencia del recuerdo en el que estaban Hallis y él, no tengo acceso a sus pensamientos y emociones. Esta vez solo soy una observadora desde sus ojos.

Se pone en pie y se desabrocha los pantalones, bajándoselos.

Llena de pánico, intento cerrar los ojos con fuerza, y de pronto estoy de vuelta en mi habitación, de vuelta en mi cuerpo. Estoy mirando ante mí, al espacio vacío, respiro agitada mientras intento calmar el pánico que se me ha desatado en el pecho. La comida que estaba en la cuchara que sostenía mi mano está ahora en mi regazo, y el calor de la comida empieza a traspasar la tela del camisón.

Sacudo la cabeza.

Me estoy imaginando cosas. Seguro que son efectos residuales de la raíz que me dio Acker. Tengo que llenarme el estómago con algo más sustancial.

La comida está divina. Me termino el plato entero y me estoy lamiendo los dedos cuando aparece Fia en la puerta. Lleva otra pila de ropa doblada.

Me señala al pecho.

—¿Puedo?

Asiento, mientras deslizo el cuchillo bajo el embozo de la manta fingiendo un movimiento destinado a hacerle sitio. Deja la ropa mientras me saco el camisón, dejando el pudor de lado. Por lo que Acker cuenta, esta mujer ha visto de todo.

—Estaba agotada cuando terminé de curar las partes vitales. No me quedó energía para sellar la herida como me habría gustado —dice, con los dedos fríos sobre mi pecho mientras inspecciona la carne—. ¿Quieres que la haga desaparecer?

Está enrojecida e inflamada, pero no es más larga que mi meñique.

—¿Me va a doler?

—Un poco. Una molestia leve, pero sí, un poco duele.

Niego con la cabeza. Ya he tenido suficiente dolor últimamente.

—Estoy bien así.

Ella sonríe.

—Como quieras. Aquí tienes ropa limpia. Somos más o menos de la misma talla.

Cojo los pantalones que me ofrece y me pongo en pie. Son ligeros como una pluma y de un tono rojizo profundo que me recuerda los vestidos de las chicas del Mercado. Me los pongo y disfruto del tacto suave del tejido. El sujetador y la túnica son igual de agradables sobre la piel. He adelgazado bastante, pero la ropa me queda bien.

Fia sonríe cuando termino de vestirme.

—Ese color te queda bien —dice—. Resalta el color de tus ojos de una forma muy bonita.

Me ruge el estómago.

Fia vuelve a sonreír.

—Hay más comida en la cocina. Ven a por otra ración.

Me apresuro a guardar la daga y la sigo fuera de la habitación. La casa es modesta, pero a pesar de su pequeño tamaño, es cálida,

acogedora, incluso entrañable. La comida está servida en una mesa redonda frente a una ventana que da a un denso bosque.

—Quería preparar la suficiente para que podáis emprender el viaje de vuelta a Kenta —dice al ver que lo observo todo—. Sírvete lo que más te apetezca.

Cojo una rebanada de pan de una hogaza que se enfría sobre la tabla de cortar.

Casi está demasiado caliente para comerla, pero parece que no puedo contenerme.

—¿Cuándo fue la última vez que comiste pan en Alaha? —me pregunta Fia.

No sé bien qué le ha contado Acker respecto a quién soy o lo que puede haber averiguado ella. Es obvio que sabe quién es Acker. Se le conoce por más de un nombre, por lo visto, pero no quiero dar información si no es necesario.

Así que arranco otro trozo de pan de un mordisco y me encojo de hombros.

—Chica lista —dice ella mientras se sirve un plato. Se sienta a la mesa, tranquila, mientras yo recorro la casa con la mirada.

La cocina ocupa casi toda la zona principal de la vivienda. Hay tapices de distintos colores y diseños colgados de algunas paredes. La del fondo está repleta de estanterías con frascos llenos de líquidos de diferentes colores. De los marcos de las puertas cuelgan plumas y tiras de cuero. Me asomo por una ventana al otro lado de la cocina.

—Estamos a poco menos de un día y medio de la frontera con Kenta. De camino no hay muchas casas, por los años de conflicto en la zona, pero sí hay muchos soldados. Lo mejor es mantenerse lejos de las ventanas.

Muerdo otro trozo de pan. La puerta del cuarto de baño se abre, y un Acker recién aseado se detiene en el umbral. Gira la cabeza con rapidez, buscando la cama vacía donde me dejó, hasta que me encuentra en la dirección opuesta. Con el pelo mojado y la piel limpia, está increíble con una camisa azul pálido que le realza los rasgos. La palabra guapo se queda corto.

Entra decidido en la cocina, y esta vez soy yo quien aparta la mirada primero.

—¿Puedo? —dice, señalando la comida.

—Claro —responde Fia, indicando un armario—. Los cuencos y los cubiertos están ahí.

Me mantengo de espaldas a ellos mientras sigo recorriendo la casa y los objetos de Fia con la vista. Es más por necesidad de distracción que por verdadero interés, y aun así no puedo evitar estar pendiente de los sonidos de Acker al moverse: la silla al raspar el suelo, el tintineo de los cubiertos contra el plato, el crujido de los dientes, el éxtasis cuando las especias estallan en mi lengua...

Me giro de golpe.

Dos pares de ojos se alzan hacia mí, sorprendidos por mi repentino movimiento. No oigo a Acker disfrutar de la comida; lo siento. Lo saboreo.

Acker me echa un vistazo rápido antes de volver a centrarse en su comida. Es la primera vez que puede comer algo real en semanas, y aun así consigue no parecer un carroñero mientras se lleva a la boca una porción modesta de carne y mastica. Incluso está usando el tenedor, por el amor de los dioses.

No hay duda: me estoy metiendo en la cabeza de Acker. Puede que mis poderes estén empezando a manifestarse por su cuenta. Puede que mis dones se parezcan más a los de Vad, el oráculo del bosque, que a los de Acker, como yo esperaba. Supongo que la

mente de Acker es la más fácil de invadir, teniendo en cuenta que es con quien más vínculo tengo aquí. No puedo imaginar un don peor.

Mentira, perder el control de mi cuerpo y que se me encienda solo hasta quemar la ropa sería el peor don. Ser oráculo va justo detrás. Muy cerca.

La puerta de la cabaña se abre y aparece un hombre mayor junto a un niño, que deduzco que son el marido y el hijo de Fia, si me guío por el hecho de que Acker no se inmuta al verlos.

—Buenas noticias. —El hombre se detiene al verme allí de pie en medio de la sala. Se gira, se lleva una mano al pecho y se inclina ante mí, una inclinación más profunda y más larga que la de Fia, y eso me provoca un escalofrío; siento que me estoy perdiendo algo —. Me llamo Jorgen —dice al incorporarse—. Me alegra ver que estáis bien.

Sin saber cuál es el protocolo, le devuelvo la reverencia.

—Gracias.

Su hijo es menos entusiasta, y me saluda con una mera inclinación de cabeza, algo que me hace sentir aliviada.

Fia se levanta para saludar a su marido con un beso en la mejilla y luego se dirige a su hijo para indicarle que coma. No debe de tener más de dieciséis años, pero tiene la apariencia de un hombre. Deja claro lo mucho que le desagradamos Acker y yo cuando pasa a nuestro lado.

—Cuéntame esa buena noticia —dice Fia, sacando una silla para que su marido se siente a la mesa.

Él sacude la cabeza y se quita el gorro de lana, peinándose hacia atrás los mechones grises con los dedos.

—Encontramos un par de caballos.

Eso capta la atención de Acker. Fia se muestra escéptica.

—¿Encontrar?

Él le lanza una mirada como diciendo «no preguntes, porque no te va a gustar la respuesta». Y, efectivamente, el sonido que sale de su boca no refleja más que desagrado.

Acker arranca un trozo de pan y lo moja en la salsa.

—¿Y la mala noticia? —dice, metiéndose el pan en la boca.

—Se ha corrido la voz sobre el barco que se hundió en la costa y los rebeldes que encontraron muertos en el bosque —comenta, cruzando una mirada con su esposa que condensa toda una conversación—. Diez hombres. La mitad de ellos estaban mutilados. Les arrancaron los ojos y la lengua.

Un silencio sepulcral se instala entre ellos.

Acker desvía la mirada hacia mí. Eso significa que uno logró escapar, y también significa que *Blue* es especialmente aterrador. Acker deja escapar una sonrisa lenta y creciente, como un gran «te lo dije». Y, si no me equivoco, se siente orgulloso.

—Algunos de los aldeanos se han reunido para enviar un grupo de caza. Tienen miedo de que Kenta nos invada de nuevo.

¿De nuevo?

Dice eso último como si debiera preocuparnos, pero Acker ni siquiera pestañea ante la noticia mientras sigue mojando el pan en la salsa.

—Técnicamente es lo que hicimos —dice, echando a Jorgen una de esas miradas de «seamos realistas»—. Llevaremos solo un caballo, y saldremos mañana al caer la noche.

Jorgen ladea la cabeza.

—Eso si no os pillan.

—No nos pillarán.

—Pareces muy seguro de ti mismo, considerando el estado en el que estaba ella cuando nos la trajiste ayer —dice Fia—. Deberías dejar que Jorgen y Sven os acompañen el resto del camino.

—Eso fue antes de que Jovie hubiera completado su despertar. Ahora estamos en mejor forma, gracias sobre todo a ti y a tu familia, pero nos las arreglaremos bien por nuestra cuenta.

Jorgen apoya el brazo en el respaldo de la silla de Fia.

—Os dirigís al territorio más vigilado del rey. No se trata de si encontraréis problemas, sino de cuándo. A menos que no se os vea, sabrán quiénes sois solo por definición: tú y una chica solos. Será menos sospechoso si viajamos en grupo.

Acker se limpia la boca y aparta su silla.

—No pretendo faltaros al respeto, pero solo seréis un obstáculo.

—Prometemos cargar nuestro propio peso.

—Estáis equivocados —dice Acker, sosteniéndole la mirada al hombre, mientras se levanta de la silla—. No necesito la preocupación añadida de decidir si debo o no matarte a ti o a tu hijo si uno de vosotros decide hacer algo estúpido cuando me dé la vuelta.

La cara de Jorgen se pone roja ante la acusación de Acker. Su hijo, Sven, sonríe con desdén.

—El catalizador de metales tiene razón —interviene Fia—. Y por eso ambos haréis un juramento de sangre de no herir a ninguno de ellos.

Sven empieza a asentir, pero Acker le corta con un gesto de la mano.

—No me interesa que me juren fidelidad.

—No puedes obviar la verdad: hay más probabilidades de que consigáis llegar a Kenta si viajáis con nosotros —dice Jorgen—. El juramento evita cualquiera de tus preocupaciones.

—Y, con el debido respeto —añade Fia, dirigiendo su atención hacia mí—, no es decisión tuya.

Capítulo 31

El aire es una maravilla. Fresco y verde en cierto sentido, como si los árboles exhalaran vida al mundo que los rodea. Cada uno de mis pasos se amortigua en el musgo que cubre el suelo. Me agacho y paso los dedos por la suave superficie.

—Puedes acariciar la hierba en otro momento —dice Acker, mientras ajusta una mochila a la silla del caballo que tiene delante. Consigue sonreír, pero hay una urgencia en su cuerpo que no creo haber visto antes, ni siquiera durante nuestra huida a vida o muerte de Alaha.

Jorgen y Sven aparecen con Fia detrás de ellos. Acker hace un gesto para que me acerque, pero yo observo al caballo. Es enorme, más grande que el ganado que teníamos en los corrales de Alaha, y lleno de músculos.

—Jovie —dice Acker, impaciente, con la mano extendida como una oferta para ayudarme a subir a lomos de la criatura.

Los ojos oscuros del animal me observan mientras me acerco, como si supiera que estoy intimidada por su imponente tamaño. Sabe que tengo miedo, y le gusta.

Fia toma una profunda respiración detrás de mí, pero estoy demasiado nerviosa para darle la espalda al caballo. Acker frunce las cejas mientras mantiene la mirada fija en mí. Vuelve a decir mi nombre, esta vez como una advertencia. Todavía no puedo apartar

la vista del caballo, cuyas fosas nasales se abren con rapidez y contrae los músculos.

—¡Jovie! —grita Acker.

Lo miro, confusa. Él me contempla como si no supiera qué hacer conmigo.

—Estás brillando —dice, como respuesta a mi expresión interrogante.

Levanto un brazo y me quedo sin aliento al ver la luz que emite mi piel como si fuera un farol, pero sin llama, brillando sin ningún fuego.

—¿Qué demonios...? ¿Esto es parte del despertar?

—Es tu don —dice Fiona que avanza hasta quedar ante mí—. Eres una portadora de luz. —Hay una silenciosa reverencia en sus palabras, pero no me atrevo a apartar la vista de Acker.

—¿Qué quiere decir eso?

—Creo que tus dones están reaccionando a tu miedo —me explica —. Tienes que controlarlo.

—No... no sé cómo. —Y, como si mi magia sintiera mi pánico, la luz que me rodea se hace aún más brillante.

—Ten cuidado —me pide Acker, haciendo un movimiento tranquilizador con la mano extendida mientras se me acerca—. No querrás hacer arder tu ropa otra vez.

—O a nosotros —añade Sven, con una nota de miedo en la voz.

Susurro el nombre de Acker como una plegaria.

—Está bien —susurra, mientras su mano planea cerca de mi hombro sin apartar la vista de la mía—. Cierra los ojos.

No quiero cerrar los ojos. Niego con la cabeza, protestando, pero él se limita a asentir, lenta y deliberadamente, hasta que le hago caso. Su mano toca el lugar donde el cuello se me une con los hombros, y disfruto del consuelo de su tacto, justo la sensación que

llevo deseando desde que me levanté esta mañana. Me centro en la sensación que me provoca el contacto de Acker mientras me desliza la mano por la base del cuello hasta llegar al lugar donde la ropa me cubre la clavícula.

Su pulgar me acaricia la piel.

—Tu magia existe dentro de ti. Encuéntrala. Dile que no estás en peligro y que puede relajarse.

Sacudo la cabeza, con los ojos aún cerrados, sin entenderlo.

—La mía está aquí —dice. Me coge la mano y la pone sobre algo rígido. Me doy cuenta de que es su pecho por la forma en la que sube y baja con cada respiración y por la calidez y el latido de su corazón—. Encuentra la tuya.

Pero está en todas partes. Desde el desorden de mis pensamientos hasta la punta de mis dedos, siento electricidad por todo el cuerpo. Pero le hablo desde la mente y le digo que obedezca, como Acker me ha indicado.

No estoy en peligro. No estoy en peligro. Todo está bien.

El flujo de energía es vacilante, pero se va desplegando poco a poco, como cuando un cangrejo ermitaño se esconde de nuevo en su concha.

—Ahí está —dice Acker, con voz baja y tranquilizadora.

Abro los ojos y me encuentro con toda la fuerza de la belleza de Acker. Estoy tan asombrada que se me corta la respiración, y tengo que obligarme conscientemente a llenar los pulmones de aire. Parece que eso saca a Acker de su propio aturdimiento, y da un paso atrás. Enseguida echo de menos el tacto reconfortante.

El sonido de un movimiento hace que mire hacia atrás, y de nuevo me quedo sin respiración, pero por una razón completamente nueva: veo a Fia y Jorgen arrodillados, con la cabeza agachada.

El sombrero de Jorgen está en un puño contra su pecho. Luego está Sven, cuya mirada firme sostiene la mía hasta que su rodilla toca el césped, rompiendo la conexión solo cuando la barbilla le toca el pecho.

Desvío la mirada hacia Acker en un intento de evaluar la situación, pero su rostro está imperturbable, sin rastro de emoción en la mirada fría. Levanto las cejas, rogándole que haga algo, que diga algo. No sé cuál es el protocolo social aquí.

Resopla y pone los ojos en blanco.

—Levantaos —les ordena—. La estáis haciendo sentir incómoda.

Lo siguiente que sé es que las manos de Acker me rodean la cintura y me aúpa hacia la grupa del caballo, cubierta por una manta. No me asustan las alturas en absoluto, pero la distancia hasta el suelo es intimidante. La cabeza de Acker está a la altura de mis muslos cuando la alza para mirarme. El caballo cambia de posición, y me agarro a sus crines, pasando una pierna hacia el otro lado para no caerme.

—Estás bien —dice Acker, acariciando el cuello del caballo, aunque me habla a mí—. Puede sentir tu miedo. Relájate.

Fia le da a Acker una mochila y algo que parece ser un hatillo para dormir. Él se lo echa al hombro. Miro a la familia que se prepara para nuestra partida. Respetaron mi decisión de confiar en Acker y viajar sola con él a Kenta, pero les veo la preocupación en el rostro.

Me aclaro la garganta para que no se me quiebre la voz al hablar.

—Gracias por salvarme la vida.

Fia da un paso al frente, los ojos le brillan a causa de una fina capa de lágrimas.

—Vas a cambiarlo todo, muchacha.

Me detengo un momento, inquieta por el tono de advertencia que subyace en sus palabras. Suena más a amenaza que a esperanza.

Acker toma un mechón de la crin del caballo y lo usa para impulsarse y montar detrás de mí.

—Si puedo, enviaré algún pago —le dice.

—Lo único que conseguirías es poner en peligro al mensajero. Ahórraselo.

Él inclina la cabeza en señal de acuerdo, y Fia me da una palmada en la rodilla a modo de despedida.

Jorgen se acerca después para decir adiós. Fia le ha dicho que aleje el otro caballo de los alrededores, antes de que el grupo de búsqueda lo encuentre en la puerta. Se abrazan. Jorgen le susurra algo y ella le toma la cara entre las manos y lo besa. Sven no se molesta en despedirse ni tener un gesto amable con ninguno de nosotros, antes de entrar en la casa.

Para lo que desde luego no estaba preparada es para lo cerca que vamos sentados. Las piernas de Acker rodean las mías, el interior de sus muslos me roza las caderas y la parte exterior de las piernas, mientras los brazos me envuelven las costillas por ambos lados, al colocarme las riendas en el regazo.

—Estamos justo al oeste del Bosque Oscuro —dice Jorgen—. Quédate lo más cerca que puedas de él. Hay menos centinelas patrullando la zona.

—¿Deberíamos ir al norte o al sur una vez lleguemos a la línea de árboles? —pregunta Acker.

—Al sur. Menos trols.

«¿Perdona?».

—¿Trols?

Acker sonríe ante mi reacción.

—Normalmente se mantienen alejados, pero, aun así, la gente hace lo posible por evitarlos.

Jorgen me lanza una mirada.

—El olor nunca te abandona —dice.

Vale, sí. Hacia el sur, entonces.

Acker chasquea la lengua y el caballo comienza a caminar. Puedo sentir cómo los músculos del animal se estiran y se contraen, creando un suave vaivén con cada paso. Miro hacia atrás para despedirme, pero la cabaña ha desaparecido, como si se hubiera desvanecido en el aire, junto con Fia y Jorgen.

—Está encantada —me dice Acker—. Jorgen es ilusionista. Puede engañar a tus ojos. Hace un buen trabajo. Casi lo paso por alto ayer.

Interesante.

No puedo relajar el cuerpo cuando tengo el frontal de Acker en total contacto con mi espalda. Cada paso que da el caballo genera un suave deslizamiento de su cuerpo contra el mío. Esto es una especie de tortura. Puedo sentir el calor en el cuello y en las mejillas, sé que me estoy sonrojando, pero si Acker lo ve, no da muestras de ello, ni de notar la rigidez de mi postura.

Suena un suave aleteo antes de que *Blue* se pose sobre el cuello del caballo. Las orejas del equino se echan hacia atrás, pero no frena ni muestra signos de agitación.

—Hola. —Extiendo la mano para rascarle detrás del cuello. La descripción de Jorgen sobre los cuerpos mutilados surge en mi mente—. Buen trabajo —le digo—. Y gracias.

Acker resopla, pero también acaba inclinándose hacia delante para hacerle cosquillas a las plumas desordenadas de la cabeza de *Blue*.

Nos movemos así durante horas. *Blue* volando en círculos sobre nosotros, mientras Acker y yo permanecemos en silencio. El sol ya está bajo en el cielo y nos hallamos completamente sumergidos en el bosque cuando empiezo a perder la batalla por mantener la distancia entre ambos. El impulso de energía del despertar ha

disminuido a lo largo del día, y las ganas de usar a Acker como apoyo al final vencen a mi terquedad.

Él no reacciona cuando finalmente dejo mi cuerpo hundirse por completo en el suyo, y mantiene la mirada fija hacia delante.

—¿Ha cambiado tu postura sobre si vives o mueres como sacrificio desde que engañaste a la muerte?

Oh. Se refiere a lo que Vad reveló sobre mí.

—Estoy agradecida de estar viva —digo.

Siento el profundo suspiro de Acker contra mi espalda.

—Bien.

Por un instante puedo ver desde su punto de vista, un destello de mirada sobre mi hombro, hacia las riendas que tiene colgadas en mi muslo. Pero tan rápido como llega, se va.

—Quiero darte las gracias —le digo—. No solo por salvarme la vida, sino por... cuidar de mí.

Su voz sale más áspera de lo que esperaba.

—Claro.

—Pero también quiero mandarte a la mierda por no decirme que me estaba muriendo. Podrías haberme contado esa pequeña parte de la historia.

—¿De qué habría servido?

—Merecía saberlo.

Hay un momento de silencio en el que intento aplacar mi rabia, antes de que él vuelva a hablar.

—Me daba miedo. Sentía que si lo decía en alto, sería más cierto. —Me acaricia el brazo con un dedo—. Perdóname. Tendría que habértelo dicho.

Su honestidad disipa cualquier resto de enfado hacia él.

—Prométeme que no volverás a ocultarme información. No si tiene que ver conmigo —matizo.

—Lo prometo —dice, resuelto.

—Bien. Pues ahora cuéntame por qué demonios Fia y su familia sentían la necesidad de hacerme reverencias.

Acker suelta una risa.

—Creo que esto se considera trampa.

—Acabas de prometerlo. Literalmente.

—Los sanadores suelen ser fanáticos. Consideran a los que dominan uno de los cuatro elementos principales como designados por la mismísima Madre Naturaleza. Ella diseñó un mundo perfecto, un regalo para sus cuatro hijos: aire, agua, fuego y tierra. Pero la leyenda cuenta que estaban en constante lucha por el dominio y eso dio lugar a un mundo caótico, muy alejado de la estabilidad que la Madre Naturaleza había concebido. Para proteger la tierra de la devastación total, la Madre introdujo a sus propias creaciones en el mundo: humanos con dones capaces de combatir los elementos.

De pronto, me asalta el recuerdo de una conversación que tuvimos en Alaha.

—Los Herederos.

—Sí. —Acker tira de las riendas para que el caballo reduzca el paso, al ver el hilo de un arroyo que cruza el bosque. Desmonta y se vuelve para ayudarme a bajar—. Y la última vez que una portadora de luz caminó por la tierra, gobernó el mundo y a los cuatro elementos que lo habitaban.

Alzo la mirada hacia él, consciente de que aún me tiene cogida por la cintura.

—¿Y cómo era ella?

No tiene que contestarme. Puedo verlo en sus ojos. Quien quiera que fuese la portadora de luz, no era buena. Por un segundo me coge con más fuerza antes de soltarme del todo.

Un pez minúsculo se aleja cuando me arrodillo al lado del arroyo. Un ave de cuello largo da tímidos pasos por el arroyo, mientras el caballo sorbe agua con sus labios fofos.

Cojo agua fresca en las manos para beber, y es la más pura que he probado en mi vida. Me aparto el cabello sobre el hombro y dejo que el agua me gotee desde la palma hasta el cuello recalentado.

Entonces me veo a mí misma desde atrás, a través de los ojos de Acker. Puedo paladear el agua que está bebiendo del odre mientras pasea la mirada por la curva de mi cuello. Sigo teniendo consciencia de mí misma, como si estuviera en dos lugares a la vez. Hundo la mano en el agua y vuelvo a salpicarme el cuello otra vez, viendo desde su mirada cómo las gotas de agua se me deslizan por el cuello y desaparecen bajo la blusa.

Me atrevo a mirar hacia atrás y corto la conexión cuando encuentro su mirada.

Pero su rostro no refleja nada mientras se acerca hacia mí.

Se agacha para rellenar el odre, ahora vacío, y ya no me mira a mí, sino que fija la vista en la tarea que está realizando.

Me doy cuenta de que prefiero que fije la atención en mí.

—¿Fue por eso por lo que tú no te arrodillaste?

Se le forma una sonrisa en los labios antes de tapar el odre y mirarme de reojo.

—¿Querías que me arrodillara?

Mi propia sonrisa amenaza con delatarme.

—No si piensas que soy la reencarnación de una malvada gobernante.

Su sonrisa se ensancha antes de desaparecer por completo y ponerse serio.

—No eres la reencarnación de nadie, y no eres malvada.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé.

Estamos a menos de medio metro de distancia, y me doy cuenta un segundo tarde de que le estoy mirando a la boca. Noto cómo me ruborizo cuando subo la mirada hacia sus ojos, y me encuentro con que él está haciendo lo mismo. Su mirada se mueve entre mi boca y mis ojos.

Se sacude el agua de los dedos y luego me aparta suavemente el pelo de la cara.

—Creo que vas a traer un mundo de paz para la gente.



Capítulo 32

El montón de tierra que he moldeado y asentado parece una montaña diminuta. Me recuerda al colegio, de pequeña, cuando estudiábamos el Monte Zallis, el punto más alto del mundo, en la frontera de Maile, sobre el cual se decía que vivían criaturas mágicas. Coloco una hoja sobre el montón, como si fuera la primera en llegar a la cima y reclamar el territorio.

¿Quién sabe? Teniendo en cuenta que la magia existe, quizá esas criaturas sean reales. No es solo que exista, es que yo la poseo. Me consideran una Heredera, supuestamente ordenada por la propia Madre Naturaleza.

Aplasto el montón con el puño.

—¿Por qué estás sonriendo? —me pregunta Acker.

Levanto la vista y me doy cuenta de que sí estoy sonriendo, mientras Acker recorre el perímetro del campamento improvisado. Ha estado recogiendo palos aleatorios e inspeccionándolos, para luego ponerlos alrededor nuestro en lugares específicos.

—Me acordé de cuando te rodeó la colonia de medusas. —No habría nadado más rápido de vuelta al bote si hubiera tenido aletas.

—Es un recuerdo agradable para ti, ¿eh? —dice, con un tono más marcado.

Sacudiéndome la tierra de las manos, me acomodo en el suelo.

—No es el que menos me gusta, no.

Veo cómo se le escapa la sonrisa que quiere esconder. Debe de considerar que el perímetro ya es seguro, o al menos lo suficientemente seguro, porque me ordena quedarme donde estoy y desaparece en el bosque.

Los últimos rayos de luz diurna se disipan y dejan que la luna llena se alce en toda su gloria. Acker dijo que el fuego podría delatarnos, pero no mencionó nada de la magia.

Levanto la mano con la palma hacia arriba. Respiro profundamente e imagino que brilla como cuando tuve miedo del caballo, pero no sucede nada. Cierro los ojos y busco ese lugar donde Acker dice que reside la magia, pero no encuentro nada. Abro los ojos y hago una mueca al ver que mi piel tiene su color de siempre.

Una brisa suave me coge por sorpresa y siento escalofríos. Entonces me envuelve la calidez y levanto la vista para ver cómo Acker me echa una manta por los hombros.

—Es el Bosque Oscuro —dice—. Estamos justo al lado del límite.

Es obvio que este bosque y sus trols son algo conocido por todos que no requiere mayor explicación. Acker se acomoda en su hatillo de dormir y apoya el brazo en la rodilla mientras examina sus reservas de comida. Parecen aún más exiguas que las mías.

—Es un bosque frondoso que se encuentra en tierra de nadie entre las fronteras de Kenta y Roison. —Veo cómo se le eriza el vello de los brazos—. Nota nuestra proximidad.

—¿Estás intentando asustarme?

Está examinando los frutos secos y las bayas hasta que encuentra algunos que parecen convencerle. Me doy cuenta de que estoy mirándole los brazos fascinada, los músculos y los tendones, moldeados hasta la perfección. Brazos y manos que sirven para matar, pero también para comer.

—Estás a salvo siempre y cuando no te adentres en él.

No puedo evitar preguntarlo.

—¿Qué pasa si entras?

Él abre un par de nueces.

—Que no sales.

Me arrebujo en la manta.

—¿Por qué?

—Nadie lo sabe. La gente entra y nadie vuelve a verla. —Se mete el resto del puñado de comida en la boca, dando por finalizada la conversación. Se recuesta usando una mano de almohada mientras que con la otra hace girar el cuchillo robado al tiempo que se prepara para la noche—. Intenta descansar.

Me limpio las migas de las manos y tomo un sorbo de agua. Otra corriente de aire frío cruza el pequeño claro y me pongo todo lo cómoda que puedo, considerando que el suelo es duro como una piedra.

Llevamos semanas viajando y estamos a menos de un día de nuestro destino. Todo parece extraño, como si yo estuviera fuera de lugar y cada hoja y brizna de hierba lo supieran. Kenta no es mi verdadero hogar.

Siento una ligera alerta y abro los ojos para encontrarme a Acker mirándome. Está tumbado de espaldas con la cabeza vuelta hacia mí. El pelo le ha crecido estas semanas y el flequillo le cae por encima de las cejas.

He estado pensando en contarle los saltos que da mi mente. No sé cómo se lo tomará teniendo en cuenta lo violada que me sentí cuando el oráculo, Vad, entró en la mía. He hecho lo que he podido para mantenerme fuera de la cabeza de Acker, pero me he dado cuenta de que el contacto físico derriba cualquier barrera que yo

pueda levantar entre su mente y la mía. Cabalgar sobre el mismo caballo no ayuda mucho.

Es un bombardeo casi constante de cambios de perspectiva, la suya chocando con la mía. Tiene un especial interés en el lugar donde el cuello se me une al hombro. También ha habido un par de veces, cuando él ajustaba las riendas alrededor de mis piernas, que lo he visto mirándome los muslos.

El resto del tiempo, simplemente veo el paisaje y el cielo a través de sus ojos, nada reseñable. Por la forma en la que me está mirando ahora, estoy convencida de que sabe que le oculto un oscuro secreto.

—¿Por qué intento matarme el oráculo, para luego darte la localización de una sanadora que me salvase?

Parece perplejo. No sé si por mi pregunta o por la respuesta.

—Vad lleva años intentando ver el interior de mi mente sin conseguirlo. Mi madre pidió que un oráculo amigo suyo me entrenase desde pequeño, así que Vad sabía que no conseguiría entrar si no me presionaba con algo. Poner tu vida en juego probablemente haya sido su mejor técnica hasta ahora.

—¿Qué es lo que quería ver?

—Buscaba un recuerdo que tengo de mi padre. Después de la muerte de mi madre, él... —se toma un momento para tragar saliva antes de continuar— me invitó a tomar mi primera copa juntos. Fue en su salita, donde nunca me dejaba entrar. Me echó un discurso sobre cómo enfrentar la pérdida con entereza.

—Eso parece... duro de revivir.

Se encoge de hombros, como si no tuviera importancia.

—Vad es así. Le gusta hurgar en la mente de la gente para satisfacer su propia curiosidad enfermiza.

—¿Cómo os conocisteis?

—Estuvo en el campo de entrenamiento conmigo y con Hallis.

Durante un momento, creo que eso es todo lo que va a decir, pero se vuelve hacia mí, mirándome de frente, antes de continuar.

—Era hijo de un campesino, así que nadie esperaba que tuviera un despertar. No le habló a nadie de su don. Al menos no hasta que nos traicionó, revelando la posición de nuestro batallón a los rebeldes de Roison. Nos tendieron una emboscada en plena noche. Habrían acabado con todos nosotros si nuestros comandantes no se hubieran sacrificado, abriéndose paso entre las filas enemigas con explosivos atados al cuerpo. —No aparta la mirada, no esquiva la verdad ni el dolor que le deja el recuerdo—. Solo unos pocos salimos con vida. Lo que nos quedaba de infancia se perdió ese día, pero con ello nació una hermandad como ninguna otra. No hay nadie a quien prefiera tener cubriéndome las espaldas que a esos cinco soldados.

—¿Y Hallis? —me atrevo a preguntar.

—Vivo y en buen estado —responde. Luego esboza una sonrisa torcida—. Le falta una mano, pero se las ha apañado bastante bien.

Alzo una ceja.

—No sé por qué, pero no me sorprende.

—Es consejero y, a veces, instructor de los nuevos reclutas, pero en un duelo con espada se defiende mejor que muchos soldados en activo.

La imagen me arranca una sonrisa.

—Seguro que aprovecha el elemento sorpresa.

Acker me devuelve la sonrisa.

—Podría decirse que sí.

Nos acomodamos en los hatillos. Cierro los ojos y dejo que la imaginación eche a volar, que me muestre cómo podría ser mi futuro, todas las posibilidades que tengo por delante. Como

Heredera, hay una posibilidad de que mi vida se alargue dos, tres, incluso cuatro veces más de lo que jamás creí posible. Siempre que no me pase nada malo, claro.

Pero el sueño no llega. Los minutos se vuelven horas.

Pienso en una cama cómoda, en material de arte inagotable. Nunca he pintado —nunca pude permitírmelo—, pero daría lo que fuera por saber qué se siente al apoyar un pincel húmedo sobre un lienzo.

Mi madre sigue siendo un misterio. No sé cómo es, ni cómo reaccionará al verme de nuevo. No sé si imaginarla llorando de alegría y dándome un cálido abrazo, o recibiéndome con frialdad y cierta incomodidad. Ninguna opción parece encajar del todo.

Bostezando, abro los ojos por primera vez desde que los cerré. Las estrellas se cuelan entre el entramado de los árboles, pequeños puntos de luz brillan sobre nosotros. Me doy la vuelta y busco al caballo. No se mueve. Duerme de pie, algo que no se mencionó en todos aquellos interminables años de clases sobre fauna terrestre en primaria.

Me froto los brazos, que se me han quedado fríos, y me incorporo. Acker tiene los ojos cerrados y el pecho le sube y le baja con un ritmo tranquilo. Me sorprende que pueda dormir, pero dejo caer la manta y me levanto con todo el sigilo que puedo. No soporto ni un minuto más tumbada.

Acabo de dar un paso cuando el brazo de Acker sale disparado hacia mí y me sujeta por el tobillo, dejándome clavada en el sitio. Tiene los ojos abiertos de par en par, sin rastro de sueño, y me mira desde el suelo.

—¿Adónde vas?

Me llevo una mano al pecho, intentando calmar los latidos desbocados.

—Necesito ir a aliviarme —miento—. ¿Te parece bien?

—Voy contigo.

—Ni se te ocurra.

Pone cara de que estoy diciendo una tontería.

—¿Vamos a fingir que no hemos estado atrapados juntos en un barco?

—Sí —respondo, negándome a recordar las partes menos agradables de aquello.

Después de unos segundos en los que ninguno cede, me suelta.

—Tres minutos.

—Cinco.

—Tres o voy contigo.

Pongo los ojos en blanco.

—Gracias por tu generosidad.

Tiene el descaro de sonreírme.

Hay luz suficiente para ver mientras me alejo hacia el árbol más cercano. Este bosque es más espeso que el de la costa. Las hojas crujen bajo mis pies mientras exploro la zona. En realidad, solo estoy matando el tiempo para no darle el gusto a Acker de tener siempre razón.

Una fina capa de niebla cubre el suelo. La aparto con el pie, formando remolinos en el aire húmedo antes de que se disipen y vuelvan a formarse. Cuando decido que ya ha pasado suficiente rato, me doy la vuelta... y me encuentro cara a cara con Acker.

Me trago el grito. Está tan cerca que podría tocarme, y un escalofrío me recorre entera.

Me recompongo.

—¿Qué haces?

No responde enseguida. Me mira a los ojos, los suyos brillan apenas bajo la luz de la luna.

—¿Te arrepientes?

Sacudo la cabeza, completamente confundida por su pregunta.

—¿Te arrepientes de haber dejado Alaha y venir conmigo?

Me sorprende por completo esta pregunta repentina, y me lleva un momento encontrar las palabras adecuadas.

—No. No podía quedarme. No sabiendo lo que sé ahora.

Sus ojos oscuros me mantienen la mirada, con la preocupación claramente marcada en el rostro sereno.

—Pero... —dice, con la voz suave en la oscuridad de la noche.

Me encojo de hombros.

—No sé cómo será mi futuro aquí.

Acker respira profundamente y el pecho se le expande antes de soltar el aire.

—¿Me ves en tu futuro?

Me da un brinco el corazón.

—No lo sé —respondo, con total sinceridad—. No sé qué esperas de mí.

Frunce el ceño, mostrando también su propia confusión.

—¿Qué espero de ti?

—No... —Hago una pausa para reunir mis nervios—. Tú prometiste a mi familia traerme de vuelta —explico—. Pero eso no te obliga a ser mi amigo para siempre.

—¿Es eso lo que piensas?

—No sé qué pensar.

Dice mi nombre con un suspiro, entre incrédulo y molesto.

—¿Todavía no lo sabes? —pregunta, casi acusador—. Pensaba que el despertar lo haría evidente. —Se lame los labios, un toque de nerviosismo asoma a través de su agitación—. Supongo que tendré que mostrártelo.

¿Mostrármelo?

Su respuesta a mi pregunta no formulada es poner la mano en el lugar donde el cuello se me une a los hombros, ese punto que he notado que observaba una y otra vez. Mi perspectiva cambia de mirarlo hacia arriba a mirar hacia abajo, fijándome en la forma en que su pulgar presiona justo debajo de mi barbilla, inclinando mi cabeza hacia arriba.

Entonces, de repente, estoy de nuevo dentro de mi propia cabeza, pero no por elección. Me han echado fuera.

La mirada de Acker permanece fija en la mano que tiene posada en mi cuello.

—¿Cuánto tiempo llevas viendo dentro de mi cabeza? —pregunta.

Su mirada sube hasta encontrar la mía. No hay ni un atisbo de irritación en ella, solo una vulnerabilidad abierta, pidiéndome que sea honesta.

—Durante el despertar, tuve una visión de ti y Hallis, antes de que llegarais a Alaha. Estabais los dos en un acantilado, discutiendo la estrategia para sacarme de allí.

Reconoce el recuerdo.

—¿Y desde entonces?

Le pongo la mano alrededor de la muñeca para equilibrarme, sintiéndome fuera de lugar, pero también para evitar que se aparte.

—He hecho lo posible por no entrar, pero a veces..., a veces me atrapa, como si estuviera en dos lugares a la vez.

Puedo sentir los pensamientos pasarle por la cabeza mientras me mira interrogante.

—Iba a contártelo después de que llegáramos a Kenta —prosigo —. Dijiste que mis poderes eran diferentes a todo lo que habías visto y...

Me interrumpe.

—Jovie, no estoy enfadado.

Confieso mi mayor temor.

—¿No crees que soy como Vad?

Él niega con la cabeza, seguro.

—No. Ni un poco.

Dejo escapar un pequeño suspiro de alivio.

Me pasa el pulgar por la mandíbula, mientras su expresión se suaviza al observarme, y su mirada baja hasta mi boca. Dejo de respirar por completo al darme cuenta de que tiene la intención de besarme. Sus ojos están llenos de preguntas mientras se acerca, y tengo menos de tres latidos para decidir si voy a dejar que esto pase.

No debería, ya. Pero, a la vez..., ¿por qué no?

Mi boca se abre por sí sola, demasiado dispuesta a participar, y entonces Acker se queda quieto. Mira hacia un lado, aunque está demasiado oscuro para ver más allá de unos pocos metros. Lo conozco lo suficiente como para seguir su ejemplo. Cuando se pone un dedo sobre los labios y tira suavemente de mí para escondernos detrás de un árbol cercano, lo sigo sin dudar.

Se acuclilla y me arrastra con él. Es incómodo, y cada movimiento hace crujir la tierra y las hojas bajo nuestros pies. Acker me aprieta el hombro con firmeza, no debo moverme. Bajo ningún concepto. Quieta.

Entonces lo veo. Un animal tan negro como la noche que lo envuelve, avanzando pegado al suelo con movimientos lentos y calculados. Es aterradoramente silencioso. Solo lo delata el reflejo de la luna sobre su pelaje. Un gran felino. ¿Una pantera? Más grande que Acker y yo juntos.

Detecta primero al caballo. Sus ojos dorados se entrecierran mientras se desliza hacia nuestros hatillos. Las fosas nasales se le

abren al captar nuestro olor. El caballo lo ve y relincha, echa la cabeza hacia atrás en un intento de huida.

La pantera se incorpora sobre las patas traseras. Músculos y huesos se retuercen y crujen, volviendo a una forma humana. El pelaje negro se repliega y deja ver la piel clara de un muchacho. El caballo se asusta. Cocea, se revuelve, y al final rompe la cuerda que lo sujetaba al tronco de un árbol caído. Desaparece a la carrera entre los árboles.

El chico gira sobre sí y contengo el aliento al reconocer al hijo de Fia.

Revisa el campamento con la mirada, luego alza la nariz al aire. El pecho desnudo se infla al aspirar profundamente.

—Sé que estáis cerca —dice Sven. Pasa entre los sacos, acecha, escudriña la maleza con pasos tan sigilosos como los de su forma felina—. Puedo oleros.

Ya no queda nada del chaval que vi en la cabaña. Cuando vuelve la cabeza, la luna se refleja en sus ojos y revela lo que hay debajo: un depredador insaciable.

—Veréis, mis padres creen que, si vas por el mundo haciendo el bien, el bien volverá a ti —dice—. Pero para que eso fuera cierto, habría que decir lo mismo sobre el mal. La vida te da lo que estás dispuesta a tomar. —Su sonrisa se afila hasta mudar en algo inquietante—. Y tú, catalizador de metales, has debido de matar cientos de veces a juzgar por lo que vale tu cabeza. ¿Por qué deberías seguir vivo con unas manos tan manchadas de sangre?

Merodea en círculo, escudriñando cada rincón con la mirada. Está peligrosamente cerca cuando alza la vista hacia el ave azul marino posada en el árbol. Me tapo la boca con la mano para contener un suspiro de terror, pero ya es tarde. Vuelve la cabeza en nuestra dirección.

—Ahí estáis.

Mierda. Estoy brillando.

Sven empieza a cambiar de forma otra vez, pero antes de que pueda caer a cuatro patas, *Blue* se lanza en picado desde arriba, transformándose en pleno vuelo.

Messer aterriza de pie.

Acker y yo soltamos un taco a la vez. «Hijo de puta». No me lo puedo creer.

Messer nos suelta una única palabra:

—¡Corred!

Y se convierte en un leopardo tan imponente como la pantera de Sven. Los dos felinos se abalanzan sobre el otro a la vez, rodando por el suelo del bosque entre zarpas y dientes.

Acker me levanta de un tirón.

—Tenemos que irnos.

Pero Messer...

El sonido inconfundible de garras desgarrando carne es seguido por un aullido penetrante.

Se me atraganta su nombre.

—¡Messer!

La pantera negra se libera, y clava en nosotros sus ojos dorados mientras se prepara para saltar. Acker me aparta con un fuerte empujón justo antes de que la pantera se lance contra la maleza. Resbala y cae sobre un matorral.

Miro hacia Messer. Tiene el cuerpo cubierto de sangre, pero sus heridas no le impiden trepar por un árbol.

Usando nuestra única vía de escape, corremos hacia la frontera, o hacia donde creo que está Kenta. El bosque parece cerrarse sobre nosotros desde todas las direcciones. La niebla se arremolina a nuestro alrededor. Mantengo la vista en Acker y en el leopardo que

va saltando por encima de la cubierta de los árboles, con miedo a perderlos si aparto la vista un segundo. El chillido de antes vuelve cargado de venganza.

—¡Espera! —grita Acker, alarga un brazo para impedirme seguir.

Me lleva un momento darme cuenta, ver el cambio en los árboles. Una corteza tan blanca como los huesos cubre los troncos de los delgados árboles que se extienden hacia el cielo, creando una división escalofriante entre este bosque y lo que sea que queda al otro lado. Una densa niebla emerge desde los troncos, desnudos de hojas. Más allá, no se puede ver nada que no sea una oscuridad completa.

El suave movimiento que altera la niebla nos avisa un momento antes de que la pantera negra haga su aparición a lo lejos. Una forma negra que se mueve hacia nosotros. Giramos hacia la izquierda y corremos en paralelo al Bosque Oscuro, dejando detrás el sonido de ramitas y hojas pisadas.

No podemos correr más que él.

Al llegar a la misma conclusión, Acker se detiene en seco.

—Dame tu cuchillo. —Me saco el arma de la cintura, y al segundo él ya la ha hecho volar hasta su palma—. Lo contendré. Sigue el borde del bosque hasta que llegues a la frontera. La reconocerás cuando la veas.

Sacudo la cabeza.

—No.

Está enfadado, aprieta los dientes ante mi tozudez, pero ambos sabemos que no hay tiempo para discutir. De un empujón, me pone a cubierto detrás de él, resoplando.

Sven se acerca deprisa. Va a la máxima velocidad, sin intención de detenerse. Me agarro a la espalda de la camisa de Acker con los puños, preparada para lo que venga, y me doy cuenta de que confío

ciegamente en este hombre. Estoy totalmente segura de que lo seguiría a cualquier lado, incluso a mi propia muerte.

Pero fuera lo que fuese lo que yo creía, desde luego no era que Messer esperase al último segundo para atacar. Salta sobre el lomo de la pantera, apareciendo de la nada y provocando que el corazón me dé un brinco mientras sus cuerpos entrelazados caen de lado y se deslizan a través de una apertura en los árboles del Bosque Oscuro. Sus gritos agudos cesan en un abrupto silencio.

«¡No!».

Salgo disparada de detrás de Acker, que extiende una mano para detenerme.

—Ya no está —dice, firme e innegable—. No hay nada que puedas hacer para salvarlo.

Lucho por librarme de su agarre.

—Jovie. Basta.

De alguna forma, consigo desasirme de él y me deslizo tan cerca de la fantasmal línea de árboles que Acker se queda paralizado, con los ojos desmesuradamente abiertos.

—Tengo que intentarlo —digo, mientras la voz se me rompe—. No puedo dejarlo sin más.

El pecho de Acker se hincha con cada respiración.

—Jovie —pide en un ruego con las manos extendidas—, escúchame. Si entras ahí, no saldrás nunca.

Las lágrimas me nublan la visión mientras me enfrento a la elección. Puedo dejar a Acker e intentar salvar a Messer, o abandonar a Messer y no saber nunca si podría haberlo salvado realmente.

—Ven conmigo.

Acker inclina la cabeza y la incredulidad y la desesperanza le inundan la mirada que me dirige. Dice mi nombre, y las dos sílabas

se le rompen en la voz ahogada.

—Confié en ti. Te seguí hasta aquí —le digo—. Ahora te pido que hagas lo mismo.

Acker traga saliva.

—¿Y si nos quedamos ahí atrapados para siempre?

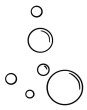
Le lanzo una pequeña sonrisa.

—Al menos nos quedaremos atrapados juntos.

Sacude ligeramente la cabeza, como si no pudiera creer que esté considerándolo. Voy a ir, haga lo que haga él, pero desde luego preferiría no hacerlo sola.

Entonces aprieta los dientes, tomando una decisión, y se acerca. Sin pronunciar un sola palabra, me abraza y se tira de espaldas en la boca abierta del bosque.

En la oscuridad completa que hay más allá.



Capítulo 33



No está completamente oscuro, pero casi.

Mi magia se evaporó en cuanto tocamos el suelo. Hace un frío helado y nos lleva un momento adaptar la vista a la oscuridad. Es como si fuera una niebla en sí misma, sofocando la vida del bosque. La corteza blanca de los árboles nos da la iluminación más tenue posible. Parpadeo una y otra vez en un vano intento de ganar claridad.

Acker me mantiene bien cogida de la mano mientras nos levantamos. Al mirar atrás, vemos que la apertura entre los árboles por la cual caímos aquí ha desaparecido. No hay nada en ninguna dirección. Si nos separásemos más de cuatro pasos, nos perderíamos en la profunda oscuridad que nos rodea.

Abro la boca para llamar a Messer, pero hay tanta calma que casi no quiero romper el silencio.

—¿Crees que la gente que desapareció, simplemente... se perdió aquí dentro?

—No lo sé —dice Acker, también susurrando. Al igual que yo, intenta divisar algo dentro del abismo de oscuridad, pero no se ve nada más allá.

Tras permanecer en silencio un buen rato, ya no aguanto más y lo llamo.

—¡Messer!

Noto que Acker me aprieta la mano que tiene cogida, pero no me detiene cuando vuelvo a llamarlo. Esta vez, más alto, intentando traspasar la atmósfera sofocante. Pero mi voz se queda atrapada en el peso invisible del aire.

Dejo escapar un sonido ahogado.

—¿Qué pasa? —me pregunta Acker, alarmado.

Llevo la mano a la nuca, donde siento un dolor agudo. Acerco esa mano a los ojos. El líquido que cubre los dedos es negro como la noche, pero no necesito ver su color real para saber que es sangre. Noto un goteo entre los omóplatos.

—Algo me ha mordido en...

Antes de que pueda acabar la frase, otra criatura con alas me revolotea por el cuello. Y se me agarra al hombro, no sé si con las garras o con los dientes.

Grito. Lucho contra la criatura mientras se me clava con más fuerza. Acker se lanza sobre ella y trata de apartarla de mí. Le clavo los dedos en la piel rugosa y un sabor amargo me llena la boca por lo repulsivo de su textura. Sé sin lugar a dudas que, sea lo que sea, es horrible.

Tan pronto como conseguimos librarnos de la criatura, una tercera se abalanza sobre nosotros. No hay tiempo para reaccionar. Esta vez se agarra a Acker. Llega otra más, y otra, hasta que nos vemos obligados a soltarnos para intentar salvarnos del ataque.

Coloco las manos sobre la cabeza para protegerme rostro y cuello. El dolor me atraviesa los brazos. Me los está desgarrando. Algo cortante, como dientes o garras, me rasga la piel y los músculos. Siento que está llegando casi a los huesos.

Grito con los dientes apretados, mientras agarro una y la lanzo lo más lejos que puedo, pero enseguida hay otra que ocupa su lugar. Sus alas baten con tal fuerza que retumban en el aire, solapándose

en un ritmo de ataque constante. Tropiezo hacia atrás y caigo sobre algo que sobresale del suelo, soltando un grito por el ramalazo de dolor que siento en la mano por la caída.

El rugido de su frenético vuelo se intensifica, como si percibieran a su presa debilitada, y se lanzan sobre mí como una ola. Acker grita mi nombre, pero es inútil. Ambos vamos a morir, y es todo culpa mía.

Me invade una ira que jamás había sentido. Estoy harta de verme constantemente al borde de la muerte o bajo ataque, harta de los hombres que creen que pueden controlar el mundo y a todos los que están en él.

—¡Basta! —grito, extendiendo las manos.

Con el gesto, estalla una brillante luz cegadora que ilumina la aterradora escena. Cientos, miles de criaturas semejantes a murciélagos rabiosos revolotean sobre nosotros. Mi magia los está quemando, y comienzan a entrar en pánico, a intentar huir. La piel se les derrite cayendo de los huesos y las alas se les desintegran antes de caer al suelo.

—Eso es —me anima Acker, ayudándome a ponerme en pie.

Impulsada por la ira, mi ataque es frenético, sin dirección. Siento la magia hincharse bajo el pecho, luchando por destruir a cada una de estas horribles criaturas que tratan de escapar. Un zumbido vibrante interminable me retumba en los oídos.

El bosque comienza a despejarse. Mi poder arde desde las palmas, expandiéndose y proyectando luz en todas direcciones. Podemos ver los árboles y el suelo del bosque, y... y huesos. Cubren el suelo en varias tonalidades y etapas de descomposición, incluido el que me sobresale de la mano.

—No dejes que la magia te controle —dice Acker, mientras dirige la mirada alrededor, buscando una salida, en cualquier dirección.

Cualquier cosa que nos diga dónde estamos en este bosque.

Tiro del hueso de la palma de mi mano, y estalla la magia, pero no siento dolor, como si esta quisiera protegerme de la sensación. Nada me puede tocar. Soy imparable.

—Jovie —advierte Acker. Una sensación molesta me atraviesa—. Cálmate, Jovie.

Las criaturas continúan cayendo al suelo como la lluvia desde el cielo. La burbuja de luz se expande a nuestro alrededor, como si hiciera retroceder la oscuridad palmo a palmo. Más allá, la sombra es una masa convulsa que trata de resistirse a lo inevitable.

Porque es inevitable. Mi luz va a imponerse.

Acker grita mi nombre, pero está muy lejos. Igual que si estuviera en el fondo de un océano.

El cielo se abre ante nuestra cabezas y mi luz saluda a la del sol de la tarde como si fuera un viejo amigo. Las criaturas, que ya no tienen a donde escapar, se evaporan en el aire.

Puedo matarlas a todas.

Dejo que mi poder fluya, empuje, persiga y arrase. Este bosque de muerte y sufrimiento por fin sabe lo que es la auténtica destrucción, y contemplo cómo mi luz se enreda entre los árboles y alcanza los mismos bordes del bosque, sin que quede un solo hilo de sombra, hasta que este lugar oscuro deja de serlo.

Me derriban. La cabeza me rebota contra el suelo y pierdo la visión unos segundos, hasta que el dolor me la devuelve y logro enfocar de nuevo.

Me llevo una mano a la nuca.

—Ay...

Acker sigue con los ojos fuertemente cerrados. Los entreabre apenas antes de decidir que ya es seguro mirar. La mirada que me

dirige se divide entre el alivio y el asombro, pero enseguida se transforma en enfado.

—¿Quieres matarme o qué?

Los arañazos y las profundas heridas que tiene en la cara y en el cuello empiezan a cerrarse, y su piel se cura en segundos.

Intento recuperar la respiración.

—Considéralo una venganza por darme pescado cortado con un arma homicida.

—¿Por darte pescado cor... qué? ¿Hablas en serio?

La falta de humor en su expresión aumenta la culpa que ya empieza a enraizárseme en el estómago. Usar mi don sin contención parecía tan natural como respirar, dejando que el calor se me expandiera por el cuerpo y la mente como un bálsamo para el alma.

No quería apagarlo. Jamás.

—Lo siento.

Deja escapar un suspiro de alivio.

—¿Estás bien?

Asiento. Me ayuda a ponerme en pie, y ahí es cuando soy capaz de procesar lo que tengo alrededor. El Bosque Oscuro... ya no está. Los árboles despiden humo.

Deshojados y chamuscados, permanecen en silencio, sin ninguna criatura alada a la vista. No hay ningún indicio que nos sirva para orientarnos, ni para saber en qué dirección está Kenta.

Nos abrimos paso entre los árboles, tropezando con esqueletos y escombros. A lo lejos se ve una masa como un cuerpo blando, y corro hacia allí, con Acker pisándome los talones. Sven, aún en su forma de pantera, sangra por todo el cuerpo. Respira con dificultad y está inconsciente. Entre la pelea contra Messer y las criaturas del bosque, ya está más allá del punto de no retorno, al carecer de un sanador hábil que impida que la muerte lo reclame.

—Déjalo —me dice Acker, y me insta a seguir adelante.

Pero no puedo continuar, no si hay una posibilidad de que Messer esté cerca. Acker ve la determinación en mi mirada. Gruñe entre dientes. Se gira y se aleja en dirección contraria a la mía para buscar cualquier sombra que pudiera ser un animal herido.

—¡Messer! —grito una y otra vez, con la voz de Acker haciendo eco detrás.

Soy yo quien lo encuentra, tendido de lado. Le faltan grandes trozos de la piel de leopardo. Su respiración es superficial y tiene los ojos cerrados. Apenas le queda tiempo.

Llamo a Acker, que llega rápidamente. Por la expresión de su rostro, sé que cree que no hay esperanza. Lo miro, con lágrimas en los ojos, mientras intento levantar la cabeza de la pantera.

—Ayúdame... Por favor.

Me ordena moverme. Me aparto con rapidez. Levanta una pata con cada mano y se carga al enorme animal sobre los hombros. La sangre le corre en cascada por la espalda. Me hace un gesto con la cabeza para que vaya delante de él.

Corro veloz, sin saber si estamos yendo en la dirección correcta, hasta que un sonido de cascos capta mi atención.

—Sigue adelante —me ordena Acker, que, a pesar de la carga, respira con más facilidad que yo.

Es entonces cuando lo veo, la abertura entre los árboles y el grupo de soldados que vienen cabalgando por una colina a lo lejos, con la bandera de Kenta ondeando sobre ellos: verde, con una línea horizontal que la atraviesa en el centro, y dagas que salen de ella como los rayos del sol naciente.

El suelo cubierto de huesos rotos se convierte en hierba, y casi lloro de alegría cuando salimos del bosque y llegamos al campo abierto del territorio de Kenta.

Acker detiene al primer soldado y coloca a Messer, con cuidado, sobre el lomo de su caballo.

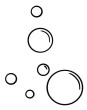
—Llévalo a un sanador.

—Sí, su alteza —responde el soldado, girando el caballo.

Su alteza.

Intento dar un paso, con la intención de decirle al soldado que se apure, pero no consigo que las piernas ni la boca cooperen. La visión se me emborrona, todo se desenfoca mientras trato de alertar a Acker de que algo está mal.

Lo último que escucho es su maldición cuando caigo al suelo.



Capítulo 34



Estoy en una tienda de campaña. La lona se ondula con el viento y las cubiertas de entrada se abren y revelan el aire nocturno y al soldado de Kenta que está afuera, antes de cerrarse nuevamente. El camastro frente al mío está vacío, pero su superficie está cubierta por algunos vendajes empapados en sangre.

Me siento y me reviso la mano curada, luego el resto del cuerpo. No tengo dolores ni rastros de zarpazos. Veo ropa limpia sobre la mesa entre las dos camas, y me apresuro a cambiarme. Aún estoy metiendo la cabeza por la túnica verde, cuando alguien introduce una mano por la puerta y la abre, de modo que puedo contemplar a una de las mujeres más hermosas que he visto nunca.

—Estás despierta —dice, entrando.

Su cabello negro azabache está recogido en la nuca, con un pasador metálico. Una cuerda metálica le adorna los hombros, y se mantiene en su sitio gracias a unas correas de cuero. La cuerda le rodea la cintura y cuelga del cinturón bien sujeta, y estoy segura de que no es solo por cuestiones estilísticas. Es un uniforme impresionante. Seguro que tiene un rango alto.

Coloca una jarra y dos vasos hechos de ámbar sobre la mesa.

—Te he traído agua.

No me muevo.

Ella sirve el agua en los dos vasos y no aparta su mirada de mí mientras bebe del suyo.

—No hay necesidad de avergonzarse —dice, sonriendo—. Todos lo hemos hecho alguna vez.

Me inclino para coger el otro vaso y me obligo a tomar un pequeño sorbo, a pesar de que deseo bebérmela toda de un trago.

—¿El qué?

—Hacer arder nuestra magia hasta agotarla. —Se acomoda en el extremo del otro camastro frente a mí, apoyándose en la barandilla —. Por eso te desmayaste. Es el precio de usar la magia sin controlarla, nuestras mentes humanas se apagan. Algo así como una lámpara que se queda sin aceite.

—Es bueno saberlo —le digo—. ¿Sabes dónde está Acker?

Ella se encoge de hombros sin mucho interés.

—Estará por ahí cometiendo atrocidades, tan guapo como siempre.

Entorno los ojos al mirarla.

—¿Tú quién eres?

Como si de pronto recordara sus modales, se endereza y hace una reverencia.

—Soy Beau. Tercera al mando del rey y hermana de Acker.

—¿Hermana?

—Por favor, no le digas a nadie que me olvidé de hacer la reverencia —dice rápidamente—. Sería mi fin.

Me presiono el puente de la nariz y respiro hondo.

—Te guardo el secreto, siempre y cuando no lo hagas de nuevo.

—No puedo prometerlo, pero te doy mi palabra de que no lo haré en privado.

—Gracias —digo—. Me alegra que los kenta consideren a las mujeres lo suficientemente valiosas como para tener un rango tan

alto.

—Mujer o no, es imposible negar mis habilidades.

—No pretendía insultarte —digo.

—No lo has hecho —responde, desestimando mi preocupación mediante un gesto con la mano—. Te darás cuenta de que las cosas son diferentes en tierra. Muy diferentes.

—¿Sabes qué hicieron con el cambiante? —digo, señalando el camastro en el que está apoyada.

Ella mira el desorden de vendas y sangre.

—¿El chico alaha? Lo retienen para transportarlo. ¿Por qué?

Me pongo tensa. ¿Lo retienen?

—¿Adónde lo transportan?

—A las mazmorras del rey. —Lo dice como si la respuesta fuera obvia.

Se me cae el alma al suelo y salgo de la tienda sin perder un segundo. Los guardias que están fuera se sobresaltan al verme aparecer de repente, pero ninguno de ellos se mueve mientras paso a su lado, decidida.

Las miradas se vuelven hacia mí y las conversaciones se van interrumpiendo a medida que avanzo por el campamento. Los soldados kenta están desperdigados por la zona, jugando a las cartas y bebiendo cerveza o preparando la cena, ya que se acerca la caída de la noche. Delgadas columnas de humo llenan el cielo al norte y al sur, y las cúpulas de las tiendas se extienden hasta donde alcanza la vista en ambas direcciones.

—¿Dónde está el príncipe? —pregunto a cualquiera dispuesto a sostenerme la mirada—. ¿Dónde está Acker? —Solo hay miradas vacías en respuesta. Recorro el laberinto de tiendas, preguntando una y otra vez—. El príncipe... ¿dónde está?

Una voz corta el incómodo silencio.

—Quizá yo pueda ayudaros.

Aparece apoyado en el poste de soporte de una tienda cercana, con el sol poniente resaltando el cabello brillante, y las pecas elevándose con la sonrisa.

—Hallis —digo mientras respiro aliviada.

Él me mantiene la mirada por un momento antes de inclinar la cabeza, como si fuera a hacer una reverencia. Me apresuro a detenerlo, alzando la mano.

—Por favor, no.

La sorpresa es evidente en su rostro, pero la oculta rápidamente.

—Como deseéis, princesa.

La forma en que me llama por mi título, con un tono burlón, me resulta familiar.

—¿Dónde está Acker?

—Os llevaré hasta él.

Lo sigo unos pasos por detrás de su figura imponente. Viste un uniforme militar similar al de Beau, salvo que la manga de su brazo izquierdo termina abruptamente con la ausencia de una mano.

Las conversaciones continúan interrumpiéndose mientras avanzamos por el campamento. Algunos de los soldados se detienen y nos observan, otros apartan la mirada. Muy pocos son lo suficientemente corteses como para fingir una sonrisa o inclinar la cabeza en el saludo kenta. Si es un comportamiento extraño, Hallis no da muestras de ello.

Cuando llegamos, no necesito que me indique dónde está Acker, los cascos metálicos de los soldados apostados fuera lo delatan. Estos asienten en señal de aprobación hacia Hallis, y él sostiene la cortina con la mano que le queda, para dejarme pasar.

—Después de vos, princesa.

Lo observo mientras paso. Luego mi atención se dirige a Acker. Examino su aspecto. Es como si mis ojos no pudieran beber de él lo suficiente rápido. Tiene el cabello aún húmedo del baño y los ojos le brillan a la luz de la lámpara. Las mangas de su camisa limpia están enrolladas hasta los antebrazos y se inclina sobre una mesa cubierta de mapas.

Le asoma una sonrisa por el borde de la boca, pero se apresura a disimularla mientras se endereza.

—Jovie —dice y extiende la mano hacia uno de los hombres que lo acompaña—. Este es el oficial al mando de esta legión. Rango, por favor, permíteme presentarte a Jovinnia, princesa de Maile.

El robusto hombre me ofrece una reverencia y una sonrisa.

—El placer es mío.

No sé cuál es la respuesta adecuada. Siento el peso de las miradas de los otros cuatro hombres alrededor de la mesa mientras sonrío y asiento.

—No contaba con que despertaras hasta dentro de unas horas —dice Acker, rodeando la mesa, mientras desvía brevemente la mirada sobre mi hombro—. Veo que Hallis y tú os habéis reencontrado. Espero que haya sido muy atento.

A Hallis no parece gustarle la insinuación.

—Está aquí, ¿no? —responde, seco—. Y no gracias a las nulas habilidades de supervivencia que mostró al ir por el campamento exigiendo que tus soldados revelaran tu ubicación.

La mirada de Acker vuelve a encontrar la mía.

—¿Has conocido a Beau?

—Sí. Es... preciosa. —Hallis gruñe, pero lo ignoro. —Me dijo que retenían a Messer para transportarlo.

Acker me mira un instante; sus ojos parecen más oscuros de lo habitual y las pestañas, más densas y gruesas bajo la luz artificial.

Enseguida se vuelve hacia Hallis.

—¿Dónde está Beau?

Él se encoge de hombros.

—La princesa estaba sola cuando la encontré.

—La dejé en la tienda —le digo—. ¿Por qué? ¿Dónde está Messer?

El comandante, Rango, interviene como si yo no hubiera dicho nada.

—Probablemente esté asustando a mis hombres.

—Acker —llamo.

Él da una orden a Hallis con un simple movimiento de cabeza.

—Encuéntrala.

Doy una palmada frente a su rostro. Debido al impacto, saltan chispas de luz, pero estoy demasiado enfadada como para prestarles atención. Tampoco me inmuto ante los soldados que desenfundan sus espadas.

—Te estoy hablando.

Acker alza una mano, una señal silenciosa para que sus hombres se relajen. Finalmente, me presta atención. Por la forma en la que aprieta la mandíbula, sé que está furioso.

Habla sin apartar la mirada de mí.

—Quiero tres mil hombres listos para desplazarse al sur cuando amanezca.

Rango inclina la cabeza en señal de acatamiento, recoge uno de los mapas de la mesa y sus hombres lo siguen. Mantengo la furiosa mirada clavada en Acker mientras ellos pasan, pero puedo sentir los ojos de todos sobre mí.

Hallis alza una ceja, con su habitual aire de indiferencia.

—Parece que las cosas no han cambiado mucho.

Un rayo de sol moribundo entra por un momento antes de que la lona vuelva a caer detrás de él. Y entonces nos quedamos solos.

Acker exhala hondo por la nariz, liberando también la tensión de la mandíbula.

—No puedes desacreditarme delante de mis hombres.

—¿Eso es lo que te preocupa ahora? —respondo, incrédula—. No sabía que tu ego era tan frágil.

—No tienes idea de lo delicada que es esta situación.

—Messer está...

—No hablo de Messer —me corta Acker—, hablo de ti.

Me quedo perpleja.

—¿Qué?

Rodea la mesa y me hace un gesto para que me acerque, haciéndome sitio a su lado ante el mapa. Redondo y detallado y diferente a cualquiera que haya visto antes, muestra los territorios divididos y etiquetados, y los accidentes geográficos están marcados e ilustrados con exquisito detalle.

—Nosotros estamos aquí. —Acker señala una espada de madera que marca nuestra posición, luego desliza el dedo hacia la derecha —. Esta es la frontera con Roison.

El territorio de Roison es el doble de grande que el de Kenta, y ocupa la mayor parte del lado derecho del continente. El océano lo rodea por todos los demás lados, y la topografía es llana, salvo por la línea costera al norte.

Acker mueve el dedo por la línea de puntos que separa los dos territorios hasta que llega al bosque sombreado de negro.

—Este es el Bosque Oscuro. —Abarca toda la extensión de la frontera salvo por dos pequeñas aberturas, pasajes que cruzan la delgada línea de árboles de norte a sur—. Este bosque lleva milenios plagado de magia negra. En el pasado, solo los Herederos más poderosos habían entrado para intentar acabar con la maldición,

pero ninguno lo consiguió. Tú, sin embargo —dice—, lo limpiaste sola y sin pestañear.

Imposible.

—¿Entero?

—Entero —confirma—. Van a tener que cambiar todos los mapas que existen por tu culpa. Todos los pergaminos, ilustraciones y libros de texto tendrán que rehacerse para mostrar una nueva frontera abierta.

—¿Cómo?

No me doy cuenta de que lo he preguntado en alto hasta que Acker me responde.

—Eso es lo que quieren saber mis hombres. Estaban apostados al norte cuando vieron la luz. Según algunos de ellos, eclipsó a la del sol en pleno día.

—Me tienen miedo —digo, atando cabos.

Él no lo niega.

—Lo último que necesito ahora es que vayas por ahí dando la impresión de estar desequilibrada. —Se inclina hacia mí, lo suficiente como para que pueda olerlo—. Da la sensación de que no puedo controlarte.

Esa última frase me hace saltar.

—Tú no me controlas.

—Maldita sea, Jovie. —Golpea la mesa con una mano—. Sabes a qué me refiero.

—Fuiste tú quien me trajo aquí —le recuerdo.

—Y fuiste tú quien trajo a un cambiante de Alaha.

—Yo no hice eso y lo sabes.

—¿Ah, no? —dice, con la mirada clavada en la mía.

Cierro la boca de golpe, temiendo decir algo de lo que me arrepienta si no me calmo primero.

Sus ojos no parpadean.

—¿Lo sabías?

¿Que uno de mis amigos más cercanos se hacía pasar por mi mascota? ¿O que nos seguiría en nuestra huida de Alaha? En cualquier caso, la respuesta es la misma.

—No. —No aparto la vista de él.

Hay un momento de silencio en el que sostiene mi mirada, antes de ceder.

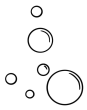
—De acuerdo.

La tensión que flotaba entre nosotros se disipa. Sus ojos vuelven a llenarse de esa suavidad familiar, la mirada de un amigo cercano. Es reconfortante poder ponerle un nombre a nuestra relación, aunque el recuerdo de aquel momento en el bosque me vuelve a la mente, el instante en que creí que iba a besarme, y desafía la idea de una simple amistad entre nosotros.

«Amigo» no termina de encajar.

Acker coge del suelo una funda con cuchillos y se la cruza sobre el pecho. El emblema de Kenta está bordado en el cuero, a la altura del hombro.

—Vamos a hablar con él, ¿te parece?



Capítulo 35



Las miradas siguen volviéndose hacia mí mientras avanzamos por el campamento, pero solo después de que las cabezas se inclinen, reverentes, ante su soberano.

—Así que príncipe, ¿eh?

—Por nacimiento —dice, mirándome por el rabillo del ojo—. Pero ya lo sospechabas, ¿no?

—Tiene sentido, dado mi título y la historia de nuestras familias. ¿Por qué no me lo dijiste?

—No habrías confiado en mí —dice—, teniendo en cuenta cómo están las cosas entre nuestros pueblos. Habrías sospechado que estaba buscando una recompensa. —Nota que reprimo una sonrisa —. ¿Qué pasa?

Arrugo la nariz en una mueca.

—Tu arrogancia debería haberme dado una pista. —Me da un discreto codazo.

—Dijo la princesa.

Llegamos al último grupo de tiendas situadas en el borde del campamento. Separada del resto, la estructura está rodeada por soldados cubiertos de armaduras. Parece un poco excesivo, sobre todo cuando veo a Messer encadenado a la estaca central que sostiene la lona que cubre todo el espacio.

Un soldado con casco permanece apostado junto a él. Las profundas ranuras para los ojos de su visera me inquietan. Es raro sentir su mirada escrutadora, pero no ser capaz de verle los ojos.

Messer está de rodillas con los brazos extendidos tras la viga y atados con fuerza. Está curado, aunque no del todo. Los moratones y los cortes ensucian su aspecto, y cuando levanta la vista alertado por el ruido de nuestra llegada, la evidencia de su fatiga se le ve en las líneas de la cara y en todo el cuerpo.

Caigo de rodillas ante él y me destroza ver el esfuerzo que le supone el hecho de mirarme.

—¿Así es como tratáis a los que arriesgan su vida por salvaros? —pregunto, fulminando a Acker con la mirada.

Él se mete las manos en los bolsillos.

—Así es como tratamos a los posibles espías. No podemos curarlo, pues cambiaría otra vez. —Una sonrisa irónica amenaza con salir de la boca de Messer.

—Al menos me dieron unos pantalones.

No puedo evitar sonreír ante su intento de frivolizar.

—Tus ojos —le digo, deteniéndome cuando los contemplo bien—. Son azules. —Ya no son del gris habitual en la gente de Alaha.

—Los tuyos también —dice.

Me toco la mejilla, como para sentir el cambio, notar el nuevo color. Miro a Acker. En ningún momento me lo dijo.

—Es lo que sucede cuando pasas mucho tiempo lejos de tierra. El tiempo y la distancia les va quitando el color.

Hallis entra en la tienda, apartando la lona con el hombro.

—La encontré —dice con un tono neutro mientras sostiene la lona para que Beau entre—. Sí que estaba asustando a los hombres.

Beau chasquea la lengua y pone los ojos en blanco.

—Les asusta todo.

—Son unos brutos curtidos en la batalla.

Ella inclina la cabeza en su dirección.

—Justo. —Como si acabara de darse cuenta de dónde está y que hay más gente, sonríe—. ¿Qué tenemos aquí?

Acker señala a Messer con un ligero movimiento de muñeca.

—Dímelo tú.

Ella se acerca. Su mirada es oscura y aguda, muy parecida a la de Acker, mientras evalúa la situación.

—¿Quizá sean amantes? —Su mirada se vuelve inquisitiva—. No, no es eso.

Al darme cuenta de que está sucediendo algo de lo que no soy completamente consciente, me levanto y me alejo un paso. Miro a Acker buscando alguna explicación, pero él no me está mirando. Tiene la vista clavada en su hermana que camina en círculo alrededor de Messer.

—Hay amor, pero no es un amor romántico. Aunque —añade, mientras enarca una ceja— a él se le ha pasado por la cabeza. Por lo que puedo ver, es un poco mujeriego.

Sé que Messer está tan sorprendido como yo, pero lo disimula bien y su sonrisa se vuelve coqueta cuando ella se detiene ante él.

—¿Estás interesada?

La sonrisa de Beau es de auténtico entretenimiento.

—Ni lo más mínimo.

—Beau —la reprende Acker.

Ella abandona parte de su altanería y se concentra más.

—Es leal. Probablemente demasiado. Se deja llevar por el corazón, pero también es conflictivo. Ambiguo. No tiene en cuenta las normas o la educación. Le encanta ser el centro de atención.

Messer sonríe mientras ella enumera sus características, como si fueran justo lo que él piensa de sí mismo y le agradara oírlas en

boca de otra persona.

—Dime algo que no sepa ya —pide Acker—. Todo eso ya lo vi yo en el tiempo que pasé con él pensando que era un eyeun.

—¿Un eyeun? —repite Beau—. ¿Y cuándo has visto tú un eyeun, para saber cómo transformarte en uno?

—Mi padre —dice Messer, mirando a Beau y luego a Acker— tenía en sus haberes un libro ilustrado de criaturas, vivas y muertas.

Acker mira a Beau, buscando confirmación. Ella asiente, una mera inclinación de cabeza que indica, supongo, que cree que Messer está diciendo la verdad.

—Johannes es tu padre, ¿no? —continúa Acker.

Messer pierde el brillo de la sonrisa al contestar.

—Sí.

—¿Fue él quien te expuso a tu magia?

Messer niega con la cabeza, despacio.

—No.

—Entonces, ¿quién?

Duda. La razón está clara cuando dirige su vista hacia mí. La pausa crece, como si el aire se espesara y estuviera hecho de agua. Es una sensación pesada y sofocante y todos contenemos la respiración mientras esperamos la respuesta de Messer. Sea cual sea el don de Beau, no es algo que se deba tomar a la ligera.

—Kai —contesta, mientras dirige una dura mirada a Acker—. Mi padre no sabe nada de mis dones.

Acker saca una daga de la correa que le cruza el pecho y la hace girar entre los dedos, con el rostro pensativo, mientras digiere la respuesta de Messer.

—¿Por qué nos seguiste?

Messer esboza una sonrisa ladeada.

—No iba a dejar que B se divirtiera sin mí.

Beau suelta una risita. Hallis le lanza una mirada fulminante.

—¿Qué? —responde ella—. He encontrado a alguien que no me tiene miedo.

Acker no comparte la diversión. Aprieta la mandíbula mientras impone su presencia sobre la figura arrodillada de Messer.

—Oíste todas y cada una de nuestras conversaciones durante esas semanas. Cada palabra. Estuviste escuchando. —Su mirada se vuelve realmente peligrosa—. Y sabes perfectamente que ese no es su nombre.

Messer intenta encogerse de hombros, frustrado por tener las muñecas atadas.

—¿Qué más da? Es quien es, más allá del nombre o del título.

Acker se agacha hasta quedar a su altura.

—¿Y quién es para ti? —pregunta en una voz baja que exige respuesta.

Acker podría matarlo desde mucho más lejos sin pestañear, pero hay algo inquietante en verlo tan cerca de Messer con un arma a su alcance.

Messer me mira directamente al responder.

—Mi amiga.

Ha estado junto a mí durante todo el viaje. Incluso antes, cuando me visitaba en la ventana en Alaha. Pasamos horas en el tejado de mi cabaña, simplemente... allí.

Juntos, los dos. Quizá él necesitara un lugar para escapar de su padre, un respiro del dolor y del caos, pero quizá yo también lo necesitaba a él, para sentirme menos sola.

Doy un paso hacia él.

—¿Por qué me seguiste?

—Siempre dijimos que iríamos juntos a tierra o si no, nada. —Messer deja que todo rastro de humor se evapore de su expresión,

muestra la verdad que muy pocos ven bajo su exterior alegre. Está enfadado conmigo por irme sin él—. Y te fuiste sola.

Sacudo la cabeza.

—No estaba sola.

—No me fío de él. —Con «él» se refiere al hombre que está entre nosotros—. Kai me dijo lo que hizo en el puerto, lo bien que luchó, y supe que tenía que encontrarte. Mi plan era ver cómo estaba la situación y volar de vuelta a Alaha tras asegurarme de que estabas a salvo, pero entonces estalló la tormenta, y empleé toda mi energía asegurándome de que los dos sobrevivierais. Supuse que no podría soportar el vuelo de vuelta.

—La criatura bajo el mar —dice Acker, con la sorpresa y la comprensión iluminándole los ojos y tiñéndole la voz—. ¿Eras tú?

Messer asiente.

Acker mira a Beau y luego a Hallis.

—Fue capaz de mantener la forma de un calamar gigante durante horas, en pleno mar abierto.

A Messer le complace notar el asombro en la voz de Acker y consigue esbozar media sonrisa.

—De nada, por cierto.

Acker no pica.

—¿Alguien más conocía tus intenciones?

—Sí —contesta—. Aurora... y Kai.

A Acker no le gusta esa respuesta.

—¿Te contó por qué se marchó ella?

A juzgar por la expresión arrepentida de Messer y la rápida mirada que echa en mi dirección, está bastante claro cuál es la respuesta. No necesita decirlo en alto.

—¿Y lo sigues considerando un amigo? —pregunta Acker—. ¿Después de saber lo que le estaba haciendo a ella?

—Siempre lo supo —digo yo, contestando por él—. ¿No es así?

Messer sacude la cabeza. Pero no como forma de negar, sino de mostrar su decepción.

—Kai odiaba hacerlo, pero le parecía que no había otra opción.

Acker hace girar el cuchillo en la palma, un hábito en él cuando se sume en sus pensamientos.

—Excusas.

—Se nota que nunca te has ido a la cama con hambre.

El cuchillo se queda congelado en la palma de Acker, igual que su mirada.

—No creo que el hijo del tercero al mando de la guardia de Wren haya pasado hambre de verdad en su vida.

Messer enfrenta la mirada de Acker.

—No conoces a mi padre —contesta desafiante.

Acker no necesita mirar a Beau para saber que está diciendo la verdad. El dolor agudo que se ve en la expresión de Messer es suficientemente elocuente. Su padre no es un buen hombre. Los beneficios que pudo tener gracias al estatus de su padre no compensaron todas las penurias por las que este le hizo pasar.

—¿Has venido para hacer daño a Jovie?

Messer niega con la cabeza.

—No.

—¿Has venido como espía de Kai o su padre?

—No.

—¿Traes intenciones honestas?

—Sí.

Acker mira a Beau y esta asiente. Acker ordena al guardia del casco ir a buscar a un sanador. Luego me mira.

—Es decisión tuya —dice.

—¿El qué?

—Mandarlo a las mazmorras o liberarlo. —Sigue girando la daga entre los dedos, por el envés de la mano y luego de vuelta a la palma. Lo hace tan rápido que no sé si es mera habilidad o magia—. Es tu amigo —añade—. Ha arriesgado su vida por la tuya, aunque no parece tener lealtad a ningún líder. Eso significa que es un riesgo potencial tenerlo cerca. Podríamos mandarlo en un bote de vuelta a Alaha, pero dada su habilidad para transformarse, no habría nada que le impidiera volver.

Aparto la mirada de Acker, que me observa con intensidad, hacia la sonrisa caprichosa de Beau, y luego a Hallis, que permanece allí sin ofrecer ningún tipo de consuelo, con su mirada seca, como debe de ser habitual en él. Todos tienen los ojos fijos en mí.

—¿No podrías...? —Lucho para completar el resto de la pregunta, odiándome por pensarla—. ¿Obligarlo a hacer un juramento de sangre para que se vaya y no regrese?

Se nota un cambio en el ambiente, en cada minúsculo movimiento entre los tres, ante mi sugerencia.

Beau habla primero.

—Los juramentos de sangre son complicados, sobre todo cuando se hacen bajo coacción. La persona que jura debe hacerlo sin prejuicios, de lo contrario quedan lagunas en el acuerdo. No son fáciles de sortear, pero tampoco es imposible.

—Yo podría hacerlo —dice Acker, manteniendo su mirada fija en la mía mientras expresa la verdad sin adornos—. Podría desterrarlo a toda una vida en el mar. O podría hacer que jure su lealtad inquebrantable, para poder dormir tranquilo sin preocuparme de traiciones, pero ¿a qué precio, si lo único que el hombre ha hecho es ser cuestionable?

—Ni siquiera a Wren ni a su gente se los sometió a un juramento de sangre cuando fueron exiliados —apunta Hallis.

Eso explica las palabras de Acker a Fia sobre su aversión a los juramentos de lealtad. Si elijo liberar a Messer, básicamente estoy respondiendo por él, y no sé si puedo hacerlo. La barbilla de Messer descansa contra el pecho, pero sus ojos se encuentran con los míos a través del cabello enmarañado que le cae sobre la frente, dándome el consuelo que puede ofrecerme a través de la mirada. Él sabe en qué situación me pone esto, y yo sé sin duda que a él le parecerá bien lo que yo elija, sea lo que sea.

—No puedo enviarlo a las mazmorras —digo, odiando la vacilación en mi voz.

—¿A pesar de haber admitido que sabía lo que Kai te estaba haciendo? —No hay juicio ni condena en la mirada de Acker, solo un recordatorio suave de la participación de Messer en todo esto.

—Vi lo que su padre le hacía —digo, negándome a encontrar la mirada de mi amigo—. Vi los moratones y nunca hice nada al respecto.

Al ver la determinación de mi mirada, Acker abre el farol que cuelga en lo alto del mástil y coloca la punta afilada del cuchillo dentro. Una hoja oscura de piedra, como la mía. Da unos pasos hasta quedar junto a Messer.

—¿Sabes algo sobre la piedra de hogar?

Messer sacude la cabeza, pero es un gesto débil.

—Se extrae de lo más profundo de la tierra, donde fluyen ríos de fuego líquido. Se usa para crear las únicas armas capaces de dejar cicatrices que nunca sanan. Es la única materia conocida capaz de matar el don de un Heredero, cortando la magia directamente de su ser —dice, sacando la hoja del fuego.

El borde de piedra, que antes era oscuro, ahora tiene un tono blanco perlado antinatural. Coloca la hiriente punta contra el pecho

de Messer, quemándole la piel bajo el cuello. Messer grita, mientras los ojos se le abren por la sorpresa.

Acker tira del pelo sucio de Messer para moverle la cabeza.

—Dime ahora si es aquí donde reside tu magia.

Messer gruñe entre dientes. Grito el nombre de Acker, pero Hallis me detiene con un brazo alrededor de la cintura, apartándome de ellos.

—Última oportunidad —amenaza.

Messer niega con la cabeza, y la saliva le sale disparada de los labios.

—No está ahí.

Acker hunde el cuchillo más hondo, cortando la carne hasta el tejido interno. La sangre brota al retirar la hoja, solo para volver a clavársela, haciendo que el cuerpo de Messer se tense de nuevo antes de quedar inerte cuando, por fin, Acker la extrae.

Reconozco la V, idéntica a la que él lleva sobre la cadera.

—Solo hay cuatro personas, además de mí, que lleven esta marca —explica—. Es célebre entre nuestros enemigos, un trofeo codiciado por los muchos que nos quieren dar caza. Si te atrapan fuera de territorio kenta con esta marca, te torturarán para conseguir información que no tienes antes de dejarte morir lentamente. Y Wren sería el primero en hacer cola para torturarte.

Me suelto del agarre de Hallis.

—Podrías haberle avisado.

Acker limpia la hoja con un paño que coge de la mesa del fondo.

—No tenía opción.

El soldado que regresa se anuncia antes de entrar. Lo sigue de cerca una soldado con el pelo rapado. No se detiene a considerar el ambiente ni las circunstancias que han llevado a su llamada, va directamente hacia Messer. Examina la herida y su estado general

antes de arrodillarse. Le pone una palma en el pecho y la otra en la espalda, y le indica que respire hondo.

El gemido ahogado de Messer se disuelve en un suspiro de alivio. Las oscuras ojeras desaparecen. Vuelve a respirar con normalidad y logra mantenerse erguido. La V sigue ahí, la piel ya cerrada, pero destacando claramente en contraste con el resto de su piel intacta.

Acker le da las gracias por el servicio y le desea buenas noches.

—Desátalo —ordeno.

Con un leve asentimiento de aprobación por parte de Beau, Acker usa el mismo cuchillo con el que lo ha herido para cortarle las ataduras.

Messer se frota las muñecas al incorporarse.

—¿Alguna posibilidad de que me den algo de comer? —pregunta, sonriendo como si no fuera un preso en todos los sentidos, forzado a renunciar a cualquier opción de libertad más allá de las fronteras de Kenta a cambio de su vida. Su estómago ruge, prueba sonora de su hambre.

Hallis sonríe por primera vez desde que lo vio.

—Hay muchos ratones de campo si te apetece convertirte en zorro.

—O en serpiente —añade Beau, animada.

La analogía velada no pasa desapercibida para nadie.

—Te buscaremos un alojamiento mejor y una comida caliente —dice Acker, con una mirada significativa dirigida a Hallis.

Este no está precisamente encantado con la tarea, a juzgar por el casi imperceptible gesto de fastidio, pero se marcha sin protestar.

Messer sigue sonriendo mientras asiente hacia Acker.

—Agradezco tu generosidad.

La actitud de Messer no altera a Acker. Devuelve la oscura hoja de piedra de hogar a su cinturón.

—Sé que pedir confianza entre nosotros ahora es demasiado, pero espero que llegue con el tiempo —dice Acker, con el gesto más serio —. Y, por si sirve de algo, quiero darte las gracias. Nos protegiste en el barco y otra vez al llegar a tierra. No sé si estaríamos vivos sin ti.

Una fina capa del sarcasmo de Messer se desvanece cuando su sonrisa se vuelve más sincera. Es típico de él pasar página con tanta facilidad. Nunca ha sabido guardar rencor. Solo hay una excepción a esa regla: su padre.

Le pongo la mano en el brazo para captar su atención. Su sonrisa irradia calidez, y no puedo evitar pensar en aquellos momentos en los que desapareció por primera vez en el Bosque Oscuro. El mundo estuvo muy cerca de perder a uno de sus mejores seres humanos.

Me envuelve en un cálido abrazo. A pesar de lo inesperado y maravilloso que fue ver a *Blue* encontrar nuestro bote en el océano, agradezco saber que todo el tiempo era él. Aunque eso no es nada en comparación con ver su cara real y su eterna sonrisa.

Con la barbilla apoyada en su hombro, veo el relámpago de enfado en los ojos de Acker antes de que consiga disimularlo. Pero Beau también lo ve. Su mirada se agudiza mientras nos observa, primero a Acker, luego a mí.

Y entonces... se detiene. Se queda inmóvil, mirándonos.

A Acker. A mí. De vuelta a él.

Acker se da cuenta de su repentino interés, la mira y niega con la cabeza. Una advertencia. Ella tarda un momento en recomponer el gesto. Algo me dice que no hay muchas cosas capaces de descolocar a Beau, pero lo que acaba de ver la ha pillado desprevenida.

Capítulo 36

Examino el mapa, recorriendo los territorios de este a oeste, luego bajo la mirada siguiendo la extensión del océano hacia el sur, hasta las islas que salpican la costa. Deslizo la empuñadura de mi daga hasta el punto donde aparece Alaha, una diminuta mancha verde marcada con un árbol de madera.

Acker entra en la tienda con andar pesado. Se desabrocha la correa del pecho y la cuelga del poste.

—Deberías comer —dice, sentándose en la silla frente a la mesa. Empieza a desatarse las botas, pero parece quedarse sin fuerzas antes de terminar, y las deja sueltas mientras se acomoda en el asiento.

Tras encargarse de Messer, se fue a ayudar a sus comandantes a preparar el desplazamiento de los hombres hacia la extensión de frontera que se acaba de abrir. No sé cómo ha aguantado hasta ahora, con el día que hemos tenido. Y solo nos separan unas horas de la madrugada.

—Es tuyo —le digo, acercándole el cuenco con las sobras de gachas y zanahorias.

Él observa la comida fría, pero no hace ningún movimiento.

—Veo que has encontrado tu espada.

Levanto el arma a la luz, inspeccionando la punta.

—Un chico me la trajo. Dijo que la había afilado y pulido según tus órdenes.

El parpadeo de la lámpara lanza un resplandor naranja sobre sus rasgos, dándole, de alguna manera, un aspecto aún más atractivo y peligroso.

—No es un soldado, por si es lo que supones —dice—. Es un escudero. Huérfano, lo más probable. Aunque algunas familias envían a sus hijos a cambio de ayuda. Así se aligera el coste de alimentarlos y los chicos reciben un pequeño salario para enviarlo a casa.

—¿Se unen al ejército cuando cumplen la edad reglamentaria?

—La mayoría. —Con el codo apoyado en el brazo de la silla, se sostiene la sien con un puño cerrado, como si el simple hecho de mantener la cabeza erguida fuera un esfuerzo demasiado grande.

—Quizá sea mejor que esto lo hables con Hallis. Él puede darte una perspectiva más amplia que yo sobre la escudería.

—¿Fue escudero?

—Sí.

Interesante, considerando la forma en que Acker recuerda su primera batalla juntos y lo mal que terminó. Me pregunto dónde lleva Hallis la marca de su victoria.

—¿Cómo es que un niño pobre y un príncipe llegaron a ser amigos? —digo, acercándome mientras rodeo la mesa—. Fue a él a quien seguiste al ejército, ¿no?

Los rasgos de Acker se tensan, sus ojos increíblemente oscuros se clavan en los míos. Se le ve la fatiga en cada músculo del cuerpo.

—Es una historia para otro día, a poder ser después de una buena noche de sueño.

Pero tengo tantas preguntas que necesito respuestas. El estado de Messer, al que dejaron herido para evitar que se transforme. El don

de Beau, una especie de visión. Similar a la de Vad, pero no tan invasiva ni agresiva. La marca que Acker tuvo que soportar, como medida preventiva contra represalias. Ninguna de estas cosas me las explicó. Me llevó a una situación que no entendía y no podía manejar. Parece que esto es habitual en él.

Nota mi insatisfacción y cede.

—Dilo.

Inspecciono la distancia entre el punto donde se marca nuestra posición en el mapa y la espada que señala la capital.

—¿A cuánto estamos del palacio?

Se hace un silencio. Sabe que no era esa mi pregunta, pero lo deja pasar.

—Tres días, si el tiempo acompaña —dice.

Estamos en Kenta. Estamos a salvo. Debería agradecer las pequeñas concesiones.

Miro los camastros a ambos lados de la mesa.

—¿Prefieres alguna? —pregunto mientras me suelto la trenza—. Imagino que la que está más cerca de la puerta.

Dejo de desenredarme las puntas al ver la expresión en su rostro.

—¿Qué?

Sus ojos se suavizan.

—He hecho que preparen un alojamiento para ti —dice.

Tardo un segundo, pero en cuanto lo entiendo, me arde la cara.

—Yo asumí que...

... nos quedaríamos juntos.

Su mirada, con ese aire de disculpa, me confirma lo evidente.

—No sería apropiado —dice.

Mis ojos van hacia la entrada abierta de la tienda y los soldados apostados afuera, en parte para comprobar si alguien ha sido testigo

de mi humillación, en parte porque empiezo a entender por qué quedaron las lonas recogidas al volver.

—Claro —digo mientras vuelvo a pasarme los dedos por el pelo.

Está ocurriendo justo lo que temía. Acker no tiene ningún vínculo conmigo. No sé por qué me sorprende. Supongo que, por un momento, en el bosque..., creí que...

Qué estúpida soy.

El gesto de remordimiento en su cara me dice todo lo que necesito saber: esto que siento no es mutuo.

Deslizo la daga por la parte trasera del cinturón y le evito la mirada al rodear su silla.

—Te dejo descansar.

Me agarra de la muñeca y me sienta en su regazo antes de que me dé tiempo a entender lo que está pasando. Apoyo una mano en el respaldo de la silla para no acabar con todo el cuerpo pegado al suyo.

—Cuando estemos en el palacio —dice, con los ojos fijos en los míos, subiendo la barbilla lo justo para que pueda ver el vaivén de su garganta al tragar—, dormiré donde tú quieras. En el suelo, en la tierra o en tu cama. Estaré donde me necesites.

Aspiro una bocanada de aire, con el corazón desbocado solo de oírle mencionar la posibilidad de compartir cama.

Una oleada de calor me recorre el cuerpo. Una imagen de los dos enredados bajo las mantas se enciende en mi cabeza, en ese rincón donde ya no tengo que reprimir las ganas de estar cerca de él, las que me arrastran desde que desperté. Donde puedo rendirme al deseo creciente de sentir su piel contra la mía sin la culpa turbia que siempre viene detrás.

Los ojos de Acker se abren, las aletas de la nariz se le agitan y aprieta la mandíbula. Lo veo desde su perspectiva mientras me

sujeta por la nuca y acerca mi boca a la suya.

No es un beso real, sino las ganas de uno. Una fantasía en la que me he colado sin querer. Me aparto de golpe, tambaleándome al ponerme en pie.

—Jovie.

Se inclina hacia delante para evitar que me aleje más, pero salgo de su alcance.

—¿Qué ha sido eso? —pregunto, llevándome la mano a los labios.

La cara de Acker refleja el mismo estupor que la mía.

—¿Qué has visto?

Retiro la mano y miro los dedos, como si pudiera encontrar en ellos alguna prueba de un beso fantasma.

—Me besaste, pero...

El corazón se me detiene, la sangre se me queda helada. Me doy la vuelta y agarro una de las dagas del cinturón que Acker colgó. Me llama por mi nombre, pero no le hago caso mientras acerco el metal a la lámpara, buscando mi reflejo en la hoja brillante.

Mis ojos, ya no son del color gris que siempre han tenido, sino de un color complejo, con variaciones de verde y dorado, dependiendo del ángulo en que inclino la daga, dejando que la luz se deslice y se refleje en mi iris.

«... como los colores de las estaciones».

Jadeo y dejo caer la daga.

Él dice mi nombre, su voz profunda demanda mi atención.

—Jovie.

Da un pequeño paso, medido, hacia mí. Cauteloso, como si yo fuera un animal salvaje que huirá al primer signo de peligro...

—Lo has sabido todo este tiempo —le acuso, volviéndome hacia él —. Por eso puedo leer tu mente, pero no la de los demás.

No era una pregunta, pero asiente de todos modos.

—Sí.

El horror me hiela la sangre.

—¿Tú puedes leer la mía también?

No responde, pero su expresión lo dice todo.

—Oh, dioses.

Intento, sin conseguirlo, recordar cada pensamiento que he tenido sobre él durante las semanas que hemos estado juntos.

—No es tan fácil para mí. Ver dentro de tu cabeza —aclara, mirándome a los ojos—. Tu mente es fuerte. Aparte de hace un momento, solo he podido ver dentro de ti cuando estás dibujando.

No puedo detenerme en lo que debe de haber visto hace un momento, sabiendo que contenía una visión de nosotros con nada más que aire entre los dos.

—Creo que... —vacila antes de decidir continuar—. Creo que es cuando tu mente está más libre.

La última vez que dibujé algo fue en Alaha, el día después de haber llorado hasta quedarme dormida. Pasé la mañana en la cama, revisando mis cuadernos, todos mis años documentados en forma de dibujos. Él lo sabía y me lo ocultó.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—No sabía cómo te lo tomarías, considerando lo que pasaste con Kai. Pensé que sería mejor para ti experimentarlo después de tu despertar.

Sacudo la cabeza.

—¿Experimentar qué?

Él me observa con una atención cautivada.

—El vínculo.

Como un rayo de consciencia atravesándome, sé al instante a qué se refiere. La atracción que he sentido desde la mañana en que

desperté en la habitación de Fia. El deseo imparable de estar cerca de él, de tocarlo. Como una cuerda tensada entre nosotros.

Muevo la cabeza. Hay demasiados pensamientos y no hay tiempo suficiente para ordenarlos, no con la presencia de Acker atrayéndome como una polilla a la luz.

—Necesito pensar.

Es una afirmación obvia, pero él lo entiende y retrocede un paso. Se sienta en el brazo de la silla, la decepción le nubla los rasgos antes de que logre ocultarla.

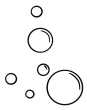
Llama a uno de los guardias de fuera.

—Por favor, escolta a la princesa Jovinnia hasta su alojamiento —ordena al soldado, con tono firme y sereno.

Es cuidadoso y calculado, como si estuviera protegiéndose de mí. No logro diferenciar si es el vínculo el que me revela eso o si es porque he llegado a conocerlo lo suficiente como para ver más allá de la fachada que a veces mantiene.

Mientras sigo al soldado hacia el exterior, Acker me hace un leve asentimiento de cabeza.

—Buenas noches, Jovie.



Capítulo 37



Despierto con el bullicio de mediodía del campamento y con el estómago exigiendo alimento. Le pregunto al soldado que está apostado fuera de mi tienda qué está pasando, pero lo único que recibo a cambio es una mirada impasible.

Mi primer instinto es buscar a Acker. Es un pensamiento que surge antes de que me dé cuenta de que está ahí, el nexo es más prominente que nunca. Me tira desde el pecho. Miro hacia el sur, en la dirección a la que me quiere llevar, y giro en la dirección opuesta. No sé dónde está Messer..., pero sería agradable tener una brújula interna que me condujera hacia él, en lugar de esto.

Recorro el campamento hasta que veo soldados con comida en las manos y sigo el rastro hasta una cocina al aire libre. Hay una fila, pero me siento reacia a unirme. Miradas no deseadas y espaldas vueltas me dan la bienvenida, pero he pasado gran parte de mi vida aislada en los rincones más recónditos de Alaha. Me han criticado a mis espaldas y se han reído de mí por ser de fuera, y no voy a dejar que la historia se repita. Además, tengo hambre.

Me pongo a la cola, a pesar de las miradas airadas. La fila es larga, pero parece moverse rápidamente. El soldado que está delante de mí mira por encima del hombro como si estuviera ofendido. Estoy decidida a no dejar que me afecte, así que le sonrío, solo para que él se dé la vuelta sin devolverme el gesto.

Maleducado.

—Es todo un espectáculo —dice Beau, acercándose a mí.

Si los hombres detrás de mí tienen algún problema con que ella se cuele, no lo dicen.

—¿El qué?

Ella sonríe, pero sus ojos nunca dejan de moverse, captando todo mientras observa el vaivén del campamento.

—Verlos nerviosos por alguien que no soy yo, por una vez.

—Creo que confundes nervios con mero desprecio.

Ella se ríe, y el soldado delante de nosotras mira de nuevo, esta vez encontrándose con la sonrisa deslumbrante de Beau en lugar de la mía. Lo deja atónito, los ojos se le abren de par en par mientras el rubor le tiñe las mejillas, y se apresura a girarse de nuevo.

—Créeme cuando te digo que van de farol.

Avanzamos en la fila.

—¿Y cómo eres capaz de discernir esas cosas? —le pregunto, de forma casual.

—Veo auras —dice ella—. Como... colores.

Hace un gesto en el aire, provocando que los aros metálicos sobre sus hombros tintineen.

—A veces son colores, otras veces son vibraciones. No hay ningún registro de alguien con este don antes, así que no tiene nombre. Solo lo llamo aura porque es lo más fácil de entender para los demás.

Asiento como si tuviera sentido para mí, pero no lo tiene. No quiero ahuyentarla.

Es nuestro turno de recibir comida, y me sorprende gratamente encontrar que es cerdo desmenuzado con una galleta de miel. Hay un dispensador de agua cerca y Beau llena su odre con el agua del

barril. Me ofrece compartirla. Encontramos un tronco volcado para sentarnos a comer, ligeramente alejadas del centro del campamento.

A pesar de mi hambre, no puedo comer más de la mitad de la ración antes de dejarla.

Beau me da un empujoncito con el hombro.

—Pregúntame lo que quieras —dice, percibiendo mi inquietud. O viéndola, supongo.

Presenta una imagen convincente de libro abierto. O bien lo hace porque siente que debe serlo, considerando lo que es capaz de percibir en quienes la rodean, o porque simplemente no percibe los límites del mismo modo que el resto.

—Anoche... —empiezo, sin estar segura de si quiero saber la respuesta—. Viste algo entre Acker y yo...

Hay curiosidad en la forma en que ladea la cabeza para mirarme.

—La mayoría de las interacciones humanas que veo son inofensivas. No hay mucha superposición entre amistades, conocidos o, no sé, alguien con quien te cruzas por casualidad. Pero si hay una emoción fuerte emanando de una o de ambas personas, puede que le haga brillar el aura.

—¿Estás diciendo que viste el aura de Acker... brillar?

—Más que eso —dice con un destello en los ojos—. La vi fundirse con la tuya.

Su descripción lo hace parecer muy invasivo.

—El aura de Acker siempre ha tenido una carácter contenido. Tiene colores muy definidos, casi sin manchas ni fluctuaciones, pero siempre han estado atenuados, como si se vieran a través de un cristal esmerilado —explica—. Hasta anoche, cuando vi la conexión entre vosotros dos. Definitivamente, estáis destinados.

—No sé qué significa nada de eso.

—¿Qué es lo que te incomoda del vínculo?

—¿La verdad? Estoy harta de no poder decidir nada sobre mi propia vida.

Siento una especie de alivio al decirlo por fin en voz alta, al hablarle a alguien de esta amargura que me ha ido carcomiendo con el tiempo.

—Pero sí que puedes decidir —dice, sonriéndome como si yo fuera algo boba—. Un vínculo de unión es solo eso, un vínculo. No te obliga a nada. —Hace un movimiento disuasorio con la mano—. Finge que no existe el vínculo, si te es más cómodo.

—¿No revelan... los colores... o lo que sea... todas las verdades o algo así?

—No funciona así porque los humanos no funcionamos así. —Me está frustrando la falta de respuestas claras—. Puedo asegurarte que Acker siente un gran afecto por ti, si es lo que quieres oír —dice ella sin muchas ganas, encogiéndose de hombros—. También puedo decirte que te adora y está orgulloso de que seas su vínculo, pero eso no resuelve tu verdadera preocupación, ¿verdad?

No puedo discernir si está siendo sincera o no. Aunque la mayor parte de mí desearía que esas palabras fueran verdad, no apaciguan la ansiedad que me roe las entrañas.

—¿Qué ves cuando me miras?

Su sonrisa es una mezcla de empatía y lástima.

—Te haría un flaco favor diciéndotelo.

De alguna manera, no me sorprende su negativa a responder.

—Las emociones humanas son volubles, Jo. Las tuyas, las mías, las de Acker. No son más que una ola en el océano. Lo que realmente importa es lo que decidas hacer con ellas. —Tan rápido como lanza esas palabras de sabiduría, señala mi desayuno a medio terminar y pregunta—: ¿Vas a comerte eso?

Dejo escapar un suspiro de risa y niego con la cabeza.

—Todo tuyo.

Nos sentamos a observar a los hombres mientras se pasean. Ella dice que me tienen miedo, pero se les nota incómodos cuando ven a Beau. Mucho más que cuando Acker atraviesa el campamento.

Dos soldados, más valientes que los demás, nos echan miradas furtivas mientras pasan. Es una atención diferente, pero no menos amenazante, sobre todo cuando estallan en carcajadas una vez que estamos fuera de su alcance.

—¿A qué ha venido eso? —le pregunto.

Se me acerca, confidencial.

—Cuando se trata de hombres, Jo, lo mejor es asumir lo peor.

Bueno, eso no es un gran consuelo.

Las voces alzadas empiezan a imponerse sobre el murmullo habitual de los hombres como una ola gigante que atraviesa el campamento, creciendo en volumen hasta estallar en un estruendo entre los soldados. Algunos se lanzan a por su armadura y sus armas, mientras otros lo dejan todo atrás y simplemente echan a correr.

Al sur. Corren hacia el sur.

Sin decir nada, Beau y yo salimos disparadas. Yo llevo la daga lista al costado. Beau va dos pasos por delante, con la cuerda metálica enrollándose en su mano mientras se desliza entre las tiendas. Es rápida, tan rápida que me cuesta seguirle el ritmo. Estoy en baja forma después de las semanas en el mar, sin contar el desgaste de mi despertar y lo que pasó en el Bosque Oscuro. Llego al lugar del alboroto jadeando.

Beau se abre paso entre la fila de personas que se agrupan en los límites del campamento.

La ladera desciende, ofreciendo una vista amplia de la frontera. No hay marcas claras que indiquen dónde termina una tierra y

comienza la otra, como en los mapas, pero hay dos hombres a caballo que se dan la vuelta, alejándose de Kenta y regresando hacia Roison, mientras bajan su bandera blanca al retirarse. Acker los observa irse.

Cuando sube de nuevo por la ladera hacia el grupo de soldados que lo espera, el viento le azota el pelo y la ropa, y no hace más que resaltar la fuerza de su figura. Como si pudiera sentir mi mirada, levanta la cabeza de golpe y sus ojos se clavan en los míos.

Acker es mi vínculo.

La contundencia de esa frase me provoca un fogonazo en el pecho. No sé qué sentimiento predomina, si el miedo o la emoción. Ambas libran batalla dentro de mí.

Habla con Rango, Hallis y un par de hombres que no reconozco antes de disolver el grupo de soldados. No logro distinguir si el sentir general entre los que se marchan es de alivio o de decepción. Veo algunas caras largas.

La mirada de Acker se posa en mí mientras se acerca.

—Era Jorgen, el padre de Sven —dice—. Cuando Sven no volvió a casa desde la taberna el día que nosotros nos fuimos, sospechó que había oído hablar de la recompensa que ofrecían por nosotros y vino detrás.

—¿Se lo... contaste?

Asiente, con pesar.

—Está dolido, como es lógico. Le he prometido que les entregaremos los restos.

—Es un gran riesgo enviar a un hombre a Roison solo para consolar a un padre afligido —comenta Beau.

—Tengo una deuda con su esposa por salvar a Jovie —explica él —. Es lo mínimo que puedo hacer.

Beau niega con la cabeza, mirando hacia la frontera.

—Te dejo decidir a qué hombre estás condenando a muerte.

—De todos modos, tengo que enviar un equipo de reconocimiento, así que viene a ser lo mismo —dice Acker, pasándose una mano por la mandíbula—. Jorgen me advirtió sobre un rumor que está corriendo. La gente cree que nosotros, Kenta, hemos destruido el Bosque Oscuro para tener acceso libre a su frontera.

—Has estado desplegando hombres abiertamente a lo largo de ella —dice Beau—. ¿Qué otra cosa iban a pensar?

—No hay otra forma de hacerlo —interviene Hallis—. Si no movemos a nuestros hombres, quedamos vulnerables.

A Beau no parece convencerle ese argumento.

—Es solo cuestión de tiempo que Chryse envíe a sus propias tropas hacia aquí —continúa Hallis, mirando a Beau—. La cantidad de hombres que mande determinará si debemos permanecer pasivos o adoptar una defensa activa.

La voz de Messer irrumpe a mi espalda.

—Iré yo.

Me giro y me lo encuentro con mejor aspecto que nunca. El pelo y la piel le brillan con un resplandor que realza su atractivo. La visión me deja sin aliento por un momento. Si a las chicas de Alaha ya les parecía guapo antes, ahora que ha pisado tierra firme se morirían por verlo.

Cuando vuelvo a mirar a Acker, no está mirando a Messer. Me está mirando a mí, pero aparta la vista en cuanto se da cuenta de que lo he pillado. Si le sorprende la oferta de Messer, no lo demuestra.

—¿Estás seguro? —pregunta Hallis—. Roison está plagado de desertores y cazarrecompensas, además de tener un ejército siempre alerta.

—Soy consciente del peligro —responde Messer, con una sonrisa burlona—. Considéralo un paso hacia esa confianza que Acker tiene tanto empeño en forjar.

Acker asiente.

—Eres mejor que cualquiera que podamos enviar, a la hora de moverte sin que te detecten. ¿Podrías estar listo al anochecer?

Unas manos se posan en mis hombros, y reprimo el impulso automático de apartarme. Messer me da un apretón amistoso, y me doy cuenta de que está provocando a Acker, tanteando su reacción.

Otro apretón.

—Estoy a tu disposición —dice Messer.

Acker no es tonto. Sabe que Messer está jugando con él. Levanta la vista de los dedos que tamborilean sobre mis hombros, con una expresión más dura.

—Estupendo. Puedes empezar recuperando el cadáver.

Todas las miradas se giran hacia los restos de esqueletos del Bosque Oscuro a lo lejos y la nube de carroñeros que gira sobre ellos.

—Si te das prisa, quizá llegues antes que los gusanos —suelta con sarcasmo. La sonrisa de Hallis refleja la de su amigo—. Aunque el olor sí que estará esperándote.

Messer, imperturbable, me da otro pequeño apretón antes de soltarme.

—Hazme un favor, ¿quieres? —dice, con los ojos rebosantes de alegría.

—Sí. Claro —digo, despacio.

Se quita la camisa y me la tiende.

—¿Me sostienes esto? No quiero que el olor a carne podrida me la impregne antes de partir en misión suicida.

Antes de que pueda responderle, ya se ha desabrochado los pantalones y se los baja de un tirón. Aparto la vista, con la cara ardiendo de vergüenza. Noto, más que veo, cómo coloca los pantalones sobre la camisa que sostengo en la mano abierta.

Procuro no mirarle más abajo del pecho mientras lo fulmino con la mirada.

—No tiene gracia.

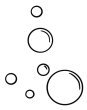
Ni que se desnude así, ni la broma sobre su posible muerte.

—Al contrario —dice Beau, sonriendo de oreja a oreja—. A mí me hace muchísima.

Él se regodea en el cumplido, me lanza un guiño y, un segundo después, le brotan alas mientras se transforma en *Blue*. Todo ocurre en un parpadeo. Sale disparado hacia el cielo, dejando tras de sí una lluvia de plumas negras.

Un soldado cercano suelta un grito de espanto, no entiendo lo que dice, pero está claro que se ha horrorizado al ver al eyeun, y no puedo evitar sonreír ante lo ridículamente asustados que están de tantas cosas, aunque se suponga que son grandes guerreros temibles.

Beau y yo compartimos una sonrisa cómplice.



Capítulo 38



Cualquier atisbo de nervios se disipa en cuanto veo la sonrisa relajada de Acker. Acaricia el cuello de la yegua cuyas riendas sostiene, y me mira con ojos brillantes mientras me acerco.

Hoy tiene una serenidad que me recuerda a cuando estábamos en el barco. Todo era más sencillo cuando solo estábamos los dos. Aun así, la desconfianza persiste en mí por sentir constantemente que me dejan al margen de todo.

—¿Dónde están los otros caballos? —pregunta Beau, mirando los dos que tenemos delante.

Acker me ofrece la mano para ayudarme a montar.

—El batallón necesita toda la fuerza posible para desmontar el campamento.

Ella lo mira entornando los ojos.

—Entonces voy con Jo.

Pero él ya se está subiendo detrás de mí, sobre la manta.

—Hallis y yo no cabemos juntos. Es lo que hay, Beau —dice—. Yo no pongo las normas.

Ella aprieta los dientes y casi se abalanza hacia Hallis, que sonríe como el mismísimo diablo.

—Sí que las pones —espeta, apartando de un manotazo la mano que él le tiende para ayudarla a subir—. Tienes soberanía monárquica. Literalmente, tú haces las normas.

Conozco bien esa frustración. Yo también me he sentido así al recibir órdenes de hijos criados bajo el poder de sus padres soberanos.

Una vez que ella se ha acomodado en el caballo, Hallis se inclina hacia delante, casi rozándole el oído.

—Tranquila, que no muerdo —le dice.

—¿Ah, no? —responde ella, erizándose mientras le clava el codo en las costillas—. Pues puede que yo sí.

La sonrisa de él se convierte en una mueca mientras se frota el costado con la mano.

—Van a ser tres días muy largos.

Me atrevo a mirar a Acker por encima del hombro, y sus ojos se encuentran con los míos. La rabia que he estado acumulando se atenúa al verle tan cerca. Desde el arco de sus cejas hasta los labios llenos, me quedo embobada con su belleza. Lo detesto. Sobre todo su olor, a aire limpio y bosque, con un toque de algo dulce.

—¿Estás lista? —dice, recorriéndome con la mirada para evaluarme. ¿Lo estoy? Es difícil ver más allá del hecho de que pasaré los próximos tres días en este caballo con él, pero cuando me concentro, una emoción vibrante me recorre. La esperanza de que lo que venga sea mejor que lo que dejamos atrás.

—Creo que sí.

Él sonríe, dejando ver los dientes.

—Bien. Toda princesa debería saber montar a caballo como es debido.

Me toma la mano y coloca las riendas en ella, apretándome con ligereza la muñeca antes de soltarla. Un pequeño acto de aliento, pero sensual, con el roce lento de sus dedos sobre mi piel.

O quizá todo está en mi cabeza.

—Enséñame lo que has aprendido —dice.

Niego con la cabeza.

—No puedo.

—Prestaste atención cuando salimos de casa de la curandera —dice—. Cada vez que yo tensaba o tiraba de las riendas, tú te fijabas. Te vi. Puedes hacerlo.

Miro las correas de cuero en las manos, sin saber muy bien qué hacer.

—Solo te miraba las manos —digo, y la verdad se me escapa antes de darme cuenta.

Se inclina hacia un lado para poder mirarme mejor la cara.

—¿Que tú qué?

No puedo evitar ponerme colorada, y me encojo de hombros.

—Tienes unas manos bonitas.

Su sonrisa se ensancha hasta volverse descarada, y yo pongo los ojos en blanco, sabiendo que acabo de darle cuerda para rato.

Beau murmura por lo bajo, pero el viento arrastra sus palabras.

—Va a ser un viaje muy, pero que muy largo.

Acker tiene la cortesía de dejarlo estar —por ahora— y me da instrucciones básicas sobre cómo manejar un caballo: cuándo tensar las riendas, cuándo aflojarlas y cómo guiarlas sobre el cuello.

El campamento, ahora, es la cuarta parte de lo que era cuando llegamos, apenas unas pocas tiendas agrupadas en un terreno amplio de tierra aplanada y embarrada. Acker levanta una mano en señal de despedida hacia los soldados que quedan. Descendemos la colina y subimos a la siguiente cima, donde Acker me indica que tire de las riendas hacia abajo para detenernos.

Hallis deja escapar un silbido.

Abajo, los árboles sin hojas y blancos como huesos se extienden hasta donde alcanza la vista. El suelo del bosque, al descubierto, parece nieve, un manto de ceniza brillante. Como una marca de

nacimiento pálida desfigurando la tierra, en claro contraste con los colores intensos y oscuros de los bosques y la hierba que lo rodean. Un bosque que antes era oscuro, ahora es claro.

—Tú hiciste eso —dice Acker en voz baja, como si hablara consigo mismo.

La magnitud de lo que veo me golpea como un puñetazo. Me hundo un poco más en la silla, apoyo mi peso contra el pecho de Acker mientras intento asimilar el poder que llevo días sintiendo en las yemas de los dedos.

Sin decir una palabra más, partimos en dirección contraria. Con el enemigo a nuestras espaldas, arrancamos al galope, cruzando la pradera a una velocidad que no habríamos podido alcanzar en el valle boscoso de Roison. Acker mantiene mis manos entre las suyas al tiempo que me ayuda a guiar al caballo. Mientras nos alejamos de la frontera, me recuerdo que Messer se reunirá con nosotros en el palacio dentro de quince días, que sobrevivirá.

Mantenemos el ritmo veloz durante buena parte del día, hasta que el terreno cambia y nos obliga a aminorar la marcha; descendemos de la pradera a un desfiladero rocoso sembrado de peñascos. Se forma un efecto embudo y Beau y Hallis se ven obligados a cabalgar detrás de nosotros. El caballo hace la mayor parte del trabajo por sí solo, pero las manos de Acker siguen firmes sobre las mías mientras sujeto las riendas, con las piernas tensas al avanzar por terreno desigual. Los árboles cubren esta grieta en la tierra, proyectan sombras sobre nosotros. Es un respiro agradable del calor.

La voz de Beau se distorsiona al rebotar contra la pared serpenteante del acantilado, seguida por el tono más grave de Hallis.

—¿Sobre qué crees que discuten? —dice Acker, la voz ronca tras tantas horas de silencio.

—Sobre todo.

Él se ríe con suavidad.

—Llevan así desde que eran niños. Probablemente debería sentirme peor por emparejarlos.

—Entonces, ¿por qué lo hiciste?

—Placer sádico —responde, sin una pizca de arrepentimiento—. No, en serio, solo quería tenerte conmigo.

No sé cómo responder a su confesión, así que no lo hago, pero registro la punzada que provocan sus palabras.

—A la izquierda —me indica, mostrándome cómo colocar las riendas para desviar al caballo hacia la izquierda de una rama caída.

La voz de Beau se alza por encima del golpeteo de los cascos contra las piedras: un insulto cortante que pone fin a su discusión y marca el inicio de un silencio rotundo.

—Está bien, me siento un poco terrible —dice él.

Me echo a reír.

—No es cierto.

Guarda silencio unos segundos.

—Ya no estás enfadada conmigo. —Suena más bien como una pregunta.

Dejo escapar un suspiro.

—No lo sé.

No me siento enfadada hasta que lo pienso. Entonces arde en mí el hecho de que me haya ocultado la verdad, pero entiendo su razonamiento. Intento imaginarme cómo habría reaccionado si me hubiera revelado nuestro vínculo en diferentes momentos de nuestra... situación... y no consigo encontrar uno en el que mi reacción hubiera sido distinta. De hecho, estoy bastante segura de que habría sido peor.

Lo mejor que puedo hacer es obtener más información.

—¿Cuándo lo supiste? —pregunto.

—Honestamente, creo que lo supe cuando éramos niños —dice, sorprendiéndome—. Siempre tenías esas grandes emociones cuando eras pequeña y... —Se detiene para ordenar sus pensamientos, para encontrar la forma de describirlas. Deja las riendas y yo me giro lo suficiente como para verlo colocar la palma sobre su pecho—. Juro que podía sentirlas —dice, con la mirada iluminada por el recuerdo.

Su descripción me entristece. Por la niña de la que habla, una niña que no conozco, y por el niño que pensó que había perdido a su compañera. No vuelve a tomar las riendas, deja su mano descansar donde nuestras piernas se tocan.

—Pero lo supe con certeza cuando puse tu mano en la pared de piedra. Sentí tu magia y supe que coincidía con la mía. Cualquier duda que quedaba desapareció cuando comencé a ver dentro de tu mente, cuando dibujabas en tu hamaca en el barco de vuelta a Alaha.

Dibujé muchas veces lo mismo durante el viaje de regreso desde el Mercado: la hoja. Una y otra vez. Hasta que llegué de vuelta, y mi obsesión pasó del objeto inanimado a él.

—Me viste dibujando el recuerdo que tenía de ti del Mercado —digo.

—Parecía que te costaba conseguir que me quedaran bien los labios —dice, burlón.

Pongo los ojos en blanco para disimular la leve vergüenza.

—¿Puedes controlar las visiones?

—No. He intentado entrar cuando no estás dibujando, pero no hay manera —responde—. ¿Y tú?

—Puedo salir, pero no tengo mucho control sobre el momento en que me arrastra.

Dudo cuánto contarle, pero supongo que ya es hora de poner todas las cartas sobre la mesa.

—Creo que el contacto físico intensifica la conexión.

Él respira hondo.

—El vínculo de unión está envuelto en misterio, porque es poco común. A lo largo de los siglos, las líneas de sangre entre Herederos se han diluido. Mientras la magia se ha hecho más común entre los plebeyos, su expansión ha debilitado su potencia, reduciendo la probabilidad de que se formen vínculos. Hay muy pocos que lo tengan, y esos lo guardan bajo llave. El vínculo otorga ciertas ventajas que nadie querría revelar a sus enemigos. Pero hay alguien en la capital que podría darnos respuestas. Por un precio, claro.

—En Alaha lo hacían parecer una elección, como un pacto matrimonial.

—Se cuentan historias de que antes los vínculos eran comunes, pero nunca fueron elegidos. Eso es algo que Wren manipuló para controlar aún más a su pueblo y asegurar que las líneas de sangre adecuadas perduraran.

Rozamos un muro de piedra deforme que sobresale de la ladera, y nos agachamos para pasar bajo una repisa baja. El paso es estrecho. Nuestras piernas soportan la presión del tramo más angosto antes de que salgamos al otro lado.

Entonces se me corta la respiración ante la vista que se extiende ante nosotros. Estamos en un valle poco profundo cubierto de flores moradas, con tallos lo bastante altos como para rozarnos las pantorrillas, incluso montados a caballo. La fragancia que llevaba rato percibiendo en la brisa se intensifica de golpe.

—¿Podemos...?

Antes de que termine de preguntar, Acker ya ha desmontado, cayendo de pie con un solo movimiento fluido. Yo le sigo, algo menos ágil.

Avanzo con cuidado entre las flores, paso los dedos por los pétalos y me deleito con su textura sedosa. Desde el suelo, las más altas me llegan a la cintura. Abejas y otros insectos van y vienen, zumban sin preocuparse por la intrusa gigante que ha entrado en su mundo.

A medida que me adentro en el valle, este se abre por un lado y deja al descubierto un paisaje de colinas verdes que se convierten en montañas a lo lejos, con las cimas nevadas alzándose hacia el cielo. El mundo es más inmenso de lo que jamás habría imaginado. Me deja sin aliento. Siento cómo la humedad se me acumula en las pestañas mientras intento abarcarlo todo.

El crujido de la hierba me obliga a girarme, Acker se acerca. Lleva un hatillo de comida en una mano y una cantimplora en la otra.

—He pensado que podríamos comer mientras descansamos —dice.

Por encima de su hombro, veo a Beau y Hallis cruzando el paso rocoso, ambos con cara de fastidio. Acker también los ve y tira de mí para arrastrarme al suelo con él, mientras se lleva un dedo a los labios. Ocultos entre las flores, oímos cómo discuten sobre quién montará detrás el resto del trayecto. Beau pregunta dónde estamos, pero Hallis no contesta. Luego, cuando le pide un poco de su almuerzo, Beau le dice que se coma una mierda.

Acker y yo soltamos una risita. Él se recuesta de lado, apoyado sobre un codo, y me pasa la comida envuelta en papel encerado. Me siento con las piernas recogidas y desenvuelvo el...

Doy un gritito al ver los frutos rojos cortados y el queso.

—Hace años que no como fresas —digo, tomando una rodaja. La acidez de la fruta me inunda el paladar, y como un trocito de queso para equilibrarla—. ¿De dónde has sacado esto?

Acker coge una fresa, se la mete en la boca y mastica.

—Se la cambié a un soldado. Su madre es elemental de tierra y le manda los mejores lotes de provisiones.

—Qué suerte tiene.

—Qué suerte tenemos —dice, cogiendo más.

Disfrutamos de la comida compartida y nos turnamos con el agua. Mis ojos van hacia las montañas a lo lejos. Me impresiona lo fácil que es notar la diferencia de temperatura entre allí y aquí, solo con mirarlas.

—Nunca he tocado la nieve.

Él sigue la dirección de mi mirada.

—Sí la tocaste, de niña. Maile está justo al otro lado de esas montañas.

Parece tan lejos, y a la vez tan cerca. Cierro el odre y, al alzar la vista, me encuentro con que Acker me está mirando. Sus ojos, como metal fundido, no se apartan de mí. Es una mirada deliberada, sostenida.

—¿Volverás a ponerte el aro de la nariz? —pregunto para romper la intensidad.

No sé si he sido maleducada, pero él no parece sorprendido ni molesto por la pregunta.

—¿Tú crees que debería?

Me encojo de hombros, fingiendo indiferencia.

Él sonríe, aunque la sonrisa no le llega a los ojos.

—Tal vez lo haga.

Sé que no deberíamos perder la luz del día, pero me tumbo a su lado. Él extiende el brazo sin decir nada, para que lo use como almohada. Me giro de lado para poder mirarlo. Él hace lo mismo, imitando mi postura. Mi mejilla reposa sobre su antebrazo; su otro brazo me rodea la cintura. Así dormíamos en el barco, pero en tierra firme es distinto, más íntimo. Tal vez sea por el vínculo de unión.

O tal vez porque hay espacio de sobra a nuestro alrededor, y ya no hay necesidad de estar tan pegados. Pero aun así... aquí estamos.

Toco el lugar donde la V se esconde bajo su camisa.

—¿Tú, Hallis y tres más?

Hay algo en su mirada que no consigo descifrar, una calidez que contradice por completo el rumbo de la conversación.

—Sabes contar —dice, pellizcándome el costado con aire burlón.

Consigo apartarle la mano de las costillas, pero en lugar de seguir con el juego, entrelaza los dedos con los míos, justo entre los dos. Seguramente era su plan desde el principio.

Guardamos silencio, dejamos que el zumbido de las abejas y el vaivén de las flores creen una especie de burbuja a nuestro alrededor. Aún hay muchas cosas que no hemos dicho, pero ahora no parecen importantes. No recuerdo la última vez que me sentí tan en paz. Una vocecita trata de colarse entre la bruma, recordándome todo lo que él me ha ocultado, pero la hago callar.

No me doy cuenta de que me he quedado dormida hasta que noto los dedos de Acker deslizándoseme entre el pelo.

—No me jodas. Levantaos —ladra Hallis, con una expresión tan cargada de frustración que por un momento estoy convencida de que jamás ha sentido alegría en su vida... Nunca.

—Por los dioses —gruñe Acker, entrecerrando los ojos hacia su amigo con la voz aún somnolienta—. Medio día compartiendo un caballo y ya estás perdiendo los nervios.

—Si no estuvierais tan ocupados echando la siesta, os habríais dado cuenta del cambio de tiempo.

Como si nos estuviera escuchando, el cielo se abre sobre nosotros. La lluvia cae con fuerza, a pesar de que el sol sigue brillando tras unas nubes blancas cercanas, y echamos a correr en busca de

refugio, en dirección a los árboles del fondo del valle. Hallis se desvía en dirección contraria para ayudar a Beau con los caballos.

Es un intento inútil de no empaparnos, algo evidente en las briznas de hierba y los pétalos sueltos que se le pegan a Acker en el pelo y la piel, en la camisa que se le pega al torso. Alarga la mano y me quita una hoja enredada en mi trenza, mostrándomela antes de dejarla caer entre los dos. Pero yo solo puedo mirarlo a él. El agua le cae por el pelo y no puedo evitar pensar en el sabor de sus labios mojados mientras se los humedece con la lengua.

Da un paso más hacia mí, obligándome a levantar la cabeza para mirarlo.

—Jovie... —susurra, rozándome la mejilla con la yema de los dedos.

Pero el galope de los caballos nos separa cuando Hallis y Beau se acercan, todavía más empapados que nosotros. Y enfadados. Ambos.

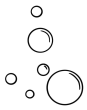
—No parece que vaya a parar pronto —dice Acker, con los ojos aún fijos en mí antes de volverse hacia ellos—. Será mejor montar el campamento aquí y salir temprano mañana.

A Hallis no le hace ninguna gracia el cambio de planes, pero es lo bastante listo como para no quejarse, no después de la pulla de Acker sobre estar perdiendo los nervios.

Beau desmonta y se escurre el pelo con las manos.

—De todas formas, a Hallis le hacía falta una ducha.

Y casi puedo oír cómo rechinan de rabia los dientes de Hallis.



Capítulo 39



—Una cosa es tomar el camino más largo —dice Hallis, volviéndose hacia Acker—, pero ¿acampar por un poco de lluvia?

Están bajo el toldo que tendimos entre los árboles. La lluvia sigue golpeando con fuerza sobre la lona, amortiguando el rumor del pequeño fuego, cuya luz anaranjada baña el espacio. Acker está sentado con la espalda apoyada en un árbol y el antebrazo apoyado en la rodilla mientras juguetea con una daga. Mi daga, me doy cuenta; la piedra negra no refleja el fuego. Instintivamente, llevo la mano a la cintura, y entonces recuerdo que la había guardado bajo la manta.

Miro hacia el refugio que Beau y yo reclamamos para nosotras y veo dos figuras dormidas una frente a la otra. Beau a la derecha, yo a la izquierda. Veo mi pecho subir y bajar con un ritmo constante.

—Su mundo se ha puesto patas arriba —dice Acker, devolviendo mi atención a su conversación con Hallis. Levanta la vista hacia él, y yo hago lo posible por quedarme en la sombra, fuera del círculo de luz del fuego—. No le vendría mal un periodo de adaptación.

Debo de estar soñando. Es la única explicación para estar en dos sitios a la vez.

—Estás perdiendo un tiempo que no tenemos —responde Hallis.

—La guerra seguirá estando ahí —dice Acker—. Una semana no va a cambiar nada.

Aunque Hallis está de espaldas a mí, noto su frustración en la manera de moverse.

—Venga ya, Ace. Habla claro —dice, extendiendo una mano—. ¿Qué estás haciendo?

Acker le sostiene la mirada durante un largo instante.

—Vivía en una cabaña, Hallis. La apartaron del resto, la aislaron para que solo pudiera confiar en el hijo de Wren. Como su único apoyo. Como su amante. —Una expresión de asco mal disimulado le cruza la cara—. La han protegido y manipulado para que crea que no vale nada. La corte la va a destrozar antes de que cruce la puerta del palacio.

—No me vengas con historias —salta Hallis—. Ha dejado claro que sabe defenderse sola.

—Tú mejor que nadie sabes cómo funciona la corte.

—Lo sé —reconoce Hallis—. Y o se espabila o... —se detiene, como si acabara de darse cuenta de algo—. Tienes miedo de que decida volver a Maile con su madre.

Acker no dice nada. El silencio lo confirma todo.

—¿Y crees que si se enamora de ti, se quedará?

Acker lo mira con una calma que haría temblar a cualquiera.

—Aunque te cueste creerlo con esa cabeza de chorlito, no lo sabes todo.

—Sé lo que vi —responde Hallis—. Ibas a besarla. Tenías esa cara de tonto enamorado.

La daga que tenía Acker en la mano ahora está clavada en el árbol, pegada al cuello de Hallis.

La mirada de Acker asusta.

—Cierra esa bocaza.

—Has fallado —dice Hallis, imperturbable ante su enfado.

—¿Y si resulta que de verdad me importa? —añade Acker, con más calma.

Hallis se sienta sobre su petate frente a él.

—Sé que sí —dice—. Pero también creo que la culpa que has cargado durante años, al asumir que estaba muerta, tiene que ver con la responsabilidad que su madre puso sobre tus hombros. Y, junto con el vínculo de unión, eso ha complicado las cosas.

Acker vuelve a meter la daga entre sus dedos y la hace girar.

—Te equivocas.

Se quedan mirándose largo rato antes de que Hallis ceda.

—Está bien —concede, mientras se acomoda para dormir, recostándose con el brazo sobre los ojos—. Si insistes. Pero ¿me dejas darte un consejo?

Acker levanta una ceja, la viva imagen del desinterés.

—Deberías decírselo antes de llegar al palacio. En la corte no se pueden guardar secretos, y no me imagino cómo se tomará tu compromiso con la princesa de Strou.

¿Su qué...?

Doy un paso atrás, y no sé cómo, pero Acker percibe el movimiento por el rabillo del ojo, volviendo la cabeza hacia mí. Nuestros ojos se encuentran.

—¿Qué pasa? —dice Hallis, ya había alcanzado la espada al pie de su manta.

Acker se mueve, y doy un paso hacia mi cuerpo dormido.

Entonces respiro entrecortadamente al sentarme, con la cabeza mareada al despertar, despertando también a Beau en el proceso.

—¿Todo bien? —dice—. Pareces mareada.

Mis ojos se dirigen rápido hacia el fuego, hacia la cabaña de Hallis y Acker, y los encuentro justo donde los vi hace solo un momento, cuando estaba al otro lado del fuego. Entonces Acker se pone de

pie, con el rostro dividido entre la sorpresa y la determinación, y viene hacia mí bajo la lluvia. Me apresuro a levantarme.

—¿Cuándo ibas a hablarme sobre ese truco tan útil? —suelta, y me sorprende el veneno en su voz.

Me pongo a la defensiva al instante.

—Probablemente cuando tú fueras a decirme que estás prometido —replico.

—Uy. —Beau agarra su cuerda metálica—. Yo... mejor me voy para allá —dice, escabulléndose.

Ninguno de los dos le presta atención.

—Dime la verdad, Jovinnia.

Eso es quizá lo que más me duele: que haya usado mi nombre completo.

—¿Y por qué debería? Está claro que tú tampoco has sido precisamente sincero conmigo —respondo.

—¿Estás colaborando con Wren?

Su pregunta me deja tan descolocada que me quedo en silencio, con la boca abierta como un pez, incapaz de asimilar su conclusión.

Cuando por fin consigo decir algo, mi voz ya no tiene el fuego de antes.

—¿De qué estás hablando?

Al notar mi desconcierto, Acker exhala con fuerza, los orificios de la nariz se le ensanchan, y en sus ojos se disuelve parte, pero solo parte, de la dureza.

—Has pasado la mayor parte de tu vida en Alaha. Tiempo de sobra para que Wren te lavara el cerebro y te colocara en el Mercado como cebo, sabiendo que yo estaría allí, como cada año, y sabiendo que iría a rescatarte si alguna vez te veía. Podrías haber estado todo este tiempo tomándome el pelo, perfectamente.

Niego con la cabeza y levanto las manos, vencida.

—No te estoy engañando, Acker. Estoy segura de que Beau puede dar fe de que digo la verdad. Para eso está aquí, ¿no?

Al menos tiene la decencia de parecer confundido mientras su rabia se disipa.

—Entonces, ¿por qué estabas espiando? ¿Cómo lo has hecho?

—¡No lo sé! Lo último que recuerdo es haberme dormido, y luego estaba viéndoos a ti y a Hallis desde vuestro lado del campamento. Era como si mi mente se hubiera manifestado en otro lugar. En algún sitio... —Me voy apagando, la voz pierde fuerza—. Cerca de ti.

Es una confesión demasiado patética como para no ser verdad.

Como si le hubieran echado un cubo de agua fría, una oleada de culpa y vergüenza lo invade por completo, el rostro y el cuerpo se le quedan sin fuerzas al comprender que acaba de meter la pata.

—Jovie...

Levanto una mano para pararlo. Está teñida de un leve resplandor amarillo que me apresuro a sacudir de las yemas de los dedos.

—Estoy prometido con la princesa de Strou desde los trece años —sigue hablando, a pesar de mi negativa a escucharlo—. Pero antes que ella, estabas tú.

Siento que pierdo el control, como si una avalancha de emociones compitiera por imponerse dentro de mí, y me doy la vuelta para intentar serenarme.

Como no respondo, sigue hablando.

—Por eso tu familia estaba visitando a la mía cuando desapareciste. Veníais cada verano para renovar la alianza.

Una alianza que, supongo, se torció tras mi desaparición. Los kenta, el único pueblo que comparte frontera con Roison, un enemigo con muchos recursos y un ejército que lo respalda... Es fácil entender por qué Kenta querría asegurar un acuerdo beneficioso con otro territorio.

—¿Cuándo se espera que os caséis? —digo, volviéndome hacia él, pero sin acercarme.

—Antes de que acabe el verano —responde, pero se apresura a añadir—: Pero la boda se cancelará en cuanto hablemos con mi padre.

—Perderéis la alianza.

—No importa —dice, pasándose una mano por el pelo largo y despeinado, salpicando agua por todas partes—. Eres mi vínculo de unión.

Lo dice como si fuera lo más sencillo del mundo.

—No conozco vuestras costumbres —digo, luchando contra el calor que quiere subirme por el cuello hasta la cara. Estoy enfadada conmigo misma, tan ingenua y perdida en todo lo que no tenga que ver con Alaha—. ¿La... cortejaste?

Duda, pero asiente.

—Desde que alcanzó la mayoría de edad, he ido a visitarla dos veces para establecer una especie de familiaridad. Nuestras familias no son cercanas como lo eran la tuya y la mía, así que quise crear primero una amistad.

—Para que se enamorara de ti —digo, recordando las palabras que usó Hallis.

No le gusta la conexión que he hecho.

—No necesariamente.

—Pero admites que es una posibilidad.

El músculo de su mandíbula se tensa al apretar los dientes ante la acusación.

—Tengo una nación entera que depende de mí para salvarse... —Se detiene, baja la cabeza antes de volver a mirarme—. Hay pocas cosas que no haría para mantenerla a salvo.

Sé que dice la verdad, porque ya me ha ocultado muchas cosas para poder hacerlo. No creo que Acker quiera mantenerme en la ignorancia por motivos oscuros. Creo que sus intenciones son todo lo buenas que pueden ser, pero eso no significa que baste, que sus decisiones estén justificadas.

—¿Quién tiene el ejército más grande, Maile o Strou?

Los ojos de Acker se oscurecen ante mi pregunta.

—No importa.

—Exijo una respuesta. ¿Maile o Strou?

Traga saliva.

—Maile —dice.

Siento que el pecho se me hunde con la revelación.

—Qué conveniente que hayas podido encontrar una posible razón para que Maile reavive su alianza con Kenta, una alianza que vendría de la mano con un ejército más fuerte, perfectamente asegurada con un vínculo de unión...

—Jovie —dice él, con voz áspera mientras acorta la distancia entre nosotros.

Me aparto antes de que consiga alcanzarme.

—No me toques.

Su mano se cierra en un puño.

—No le des la vuelta a esto ni lo conviertas en algo que no es.

Niego con la cabeza.

—No sé qué es, Acker. Podría ser todo un montaje, un truco mágico para imitar un vínculo de unión, si es que tal cosa siquiera existe.

Llama a Beau sin apartar la vista de mí.

—Ven a decirle a Jovie lo que leas en mí.

—Como si fuera una fuente fiable —digo, con el sarcasmo escurriéndoseme por la lengua—. Eres su príncipe, su hermano. Me

diría lo que tú quisieras que me dijera.

Esta vez no me deja escapar cuando me agarra. Con las manos enmarcando mi cuello, me inclina el mentón hacia arriba y baja su boca sobre la mía. Empujo su pecho, pero me sacude dentro de su abrazo, con la mano apretándome la mandíbula para impedir que aparte la cabeza.

Aprieta los dientes contra mi boca.

—Deja de resistirte.

Los dedos se clavan en mis mejillas mientras vuelve a sellar sus labios con los míos, y esta vez la lengua se cuela rápido dentro de mi boca justo cuando la abro para replicar. Algo vergonzoso se escapa de mi garganta, un sonido entre gemido y protesta. El deseo me sube por el cuerpo como una llama al encenderse una cerilla, disolviendo cualquier objeción como si fuera viento. Las manos con las que lo empujaba hace un momento se deslizan ahora por sus hombros hasta la nuca. Me apoyo en esos hombros anchos para acercarme más, pegando mi cuerpo entero al suyo.

Él hunde más la lengua, gimiendo mientras me devora, y entonces sucede.

Nuestras magias, girando como dos animales curiosos, se tocan por primera vez.

No, no la primera. La primera fue en el Mercado, cuando mi mano tocó la pared de piedra.

Pero es la primera presentación real.

Iluminada desde dentro, siento el poder de Acker entrelazarse con el mío. Puedo percibir la fuerza y el alcance de su magia. Cada partícula de metal en kilómetros a la redonda vibra con mi nueva consciencia: en los árboles, en la tierra, en las profundidades del subsuelo. Puedo detectar los metales más densos, los fabricados por humanos, como armas, herramientas y la cuerda enrollada de Beau.

Todos míos y de Acker para dominarlos, manipularlos y expandirlos a voluntad.

Me arranco del beso y empujo a Acker hacia atrás, mis manos brillantes le atraviesan la camisa y le marcan el pecho. Ni siquiera parpadea ante la quemadura, respira hondo frente a la incomodidad de haber sido apartado tan de golpe. Yo también lo siento: el anhelo de volver a unirnos, de continuar lo que empezamos.

—No confío en ti —digo, con dificultad para recuperar el aliento.

—No necesito que confíes en mí —responde, pasándose una mano por la boca—. Solo necesito que confíes en ti misma.

Se vuelve hacia el fuego, pero gira de nuevo enseguida. Me mantengo firme mientras se acerca otra vez, los ojos le arden de rabia.

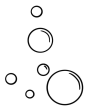
—Grábate esto: si vuelvo a verlo, lo mataré por lo que te hizo.

No hace falta que aclare a quién se refiere. Sé que habla de Kai. Cree que mis problemas de confianza vienen de los años de manipulación que sufrí por su parte.

Después se marcha hacia su refugio y se quita la camisa chamuscada. Le dice algo a Beau, y ella niega con la cabeza.

Llamo a mi daga, sabiendo que desde ahora dormiré con ella encima.

Acker saca de su morral una camisa intacta, se la pone con movimientos bruscos, metiendo los brazos en las mangas y pasándosela por la cabeza, ocultando las dos huellas de manos que le he dejado marcadas en el pecho. Me mira un instante antes de apagar el fuego con un par de pisotones, cubriéndonos de oscuridad. La única luz que queda proviene del leve resplandor de mi piel.



Capítulo 40



—Deberíamos llegar a una aldea pequeña antes de que acabe el día, si mantenemos el paso —dice Hallis—, y los alrededores de la capital están solo a un día más de camino a caballo. Con suerte, mañana por la noche estaremos durmiendo en una cama de verdad.

No puedo mentir. La idea de una cama real me hace rozar la euforia tras las noches de insomnio que llevo acumuladas. Me revuelvo sin parar, deseando que el sueño me arrastre, pero no consigo escapar de los recuerdos: proyectarme fuera de mi cuerpo, discutir con Acker, que me acuse de estar colaborando con Wren.

Y el beso. Dioses, ese beso...

Acker cabalga con Beau a la espalda, y me doy cuenta de que es una disposición mucho menos íntima, aunque probablemente incómoda para ambos. Cuando llegó el momento de partir del campamento, tomé la decisión impulsiva de montar con Hallis. Hubo una pausa notable, en la que Hallis y Beau aguardaron la reacción de Acker, pero si esperaban algo significativo, se quedaron con las ganas; él se limitó a ajustar la brida de su yegua y ayudar a Beau a subir a su caballo.

Todavía no me he relajado contra el pecho de Hallis.

—Tú lo escogiste —dice Hallis, con tono exasperado.

Finjo no entender a qué se refiere.

—¿Qué escogí yo?

Casi puedo oír cómo pone los ojos en blanco.

—Sabes perfectamente de qué hablo.

Provocarme cuando ya estoy al borde de perder el control no es, precisamente, una decisión inteligente por su parte. Decido que lo mejor será quedarme callada. Por su seguridad, claro. Las marcas de manos grabadas en el pecho de Acker son una prueba clara de lo que soy capaz cuando me presionan demasiado.

Aún no consigo entender bien la pelea. Después de escuchar su conversación, de algún modo todo acabó volviéndose contra mí. Sus sospechas, la vigilancia constante de Beau... Todo arroja una nueva luz sobre la situación. Y aunque sé que hay cierta base real en la acusación de Acker, que yo pueda estar aliada en secreto con Wren, eso no hace que duela menos.

Quizá «doler» no sea la palabra adecuada para lo que siento. Tal vez se parezca más a la decepción. A la incredulidad de saber que está prometido con otra. A la frustración por mi propia ingenuidad al no haber visto las señales. No sería descabellado pensar que Acker podría estar manipulándome en su propio beneficio. Su promesa de matar a Kai sonó con una convicción absoluta, aunque no tengo claro qué ganaría con eso. No había ni un atisbo de duda en sus palabras. Lo hará, quiera yo o no. Acker ya le perdonó la vida una vez por mí, y ha dejado claro que no piensa hacerlo de nuevo.

El resto del día mantenemos un ritmo constante. La temperatura se suaviza a medida que el sol desciende hacia el horizonte, y el viento trae de vez en cuando un leve olor a sal, indicándome que no debemos de estar lejos de la costa. Nos topamos con un arroyo estrecho que pone nerviosa a nuestra yegua al cruzarlo, así que Hallis tiene que coger las riendas. Entrelaza las correas de cuero entre los dedos de su única mano, manejando al animal con una

precisión sorprendente. Es impresionante, sobre todo teniendo en cuenta que yo no soy capaz de hacerlo con dos manos.

Estamos en medio del arroyo cuando Hallis me habla, en voz baja, al oído.

—¿Ves? No eres la única a quien no le agrada nuestro arreglo para montar.

No me atrevo a mirar para ver qué lo ha llevado a decir eso, pero puedo sentir la atención de Acker sobre nosotros. Quema como el propio sol. Mantengo la mirada fija en el ágil manejo de las riendas por parte de Hallis, observo cómo aprieta al caballo con las piernas para guiarlo a través de su miedo.

El peso de la mirada de Acker no cede hasta que volvemos a tierra firme.

—Si las miradas mataran... —murmura Hallis, con una nota de diversión en la voz—. Si me encuentras muerto por la mañana, ya sabes dónde buscar.

Me descubro sonriendo a mi vez.

—No es a Acker a quien deberías temer. He contemplado tu muerte más veces que él, te lo prometo.

El cuerpo de Hallis se tensa detrás de mí.

—¿Perdona?

—¿Te suena el nombre Manos Colmillo?

—Manos Colmillo —repite con un leve reconocimiento—. ¿La historia con la que solía asustarte cuando éramos niños?

Asiento, y su cuerpo se relaja de nuevo.

—Acker dijo que no tenías recuerdos de tu vida antes de Alaha.

—He soñado con algunos, pero están borrosos. Recuperé el encantador recuerdo de Manos Colmillo tras un mal viaje con raíz de saigón. —Se me revuelve el estómago al recordarlo.

—Eso debe de haber sido...

—Aterrador —completo yo.

—Lo siento mucho —dice con sincera compasión—. Por si te consuela, yo también he tenido mis experiencias con el saigón. Me desperté desnudo sobre la mesa del comedor en casa de mi abuela, con su mermelada casera untada en... lugares poco apropiados.

Su confesión me deja pasmada. No creía que Hallis fuera el tipo de persona que cuenta cosas personales, y menos algo tan humillante.

—Pobre abuela.

—Eh —finge ofenderse—. Tampoco es tan mala vista para despertarse.

Eso solo consigue hacerme reír, y todavía estoy sonriendo cuando cruzo la mirada con Acker. La expresión de su rostro me pilla por sorpresa, tanto que la risa se me muere en la garganta. Esperaba la mirada inexpresiva que ha mantenido cuidadosamente durante todo el día, no la suave arruga de una sonrisa contenida en sus ojos antes de apartar la vista.

—Me dijo que escuchaste nuestra conversación.

Como no respondo, Hallis continúa.

—Probablemente, dije cosas que podrían dar una imagen equivocada de Acker.

Desde luego no le hicieron ningún favor.

—No es nada que no debiera haber sospechado ya.

—Es leal hasta el extremo..., un extremo peligroso. Del tipo que se jugaría la vida sin pensárselo si con eso puede salvar a alguien a quien quiere, o a su gente. —Hallis se revuelve tras de mí, y tengo la sensación de que le incomoda hablar así de su amigo, sobre todo con alguien en quien no confía—. Para Acker solo hay dos tipos de personas: aquellas a quienes es leal y casi todo el resto. Y créeme cuando te digo que nunca querrías estar en el segundo grupo.

—¿Y a cuál pertenece la princesa de Strou, según esa ecuación?

—Creo que esa respuesta depende de ti.

—No veo gran diferencia entre que él la corteje por beneficio político y lo que Kai me hizo a mí.

—Si no puedes ver la diferencia, no voy a convencerte. Puedes odiar a Acker todo lo que quieras, princesa, pero no necesitas inventarte que es el malo para justificarlo.

¿Eso es lo que he estado haciendo?

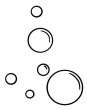
—¿Ha existido alguna vez algo así? —pregunto—. ¿Una pareja vinculada que no termine junta?

—Hay historias —responde Hallis.

—¿Y?

—Acabaron destruyéndose mutuamente... y llevándose por delante a todo el que los rodeaba.

Pues vaya.



Capítulo 41



El sendero de tierra que hemos seguido se vuelve adoquinado al acercarnos a una de las dos entradas del pueblo. Unas murallas de piedra rodean todo el asentamiento, y hay guardias apostados en el exterior, revisando los documentos de quienes quieren entrar.

Hallis ha desmontado y guía al caballo con las riendas flojas, el muñón de su mano amputada oculto en el bolsillo.

—Esto es Calgary, la primera línea de defensa entre la capital y la frontera de Roison. El pueblo ha sido saqueado un par de veces, así que son muy exigentes respecto a quien dejan pasar.

Acker se ha echado la capucha sobre la cara. Todos hemos escondido las armas; mi daga está bien guardada en la cinturilla del pantalón. Cuando pregunté por qué necesitábamos ocultar nuestras identidades, Hallis dijo que era para evitar que la presencia del príncipe provocara un alboroto entre la gente del pueblo. No es habitual que vean a los miembros de la realeza fuera de los muros de la capital, y suele formarse una auténtica marea humana. Mantenernos en el anonimato también impide que se corra la voz sobre nuestra ubicación, incluso hasta Roison.

—Papeles —exige un guardia al acercarnos. Es evidente que no somos visitantes comunes. La calidad de los caballos, los arreos y nuestra ropa delatan nuestro alto estatus en una zona poblada por campesinos y siervos.

—No tenemos papeles, pero sí monedas que gastar —dice Acker, sacudiendo el puño para que tintineen las piezas antes de abrir la mano.

Los hombres se inclinan para ver mejor y se lanzan una mirada rápida antes de que el líder niegue con la cabeza, fingiendo pesar.

—El precio de entrada ha subido. Se ha triplicado, de hecho.

—¿Triplicado? —ladra Hallis, indignado.

—Pagad o daos la vuelta. Se rumorea que hay una portadora de luz en la frontera, una chica que, según dicen, se parece mucho a una de las dos que lleváis con vosotros —dice, señalándonos con un dedo mugriento a Beau y a mí—. Y no queremos problemas en nuestro pueblo.

Acker saca tres monedas de oro más del bolsillo.

—¿Con esto basta? —pregunta, con el tono tenso por la irritación.

—Para vosotros dos, sí —dice el guardia, señalando a Hallis y Acker—. Las chicas tienen un recargo.

—Estás de coña, ¿no? —espeta Hallis, casi gritando—. Esto es una extorsión. ¿Sabe vuestro señor lo que estáis haciendo?

—Lord Gravebriar está en la taberna, por si queréis hablar con él sobre nuestras prácticas —responde el guardia, con una sonrisa delatada solo por el movimiento de su barba—. Pero antes tendréis que pagar.

Acker saca suficientes monedas como para comprar una parcela entera y se las planta en la mano al hombre.

—Más les vale tener buena cerveza.

Los hombres se apartan para dejarnos pasar, sonríen como los ladrones que son y comparten risas silenciosas a nuestra costa.

Cuando ya no pueden oírnos, Hallis se acerca a Acker.

—¿Cuánto queda?

—No mucho —responde.

La ciudad se extiende desde el centro como los radios de una rueda, con un viejo pozo como núcleo, por donde andan sueltas algunas gallinas.

—Tenemos que separarnos —dice Acker, entregándole a Hallis la mitad del dinero que queda—. Yo buscaré un establo para los caballos. Vosotros tres id a buscar alojamiento y algo de comer que no tenga pinta de ir a provocarnos una intoxicación alimentaria.

—Ni hablar —lo detiene Hallis, poniéndole una mano en el hombro y señalándonos con un gesto de cabeza—. Tú te llevas a una y yo a la otra.

—Disculpad —interviene Beau—. ¿No tenemos voz ni voto?

Acker suelta un suspiro y me mira. Me ofrece la elección.

—Iré con Hallis.

Beau no parece molesta en lo más mínimo por mi decisión, y casi da un saltito al ir a cogerle las riendas a Acker. Él nos indica que nos reunamos allí en una hora, señala la torre del reloj en el extremo norte de la plaza central antes de que nos separemos.

Los edificios son antiguos y están bastante deteriorados, con fachadas de ladrillo desmoronadas y ventanas rotas cubiertas con tablones. Muchos de los letreros están ilegibles debido al desgaste y el abandono, pero logramos encontrar una posada con relativa facilidad gracias al cartel de «libre» en la ventana.

La puerta se mantiene abierta gracias a la silla que la sujeta, y entramos en una pequeña sala de estar. El único cliente es un hombre solitario sentado en un rincón, con un vaso de licor oscuro frente a él. Cerca de la escalera hay una barra, tras la cual una mujer mayor garabatea algo en una libreta.

—No servimos hasta dentro de una hora —dice, sin molestarse en levantar la vista.

—¿Cuánto por dos habitaciones? —pregunta Hallis.

—¿Papeles?

—Otra vez esta mierda —murmura Hallis—. ¿Cuánto sin papeles?

Ella nos mira por encima de las gafas, examinándonos con agudeza.

—¿Para los dos y sin papeles? —dice, dándonos otro repaso—. Tres monedas de plata por cabeza.

Hallis examina nuestras monedas y, con mala cara, las pone sobre la barra.

—Esto es todo lo que tengo.

Ella revisa las monedas con los dedos antes de cogerlas y guardárselas en el bolsillo del delantal.

—Nada de peleas ni borracheras excesivas. Mantened la compostura. El baño compartido está al final del pasillo, a la derecha. —Saca dos llaves y las sostiene, una en cada mano.

Parece un trato razonable.

—¿Alguna tiene camas separadas?

Ella me sonríe y agita la de su mano derecha.

Hallis y yo nos lanzamos a por la llave al mismo tiempo, pero yo la atrapo primero. El número cuatro está grabado en el llavero. Hallis toma la otra, claramente poco contento con la idea de compartir cama. Las opciones respecto a su acompañante no son muchas, y creo que ambos sabemos que no seré yo.

—Dime un precio —ofrece Hallis al salir de la posada.

—Nada de lo que pudieras ofrecerme sería suficiente —le contesto, guardándome la llave en la parte delantera de la blusa.

Volvemos al pozo junto a la torre del reloj antes de que lleguen Acker y Beau. Hallis se pasa toda la espera de morros, lo cual, en mi opinión, es su mejor versión, porque significa que no habla ni busca contacto visual.

El pueblo me recuerda al Nivel Principal de Alaha, pero más cutre. Hay una panadería y una zapatería en el centro, y una taberna más adelante. La gente va cargada con paquetes envueltos en papel y atados con cuerda, y todos parecen venir de un callejón cercano donde está el carnicero. Hay parejas, familias y hombres, pero ni una mujer sola. Ese detalle lo dice todo.

La oscuridad envuelve el pueblo cuando el sol se hunde tras el muro de piedra que lo rodea.

—¿Hallis? —Él gruñe como respuesta, y le señalo las farolas que bordean la calle para captar toda su atención—. ¿Por qué no están encendidas?

Él se mantiene en silencio mientras observa las lámparas, y yo lo miro para asegurarme de que no sigue ignorándome, pero Beau y Acker aparecen antes de que pueda responderme.

—Este pueblo está podrido hasta la médula —se queja Beau.

—¿Cuánto tenemos? —pregunta Hallis.

Acker niega con la cabeza. No hace falta decir nada más.

—Si voy a acostarme con el estómago vacío —dice Beau—, al menos decidme que donde dormimos hay agua corriente.

Hallis y yo cruzamos una mirada, y Beau suelta un gemido al ver que no transmitimos precisamente esperanza. Seguimos a Hallis de vuelta a la posada. Si Beau o Acker se incomodan por la oscuridad del camino, no lo demuestran. La callejuela está llena de parroquianos cuando pasamos, y parece que el negocio ha repuntado desde la última vez que estuvimos aquí. Una mujer espera en la puerta, saludando a quienes entran y...

¿Lleva puesta lencería?

Hallis se detiene en seco, al asomarse primero al interior del local, ahora lleno de actividad. Alza la vista hacia el cartel desvencijado que cuelga sobre la entrada.

Beau se asoma por encima de su hombro y suelta una carcajada entre dientes.

—¿Nos has reservado habitaciones en un burdel? —Y le da un golpe en el hombro.

Hallis mira a Acker, el último del grupo.

—No lo sabía —le dice, con tono de disculpa—. Estaba vacío cuando vinimos antes y la mujer que nos cobró no era... —Hace una mueca y me mira buscando apoyo. Como no se lo doy, añade—: No era una mujer de compañía, ya me entiendes.

Acker suspira.

—Supongo que no tenemos ninguna posibilidad de que nos devuelvan el dinero.

Todas las miradas se vuelven hacia mí. Está claro que esperan mi reacción. Miro a Acker, intentando adivinar su postura, pero es Beau quien habla.

—A él no le molesta un burdel, ¿verdad, Acker?

Aprieta los dientes, pero logra contener su fastidio.

—Si no te sientes cómoda, nos vamos —me dice—. No sería la primera vez que dormimos en el suelo. Una noche más no nos va a matar, y de todos modos mañana al anochecer estaremos en el palacio.

Pero el dinero ya está gastado y está demasiado oscuro como para montar un campamento decente.

Y además, estoy agotada.

—Está bien. Vamos a dormir un poco.

Se oye un suspiro de alivio, claramente compartido por parte de Beau y Hallis, y me pregunto si se dan cuenta de lo parecidos que son.

Hallis es el primero en entrar. La mujer de la puerta lo recibe con una sonrisa y le acaricia lentamente el antebrazo con los dedos. Él

asiente con la inclinación típica de Kenta y pasa con seca cortesía.

—Oooh —dice ella, moviendo las caderas, al vernos a Beau y a mí. Las tiras de tela que lleva como ropa apenas se sostienen en su sitio —. Me encantan las mujeres que están en contacto con su cuerpo. Quizá luego alguna de vosotras podría contactar conmigo también. —Me lanza un guiño al pasar, con unas llamativas pestañas postizas —. ¿O quizá las dos?

Acker entra detrás, con la mano en la parte baja de mi espalda.

—Está claro lo que le gusta —me susurra al oído, y su cercanía me eriza la piel.

El salón está lleno de hombres y mujeres escasamente vestidas. El olor a perfume y alcohol flotan en el aire. Mires donde mires, hay una mujer intentando atraer tu atención, con sus ropas, su pelo, su maquillaje..., todo es una estrategia para seducir. Algunas llevan trajes brillantes, con cristales y cuentas que centellean. Otras, apenas una tira de encaje como ropa interior y los pechos al descubierto.

¿Y los dos hombres de nuestro grupo? Altos, atractivos y con aspecto de tener dinero, Hallis y Acker están muy por encima del nivel habitual de clientela del lugar. Las mujeres no pierden el tiempo y se lanzan sobre ellos enseguida.

Hallis y Acker hacen lo posible por rechazar las ofertas de servicio con la mayor educación posible, aunque algunas mujeres están tan empeñadas en conseguirlos que se les ofrecen gratis.

En la barra hay un cartel que indica que hay una sanadora en plantilla, por si a alguien le surge algún síntoma desagradable o alguna inquietud; las consultas deben hacerse por la mañana.

Cuando por fin conseguimos subir la escalera, estamos sin aliento y algo descolocados.

Acker resopla y se baja la capucha, lo que le deja el pelo completamente alborotado.

—Creo que salimos mejor parados del Bosque Oscuro.

No logro reprimir la sonrisa.

Beau se frota los ojos con las palmas de las manos.

—Veo todo rojo.

Hallis la observa mientras se recoloca la camisa.

—¿Estás bien?

Ella baja las manos, respira hondo y asiente, recuperando la sonrisa.

—Sí. Dormir un poco me vendrá bien.

Saco mi llave y busco la puerta con el número correspondiente.

Hallis hace lo mismo y se detiene ante la puerta justo enfrente de la mía.

—Si vas a compartir con Beau, deberíamos quedarnos con la habitación doble.

La idea de Hallis y Acker compartiendo cama es tentadora, y por poco le digo que no solo para ver qué pasa.

—Vale —contesto al fin, aceptando el cambio.

—Cierra con llave y no vayas a ningún sitio sola —ordena Acker.

—Sí, señor —responde Beau, y hace una reverencia burlona.

Él dice su nombre en tono de advertencia y ella reprime una mueca.

Hallis abre su puerta y suelta una maldición.

—La arpía esta nos cambió las llaves —dice, haciéndose a un lado para que podamos ver la cama individual en medio de la habitación.

Todos nos giramos y observamos a Beau empujar la puerta de nuestra habitación, revelando exactamente el mismo diseño en su interior: una única cama en el centro, un pequeño escritorio y una silla.

—Parece que os ha tomado el pelo —dice.

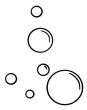
Chasqueo la lengua mirando a Hallis mientras retrocedo hacia el interior de la habitación.

—No seas tan finolis —digo con sorna.

Acker sonríe al ver el enfado de Hallis.

—Compartir es vivir —añade Beau, cerrándoles la puerta en las narices y echando el pestillo.

—Por fin —dice, sacando una botella de licor de debajo de la capa como una maga callejera—. Vamos a emborracharnos.



Capítulo 42



Mierda.

De verdad que esto empieza a ser muy molesto.

Estoy en la habitación de Hallis y Acker. Miro hacia abajo y confirmo que llevo puesto lo mismo que llevaba cuando me acosté, solo la ropa interior y un blusón que apenas me tapa la parte superior de los muslos.

Hallis está sentado en el escritorio junto a la puerta, sin camisa, garabateando algo en un pequeño cuaderno a la tenue luz de una vela. Es un cuaderno que no le había visto antes, pero por el cuero arañado de la tapa y el lomo deshilachado, está claro que lo ha usado mucho.

Al otro lado de la habitación, Acker yace boca abajo en la cama, con la cabeza apoyada en un brazo doblado mientras duerme. Solo lleva puestos los pantalones, con las botas colgando del borde del colchón. Permanece inmóvil, salvo por la espalda que le sube y le baja al respirar.

Hallis no ha levantado la vista de su tarea. Doy un paso vacilante hacia él, fijándome en la espada que está a su lado, apoyada en la mesa. Me asomo sobre su hombro y me sorprende ver que su letra es desordenada, casi ilegible, frases diminutas y apretadas que se mezclan unas con otras. Puedo sentir el calor que emana de su piel, pero él no se inmuta ni parece notar nada extraño. Explorando los

límites de lo que puedo hacer en este estado, le soplo suavemente en la oreja. Su cabeza se vuelve de golpe en mi dirección.

Retrocedo un paso, sobresaltada. Me quedo muda al ver cómo me mira. O mejor dicho, cómo mira a través de mí.

Con expresión inquieta, lanza rápidas ojeadas hacia Acker, que sigue dormido en la cama. Entorna los ojos, intenta ver más allá del resplandor de la lámpara. Tras un largo y tenso instante en el que creo que el corazón se me va a salir del pecho, se da la vuelta de nuevo.

Suelto el aire en un suspiro silencioso y me giro hacia Acker. Lo he visto dormir muchas veces —en mi cabaña, en el barco, sobre el suelo duro del bosque—, pero nunca así: rendido, completamente en paz. El pelo le cae sobre la frente, las pestañas proyectan una sombra sobre las mejillas, la boca está entreabierta. Me oprime el pecho una sensación que no sé nombrar, algo tan suave como punzante.

Su fuerza es evidente en cada músculo de la espalda y los brazos, en cada línea y curva esculpida por el entrenamiento y la lucha. La cicatriz que le dejó Kai sigue visible en el costado. La piel, rugosa y endurecida, contrasta con las cicatrices de curación más rápida que deja la tierra firme. El resto de la piel es de un moreno oscuro y sin imperfecciones.

Me pregunto...

Me inclino y le paso un dedo por la suave curva del hombro. No tengo tiempo de pensar o reaccionar, en un instante estoy tumbada de espaldas y la mano de Acker me sujeta el cuello, con una daga suspendida en el aire, lista para clavarse.

Hallis se pone en pie de un salto, con el arma en alto.

—¿Qué pasa?

Los ojos de Acker se despejan del sueño, la niebla se disipa mientras me reconoce. Afloja un poco la fuerza con que me sujeta por el cuello, y yo cojo aire con avidez.

—¿Qué diablos crees que estás haciendo? —dice, dejando la daga boca abajo sobre la cama y cubriéndola con la palma. Me inmoviliza con el peso de su cuerpo, y en unos segundos sus ojos cambian de la mirada intensa y fría de un asesino calmado a un enfado ardiente —. Es Jovie —añade, respondiendo a la pregunta de Hallis.

Hallis afloja el agarre de su espada, que ahora apunta hacia el suelo, y relaja los hombros.

—Así que eso fue lo que sentí hace un momento.

Los ojos de Acker me recorren el cuerpo, bajando por la blusa, levantando las cejas al llegar a la ropa interior y los muslos, entre los que está presionando con la rodilla.

—¿No la ves? —pregunta sin apartar la mirada de mi cuerpo.

—Qué va —responde Hallis, pero yo no me atrevo a desviar la vista de la mirada ardiente de Acker—. Parece que estás sujetando a un fantasma.

Acker se sienta sobre las rodillas, con el rostro inexpresivo.

—Habla —me ordena.

Me sorprendo sonriendo, sin saber por qué.

—Hablo.

Acker tarda en apartar la mirada, pero soy consciente de la leve sonrisa que intenta contener antes de mirar a Hallis.

Hallis niega con la cabeza.

—Nada.

Acker vuelve a centrar su atención en mí.

—¿Estás durmiendo ahora?

—Lo último que recuerdo es que sí. Beau se había acabado la mitad de una botella de brandi cuando me fui a la cama.

Acker maldice mientras mira a Hallis.

—Beau está bebiendo.

Hallis coge su camisa del respaldo de la silla y sale de la habitación con paso firme.

Lo miro, confundida.

—Solo bebe cuando tiene problemas con su magia. Con todas esas emociones intensas... puede ser abrumador —dice, cuidando cada palabra.

En cualquier caso, me cuesta concentrarme en lo que dice. Me deslizo hacia arriba hasta quedar con la espalda contra la pared, y él nota el movimiento, baja la mirada a donde aprieto los muslos y luego vuelve a mirarme a la cara.

Los ruidos obscenos que llevan toda la noche atravesado las paredes delgadas empiezan a sonar seductores en lugar de falsos mientras nos mantenemos la mirada. Entonces, me sobresalto ante el sonido de un cristal al romperse.

—Estás tan gris —lloriquea Beau, con el oscuro cabello despeinado. Se mueve hacia Hallis.

—¿Por qué no me dijiste la verdad cuando antes te pregunté si estabas bien? —protesta él, abrazándola. Es lo más suave que le he visto ser, cuidando de Beau—. Deberías ser más lista.

Beau apoya la frente en el pecho de Hallis, con los nudillos blancos mientras le agarra con fuerza la camisa.

—Lo siento.

Su preocupada ira se desvanece en un instante. Sosteniéndole la cabeza contra su pecho, coloca la botella en el pequeño escritorio junto a la puerta. Acker entra y observa la escena con la boca apretada al ver las lágrimas recientes de Beau.

—¿Quieres que haga el primer turno? —ofrece Acker.

Hallis suspira y niega con la cabeza.

—Parece que esta noche no voy a dormir.

Se cruzan una mirada, comunicándose sin palabras, antes de que Acker incline la cabeza en señal de asentimiento. Mira hacia mí, extendiendo la mano para que lo siga. Hallis mantiene la vista en Beau mientras paso junto a ellos.

No sé qué hacer.

—Beau...

—No —llora ella, apretándose aún más contra Hallis—. Son tan brillantes, Hallis. Por favor, no me obligues.

Miro a Hallis, preocupado, pero él se limita a negar con la cabeza.

—Mejor vete.

Acker asiente para animarme, y dejo que me guíe fuera de la habitación hasta la de enfrente. Cierra la puerta con llave detrás de nosotros y coloca su daga en el borde del escritorio, con la punta dirigida hacia la puerta.

—¿Le pasa a menudo?

—Últimamente ya no. Era peor cuando era más joven. —Se quita la camisa y la cuelga en el respaldo de la silla—. Nunca le he envidiado su don. Estará bien después de dormir la mona.

Lo noto preocupado cuando me mira. Es evidente que no está contento con cómo han salido las cosas.

—Yo dormiré en el suelo —dice, esquivándome para alcanzar el morral y dejarlo en el estrecho espacio entre la cama y el escritorio.

Se sienta al borde de la cama para desatarse las botas, y luego las pone a un lado. Le pongo una mano sobre el hombro antes de que se tumbe en el suelo. Se queda quieto. Su mirada recorre mis muslos desnudos hasta encontrarse con mis ojos.

—Por más que me duela decir esto... —Hago una mueca antes de pronunciarlo— creo que incluso el suelo está demasiado cerca si quiero descansar.

Él mira la cama e inspira profundo. Un abanico de pensamientos y emociones pasa fugaz por su mirada. Parece tomar una decisión y se deja caer sobre la cama.

Con el pecho descubierto y el cuerpo apoyado en un codo, me observa.

Lucho contra el impulso de encogerme bajo su mirada. Finjo que mi blusa no es transparente. Ojalá fuera un poco más larga. Casi puedo sentir sus ojos recorriendo mi piel y, por razones que ahora no alcanzo a entender, dejo que lo haga.

—Odio que la primera vez que compartimos una cama de verdad sea en un burdel.

Me siento sobre el áspero edredón.

—Lo dices como si fuera a haber más veces en el futuro.

Se acomoda, extendiendo el brazo para que apoye la cabeza. Sonríe y apoya el otro antebrazo sobre la curva de mi cadera.

—Estamos vinculados. Es una conclusión inevitable.

Siento una punzada de rabia.

—¿Puedes al menos fingir que todavía tienes que cortejarme?

Su sonrisa se borra, sustituida por la sorpresa, y luego por la frustración.

—¿Acaso no te lo he demostrado ya? Arriesgué mi vida para ir a Alaha a salvarte. Te protegí. Hasta maté por ti.

Incluso en la oscuridad, con solo la luz temblorosa de la vela medio consumida que Hallis dejó encendida sobre el escritorio, puedo ver la intensidad de su mirada. No me gusta la oleada de culpa que amenaza con hacerme llorar.

—Dímelo tú, Jovie —dice, enfadado—. ¿Qué más puedo hacer?

Niego con la cabeza, un movimiento diminuto, porque no lo sé. No sé si alguna vez habrá algo que él diga o haga que logre disipar mi

temor. Especialmente teniendo en cuenta que sigue comprometido con otra, por mucho que diga que piensa romper ese compromiso.

Supongo que él también se da cuenta, porque una expresión de resignación se le instala en el rostro mientras suelta un largo suspiro.

—No duermes desde hace días.

Estoy agotada. No es ese cansancio que se cura con unas horas de sueño, sino el que se instala en los huesos. Una corriente fría me recorre las piernas desnudas, y Acker me atrae hacia él, encajando sus piernas entre las mías para darme calor. El agotamiento que arrastro desde hace tres noches por fin comienza a retirarse. Me permito encontrar consuelo en su presencia, aunque solo sea para aliviar la tensión del vínculo de unión que nos enlaza.

—Has estado intentando no dormir para no verme —dice, con la voz áspera en la quietud de la habitación—. Y no empezó hasta que dejé de permitirte entrar en mi mente, ¿verdad?

Lo pienso un momento, luego asiento.

—Es como si el vínculo buscara el camino de menor resistencia.

—¿Por qué me pasa solo a mí?

Se toma un instante para pensar en la respuesta.

—Porque tú te resistes.

El aire se me queda atrapado en los pulmones al darme cuenta de que mi propia reticencia puede ser la causa de que el vínculo intente encontrar formas de acortar distancias. Si es cierto, nunca tendré voz en el asunto. El vínculo obtendrá lo que quiere sin importar mis objeciones.

Respiro hondo y me empapo del aroma de Acker. Es una mezcla familiar y peligrosa, tentadora y reconfortante, como un baño en una noche de verano.

Él me aprieta la cadera con suavidad. No sé si es un gesto de seguridad o de apaciguamiento.

—Duerme un poco.

—Es más fácil decirlo que hacerlo después de esa revelación.

Sonríe y me atrae tan cerca que su barbilla se apoya sobre mi cabeza.

—No te preocupes, Jovie. Voy a cortejarte tan bien que terminarás rogando por meterte en la cama conmigo.

No puedo evitar la sonrisa que se me dibuja en los labios. Su desafío despierta mi espíritu competitivo. Le paso la nariz por la columna del cuello, disfrutando los escalofríos que le provoco en la piel. Entonces le envío una imagen directamente a su mente, cerrando los dientes alrededor de la parte vital de su cuello. Como si empujara una puerta atascada, le revelo mi fascinación por su garganta.

Él no está preparado para mi intrusión, un escalofrío le sacude el cuerpo mientras me agarra del pelo tirando hacia atrás y su mirada recorre mi rostro alzado.

—¿Cómo has...?

—O —digo con cierta presunción—, mi lado del vínculo está esperando a que el tuyo alcance el ritmo.

Me clava la mirada, buscando alguna mentira o engaño. Al no encontrar nada, ladea su boca abierta hacia la mía, rozándola tentadoramente. Me quedo paralizada, contengo la respiración mientras espero su siguiente movimiento.

En el espacio donde su muslo está encajado, el calor se acumula entre mis piernas, un deseo ardiente se infiltra en mis venas. La sensación de su pecho desnudo subiendo y bajando contra el escaso tejido que cubre el mío me recuerda que debo respirar. Inspiro

profundamente su aliento, y eso solo aviva aún más el fuego que me consume por dentro.

Habla sin separarse de mi boca, sus labios rozan los míos mientras su voz profunda pronuncia mi nombre.

—Jovie.

Entonces lo siento, su deseo, duro y presionando la parte inferior de mi abdomen. Las pestañas le proyectan una sombra sobre los pómulos, y los iris son oscuros por completo mientras me sostiene la mirada. No puedo evitar inclinar ligeramente las caderas, buscando algún alivio, contacto o fricción, algo que calme el deseo creciente que me consume.

Desliza la mano desde la parte baja de mi espalda hacia la curva de las nalgas. Disfruta del tacto de ambas antes de elegir una y apretarla. Estoy a punto de rogarle que me bese cuando una sonrisa burlona se dibuja en el rostro de Acker, y verla detiene de golpe todos mis pensamientos y el ardor que me recorre.

—O tal vez tu vínculo sabe lo que quieres mejor que tú.

Le aparto la mano de un manotazo y él se desenreda de mí, riendo ante mi actitud. Me alegro de que haya suficiente oscuridad para esconder el rubor que me arde en las mejillas. Lo siento hasta las orejas.

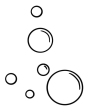
Me doy la vuelta y le doy la espalda.

—Eres un desgraciado.

Imperturbable, me desliza la palma de la mano sobre el estómago, acercándome hasta que su torso queda pegado a mi espalda. La evidencia de su excitación sigue firme contra la curva de mi trasero, pero no me alejo, agradecida por el calor que me ofrece su cuerpo al cubrirme las piernas de nuevo.

Al menos eso es lo que me digo a mí misma, y a mi vínculo para asegurarme. La maldita atadura prácticamente ronronea de felicidad

con la cercanía de Acker mientras me dejo llevar por el sueño.



Capítulo 43



Mi mente no ha dejado de dar vueltas desde que Hallis llamó a la puerta del dormitorio esta mañana. El espacio a mi lado estaba vacío. Acker, por lo visto, se había ido a buscar los caballos al herrador antes del amanecer, algo que solo supe cuando devolví la llave de nuestra habitación a la mujer de la entrada. Hallis y Beau me esperaban cerca.

Aunque tiene mejor aspecto que la última vez que la vi, Beau parece del color que imagino que ella percibirá como gris. Me pregunto si puede percibir su propia aura. Si es así, me pregunto cómo se verá, considerando la resaca monumental que probablemente tiene. Le pregunto justo eso cuando paramos a desayunar.

—Depende de cuánto tiempo esté dispuesta a mirarme al espejo —dice, con la vista fija en un pequeño pueblo a lo lejos.

Hemos ido entrando y saliendo de los dispersos pueblos vecinos de la capital. A diferencia del que está más cerca de la frontera, ninguno de ellos tiene ningún tipo de barricada alrededor, pero, por razones que no me han dicho, los hemos evitado a pesar de que eso ralentiza nuestro avance.

—Francamente, no me importa mucho.

Bebe un trago de agua, con la piel pálida, a pesar del sol de la tarde que nos cubre. No sé qué pasó después de que la dejara sola

con Hallis. Odio haber tenido la mejor noche de sueño en semanas mientras ella luchaba contra demonios invisibles, con su archienemigo consolándola.

—Esa culpabilidad tan evidente no ayuda —dice ella.

Frunzo el ceño.

—¿No debería haberte dejado?

—No me refiero a eso. —Hace un sonido con los dientes, como un chasquido—. Lo otro.

Respiro hondo y aparto la vista para no tener que mirarla a los ojos. He estado intentando reprimir el sentimiento de traición cada vez que esa emoción se ha atrevido a aparecer desde que me desperté esta mañana.

He dejado que los nervios campen a sus anchas, esperando que opaquen cualquier otra emoción que amenace con salir a la superficie. Es preocupante que, aun así, Beau haya podido notar la sensación de deslealtad que me consume.

—No dejé de amar a Kai cuando decidí irme de Alaha —le digo, odio la vergüenza que siento al pronunciarlo—. Aunque sabía que era la decisión correcta, la mejor decisión, eso no lo hizo menos doloroso.

—Es normal —dice— tener emociones contradictorias hacia alguien. Puede llevar mucho tiempo superar el dolor, separar lo que fue de lo que está destinado a ser.

Niego con la cabeza.

—No sé si él supo alguna vez qué es un verdadero vínculo.

—¿Cambiaría algo?

Me atrevo a mirarla, notando la simpatía en sus ojos.

—Nunca puedes equivocarte con personas que aman de verdad, Jo. No hay vergüenza en aceptar tus sentimientos por Kai, así como tampoco la hay en aceptar que los tienes por Acker. —Alza las cejas,

y su expresión se vuelve ligera por primera vez en lo que va de día —. No le digas a Acker que he dicho eso. Me gusta tener la cabeza en su sitio.

Sonreímos mientras volvemos hacia los caballos. Acker y Hallis se detienen al vernos regresar.

—¿Todo bien? —pregunta Acker con una sonrisa, su mirada va de Beau a mí y de nuevo a Beau.

Asiento. Si Hallis sospecha del cambio de actitud de Beau, no lo dice, pero sus ojos no la pierden de vista mientras ella pasa junto a él y monta su yegua.

Los nervios regresan mientras recogemos nuestras cosas y continuamos el viaje hacia la capital. Vuelvo a compartir caballo con Acker. Fue un acuerdo tácito entre nosotros, y parece que Beau y Hallis prefieren esta disposición por primera vez desde que dejamos la frontera.

Cuando desperté y la cama estaba vacía, el vínculo protestó de inmediato por su ausencia. Como una tensión bajo las costillas, la atadura no disminuyó su tirón punzante hasta que Acker estuvo cerca. Entonces se redujo a un tirón sordo.

Aun así, aunque mi cuerpo está firmemente apretado entre sus muslos, no lo siento lo suficiente cerca para satisfacer esta maldita sensación. Ninguno de los dos ha hablado del tema, pero me muero por saber si él siente lo mismo desde su perspectiva, teniendo en cuenta la forma en la que fue capaz de parar... lo que sea que estuviera pasando entre nosotros anoche.

No soy capaz de pensar en eso por mucho tiempo, porque el dolor punzante del deseo regresa con fuerza. No puedo evitar que el recuerdo avance hacia un ensoñamiento completo en el que Acker no se detiene y somos la razón por la que la pared detrás de nuestra

cama tembló toda la noche, en lugar de serlo nuestros entusiastas vecinos.

Luego la vergüenza me embarga cuando recuerdo la sonrisa arrogante en su rostro y la culpa que siguió. Casi gruño ante mis propios pensamientos. Estoy tratando de darle un respiro a Beau, no aumentar su estrés con mis molestas emociones.

—¿Qué pasa? —pregunta Acker, con voz lo bastante baja para que Hallis y Beau no nos escuchen.

—Estoy nerviosa —le digo.

Aunque eso es algo honesto, no admitiría ni en broma que he estado repasando mentalmente la noche anterior hasta el cansancio.

—¿Hay algo que pueda hacer para aliviar un poco tu estrés?

—¿No? —digo, confundida por su oferta.

—¿Estás segura?

El tono sugerente de su voz capta mi atención.

—¿A qué te refieres?

Se inclina hacia mí y, mientras nos mecemos con el trote del caballo, me roza la mejilla y la oreja con los labios, provocándome escalofríos por la espalda.

—El vínculo está palpitando desde tu lado.

Casi jadeo al darme cuenta de que quizá él pueda sentirme a través del vínculo.

—¿De qué hablas? —digo con el tono más seco que puedo conseguir, a pesar del rubor que me cubre todo el rostro y el cuello.

—Sabes de qué hablo —dice, y me provoca otra ola de escalofríos.

Entonces hace algo que no me espero en absoluto. Desliza la boca hasta la curva de mi cuello, el lugar en el que ha estado fijando su atención, y deposita un beso con la boca abierta sobre la piel. Esta vez sí jadeo, ladeo la cabeza hacia atrás contra su hombro para darle mejor acceso. Nunca admitiré esto, pero la fantasía que he

estado teniendo todo el día no se compara con el calor real y la sensación de su lengua en mi piel.

Suelto una exhalación que es una mezcla entre un suspiro y un gemido, y él coloca la palma contra mi estómago, me atrae contra la dureza que presiona mi zona lumbar. Termina el beso con un roce de dientes sobre el lóbulo de mi oreja. No necesito sentir el extremo de su vínculo para discernir que el pulso que siento viene definitivamente de él.

Muy suyo, sin duda.

—¿Te sientes mejor?

Niego con la cabeza.

—En absoluto.

Se ríe y me da un beso casto en la sien. El gesto me deja más expuesta que el beso en el cuello, y me enderezo, pues necesito algo de espacio entre ambos.

Cabalgamos durante horas sin hablar. Supongo que las bromas de Acker sí que han ayudado. Mi mente se ha calmado, dejando una sensación de expectativa en lugar de una de nervios. Hallis y Beau están igual de callados, apagados mientras atravesamos un campo cada vez más salpicado de casas y granjas.

Los caminos se van llenando con otros viajeros, comerciantes y granjeros que mueven su ganado. La mayoría de las personas que encontramos se apartan lo suficiente para dejarnos pasar, aparentemente recelosos de los desconocidos. No es hasta que pasamos junto a una familia que va en nuestra misma dirección cuando alguien nos reconoce. Este reconocimiento es evidente en el rostro del padre, y su insistencia provoca que el resto de la familia caiga de rodillas a su lado. Acker se lleva una mano al pecho en señal de respeto, pero aceleramos el paso poco después.

El sol roza el horizonte cuando por fin bordeamos una de las ciudades más grandes que he visto hasta ahora, y una compañía de hombres a caballo se vuelve visible a lo lejos. Acker alza una mano, haciendo seña a Hallis para que se detenga.

—¿Quiénes son? —pregunto al ver que no llevan ninguna bandera.

Acker no responde de inmediato. Hallis detiene su yegua junto a la nuestra, entornando los ojos para mirar a lo lejos.

—¿Puedes percibir algo, Beau?

Ella niega con la cabeza.

—Están demasiado lejos.

Acker me pasa las riendas y desmonta.

—Quédate aquí.

—Llévate a Beau contigo —indica Hallis, que sujeta su caballo para que no se mueva mientras ella también desmonta.

—No —dice Acker, cogiendo la funda de cuchillos y abrochándosela al pecho—. Daré la señal cuando sea seguro.

—No creo que...

Beau interrumpe a Hallis poniéndole una mano sobre el muslo.

—Deja que él se encargue.

Algo en la actitud de Acker y Beau lo disuade de seguir discutiendo, y eso me inquieta.

Acker me mira.

—Volveré enseguida.

Lo observamos cruzar el espacio que nos separa de los hombres, mientras el viento le agita la camisa y el cabello a cada paso. Sé que Acker puede defenderse, pero hay unos diez hombres a caballo, y todo esto parece una misión absurda.

—¿Es ese...?

La voz de Hallis se desvanece cuando la fila de soldados se abre, dejando ver a un hombre de largo cabello rubio. Da un paso al

frente, y aunque cuesta distinguir los detalles, es evidente que Acker y él están discutiendo algo con intensidad. La inquietud se me instala en el pecho cuando otro de los hombres desmonta. Aprieto las riendas, obligándome a tener paciencia.

Cuando se separan y Acker se vuelve para regresar con nosotros por fin consigo ver mejor al hombre con el que hablaba. Empieza a avanzar hacia nosotros, con Acker tras él, y reconozco las marcas en el cuero del hombro de su uniforme: una mariposa dorada rodeada de un profundo burdeos. El emblema de Maile.

Desmonto cuando se acercan.

—Princesa —dice el hombre al llegar a nuestro grupo, con una mirada aguda fija en mí antes de inclinarse en una reverencia, y luego caer de rodillas, con el cabello rubio suelto enmarcando un rostro apuesto.

—Por favor —balbuceo, nerviosa—. Levantaos.

Él sonríe al incorporarse.

—Como deseéis.

Hace un esfuerzo decente por mantener el decoro, pero algo me dice que le resulto divertida.

—Este es el general Samasu —explica Acker—. Es un centinela de Maile. Tu madre lo envió a nuestro encuentro.

El general ladea la cabeza, con los ojos color trigo fijos en los míos.

—He venido a llevaros a casa —dice, de forma clara y tajante.

Acker baja ligeramente la cabeza mientras le asoma una sonrisa antes de mirar al general, y luego a mí.

—¿Es que la princesa no tiene nada que decir al respecto? —pregunta.

El general Samasu ni siquiera parpadea al responder:

—No.

La sonrisa de Acker se convierte en una mueca burlona al ver la expresión que seguramente se me ha dibujado en la cara. Con un gesto me indica que este es mi problema, y se mueve para rodear al general, colocándose detrás de mí, lo bastante cerca como para que sienta el calor de su cuerpo contra mi piel.

Miro a Hallis, firme y sereno sobre su caballo, con la espada descansando en el regazo.

Luego a Beau, que tiene su cuerda metálica enroscada en un puño cerrado. Ambos están preparados, sin rastro de miedo ni incertidumbre en sus miradas.

—¿Qué probabilidad de supervivencia estáis evaluando? —pregunta el general, con los ojos fijos en mí—. ¿La nuestra o la de ellos?

—No deseo que se pierdan vidas hoy —respondo.

—No os mentiré, princesa —dice, lanzando una mirada al hombre que está detrás de mí antes de ajustar la correa que sostiene la espada sobre su espalda—. La mayoría de mis hombres morirán aquí si no venís voluntariamente. Pero vendréis.

—¿Y aun así estáis dispuesto a llevar esto adelante? —le replico—. ¿Sabiendo que podría costaros la vida?

Mi pregunta lo hace sonreír.

—Oh, no. Yo no moriré —responde, llevándose una mano al pecho —. Pero mis hombres sí.

Y para respaldar su declaración, desaparece. Simplemente... se desvanece, como si nunca hubiera estado allí.

Acker reacciona primero, gira en seco para enfrentarse al general, que ahora está de pie detrás de nosotros. Hallis y Beau pierden al instante su falsa apariencia de calma. Hallis salta de su caballo mientras Beau desenrolla un tramo de su cuerda.

—Como iba diciendo —dice el general Samasu con calculada calma—. No hay por qué preocuparse por mí, pero agradezco el interés.

Doy un paso hacia él, rodeando a Acker, pero este, tenso, me detiene y me rodea la muñeca con la mano. Es una advertencia: no debo acercarme demasiado.

El general lo capta al instante.

—Si queréis recibir un perdón auténtico, la entregaréis a su madre sin más demoras ni protestas.

El cuerpo de Acker está tenso como una cuerda. Siento la presión creciente de su mano en la muñeca.

—¿Y por qué asumís que quiero un perdón?

—¿Qué otra razón tendríais para traer de vuelta a la princesa? —responde el general, sin apartar los ojos de Acker.

—Bueno —dice Acker, entrelazando sus dedos con los míos—, además de querer cumplir la promesa que le hice a la reina Evelyn de encontrar a su hija..., Jovie es mi vínculo.

El general Samasu se queda completamente inmóvil, salvo por su melena dorada que se agita con el viento.

—Mentís.

—No miente, no —digo, apretándole los dedos a Acker para hacerle saber de qué lado estoy—. Estamos vinculados.

El general no se deja convencer. Clava la mirada en nuestras manos unidas, evalúa, calcula la posibilidad de que me estén manipulando.

—Será mejor que encontréis una forma de convencerme —dice al fin.

Acker y yo nos miramos. Lo único en lo que puedo pensar es en el beso que compartimos, cuando nuestra magia quiso fundirse, volverse una sola, empuñar nuestros dones como si fueran un arma

conjunta y no dos separadas. Fue apenas un atisbo de lo que podríamos llegar a ser. Si me hubiera concentrado más en la magia y menos en su sabor, tal vez habría percibido mejor el potencial de nuestras fuerzas combinadas. Pero aparte de lanzarme de nuevo a su boca, no tengo ni idea de cómo invocar esa conexión.

Hay una sonrisa en los ojos de Acker, como si supiera exactamente adónde se habían dirigido mis pensamientos.

—Dame tu daga.

La saco del costado, pero me guardo las preguntas, sin querer mostrar que soy más ingenua de lo que parezco. No estoy preparada para que Acker junte nuestras manos delante de nosotros, y mucho menos para que clave la hoja en el espacio entre nuestras palmas. No puedo evitar un sobresalto, aunque no me atrevo a apartarme pese al dolor repentino.

Me mira con intensidad, y tengo la sensación de que esto es más para mi beneficio que para el de los demás presentes.

—Jovinnia, princesa de Maile, es mi vínculo. Con este pacto de sangre, juro protegerla hasta mi último aliento.

La sangre gotea por las grietas entre nuestros dedos y me resbala por la muñeca. Hay un brillo en sus ojos que no había visto antes. Hace que el corazón se me acelere y mi respiración se haga más profunda. Trago saliva para deshacer el nudo en la garganta.

—Y —dice, lamiéndose los labios antes de continuar—, la amo.

Hallis grita el nombre de Acker, una advertencia clara pero desesperada que Acker ignora mientras gira nuestras manos hacia un lado, dejando que nuestra sangre mezclada salpique el suelo.

No entiendo del todo las implicaciones de lo que acaba de hacer ni por qué lo ha hecho, pero no podría resistir el deseo de besarlo ni aunque lo intentara. Y, siendo honesta conmigo misma, no lo intento en absoluto. Espero ansiosa el descenso de sus labios hacia los

míos, con la boca abierta en una invitación. Acker tiene suficiente presencia de ánimo para hacerlo breve, aunque le da tiempo a impregnar mi lengua con el sabor de la suya.

Un trapo golpea a Acker en un costado de la cara, el tiro de Beau da justo en el blanco.

—Imbécil. —Su insulto no es una broma. La ira brilla en sus ojos —. Imbécil, estúpido imbécil.

Hallis está aún más molesto. Lo único que puede hacer es mover lentamente la cabeza, con el disgusto pintado en el rostro.

El general Samasu, sin embargo, está casi eufórico.

—Un imbécil, sí, pero posiblemente el hombre más valiente que he conocido.

—Creo que quieres decir el más loco —apunta Hallis.

Acker no se inmuta ante sus comentarios. Sin prisa, se toma el tiempo para limpiar los pequeños hilos de sangre que ya se me secan en los dedos y en la palma, mientras su mirada oscila entre su tarea y mis ojos. Parece una especie de disculpa, un acto de contrición. Rasga la tela del paño con los dientes, partiéndola en dos, y usa el trozo más limpio para envolverme la palma.

Mira de nuevo al general.

—¿Estás convencido? —pregunta, volviendo al tema.

Yo, por otro lado, soy un manojo de nervios. Tengo el estómago del revés y la cabeza me da vueltas. Aprieto la venda improvisada y me concentro en la quemazón.

El general Samasu sacude la cabeza, todavía en un leve estado de incredulidad.

—Supongo que sí. —Luego se ríe a carcajadas—. La reina también va a necesitar pruebas.

Le hago un gesto a Acker para que me devuelva el puñal y se lo entrego al general.

—Decidle a mi madre que enviaré un mensaje cuando esté lista para volver a casa. Llamaré a la daga en tres días. ¿Será tiempo suficiente para vuestro viaje de regreso?

Él observa el puñal de piedra negra antes de mirarme.

—Por cien mil perros rabiosos —murmura.

Se me para el corazón al escuchar esas palabras.

Sacudiendo la cabeza, levanta una mano en señal de conformidad.

—De acuerdo, pero que sean dos. Si tardas un día más en regresar, me cortará la cabeza.

Entonces sonríe, y de repente la veo, la semejanza entre Wren y él. La forma en que se entreabren los labios, las arrugas alrededor de la nariz, la forma de los dientes. Me guardo el descubrimiento y le devuelvo la sonrisa.

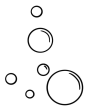
Él le guiña el ojo a Acker.

—Buena suerte, chico. —Luego desaparece en un visto y no visto.

Nos volvemos hacia los hombres que aún aguardan a lo lejos, con quienes ahora está el general Samasu. El pequeño batallón comienza a retirarse, los caballos aceleran y se dirigen al oeste.

Acker me pellizca la barbilla, vuelve mi rostro hacia el suyo y coloca la boca sobre la mía, dejando que el beso se prolongue antes de soltarme. Es sencillo, pero parece un mundo. Y...

Parece el comienzo del fin.



Capítulo 44



La capital de Kenta es diferente a cualquier cosa que pueda haber imaginado. Unas murallas de piedra rodean la ciudad, protegiendo todo menos las azoteas de la vista exterior. Y el palacio... Se alza en una colina sobre el resto, también hecho de piedra, pero con agujas rematadas en oro que brillan en la noche, un faro que domina la ciudad a sus pies.

—Ese es tu hogar —digo, intentando imaginar cómo habrá sido crecer en un lugar tan opulento.

—Cuando era más joven, sí. Hace más de un año que no estoy aquí. Antes de eso, estuve casi dos años fuera, porque estaba viajando con el ejército. Ahora considero mi hogar cualquier sitio donde repose mi cabeza.

«Vivía en una cabaña, Hallis».

El tiempo que ha transcurrido desde que dejé Alaha está confuso. No puedo contar con exactitud los días o semanas, pero ha pasado mucho desde que tuve un lugar al que llamar hogar. Hay noches en las que daría casi cualquier cosa por estar de vuelta en esa pequeña habitación, tumbada en mi vieja cama llena de bultos.

El camino se ensancha para dar paso a carruajes y a una población mayor. Los edificios quedan a la vista desde el interior de las puertas de la ciudad, curvándose hacia fuera desde la entrada. Parece que los hogares de la gente están dispersos entre los

establecimientos de los comerciantes. Son hermosos a su manera, hechos de piedra pero adornados con cobre, un homenaje a los dones mágicos que maneja su príncipe.

Una pequeña brigada nos espera en las puertas de la ciudad para recibirnos. El hierro y el cobre se entrelazan y forman un arco que abarca el ancho del amplio camino, con postes custodiados por soldados con casco. Los que están de guardia son los únicos que no se arrodillan ante la llegada de Acker.

—Saludos, mi príncipe —dice uno de los soldados, inclinando la cabeza en señal de respeto—. Espero que vuestro viaje haya sido placentero.

Se me escapa un resoplido antes de que pueda contenerlo.

Puedo oír la sonrisa en la voz de Acker cuando responde.

—Bastante placentero, soldado. ¿Tienes un informe para mí?

—Sí, alteza. La ciudad ha estado esperando vuestra llegada durante días. Las calles están llenas de gente, así que vuestro padre envió un carruaje para transportar a la princesa hasta los terrenos de palacio. —Hace un gesto hacia el carruaje dorado unido a un equipo de caballos.

—No es necesario —dice Acker.

El soldado se mueve inquieto.

—Con todo respeto, señor, vuestro padre...

—Ella irá conmigo —lo interrumpe Acker.

El soldado acata la orden e inclina la cabeza, y manda al carruaje de vuelta al palacio por delante de nosotros.

—Beau y yo iremos delante —dice Hallis—. Envía a tus hombres a la retaguardia.

Si al soldado no le gusta la orden, no lo dice. Otro hombre da un paso adelante con una capa en las manos. Acker la toma, se

envuelve los hombros con ella y se la abrocha al cuello. Es de un azul verdoso profundo y está hecha de terciopelo.

Acker se acerca, y pega el pecho a mi espalda.

—¿Lista?

Respiro hondo, suelto el aire y asiento.

—Todo lo lista que puedo estar, supongo.

Uno de los guardias toca un cuerno para anunciar nuestra llegada, pero no hace falta. Al girar bajo el arco de la entrada hacia la ciudad, se ven claramente las calles abarrotadas, llenas de gente desbordándose por callejones y azoteas, más personas de las que he visto en mi vida. En puertas y ventanas abiertas, por donde mire, están los rostros de extraños que me observan.

Acker dijo que es costumbre que la ciudad reciba a un miembro de la familia soberana que regresa, pero esto parece excesivo. El murmullo ansioso de la multitud se convierte en un rugido estruendoso al ver a su príncipe.

—¡Viva el príncipe!

Los gritos y las alabanzas se superponen en la celebración del regreso de Acker, pero su entusiasmo decae al verme a mí. Los vítores se apagan en susurros hasta convertirse en silencio. La gente me mira con bocas entreabiertas, como si fuera un monstruo marino bailarín con ocho patas y un sombrero chillón que desfila por su ciudad.

Estoy agradecida por la ostentosa capa de Acker, que me permite ocultar bajo su cubierta el hecho de que voy agarrada a su brazo. Él cambia el agarre de las riendas para liberar una mano y entrelazarla con la mía, sin que nadie lo vea.

Llegamos a una plaza del pueblo. En lugar de un pozo, hay una estatua tan alta como los edificios que la rodean de una mujer con las manos abiertas hacia el cielo. El agua fluye entre sus dedos en

un chorro brillante hacia la pila donde está de pie. Hay niños chapoteando en el agua, con expresión alegre, mientras el príncipe desfila por la ciudad. Son demasiado jóvenes para entender que algo no encaja. Saludan con sonrisas traviesas.

Alguien toca otro cuerno, hace callar a la multitud una vez más. Como si les recordaran sus modales empiezan a inclinarse, las rodillas sobre el empedrado, uno tras otro bajan la cabeza. Como una ola en el mar, las cabezas y los hombros se hunden hasta el suelo.

El silencio es ensordecedor.

Lo es hasta que alguien grita desde el fondo de la multitud.

—¡Está maldita! —Un murmullo de miedo y consternación recorre al gentío.

—¡Solo trae malos presagios! —grita otra voz.

Y otra. Y otra. Entonces se rompe la presa. Las voces vienen de todas partes, los dedos me señalan. Me dicen que no soy bienvenida, que soy malvada, que el príncipe está llevando la muerte a su ciudad.

Siento cómo Acker se va enfadando más y más detrás de mí. Mantengo su mano cogida con fuerza, buscando consuelo, sí, pero también por miedo a lo que podría hacer si lo suelto.

La farola más cercana se apaga de golpe, y eso enloquece aún más a la multitud. Hallis ladra órdenes para que aceleremos el paso, pero no lo bastante rápido como para evitar que la siguiente farola también se apague. Esa hermosa luz anaranjada que iluminaba la calle y los edificios desaparece de un plumazo. Luego se apaga otra. Y otra. Y otra. Como un río de oscuridad que fluye hacia el palacio a lo lejos, hasta que la ciudad queda sumida en la negrura más profunda, iluminada solo por alguna ventana abierta y la luna.

Acker me suelta la mano cuando entramos a galope hacia el palacio.

Todo se vuelve borroso cuando por fin entiendo por qué las lámparas no estaban encendidas en aquella aldea donde pasamos la noche: era una forma de rechazo. Si la mujer de la que se rumoreaba que podía controlar la luz pasaba por allí de camino desde la frontera, los habitantes querían dejarle claro que no era bienvenida en su ciudad ni en Kenta.

Ya se ven las puertas de hierro de palacio cuando un tomate viene volando hacia mí. Alzo el brazo para protegerme, pero se revienta al impactar y me salpica de arriba abajo. Beau reacciona al instante, lanza un lazo de metal que se enrolla en la muñeca del agresor hasta inmovilizarlo, y un guardia real lo detiene. Pero el daño ya está hecho.

Mi don se despierta y arde sobre la piel. Intento calmarlo, le ruego que se apacigüe, pero percibe mi miedo, y el corazón me late tan fuerte que la magia se niega a obedecer. La horda de ciudadanos enfurecidos grita despavorida. Igual de rápido que se encendió la mentalidad de masa, se dispersan al ver mi piel resplandeciente.

Con el camino despejado, al menos, logramos llegar antes a la puerta.

De los postes de hierro cuelgan jaulas, y a simple vista parece que hay animales vivos dentro. Entramos en el patio del palacio, y Acker tira de las riendas para detener al caballo y baja de su lomo de un brinco.

—¿Dónde está mi padre? —pregunta, mientras extiende los brazos para ayudarme a bajar.

Un guardia, con el uniforme cubierto de insignias en la solapa, se adelanta para quedar frente a él.

—Ha considerado que es mejor esperar dentro.

A Acker no le gusta la respuesta, pero mantiene el brazo firme alrededor de mis hombros mientras me guía hacia los escalones. Los demás hombres se apartan a nuestro paso, aunque sus ojos no dejan de seguirnos. Al llegar al último peldaño, me doy la vuelta y miro el patio. Las puertas de hierro ya están cerradas, y los más valientes de la ciudad se apiñan contra los barrotes, soltando todavía gritos indignados.

—Jovie —me dice Acker, atrayendo mi atención—. Vamos dentro.

No hay rastro de Beau. La mirada de Hallis está clavada en el suelo cuando paso junto a él, y no puedo evitar pensar que sabía que esto iba a pasar. Creo que los dos lo sabían.

No hay tiempo para detenerme en mis pensamientos ni en el temblor de mis manos cuando cruzo el umbral del palacio. Caminamos por un pasillo largo, y cada paso sobre el suelo pulido suena como el tictac de un reloj en una cuenta hacia atrás. Cruzamos otra puerta, y lo primero que capta mi mirada es el techo, dorado y reluciente, con nuestros reflejos devolviéndonos la mirada desde lo alto. Me marea y bajo la vista enseguida. Las columnas recorren la sala hasta la escalera al fondo de la estancia, y no puedo evitar pensar que el diseño está pensado para hacer que cualquiera que entre aquí se sienta... insignificante.

Una hilera de soldados con casco están apostados a lo largo de la sala, las palmas apoyadas en las empuñaduras de sus espadas aún enfundadas, con las puntas hacia el suelo. Frente a ellos, deambulan hombres que obviamente no reconozco, pero por la elegancia de sus ropas y joyas, supongo que son miembros de la corte del rey. Algunos de ellos pueden ser incluso señores que han viajado desde sus provincias para presenciar mi llegada. Parece que sus esposas y consortes también disfrutarán del espectáculo, ya que veo otros grupos de personas más adentro en la sala.

Sigo a Acker, me detengo al pie del estrado. Las miradas se apartan pronto de mí cuando el rey hace su aparición.

Lo veo salir por el pasillo detrás de nosotros, y pienso que el padre de Acker no es para nada como me lo esperaba, aunque no por la altura y complexión mediana y modesta del hombre —que, según dicen, tiene tres siglos—. Es apuesto, sí, pero en todos los demás aspectos es común y corriente. Su capa, más ornamentada que la de Acker, se arrastra por el suelo mientras avanza.

Sonríe ampliamente, con una expresión tan parecida a la de Acker que duele verla en otro hombre, y levanta los brazos en un abrazo abierto.

—Hijo —llama con voz melodiosa.

Los ojos de Acker brillan mientras sube los escalones y rodea con sus brazos los hombros de su padre. Aunque el hombre es de menor estatura, emana autoridad mientras se separa para mirarlo.

—Estás algo delgado —dice, ajustando la capa sobre los hombros de Acker—. ¿Cómo te ha ido, hijo?

Acker, con un aire más juvenil de lo que jamás le he visto, se sonroja levemente bajo la mirada evaluadora de su padre.

—Me alegra estar en casa.

El rey asiente.

—Bien, bien.

Guía a su hijo hacia los tronos gemelos en el centro del estrado, dorados, ornamentados y desmesurados en todos los sentidos. Luego se vuelve hacia la multitud expectante, aparta su capa a un lado y, al sentarse, clava la mirada en mí.

—Arrodillaos —ordena a la congregación.

Se oye un revuelo de movimientos mientras cabezas y rodillas se inclinan ante la voluntad del rey. Miro a mi izquierda y veo a Hallis sobre una rodilla, la mano cercenada apoyada sobre la otra. Acker

sigue de pie frente al trono, junto a su padre. El silencio es asfixiante.

Estoy completamente sola frente al estrado. Miro a Acker, sin saber qué se espera de mí. Él asiente levemente por toda respuesta, y un sabor amargo me sube a la boca cuando bajo la vista al suelo de mármol y mis rodillas la siguen enseguida. El frío cortante de la piedra me atraviesa el pantalón.

Hay un largo periodo de espera, en el que lo único que puedo oír es el latido de mi corazón y el torbellino de pensamientos en mi cabeza. Me atrevo apenas a alzar la vista a través de las pestañas, y veo cómo Acker ocupa su lugar en el otro trono, igual de ostentoso.

Solo entonces el rey da otra orden.

—Levantaos.

Se produce otro revuelo de movimientos al incorporarse todos. Todos menos yo. Permanezco sobre una rodilla, pero alzo la vista hacia los dos hombres que me observan desde lo alto. Hay una expresión en los ojos de Acker, una inclinación concreta del mentón y una intensidad en su mirada que nunca antes le había visto.

He visto al soldado y su arrogancia. He visto al luchador y al destructor de hombres, entrenado para matar sin pensarlo dos veces, y también he visto al protector atento. Incluso he visto al chico que busca la aprobación de su padre, hace apenas un momento.

Pero esta es la primera vez que veo la inclinación al poder que se oculta debajo. Sentado en un trono de metal, rodeado de cortesanos con joyas relucientes, en un palacio cubierto de oro. El poder que tiene para controlar los metales podría arrasar este edificio y a todos los que están dentro.

Nunca he tenido más miedo de él que ahora. Casi me quedo sin respiración al darme cuenta.

—Jovinnia —dice el rey, atrayendo por fin mi atención—. Sois muy generosa. Gracias. Por favor, levantaos.

Como si hubiera estado esperando su permiso, mi cuerpo se pone en pie por sí solo.

—Gracias, su majestad —digo, orgullosa de la firmeza con la que logro pronunciar esas pocas palabras.

Me digo a mí misma que no debo mirar, pero los ojos de la gente a los lados de la sala pesan sobre mí, y no puedo evitar echar un vistazo rápido. Después de haber sentido la ira del pueblo llano, espero encontrar la misma hostilidad entre los nobles.

Pero lo que no espero es la risa apenas contenida en muchas de sus miradas, como si hubiera un chiste del que yo no me he enterado.

El rey vuelve a reclamar mi atención desde su sitio.

—No puedo expresar lo feliz que estoy de veros viva después de todo este tiempo. Os habéis convertido en una mujer deslumbrante.

De algún modo logro dibujar una sonrisa.

—Gracias, su majestad.

Hay una pausa mientras me observa, recorriéndome con los ojos oscuros. Solo entonces me doy cuenta de que aún emito un leve resplandor. Intento cubrir la piel expuesta de mis brazos con las manos, provocando que algunos desconocidos suelten risitas ante mi torpeza.

—No hay nada de lo que avergonzarse, princesa. Todos tuvimos problemas para controlar nuestra magia cuando era nueva.

Los ojos se le arrugan en las comisuras al sonreír, revelan la edad que hay tras su piel aparentemente impecable.

—Espero que aceptéis mis disculpas en nombre de mi gente. A veces pueden ser demasiado entusiastas.

Levanto las cejas por su elección de palabras, pero me guardo los pensamientos para mí.

—No hay nada que perdonar.

Hay algo en su sonrisa que me dice que no termina de creerme, pero aun así inclina la cabeza en señal de aceptación.

—Eso es muy cortés por vuestra parte.

Mira a su hijo.

—Es una excelente Heredera.

La sonrisa de Acker en respuesta es conciliadora, su mirada pasa de su padre a mí.

—Bueno, seguro que estáis agotada tras tanto viaje. Stassia —llama, y una joven menuda aparece desde una de las habitaciones laterales—. ¿Acompañarás a la princesa Jovinnia a su habitación?

—En realidad, padre —dice Acker, dando un paso al frente—, Jovie y yo querríamos hablar contigo.

Su padre responde sin apartar de mí la vista.

—Ha sido un día agotador, hijo. Debemos ofrecer a nuestros invitados algo de tiempo para descansar. Estoy seguro de que no es nada que no pueda esperar hasta la cena.

Miro a Acker buscando orientación, y él asiente una sola vez, aunque con disgusto. Stassia, la doncella que espera, me indica que la siga. Me cuesta apartar los ojos de Acker, hacer que mis pies se alejen de la presencia firme de Hallis, pero de algún modo obedezco.

Sigo a la joven fuera de la sala del trono, finjo que las miradas que siento clavadas en mi espalda no son tan duras como parecen. Llegamos a una escalera que se divide en dos direcciones. Tomamos la de la izquierda, seguimos por el pasillo principal hasta que termina en otro giro a la izquierda. El mismo oro pulido que decoraba el techo cavernoso de la poco acogedora sala de audiencias adorna los marcos de las puertas y los pomos. Hay alfombras ornamentadas

por todo el pasillo, y me siento fatal por pisarlas con mis botas desgastadas.

Stassia, la joven doncella, se detiene frente a una de las puertas. Su voz es apenas un susurro cuando dice:

—Estas serán vuestras habitaciones.

Abre la puerta para que entre primero y da un paso atrás con rapidez al pasar. Estoy casi segura de que le tiemblan las manos, pero finjo no darme cuenta.

La habitación es más grande que cualquier cabaña en Alaha, incluso la del capitán. *Decadente* es la única palabra que se me ocurre para describir los ricos tapices y las paredes decoradas, la cama enorme cubierta de cojines y mantas mullidas, y la puerta de cristal grabado que da a una terraza exterior.

—Hay una sala de baño justo tras esa puerta —dice Stassia desde el umbral de la entrada—. Enviaré jabones y también una muda de ropa. Si necesitáis ayuda, hay una campana. —Señala la cuerda que cuelga del techo junto a la cama.

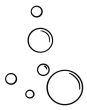
No alcanzo a darle las gracias del todo antes de que se marche, cerrando la puerta tras de sí. De pie en medio de la habitación, vuelvo a observar todo a mi alrededor, temerosa de tocar nada por miedo a ensuciarlo.

Por muy opulento que sea todo, lo encuentro profundamente grotesco.

Solo el palacio rivaliza en tamaño con todo Alaha. La ciudad es diez veces más grande que el bosque, con una cantidad innumerable de personas en ella y, sin embargo, nunca me he sentido tan sola. El miedo y la incertidumbre amenazan con hacerme llorar, pero reprimo el llanto con el recordatorio de que estoy aquí por una razón. Por muchas, en realidad. Y no hay espacio para la autocompasión.

Decido quitarme las botas antes de cruzar la habitación hacia la terraza. Una brisa de aire fresco me recibe cuando salgo. La ciudad más allá de los muros del palacio sigue sumida en la oscuridad, pero ahora todo parece en calma en las calles de abajo.

Es en mi mente donde continúa resonando su odio.



Capítulo 45



Los sentimientos de autocompasión se evaporan en el instante en que me hundo en la bañera de cobre. El agua está casi hirviendo, y hace maravillas para disipar la oleada de emociones que he estado intentando contener.

La bañera está junto a un banco repleto de más jabones y toallas de las que podría necesitar jamás.

Olfateando entre la variedad, me decido por un jabón morado que me recuerda al campo de flores donde Acker y yo comimos fresas juntos. Me froto cada centímetro del cuerpo y me lavo el pelo tres veces antes de darme por satisfecha. Entonces me relajo en el agua que me cubre hasta el cuello. Me permito este respiro, me dejo disfrutar de un lujo que nunca imaginé que llegaría a experimentar en mi vida. Consigue que el pequeño depósito de agua de uso exclusivo de mi cabaña, que antes me parecía tan especial, se quede en nada.

Después de quedarme dormida dos veces casi sin darme cuenta, salgo del agua con la piel enrojecida y casi en carne viva, ya sin ningún tipo de resplandor, y me envuelvo en una toalla. Me cuesta reunir fuerzas para llegar hasta la cama, donde me dejo caer. Siento que respiro de verdad por primera vez en semanas.

—Veo que ya estás disfrutando de las comodidades de palacio.

Me incorporo de golpe, pero dejo escapar un suspiro de alivio al ver a Beau descansando en uno de los mullidos sillones.

—Por cien mil perros rabiosos —murmuro—. Casi me da un infarto.

Con las piernas colgando sobre el brazo opuesto al que apoya la cabeza, sonríe mientras enreda la cuerda metálica entre las manos.

—Bien. Así te acordarás de no bajar nunca la guardia —dice, dejando la cuerda sobre el respaldo del sillón—. Aquí no se puede.

—¿Qué te pasó? —Me ajusto la toalla al pecho—. Desapareciste en cuanto llegamos.

Pone los ojos en blanco, pero no con su sarcasmo habitual.

—Tuve que ocuparme del campesino que pensó que eras un buen blanco para su fruta podrida.

—¿Ocuparte...? ¿Cómo? —pregunto mientras me escurro el exceso de agua del pelo.

—Ya lo verás —responde. No da más detalles.

—¿Y qué haces aquí?

Se incorpora y señala con el pulgar las prendas limpias colgadas en el otro sillón.

—Traer tu ropa. Por lo visto, asustaste tanto a la pobre Stassia que ahora todas las doncellas están alborotadas y se niegan a atenderte. Así que...

Hace un gesto hacia sí misma.

Me toca a mí poner los ojos en blanco.

—No le hice nada —me defiendo.

—Lo sé, pero mi padre insistió en que yo dé ejemplo, así que seré yo quien te acompañe a la cena y adonde sea que quieras ir hasta nuevo aviso.

¿Quien me acompañe?

—Será divertido —añade, pero el cansancio se le nota en cada gesto.

No hace falta que diga que necesita un respiro, tal vez algo de comida y una noche decente de sueño antes de enfrentarse a otro día lleno de personas con emociones intensas. Sobre todo si va a tener que acompañarme a mí, precisamente.

—Bueno —digo, bajo de la cama absurdamente alta—. Esta noche no necesito de tus servicios.

Rebusco entre los montones de ropa hasta encontrar la interior, que me pongo debajo de la toalla. Es la ropa interior más suave que ha tocado jamás mi trasero, eso seguro. Ropa interior de mantequilla.

Beau inclina la cabeza.

—¿No quieres ir a la cena?

—¿Y soportar más juicios pasivo-agresivos sobre mi regreso? —Le dedico una sonrisa sarcástica, una mirada de complicidad con la esperanza de que entienda lo que no digo.

—Paso.

Una chispa se le enciende en los ojos.

—Acker se preocupará si no te llevo a la hora acordada.

Me encojo de hombros como si no me importara.

—Que se preocupe.

Ella me devuelve una sonrisa, como si le gustara que no me afecte la necesidad de Acker de saber todo lo que hago en cada momento, pero su expresión se apaga pronto, sofocada por un bostezo.

—En ese caso, no insistiré más.

Le lanzo el camisón que tengo en las manos.

—Ve a dormir.

Vuelve a enrollarse la cuerda alrededor de la muñeca, dejando que el resto cuelgue en el hueco del codo, y se pone en pie,

enfrentándome de frente. Somos de la misma estatura, pero tiene algo que me hace sentir más pequeña. Como si fuera una prueba, un reto para que no me aparte.

Después de un momento, me sonríe.

—Estaré aquí a primera hora.

—Y trae más ropa interior.

Se ríe al girarse hacia la puerta.

—Hecho, princesa.

Mientras sale, cruzo la mirada con los dos soldados que merodean frente a mi puerta, en el pasillo. No reaccionan ante mi ropa —o la falta de ella—, pero hay algo en la mirada del de la derecha que no me gusta. Cierro la puerta y echo el cerrojo.

Al menos, las celdas en Alaha no fingían ser otra cosa que lo que eran. No necesito que mi celda sea cómoda. De hecho, preferiría que no lo fuera, pero supongo que las mendigas no pueden elegir.

Ordeno rápidamente las prendas, las cuelgo en el armario y guardo la ropa interior y los camisones en la cómoda. Pruebo la silla que Beau dejó vacía, colgando las piernas por un lado como hizo ella. Me doy cuenta de que el techo está pintado: nubes y ráfagas de luz solar que imitan el cielo. Es una imitación mediocre, pero puedo apreciar el arte, aunque parezca pobre en comparación con los adornos dorados que he visto en otras partes del palacio.

Se me empiezan a cerrar los ojos. Miro la cama. Está muy muy lejos. Demasiado lejos para levantarme ahora, cuando esta silla es más cómoda que cualquier sitio donde haya dormido en mucho tiempo. Servirá.

Sueño con perros. Muchos, muchísimos perros a mis pies. Están sobre las patitas traseras para coger la comida que tengo en las manos. Les doy trocitos de pan. El sonido que hacen al masticarlo me hace sonreír.

Entonces hay demasiadas imágenes, sonidos y olores. Estoy de pie en un salón comedor. Las voces de la multitud reverberan contra el techo dorado, crean una cacofonía de conversaciones confusas. Las mesas a ambos lados de la sala están cargadas con una cantidad de comida que nunca había visto: bandejas y más bandejas de frutas frescas, verduras, carnes. La gente merodea alrededor, picotean de las abundantes raciones, mientras otros se sientan a comer.

Pasan junto a mí sin prestar atención, como si no existiera; una chica medio desnuda en el centro exacto de la congregación bulliciosa.

La multitud se abre, y veo a Acker, rodeado por un pequeño grupo de admiradores entusiastas. Todos compiten por su atención. Los hombres, sí, son entusiastas, pero las mujeres..., las mujeres no tienen rival en su empeño.

Él se esfuerza por mirar a quien habla, pero todos luchan por mantener su atención, así que su mirada no se queda en nadie más de una frase o dos. Parece interesado, asiente, sonríe en los momentos adecuados. Alguien dice una broma, y él se ríe, con los ojos arrugándose en las comisuras.

Pero nada de eso es genuino. Lo sé con certeza, porque todo desaparece cuando me ve. Su sobresalto es visible, y sus ojos se enfocan, ganan nitidez al observar mi piel expuesta. La toalla apenas logra cubrir lo más comprometido.

La chica más cercana a él nota que se ha distraído, y gira el rostro para seguir su mirada. El pelo se aparta de su cara, deja ver su belleza. Mira a un lado y a otro, frunciendo el ceño, confundida, antes de volverse hacia Acker otra vez y tocarle el antebrazo para captar su atención. Él reacciona, saliendo de su asombro, y la mira

con esos ojos oscuros diseñados para atraer a los demás. Eso me provoca un escozor en el pecho que no me gusta.

Pero no puedo quedarme ahí enganchada. No. Ahora es el momento de poner a prueba los límites del vínculo, de ver qué puedo hacer dentro de sus confines.

Mantengo la mirada fija en Acker mientras avanzo descalza por el suelo de mármol.

Él se apresura a despedirse, esquivando a la chica hermosa. A medida que avanzo entre la multitud, nuestras miradas se encuentran y se pierden una y otra vez entre los cuerpos. Está lo bastante cerca como para oírme tras apenas unos pasos.

—Estoy enfadada contigo —le digo.

Él avanza entre la gente que deambula.

—¿Ah, sí? —dice, apartando con indiferencia a alguien que intenta detenerlo, con una mano en el hombro.

Deslizo la mano por una mesa y tomo un tenedor.

—Sí.

Sus ojos se mueven nerviosos, asegurándose de que nadie vea el tenedor levitar mientras pincho un trozo de melón. Me lo acerco a la boca, pero Acker me lo arrebata con su don, atrayendo el metal.

—Dime por qué —dice, dejando la fruta atravesada en otra mesa.

—Es una lista larga.

Se va acercando, y su movimiento me retrotrae muchas semanas atrás, cuando estábamos en el Mercado, cómo me persiguió y cambió mi vida para siempre.

Toma una copa y bebe, la usa como excusa para que nadie se le acerque, evitando el contacto visual.

—Empieza por el principio.

—Primero —digo, esquivando su intento de agarrarme—, me paseaste por tu ciudad como a un caballo de exhibición.

—Mejor eso que llevarte al establo para sacrificarte como a uno cojo.

Me detengo al llegar al muro de vitrales. Las linternas proyectan reflejos en los cristales de colores, hacen imposible ver hacia fuera. Mi reflejo brilla frente a mí, y puedo ver el de Acker sobre mi hombro.

Me giro para enfrentarlo.

—Estás haciendo un trabajo pésimo intentando disculparte.

Sonríe mientras apoya una mano en el alféizar junto a mí. Para cualquiera, es simplemente un hombre contemplando su bebida. Para mí, parece uno de los dioses del cielo que bajó a seducirme. Sobre nosotros, las llamas parpadean en la lámpara y proyectan luces y sombras que le bailan sobre las facciones, atrayendo atención hacia las pestañas, que se curvan sobre las mejillas.

—Estoy esperando a escuchar toda la lista —dice, desliza la mirada por mi pecho y luego hacia la abertura de la toalla en la parte superior de los muslos—. ¿Cuáles son el resto de mis pecados?

—Me dejaste sola ante tu padre. —Me esfuerzo por respirar hondo y mantener la calma, sin querer mostrar cuánto me afecta—. Supongo que sí, que es comparable a llevar un caballo al matadero.

Esto provoca que reaccione de inmediato; sus rasgos se endurecen ante mi acusación.

—¿Eso es lo que piensas?

—No seas condescendiente, Acker.

Remueve el líquido oscuro de la copa, con la mandíbula tensa.

—Entiendo que no conozcas las costumbres de mi gente, y no te culpo por ello, pero todos deben presentarse ante el rey al llegar. Es lo habitual.

—Oh, fue maravilloso —digo, con sarcasmo—. Conocer al padre de mi vínculo, sola, frente a toda la corte real que se rio de mí por el

uso infantil de mi don. Todo mientras estaba cubierta de tomate podrido.

Se incorpora por completo, se bebe el resto de la copa antes de dejarla en el alféizar.

—Tienes razón. Eso no fue justo.

Levanto una ceja, sorprendida por su admisión.

—Nada en nuestras vidas es justo, Jovie —dice, con los ojos oscuros fijos en los míos.

La sinceridad en su voz me descoloca.

—Supongo que simplemente esperaba... —No termino la frase, demasiado avergonzada por lo que sigue como para decirlo.

Pero él lo capta de todos modos, y una sonrisa suaviza el golpe a mi ego.

—No hay nadie en esta corte ni en este mundo ante quien no seas capaz de mantenerte en pie. —Desliza la mano por el cristal, fingiendo seguir las luces reflejadas hasta llegar a mi hombro, donde traza la piel con el dorso de los dedos sin llamar la atención—. ¿Cómo está tu mano?

Levanto la palma para mostrarle la herida, que ya forma una costra. Pasa el pulgar por la carne rosada, y luego se la lleva a la boca, donde lame suavemente la zona con la lengua. Un rayo me atraviesa el estómago hasta el centro. Me atrevo a mirar alrededor, asegurándome de que nadie vea a su príncipe haciendo cosas indecentes con la boca, pero nadie en el salón parece notar nada.

No me suelta la mano, la atrapa entre nuestros cuerpos mientras se inclina, apoyando los labios junto a mi oído.

—Estoy hambriento, Jovie. No vuelvas a aparecer sin ropa.

—¿O qué? —digo, sin reconocer mi propia voz.

Con los labios rozando el borde de mi oreja, inclina su pelvis contra la mía, revelando su erección.

—O te haré enfrentarte por fin al deseo que tanto te esfuerzas en fingir que no existe entre nosotros.

Aspiro con fuerza, odio cómo sus palabras avivan el fuego que arde en mi interior.

Se aparta lo justo para que pueda ver en su mirada el mismo calor que hay en la mía.

—Será mejor que despiertes. —Entonces toma la copa del alféizar y se vuelve para hablar con un hombre que se acerca, recuperando el gesto amable. Como si los últimos momentos no hubieran ocurrido.

Agradezco la oportunidad de salir, camino rápido hacia las puertas del gran salón. No sé adónde voy. El palacio es enorme, pero no disminuyo el paso mientras encuentro la escalera más cercana y la subo de dos en dos. Sus molduras oscuras y los pasamanos no se parecen en nada al oro que recuerdo del camino a mi habitación.

Acabo de llegar al descanso cuando veo un cachorro en el último peldaño. Da un saltito hasta el siguiente peldaño, sin dejar de olisquear el aire con su naricita, y sigue descendiendo. Sigo avanzando, tomo el primer pasillo que encuentro, y me detengo en seco al ver otro cachorro. Y otro más. Tres, para ser exacta.

Qué raro.

Pasando sobre los animales, miro hacia arriba y veo el doble de ellos otra vez. Se están multiplicando. Uno salta hacia mí, y me agacho para cogerlo, acuno al suave animalito en el pecho y le rasco detrás de las orejas. Entonces abre la boca revelando unos colmillos largos y afilados, y lo suelto.

Parpadeo y estoy en otro lugar completamente distinto, un invernadero cubierto de nieve.

—Jovie —llama una voz.

Me giro hacia el cachorro y despierto sobresaltada, intentando sostener en el regazo a un perro que ya no tengo. La habitación está oscura, el aceite de las linternas se ha agotado. Y estoy sola.

Encuentro la camisola que había sostenido antes y me la pongo. La cama se ve mucho más atractiva ahora, y me deslizo entre las sábanas con un suspiro pesado. Estoy tan cansada que cuando la puerta se abre, ni siquiera me muevo. Si alguien ha venido con malas intenciones, aceptaré mi muerte como una misericordia. O quizá no tengo miedo porque ya sé quién es por la silueta de su figura. La atadura responde con un leve dolor.

Se desata las botas y las lanza descuidadamente al suelo mientras se acerca a la cama. Mis ojos ya se han acostumbrado lo suficiente para distinguir bien la forma de su cuerpo mientras se quita la camisa y luego los pantalones, antes de meterse en la cama solo con la ropa interior.

De alguna manera encuentro la energía suficiente para usar la voz.

—Esto no es apropiado —le recuerdo.

Él me toma por la cintura bajo las sábanas, llenándome la nariz con su aroma mientras me acerca hacia él.

—Te lo dije: una vez que lleguemos a palacio, dormiré donde tú duermas.

—Creo que esas no fueron las palabras exactas.

Gime contra la suave ropa de cama, acomodando las mantas sobre ambos.

—No voy a dejar que los cotillas me impidan ayudar a mi vínculo a descansar mejor. —Entreteje sus piernas con las mías y me posa la palma de la mano en la cadera—. Habría venido antes, pero esperaba acorralar a mi padre durante la cena para hablar sobre la anulación del compromiso.

Sé que debería sentirme mal por compartir la cama con un hombre comprometido, pero no puedo. Estoy casi segura de que no quiero salir de esta cama nunca. Nunca.

—¿Y?

Su suspiro es respuesta suficiente.

—No apareció. Pregunté a su ayudante dónde podía estar, pero no fue claro.

Mmm.

Le coloco la mano sobre la musculatura del pecho, sobre el corazón. Se queda quieto. Es la primera vez que inicio el contacto por mi propia voluntad. No hay segundas intenciones ocultas ni tensión detrás de mi gesto, solo un simple deseo de sentirlo. Deslizo la palma por el pecho, recorro con los dedos la curva del músculo donde se une al hombro. Lentamente, la tensión de su cuerpo se desvanece mientras exploro partes de él que hasta ahora solo había podido admirar de lejos.

Él sigue mi ejemplo, usando mi invitación silenciosa para explorar también, su mano en mi cadera se desliza por la curva de mi cintura hasta llegar al borde de mi camisola. Con suavidad mete la mano bajo la tela y suspira al sentir mi piel desnuda bajo su palma. Un pulso lento y agonizante de deseo me recorre el cuerpo.

—No iba a ponerte en un carruaje como si fueras un secreto vergonzoso —dice, acariciándome la leve curva de la espalda.

Es difícil concentrarse en sus palabras cuando sus dedos alternan entre toques ligeros como plumas y presiones firmes a lo largo de mi columna.

—Mi padre puede tener la mayoría del poder, pero yo tengo el favor de la gente. Quería que vieran que estoy a tu favor y no me da vergüenza llamarte mi vínculo.

Siento el corazón en la garganta mientras absorbo sus palabras. Mantengo la mirada en mi mano, evitando la intensidad de sus ojos, mientras deslizo los dedos por su garganta, recorriendo la nuez de Adán.

No puedo ocultar el dolor de mi voz.

—Aun así, parecían poco contentos de que viajara contigo, a pesar de lo mucho que te aman —susurro.

—No hay tanta oposición a tu regreso como te parece —dice, y la voz le vibra en la garganta bajo las puntas de mis dedos—. Es una pequeña aunque ruidosa fracción en comparación con los que te reciben con los brazos abiertos. Dales tiempo. Los temerosos cambiarán de opinión.

Está pidiendo paciencia para su gente.

Le deslizo la mano por el centro del pecho hasta sentir de nuevo el latido firme de su corazón bajo mi palma.

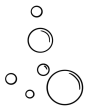
—Está bien.

Él me mete una mano bajo el cuello, hunde los dedos en el pelo de la nuca, tira de mí para inclinar mi cabeza hacia su boca ansiosa.

—Y me gustaría pasear a mi caballo premiado unas cuantas veces más.

Aprieto la piel de su costado, pero todo lo que hace es sonreír mientras acerca la cabeza para besarme. No hay duda por mi parte cuando lo recibo por completo, usando la somnolencia que me nubla el juicio como excusa para dejarme ir.

Al menos eso me digo a mí misma.



Capítulo 46



Beau entra en mi habitación justo cuando Acker termina de ponerse la camisa de la noche anterior.

—Ah, así que era esto de lo que cuchicheaban las sirvientas esta mañana —comenta, con una sonrisa descarada.

—Ya se iba —digo, sintiendo una punzada de pánico en la voz.

Los ojos melosos de Acker se desvían hacia mí, todavía tumbada en la cama. A pesar de que no fue más que una noche de besos seguida del sueño más profundo que recuerdo haber tenido en mi vida, me arden las mejillas. Lo cual solo provoca que su sonrisa se ensanche.

—Puaj. —Ella saca la lengua y hace un ruido de arcada exagerado —. Cogeos una habitación.

A Acker no le hace mucha gracia la broma de su hermana.

—Estás en ella.

Beau se deja caer en una de las sillas, alzando una ceja.

—¿Mejor?

—No sabrás dónde está nuestro padre, ¿verdad? —pregunta él mientras se sienta para ponerse los zapatos.

—Ni idea —responde ella—. No lo he visto desde que volvimos. Gracias a los dioses —añade en voz baja.

A Acker no le gusta su respuesta, pero se esfuerza en mantener una sonrisa educada.

—Pórtate bien con Jovie hoy, ¿vale?

Beau sonríe.

—La tomaré bajo mi protección.

Aunque lo dice en tono burlón, veo gratitud en los ojos de Acker cuando asiente levemente. Se levanta y camina hacia la cama, apoya las manos a ambos lados de mis piernas.

—Tómate el día para descansar. Explora el palacio. Come —dice, sonriendo al oír el gruñido de mi estómago—. Mañana por la mañana, te llevaré a empezar el entrenamiento.

Se inclina y me besa con suavidad.

—Estoy deseando verte con una espada en la mano.

En mi interior, suelto un gemido ante la idea, pero dejo que me bese de todos modos.

—¿Eso ha sido una insinuación? —pregunta Beau, haciendo una mueca de asco.

Me río y empujo a Acker con una mano en el pecho.

—No hagas preguntas cuyas respuestas no te van a gustar, Beau.

Beau vuelve a hacer un sonido de arcada, quizá de verdad esta vez, y Acker ríe mientras se dirige a la puerta. Sus ojos no lo pierden de vista hasta que la puerta se cierra, ocultándolo, y me sorprende ver preocupación en su expresión cuando me mira.

Rápidamente, parpadea para disimularlo.

—¿Vamos a quedarnos en la cama todo el día?

Por mucho que me atraiga la idea, mi estómago grita pidiendo comida. Beau espera mientras voy al baño y me visto. Los pantalones suaves y la blusa azul a juego me quedan perfectos. No puedo evitar pasar las manos por la tela. Es tan distinta a los cortes ásperos y simples de Alaha, que me va a costar acostumbrarme.

—Chicos —saluda Beau a los guardias apostados a mi puerta cuando salimos—. Tomaos el resto del día libre.

Mi menos favorito de los dos me lanza una mirada antes de marcharse. Beau los observa mientras se alejan por el pasillo antes de mirarme.

—¿Y eso a qué ha venido?

—No lo sé —respondo con sinceridad—. Pero no me gusta.

—A mí tampoco. Tiene un aura desagradable. Deberías decírselo a Acker.

—¿Para qué?

—Son sus hombres —responde, se da la vuelta y nos lleva en la dirección opuesta a la de anoche cuando me escoltaron a mi habitación—. Nuestro padre quería ponerte un collar, pero Acker lo convenció de que dejaran a dos hombres de su grupo vigilándote en su lugar.

—¿Un collar?

Se toca la base del cuello.

—Un supresor para atenuar tu magia. Cualquiera con dones que no forme parte del séquito del palacio está obligado a llevar uno, pero tu falta de control preocupa a los regentes. Creen que eres demasiado peligrosa sin la formación adecuada.

Pasamos junto a una sirvienta que sale de otra puerta del pasillo. Se queda congelada, abraza la ropa de cama contra el pecho, con la mirada clavada en mí mientras pasamos, como si tuviera miedo de moverse. Rápidamente, desvío la vista.

—No hagas eso —me reprende Beau—. No te acobardes.

Sé que no debería, lógicamente, pero... odio la idea de incomodar a alguien.

Beau se detiene, sus ojos afilados me clavan en el sitio.

—Su temor hacia ti no es culpa tuya ni es tu problema. ¿Entendido?

Me quedo un momento sin palabras por la fuerza y belleza que irradia, mientras sonrío ante la contradicción de ambas con sus palabras de reproche.

—Estás prestando mucha atención a mi aura —comento.

Ella pone los ojos en blanco, pero veo la sonrisa mientras reanudamos el paso.

—Hoy está especialmente ruidosa.

No necesito preguntarle a qué se refiere, porque casi puedo ver la satisfacción que irradio incluso sin la ayuda de la magia de Beau, sabiendo que la causa de mi felicidad es el hombre que durmió en mi cama anoche.

Beau me lleva a la cocina, pasando por alto el desayuno que se sirve en el comedor.

—Lleno de fanfarrones y cotillas —dice.

Hay una incomodidad palpable entre el personal de cocina, pero se relajan en presencia de Beau. Es evidente que la conocen bien, y le pregunta a una de las ayudantes de cocina por su incipiente barriga de embarazada, lo que alivia aún más la tensión en el aire. Nos sirven platos llenos de huevos, salchichas y unas pequeñas tortas planas con un aderezo de azúcar que llaman *pancakes*. Se me escapa un gemido, y todas ríen al ver cómo me ruborizo.

—Esto es lo mejor que he comido en mi vida —les digo.

Henry, el cocinero, golpea la encimera con un trapo antes de pasar a su siguiente tarea.

—Aún no os habéis sorprendido de verdad, princesa. Ya veréis.

Solo logro comerme un cuarto de lo que me han servido, pero no parece molestarles cuando recogen los platos. Luego, Beau me lleva de visita. Empezamos por la sala de estado, el lugar donde el rey nos recibió a nuestra llegada. Desde ahí, el complejo se ramifica en cuatro cuadrantes, como un cuadrado de bordes redondeados con

un enorme patio central. Descubro que mi habitación está en el ala oeste del complejo.

Mientras avanzamos por los pasillos, empiezo a notar que la mayoría del palacio está desocupado. Las habitaciones están completamente amuebladas, pero vacías. Es un despilfarro nauseabundo si se compara con los estrechos alojamientos de Alaha, donde la gente vive apilada, una habitación sobre otra, como sardinas en lata.

Beau me explica que el rey mantiene todo el año a sus consejeros más cercanos en la corte, pero que la mayoría de los lores y la nobleza de Kenta solo permanece allí durante periodos breves, cuando es necesario. Muchos acudieron cuando el rey avisó de mi inminente llegada, así que el palacio está más lleno de lo habitual en décadas. Encontramos que la mayoría de los ocupantes actuales se concentran en el corredor interior que da al patio.

Las cabezas se vuelven para mirarnos al pasar entre la multitud. En comparación, podríamos parecer vagabundas. Los hombres y mujeres van vestidos con sedas y ropas tan opulentas que parece que asisten a una fiesta, no simplemente a pasear por la galería.

Aun así, mantengo el paso firme, la vista al frente, y me repito las palabras de Beau.

El pasillo ofrece un punto de vista perfecto para observar cómo entrenan los soldados en el patio. El sonido del metal y los gruñidos de esfuerzo resuenan por las paredes abiertas del palacio. Organizados en distintos espacios, los soldados realizan ejercicios de fuerza y acondicionamiento muy parecidos a los que hacemos en Alaha.

Examino a los soldados hasta que distingo a Acker entre el bullicio, observando un combate en el centro del patio. Se inclina hacia Hallis, comenta el enfrentamiento con los brazos cruzados

sobre la camisa empapada de sudor. Su piel enrojecida brilla bajo el sol del mediodía. Trago saliva para quitarme el exceso de humedad en la boca.

Como si sintiera mi mirada, alza la suya hacia mí, y una sonrisa se insinúa en sus labios al sorprenderme observándolo desde la galería. Hallis nota la distracción de Acker, sigue su mirada hasta nosotras y también sonríe al vernos.

Beau resopla con fastidio.

—Los hombres son criaturas insoportables —dice, dándoles la espalda—. ¿Hay algo más que quieras ver?

—La biblioteca.

Es un largo paseo hasta el piso más alto. Las puertas están abiertas, como si invitaran a entrar a los eruditos y a los caminantes perdidos. Lo primero que me golpea es el olor: un aroma polvoriento de tinta, papel y cuero envejecido. Libros y pergaminos llenan las estanterías que recorren las paredes curvas, atrayendo la vista hacia el techo abovedado.

—Benditos dioses... —susurro, asombrada.

Una voz femenina me saca de mi asombro.

—No te olvides de los malditos. —Sonriendo por encima del borde dorado de sus gafas, la mujer se levanta del escritorio circular en el centro de la sala—. Todo el mundo invoca a los dioses buenos, pero los malos son mucho más interesantes.

Beau se sienta en el borde del escritorio, haciendo sonar la cuerda metálica contra la madera.

—Si crees en cuentos de hadas.

—Soy bibliotecaria, cariño. Por supuesto que creo.

Se abrazan durante un momento antes de separarse.

—Madre —dice Beau—. Te presento a Jovie, la princesa perdida de Maile.

¿Madre? Eso significa que Beau y Acker son solo medio hermanos.

—Jovie, te presento a mi madre, Greta.

La madre de Beau se acerca a mí y me toma las manos entre las suyas.

—Es un auténtico placer —dice, apoyando la frente sobre el dorso de mis manos.

Me desconcierta por completo y busco a Beau con la mirada, pero ella se limita a encogerse de hombros, como si no le sorprendiera en absoluto el gesto de su madre.

—Encantada de conocerte también —consigo decir.

—Perdona —dice Greta, me suelta y se ajusta las gafas—. A veces soy un poco intensa. Por eso me tienen confinada en la biblioteca.

La voz de Beau suena sarcástica.

—No es por eso.

—Chst —desliza Greta por la comisura de los labios.

Mis ojos se detienen en el collar que lleva, de un brillo tornasolado bajo la luz que entra por las ventanas. Me doy cuenta de que está hecho de piedra mangi.

—¿En qué puedo ayudarte? —pregunta con ojos brillantes.

—Eh... no lo sé, en realidad. —Miro de nuevo las paredes llenas de libros—. Solo he leído sobre las bibliotecas, nunca había visto una.

Eso deja a Greta absolutamente horrorizada. Profunda y sinceramente horrorizada.

—Déjame hacerte un *tour* —dice, agarrándome de la mano y tirando de mí.

Beau sonríe ante el entusiasmo de su madre.

—No es muy amiga de los límites personales —comenta al seguirnos.

—No es cierto —protesta Greta, aunque la cara de Beau dice otra cosa.

Greta nos guía por la escalera que serpentea entre las estanterías cargadas de libros. Hay descansillos espaciados de forma regular a medida que se sube por el perímetro de la sala principal, diseñados como espacios de lectura tranquilos o como acceso a escritorios empotrados en las paredes, de forma que el lector esté físicamente sumergido en la biblioteca mientras su mente se pierde en las páginas de los libros.

Cuando llegamos arriba, estoy casi sin aliento. Las semanas de viaje han afectado a mi resistencia, y ya sé que el entrenamiento matutino será un infierno.

—Bien —dice Greta, moviendo los dedos—. ¿Qué prefieres? ¿Misterio? ¿Drama? ¿Tal vez un poco de romance? —Alza las cejas con esa última opción, pero ninguna de esas categorías es lo que estoy buscando. Dudo y Greta debe percibir mi vacilación porque baja el tono—. Guardo la erótica detrás del mostrador.

Beau pone los ojos en blanco, pero es obvio que le tiene cariño a su madre. Ahora entiendo de dónde saca Beau su personalidad radiante.

Riendo, niego con la cabeza.

—Tal vez en otra ocasión. Estoy buscando información sobre vínculos de unión.

Greta arquea una ceja, su mirada es curiosa, pero acogedora.

—Tengo algo sobre eso.

Damos un rodeo por el nivel superior para que Greta pueda señalar colecciones de libros especialmente interesantes, y luego descendemos de nuevo toda la altura de la torre. Ella tira de una palanca metálica colgada de una cadena cerca de las enormes puertas de madera de la entrada, envía una vibración retumbante a

través de nuestros pies mientras estas se cierran, haciendo que algunos libros caigan de sus estanterías. No les presta atención y nos conduce hasta su escritorio, indicándonos que nos coloquemos en el centro.

—Aquí es donde guardamos los archivos.

Estoy a punto de preguntar dónde, ya que detrás del escritorio solo veo libros a medio encuadernar —eróticos, de hecho, a juzgar por los lomos ilustrados—, cuando ella acciona una palanca oculta bajo el mostrador y una parte del suelo se desliza hacia un lado. Aseguro los pies, para no resbalar hacia la oscuridad de abajo.

Greta murmura para sí mientras tantea algo más.

—Está por aquí, en alguna parte.

Entonces se oye el sonido de una cerilla encendiéndose antes de que una luz ilumine la escalera. Greta desciende primero, seguida por mí y luego Beau. La sala es una réplica diminuta de la biblioteca principal, aunque de algún modo parece contener aún más libros y pergaminos. Su estrechez la hace aún más imponente.

Greta camina por una estantería, inspeccionando los lomos hasta que encuentra el que busca y me lo entrega.

—Es muy antiguo, así que por favor, sé delicada y manéjalo con cuidado.

—Por supuesto —le digo.

Paso los dedos por el cuero repujado. *Uniones y otros vínculos*. Es pesado y tiene el doble de tamaño que mi libro de texto de primaria en Alaha.

—¿Puedo? —pregunto, señalando el escritorio.

—Normalmente no me importaría, pero ahora mismo estoy trabajando en algo —responde, hace un gesto hacia los textos abiertos—. Estos son mis estudios —dice, y señala con la mano a los libros abiertos—. Cualquier cosa que quieras, puedes llevártela

prestada mientras prometas no contárselo a nadie. Muchos de estos libros son libros prohibidos. —Me guiña un ojo con complicidad—. Mis favoritos.

Le doy las gracias y le pregunto si tiene algo sobre la historia de las portadoras de luz. No hace preguntas, simplemente encuentra el texto en una estantería cercana y me lo entrega. Me conformo con esos dos libros por ahora.

—Esto me mantendrá ocupada un buen rato.

Encuentro un rincón con escritorio en la biblioteca principal. Beau elige una novela de misterio mientras yo me sumerjo en el voluminoso libro sobre vínculos. Paso la mayor parte del día buscando cualquier información que pueda encontrar sobre los vínculos de unión, pero no hay mucho que no supiera ya.

Greta sube el almuerzo hacia el mediodía. Algunos rezagados entran en la biblioteca, pero ninguno se queda mucho tiempo al descubrir mi presencia. Es casi como si hubiera sido bendecida con el don de la repulsión además del de la luz. Casi me convenzo de ello, salvo porque el texto que leo indica que cada Heredera recibe un solo don.

También afirma que solo reciben una unión en toda su vida, si es que tienen la suerte de tener una. O la desgracia, dependiendo del texto. Es una recopilación de descubrimientos y observaciones de diferentes épocas, escritos por autores anónimos. Algunos cuentan historias de uniones tan estrechas que las personas no podían estar separadas, no podían existir la una sin la otra. Pero otros hablan de uniones desastrosas entre personas que se detestaban y del sufrimiento que provocaban a quienes las rodeaban. Hay una lista de uniones anteriores a la guerra: todos están muertos.

Suspiro y levanto la vista, y una cabellera dorada llama mi atención desde un nivel inferior de la biblioteca. Es la chica junto a la

que estaba Acker anoche. Es aún más hermosa a la luz del día. El carmesí de su vestido parece sangre descendiéndole por los tobillos. El collar de piedras *mangi* brilla cuando la chica se mueve, y sus ojos se encuentran con los míos desde abajo. Sonríe, y el gesto me deja tan desconcertada que tengo que recordarme devolverle la sonrisa.

Digo el nombre de Beau para llamar su atención.

—¿Mm?

Señalo sutilmente con la barbilla.

—¿Quién es?

Beau mira por encima de la barandilla y luego vuelve a mirarme, con una expresión extraña en los ojos.

—Es Irina.

Ya sé que voy a odiar la respuesta, pero lo pregunto igual.

—¿Quién es Irina?

—La princesa de Strou.

Los latidos me atruenan en los oídos y noto cómo se me enrojecen las mejillas mientras intento mantener la compostura, pero la sangre me hierve en las venas. No hay manera de ocultárselo a Beau. No con sus habilidades.

—¿No te dijo que estaba aquí?

Niego con la cabeza.

Ella maldice y pone los ojos en blanco.

—Qué idiota es.

Espero a que Irina se marche antes de decirle a Beau que quiero volver a mi habitación.

El impacto y la adrenalina empiezan a transformarse en una rabia sin filtros. Quiero coger el libro antiguo y tirarlo escaleras abajo, pero conservo la calma y cierro la tapa con una serenidad que no siento. Aun así, consigo dar las gracias a Greta, prometiéndole devolver el libro en unos días.

«Después de asesinar a Acker con él».

El camino de regreso a mi habitación transcurre en silencio. Estoy segura de que asusto aún más al personal con mi marcha furiosa por los pasillos, cada paso más firme que el anterior. Irrumpo en mi cuarto y me detengo al ver mi cama hecha, las sábanas lisas y las almohadas mullidas. La ropa sucia que dejé en el suelo ha desaparecido. Sin duda, obra de las sirvientas, que esperaron a que me fuera para limpiar, pero es el paquete colocado en el centro de la cama lo que capta por completo mi atención.

Miro a Beau en busca de una explicación, pero solo sonríe. Desato el lazo de cuerda del paquete envuelto para encontrar un cuaderno de bocetos y un lápiz de carbón, igual al que la familia de Kai solía regalarme cada año. Le doy la vuelta a la nota atada, y el aire se me atasca en los pulmones al leer las palabras escritas con letra pequeña y ordenada:

«Dibújame algo. Acker».

Lo lanzo sobre la cama y me dirijo al baño para darme uno. Es lo único que se me ocurre para calmarme en este momento. Abro el grifo y, mientras espero a que la bañera se llene, me concentro en respirar para sobrellevar el escozor en el pecho. Las manos me brillan.

Beau se apoya con despreocupación en el marco de la puerta, con las piernas cruzadas por los tobillos.

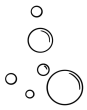
—Tu corazón no será el único que rompas, ¿lo sabes?

Sacudo las manos y el resplandor disminuye un poco.

—¿Ahora me vas a decir que también predices el futuro además de leer auras?

Sonríe.

—Mi madre sí lo hace.



Capítulo 47



Cuando Acker entra en mi habitación ya ha oscurecido y mi furia ha regresado con fuerza.

Va vestido con ropa negra sencilla, el pelo limpio y peinado hacia atrás. Ha vuelto a ponerse el aro en la nariz, y odio que el corazón se me acelere al verle. Solo sirve para avivar aún más el fuego de mi enfado.

Termino de trenzarme el pelo y lo ato con una goma.

—Beau dijo que querías llevarme a algún sitio.

Se acerca con paso relajado, y nuestros ojos se encuentran en el espejo del tocador cuando se inclina para besarme. Le doy la mejilla, y un destello de dolor le cruza el rostro antes de que consiga disimularlo.

—¿Todo bien? —pregunta, siguiéndome con la mirada cuando me pongo en pie.

Intento calmar mi corazón desbocado, no dejo que las emociones me dominen, pero el ardor en el pecho es casi imposible de ignorar.

—No —respondo, mirándole de frente.

Cruza los brazos y se apoya en el armario.

—Vale. ¿Te importaría explicarme qué ha cambiado desde esta mañana?

—Irina está aquí.

Su rostro se tensa un instante antes de asentir.

—Sí.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir?

—Debería habértelo dicho, sí. Pero no lo supe hasta la cena de anoche. Llegó mientras yo estaba fuera.

—Pasaste la noche en mi cama —le recuerdo.

Inclina la cabeza.

—Ya estabas enfadada conmigo. ¿Para qué añadir más leña al fuego mencionando a Irina?

Un relámpago de magia me quema el brazo y baja hasta la mano, que lanzo contra su cabeza.

Se agacha justo a tiempo para esquivarlo, y mi descarga mágica chamusca la madera del armario. Se eleva un humo del impacto. La sorpresa en su rostro se convierte en furia mientras me sostiene la mirada. La satisfacción me recorre las venas al saber que, por fin, siente un poco de la rabia con la que yo he estado lidiando todo el día. Dejo que el poder se me acumule de nuevo en la palma, lista para otro lanzamiento, la mano encendida con un resplandor amarillo.

—Jovie —advierte.

Lo ignoro y vuelvo a lanzarle una bola ardiente de luz. Casi le doy, y eso basta para romper su autocontrol. Se lanza hacia mí, con mirada furiosa. Me agarra de las muñecas, me arrastra hacia él con una facilidad pasmosa, recordándome lo fuerte y letal que es comparado conmigo.

—Si vuelves a usar tu magia contra mí, lo tomaré como una invitación para hacer lo mismo.

Mi agarre en su muñeca le quema con la magia que todavía me atraviesa.

—No puedes matarme. Juraste un pacto de sangre.

Su sonrisa es seca mientras me hace retroceder hasta el borde de la cama. La filigrana dorada del pie del marco se desprende y se me enrosca alrededor de los tobillos, me obliga caer sentada en el colchón. Con facilidad, se suelta de mi brazo y me sujeta las muñecas contra las rodillas, atándolas con la misma enredadera metálica.

Respiro entrecortadamente. Él apoya los puños cerrados a ambos lados de mis muslos y se echa un poco hacia atrás para contemplar su obra, sus ojos recorren mi cuerpo inmovilizado. Me arden el cuello y las mejillas de la humillación. Pero, a pesar de la rabia y la frustración, hay una parte de mí que disfruta empujándolo, deseando ver hasta dónde lo llevarían sus emociones. Estoy atrapada en una cama, estamos solos, y hay algo en el calor de su mirada que quiero experimentar en un nivel más primitivo.

Sus ojos se detienen en el enrojecimiento de mi piel; sus pestañas se alzan cuando se cruza con mi mirada. No hay duda del deseo que transmite.

—Vamos a dejar algo claro —dice, con la mandíbula tensa mientras su mirada baja fugazmente a mi boca—. No voy a hacerte daño. —Mira mi cuerpo atado—. Jamás. No por un juramento de sangre que hice por necesidad, sino porque no quiero hacértelo.

Esas últimas palabras me hacen sentir un nudo en la garganta.

—Suéltame —exijo, aunque mi voz suena más débil de lo que me gustaría.

—No.

Se inclina más, su aliento roza el mío, sus ojos de nuevo fijos en mi boca.

—No hasta que estés lista para ser razonable.

Intento apartarme, pero me detiene con una mano bajo la mandíbula, obligándome a levantar el rostro justo en el ángulo

perfecto para que pueda besarme.

Mis labios rozan los suyos cuando hablo.

—¿Y quién decide eso? ¿Tú?

—No veo a nadie más en la habitación.

Jugando, deja su boca abierta sobre la mía, su lengua húmeda contra mi labio inferior.

Cierro los ojos con fuerza, espero que la falta de visión apague el deseo que me enturbia el cerebro. No funciona. Al contrario, concentra mi atención en el calor de su boca, en el sabor de su lengua cuando la busco con la mía, en el gemido que vibra en mí cuando se adentra. Los besos de anoche fueron bonitos y llenos de calor, pero todos juntos no se comparan con el deseo de este. Me doy cuenta de que se había estado conteniendo mientras me devora con la boca.

Aprovecho la oportunidad y hundo los dientes en la punta de su lengua antes de que pueda retirarse del todo. Se aparta con brusquedad. Se lleva un dedo a la lengua, inspeccionando la sangre en la yema, y me lanza una mirada fulminante.

—Oh, ¿te he hecho daño? —pregunto condescendiente, con una sonrisa seca—. Pues supéralo, no vayamos a arruinar la noche.

Me observa en silencio durante un largo instante y luego se gira, negando con la cabeza. Se le escapa una risa sin humor mientras clava la mirada en el suelo, como si por fin admitiera su hipocresía.

Hace un gesto hacia mis muñecas y tobillos atados.

—Debería haber aprendido la lección la primera vez.

La filigrana se desenrosca como una serpiente, se desliza por el marco de madera y vuelve a su sitio.

—Escucha —dice, serio al mirarme de nuevo—. Un amigo nos espera en la ciudad.

Estoy furiosa, pero... ese cambio repentino en su actitud me hace vacilar.

Todavía hay frustración en sus ojos, pero lo que sea que ha planeado parece importante, lo suficiente como para aplazar esta conversación. Y, además, no puedo rechazar la oportunidad de estirar las piernas tras pasar tanto tiempo encerrada en el palacio, aunque sea para ir a la ciudad.

Me deslizo desde el borde de la cama y cojo del armario la capa que Beau me trajo.

—Me debes una —le advierto mientras me la echo por los hombros.

Intento pasar junto a él hacia la puerta, pero se interpone en mi camino, obligándome a mirarlo.

—Por si sirve de algo —dice—, lamento no habértelo contado en cuanto lo supe. —Traga saliva, y por un momento parece haber bajado la guardia.

Entonces estoy mirando al Acker por el que he llegado a preocuparme después de todo este tiempo juntos, con quien he pasado incontables horas sin hacer nada y, al mismo tiempo, haciéndolo todo, antes de saber que era mi vínculo o que nuestros futuros estarían entrelazados para siempre. El hombre al que llamo amigo está frente a mí.

Sus movimientos son cuidadosos y lentos mientras alarga la mano detrás de mí para subirme la capucha, acomodando mi trenza sobre el hombro.

—No pensé que fuera para tanto —dice.

—¿Cómo que no? —respondo.

Una sonrisa le asoma en la comisura de la boca, como si yo le pareciera adorable.

—No creí que te importara —dice, me pasa un dedo por mi mandíbula—. Pero los celos te sientan bien.

Sé que mi rubor revela más de lo que quisiera, pero no puedo evitarlo.

—No deberíamos hacer esperar a tu amigo.

Su sonrisa se ensancha mientras se aleja hacia la puerta. La abre, sin apartar los ojos de mí mientras me acerco, y se inclina para susurrarme al oído.

—Terminaremos esta conversación más tarde.

Se me encienden las mejillas por la insinuación cargada de intención, y lucho contra la sonrisa que amenaza con dibujárseme en los labios. Pero todos esos pensamientos se detienen en seco cuando siento clavada la mirada del soldado apostado a la derecha de mi puerta.

Acker lo saluda con un leve gesto de cabeza, y el soldado desvía los ojos hacia un punto sobre el marco. Empezamos a avanzar por el pasillo y trato de convencerme de ignorarlo, pero la insistencia de Beau de que se lo diga a Acker me zumba en la cabeza.

—No me gusta cómo me mira el de la derecha —digo en voz baja.

Acker aminora el paso, sus ojos se agudizan, aunque no pierde la sonrisa.

—¿Ah, no? —No espera mi respuesta y se gira en redondo. Mira al soldado en cuestión—. Quedas relevado.

Durante un segundo el soldado se queda boquiabierto, pero no tarda en enrojecer de indignación. Su compañero mantiene la vista baja, sin querer verse envuelto en el asunto.

Estamos dándonos la vuelta para continuar cuando oímos el insulto murmurado.

—Maldita mocosa.

Acker se queda completamente quieto, y sé que no puedo hacer nada para evitar lo que está a punto de ocurrir.

Vuelve sobre sus pasos hacia el soldado.

—Repítelo —dice.

El hombre intenta mantener el aplomo, pero su rostro pierde todo el color cuando Acker se acerca.

—Yo... lo siento...

Antes de que termine de disculparse, Acker alza la mano y atrapa un proyectil que sale de la boca del soldado. Este suelta un alarido, llevándose las manos al hueco de la encía, metiendo los dedos dentro. Acker deja caer el diente al suelo brillante: una pieza de hierro ensangrentada.

—Entrega tu uniforme y tus armas en la enfermería a primera hora de la mañana —dice. Luego se vuelve al otro soldado—. Busca tú mismo a un reemplazo antes de que volvamos. Te sugiero que elijas bien.

El soldado asiente con entusiasmo temeroso y abandona su puesto a toda prisa.

Levanto una ceja mirando a Acker, pero no digo nada mientras seguimos hacia la salida. El palacio está en silencio. Las pocas personas que nos cruzamos son sirvientas. Su actitud cambia al ver que Acker va a mi lado: menos temor, más apertura. Creo que una de ellas incluso me sonríe.

Un carruaje nos espera al pie de la escalera de la entrada principal. Es negro, sin distintivos, al igual que los caballos. El cochero nos saluda con un leve gesto, extiende una mano para ayudarme a subir, pero Acker lo aparta con una señal y me ayuda él.

—Al herrero, Harold. Gracias.

El hombre le hace una pequeña reverencia.

—Es un placer, alteza.

El interior del carruaje es elegante, la madera reluce y el asiento es de un terciopelo suave. Apenas hay espacio para que Acker se acomode en el asiento de enfrente, sus piernas enmarcan las mías.

—Preparaos, princesa —grita el cochero mientras da la orden a los caballos, y el vehículo arranca con un tirón.

Me agarro a una manija tallada en el lateral de la puerta.

—Son mucho más amables cuando estás tú cerca —comento.

Acker resopla, apoyándose contra el banco mientras intenta acomodarse.

—¿Ya has olvidado lo que pasó en el pasillo?

—Excepto por él —aclaro—. Su problema fue ser demasiado valiente.

—Una vez un comandante me dijo que ser valiente y ser estúpido es lo mismo. —Inclina la cabeza, pensativo—. Pero esa es otra razón por la que quiero que vengas al entrenamiento por la mañana.

—¿Para que nos vean juntos?

—No —dice, balanceándose con el traqueteo del carruaje—. Para que vean quién eres: la princesa perdida de Maile. El hecho de que seas portadora de luz no cambia eso.

—¿Por qué le importa eso a tu gente?

—Nuestro compromiso se consideraba una promesa de mantener la paz tras el fin de la guerra —dice mientras sigue moviéndose en su asiento—. Fue motivo de celebración.

—Pero todo eso terminó con mi secuestro —digo.

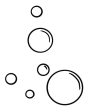
Asiente.

—Tu madre se volvió cada vez más hostil, hasta el punto de acusar al cónclave de conspirar para secuestrarte. Decía que mi padre te tenía encerrada en las mazmorras. —Sonríe para sí, y hay un afecto evidente por mi madre en su voz, una especie de asombro

en sus ojos, incluso después de todo este tiempo—. Casi me convence. Fui a comprobarlo por mí mismo.

—¿El cónclave?

—Los líderes de los cinco territorios. Se reúnen una vez al año para mantener un acuerdo común en la región. Bueno, ya no. Desde que tu madre cerró la frontera de Maile tras matar a Osiris, nadie la ha vuelto a ver, y Chryse y Wren dejaron de aceptar la invitación. —Me sostiene la mirada, sus ojos oscuros y seductores en la penumbra del carruaje—. Tu regreso es un recordatorio de un tiempo de paz y prosperidad, Jovie. Y mi gente lo necesita.



Capítulo 48



El olor a óxido y metal me llena la nariz en cuanto bajamos del carruaje. Parece que estamos en medio de la ciudad; el empedrado brilla con la luz tenue de los faroles que bordean la calle. Aunque es tarde y no hay nadie a la vista, Acker se mantiene cerca mientras me escolta hasta el umbral de un edificio de ladrillo, donde golpea con fuerza la aldaba de hierro contra la puerta de madera. Un cartel que cuelga del alero dice «herrero».

La puerta se abre y aparece un hombre de cabello oscuro y piel morena, lo que logra que sus ojos claros resalten aún más. El collar que lleva al cuello brilla tenuemente.

Sonríe mostrando todos los dientes.

—Salve al príncipe —dice, inclinando la cabeza hacia Acker.

Acker le empuja el hombro.

—Vete al cuerno, cabrón, y déjanos pasar.

El hombre se ríe y abre la puerta de par en par, atrayendo a Acker en un abrazo.

—La comida acaba de salir del horno —dice, mientras me mira con curiosidad.

—Wells —dice Acker, y me toma de la mano—. Ella es Jovie. Jovie, él es Wells.

Wells inclina la cabeza a modo de saludo.

—Un placer conocerte. —Le da una palmada a Acker en la espalda —. Olivia está emocionada de veros a ambos —añade.

Acker me guía al interior, cruzando la puerta hacia un taller abierto. En el centro del patio hay una enorme chimenea de ladrillo, y el suelo de tierra está cubierto de hollín. Las mesas están repletas de herramientas y armas en distintas etapas de fabricación. En el otro lado del patio, llegamos a una segunda entrada y Acker me indica que me quite los zapatos. Sigo el ejemplo de Wells y dejo los zapatos junto a los suyos, al lado de la puerta.

—Mi esposa me despelleja si ensucio el suelo con barro.

Es extraño entrar descalza en casa ajena. Parece íntimo, pero entiendo el motivo. El suelo de piedra del pequeño recibidor está impecable. Me bajo la capucha y observo la escalera y la lámpara de araña de latón. El aire está impregnado de olores a comida y especias.

—Ya están aquí —grita Wells al entrar, y cierra la puerta tras de sí.

Acker mantiene la mano enlazada con la mía, tirando suavemente para guiarme. Doblamos una esquina y entramos en el comedor. Una mesa lo bastante grande para doce personas llena el espacio, y una ventana en la pared del fondo permite ver la encimera de la cocina, donde hay una mujer rubia y menuda.

Ella suelta un chillido al vernos, se quita las manoplas de cocina y desaparece de nuestra vista, para reaparecer en la entrada de la cocina.

—No estaba segura de lo que le gusta, así que hice un poco de todo.

Acker se ve obligado a soltarme para abrazarla.

—Mientras no sea pescado...

Le lanzo una mirada fulminante antes de forzar una sonrisa cuando Olivia me mira.

—Estoy segura de que me encantará, sea lo que sea.

—No te preocupes —dice, con las manos apretadas en puños—. En esta casa no nos tomamos mal nada.

Puedo notar que se está conteniendo para no cubrirme de atenciones, pero quiero quitarle la preocupación, así que decido abrazarla yo primero. Es varios centímetros más baja que yo, así que tengo que inclinarme, pero está prácticamente vibrando cuando le rodeo los estrechos hombros con los brazos.

—Estoy tan feliz de verte —dice, apretándome.

Miro a Acker por encima de su hombro, y está conteniendo la risa ante mi incomodidad.

Wells me salva, tira de ella con un brazo alrededor de la cintura.

—Liv, amor, ¿necesitas ayuda en la cocina?

—Oh, sí, estaría genial.

Wells cruza una mirada cómplice con Acker y luego me lanza un guiño antes de seguir a su esposa a la otra habitación. Sus voces se oyen a través del ventanuco de servicio.

—... no la abrumes.

—¡Fue ella la que me abrazó!

Acker sonríe, apartando una silla para mí al final de la mesa.

—Te acabará cayendo bien —me susurra al oído cuando me siento.

Solo se le ve de hombros para arriba mientras se mueve por la cocina preparándolo todo, dando instrucciones a su esposo sobre qué platos hay que servir primero.

—Ya me cae bien —digo, mirando a Acker mientras se sienta a mi lado—. Es amable. Lo cual ya es más de lo que puedo decir de la mayoría de la gente que hemos encontrado desde que llegamos a tierra.

—Bien —dice Wells, coloca una serie de fuentes llenas en el centro de la mesa—. Tenemos pato asado con repollo, patatas al ajo y judías verdes.

Olivia levanta dos botellas de vino.

—Y podéis elegir entre tinto o blanco.

Acker se levanta y le coge las botellas de las manos.

—Siempre me consientes, Liv. Gracias.

Se sirve vino tinto y llena también mi copa. La levanto y tomo un sorbo, dándome cuenta demasiado tarde de que es horrible y no hay manera de que me lo trague. Miro a mi alrededor, a sus caras expectantes, y dejo el líquido de vuelta en la copa. Todos se ríen a mi costa.

—Es horrible —digo, limpiándome el vino de la barbilla—. Puede que incluso peor que el hidromiel.

—Nah —dice Wells, sentado frente a Acker—. Es solo que estás acostumbrada al hidromiel. Lo mismo pasa con el vino, es cuestión de costumbre.

Olivia saca otra copa y sirve una buena cantidad de blanco.

—Yo prefiero las bebidas más suaves —dice, tendiéndome el vaso —. Prueba esto.

Asiento después de dar un sorbo, uno muy pequeño.

—Sigue sin encantarme, pero está mejor —coincido.

Olivia sonríe ante mi sinceridad.

—Yo tampoco soy muy bebedora.

—Porque no puedes tomarte más de una copa sin empezar a quitarte la ropa —dice Wells.

Ella le da un manotazo en el brazo y luego hace un gesto hacia la mesa.

—Vamos a comer.

Se me hace la boca agua con el vapor de la comida mientras espero para servirme. Acker corta y coloca una porción de pato en mi plato, y no puedo negar que eso va suavizando el enfado con él que aún intento mantener.

Nos sumergimos por completo en la comida, el sonido del metal que choca con la porcelana llena el ambiente.

—Todo está delicioso —digo, con el tenedor lleno de judías—. ¿Salen así de verdes?

Ella sonríe ante mi pregunta.

—Normalmente, sí. ¿Por qué?

Me las meto en la boca, saboreándolas con un gesto de cabeza.

—Las frutas y verduras frescas escasean en Alaha —explico—. A menudo se deshidratan para conservarlas.

Hay un momento incómodo en el que Olivia y Wells le lanzan miradas inquisitivas a Acker, pero pronto se olvida cuando la conversación pasa a otros temas, como los encargos en los que ha estado trabajando Wells y el jardín de hierbas de Olivia. Le preguntan a Acker por sus viajes antes de que partiera a buscarme tras nuestro encuentro en el Mercado. Nunca se me ocurrió preguntarlo, pero su respuesta es breve.

—Pasé la primavera en Strou.

Es suficiente para saciar su curiosidad, y pronto pasan a un tema más interesante: la excepcional cantidad de tormentas estivales que han tenido. Observo la manera en que interactúan, la confianza que tienen entre ellos, y me hace echar de menos la comodidad de estar con mis amigos. Kai, o incluso Messer como un maldito pájaro sería lo bastante agradable.

Espero una pausa en la conversación para hablar.

—¿De qué os conocéis?

Acker y Wells se miran con cierta reserva, pero es Acker quien responde.

—Wells fue uno de los cinco con los que dejé el entrenamiento.

Empiezo a entenderlo al mirar a Wells. Parece levemente sorprendido por la franqueza de Acker, pero lo disimula bien con una sonrisa agradable.

—Le salvé la vida —dice.

—Mentira —replica Acker—. Yo te la salvé a ti.

Empiezan a discutir sobre sus versiones opuestas, y Olivia me lanza una mirada que resume toda la discusión: *hombres*. No es hasta después de la cena, ya con los platos recogidos, cuando la conversación gira hacia mí.

—Entonces, Jovie —dice Wells, echando un brazo sobre el respaldo de la silla de su esposa—. ¿Cómo va todo tras tu llegada a palacio?

Jugueteo con la copa de vino entre los dedos.

—Bueno —respondo, mirando de reojo a Acker, que está recostado, con un tobillo apoyado sobre una rodilla—. Es... diferente, como muchas cosas en tierra firme.

—Imagino que debe de ser un choque cultural considerable —dice Olivia, apoyándose contra Wells.

Inclino la cabeza.

—Por decirlo de una forma suave.

—La «bienvenida» no ayudó —añade Acker.

Wells hace un gesto desdeñoso con la mano.

—Tu padre ha dado con todos los instigadores. Están todos colgados de la muralla, así que dudo que vuelvas a tener problemas por eso.

Me atraganto con el vino. De la muralla... ¿Se refiere a...? No creo.

Acker cambia de postura, desvía la mirada hacia mí.

—¿Qué pasa? —pregunta Wells, notando la tensión.

—No quería decir nada hasta haber hablado con mi padre, pero de momento se desconoce su paradero. —Acker se inclina hacia delante y deja su copa sobre la mesa. Luego vuelve la cabeza para mirarme y parece reservarse algo antes de volver a mirar a los demás—. Jovie y yo estamos vinculados.

El grito ahogado de Olivia ahoga la maldición de Wells, pero ambos se levantan de sus sillas en un segundo. Las lágrimas llenan los ojos de Olivia, y Wells parece...

Wells parece aterrorizado. Eufórico, pero aterrorizado.

Olivia da la vuelta a la mesa y se lanza sobre los hombros de Acker, dejando que las lágrimas le caigan por la cara.

—Te lo dije.

Acker le acaricia la espalda con movimientos lentos y tranquilizadores.

—Lo sé —responde con voz tensa—. Tenías razón desde el principio.

—¿Razón sobre qué? —pregunto.

Ella se aparta de los brazos de Acker y se seca los ojos.

—Sobre que tú eras su vínculo.

—Me lo dijo cuando éramos niños —añade Acker.

Tartamudeo.

—¿Espera, me conocías cuando éramos niños?

—Sí —dice ella, un poco más calmada—. Mi familia es noble, así que pasábamos muchos veranos juntas cuando la tuya venía de visita.

—Eso explica tu repentina petición de una invitación para cenar —dice Wells, saliendo por fin del *shock* y devolviendo la conversación al tema central. Se sienta de nuevo, mirándonos alternativamente a Acker y a mí.

—No quería arriesgarme a que la noticia se filtrara antes de poder cancelar mi compromiso con Irina —añade Acker—. Pero es solo cuestión de tiempo antes de que se entere de que paso las noches en la cama de Jovie.

Miro a Acker con irritación, ya sabiendo que no hay forma de impedir que el rubor me inunde las mejillas.

Olivia intenta contener una sonrisa sin conseguirlo.

—Es lo único que no echo de menos de la corte.

—¿Tu familia es noble pero tú no? —pregunto.

Sus ojos se deslizan hacia los de su esposo. Wells le tiende una mano, y ella se acomoda en su regazo.

—Wells viene de una familia de comerciantes, así que nuestro matrimonio no fue bien recibido.

Wells lanza una mirada a Acker, y se puede ver su incomodidad. Acker relaja la mandíbula y me presta toda su atención, sus ojos oscuros son aún más hipnóticos bajo la luz suave de las velas parpadeantes.

—La falta de herencia material de Wells podría haberse pasado por alto si Olivia hubiera tenido su despertar, dada la magia de él. Las relaciones entre Herederos y gente normal se consideran blasfemas para la mayoría en la corte real.

Niego con la cabeza.

—Eso es absurdo.

—Lo es —asiente Acker—. He estado trabajando con los consejeros de mi padre para fomentar una mayor aceptación de los matrimonios entre personas con y sin dones.

—¿Y qué tal va eso? —pregunta Olivia con tono seco.

El silencio de Acker es suficiente respuesta.

—En fin, aquí estamos, felices y casados a pesar de esos fanáticos —dice Wells, besando la mejilla de Olivia con una floritura—. La

Madre Naturaleza sabía lo que hacía cuando nos vinculó.

Me quedo asombrada.

—¿Estáis vinculados?

Olivia sonríe como si lo contara por primera vez en su vida.

—Sí.

Miro a Acker, dudo si contarle lo del libro que escondí bajo el colchón, pero decido no hacerlo.

—Pensaba que los vínculos solo se daban entre Herederos.

—Eso es lo que se enseña —dice Wells—. Y por eso Liv y yo mantenemos nuestro vínculo en secreto. Nadie lo sabe salvo Acker y Hallis... y supongo que ahora tú.

La implicación es clara: también debo guardar este secreto.

—Esperaba que pudierais contarnos vuestra experiencia —dice Acker—. Sabemos poco sobre los vínculos de unión.

Olivia y Wells se miran, y en esa mirada hay toda una conversación sin palabras, estoy convencida. Hay un brillo cómplice y burlón en sus ojos que me hace sentir que estoy invadiendo su intimidad al presenciarlo. Miro a Acker, creo que se sentirá tan incómodo como yo, pero está mirándome a mí, ajeno a esa conversación silenciosa que no nos incluye.

—Bueno —dice Olivia, volviendo a sentarse—. ¿En qué fase del vínculo estáis?

Acker y yo nos quedamos igual de desconcertados ante la pregunta.

—Al menos habréis llegado al punto en que los dos sois conscientes del vínculo, ¿no?

Asiento con la cabeza.

—Sí —responde Acker.

—De acuerdo. Siempre hay uno que acepta el vínculo antes que el otro.

No hace falta decir nada: la respuesta flota en el aire entre los dos. Tanto física como emocionalmente, hay una distancia evidente. Olivia y Wells lo han notado desde que llegamos, pero ahora es aún más notorio tras el despreocupado anuncio de Acker.

—En nuestro caso —dice Olivia, apoyando con suavidad una mano sobre el muslo de su marido—, Wells se negó a aceptar el vínculo durante meses. Fue tremendamente terco.

—Era un adolescente estúpido, Liv. Tendrás que perdonarme algún día —dice él.

—En su defensa —interviene Acker—, dabas bastante miedo.

Olivia pone cara de indignación y me mira.

—¿Te parece que hay algo en mí que dé miedo?

Sonrío, porque aunque la respuesta es no... también es sí. Pero obviamente me pongo de su parte.

—Para nada.

Olivia lanza una mirada a los demás como diciendo «¿veis?».

—No todos nacen con tu seguridad, Liv —dice Acker—. Tienes que ser más comprensiva con el Wells adolescente. Una vez le vi olvidar cómo se ataban los cordones.

Wells lo señala con un dedo.

—Estaba con resaca y lo sabes.

Acker alza las manos en gesto de paz.

—Solo digo que a mí nunca me ha pasado.

—En fin —retoma Olivia, centrando de nuevo la conversación—. Cuando solo es uno el que acepta el vínculo, este os obliga a estar juntos.

—Como los sueños —digo.

—Ah, entonces estáis empezando —dice Wells.

—¿Empezando? —pregunta Acker.

—Los sueños son solo el principio —responde—. Es como si el vínculo se negara a aceptar un no por respuesta. Al final, los sueños os atraparán dentro para manteneros unidos, si no lo han hecho ya.

Niego con la cabeza. Una nueva sensación empieza a nacerme en el pecho: me doy cuenta de que es miedo.

—Lo harán si no tenéis cuidado. Sería imposible despertaros, y vuestros cuerpos quedarían vulnerables. Yo estuve tres días sin dormir, y mi mente se desconectó al estar totalmente consciente.

—Se desplomó como un saco de patatas en mitad del entrenamiento —dice Acker.

Wells sonríe con ironía, pero su tono es de advertencia.

—Tardé todo un día en encontrar el camino de vuelta.

—¿Pasará lo mismo con los saltos mentales? —pregunto.

Wells frunce el ceño, confundido.

—¿Saltos mentales?

—Se refiere a la fusión, como una especie de oráculo —aclara Acker—. Ella puede ver desde mi perspectiva, y a veces yo puedo ver desde la suya.

—No creo que eso tenga que ver con el vínculo de unión —dice Wells.

Olivia se encoge de hombros.

—Es difícil saberlo. Solo hemos conocido a otra pareja vinculada antes, y su experiencia fue similar en muchas cosas, pero distinta en otras. Creo que el hecho de que Wells y yo fuéramos adolescentes influyó bastante.

—Sin control de impulsos —añade Wells, poniendo cara de circunstancias.

Olivia sonríe.

—Y apenas teníamos contacto porque vivíamos lejos y mis padres no aprobaban nuestra amistad.

—¿Nunca se lo dijiste?

Su sonrisa se vuelve triste.

—Me desheredaron cuando vieron que no iba a tener un despertar.

Wells le pasa la mano por la espalda en señal de apoyo, pero se mantiene en silencio.

—Lo lamento —digo, aunque siento que no es suficiente.

—No es culpa tuya —responde—. Además, Acker logró que su estancia en palacio fuera lo más desagradable posible.

Acker toma un sorbo de vino.

—Estaré más tranquilo cuando mi padre les quite sus títulos.

—Odio decírtelo, pero creo que eso no pasará hasta que seas tú quien ocupe el trono —dice Wells.

Levanto las cejas ante la posibilidad de que Acker herede el trono, porque algo terrible tendría que pasar para que eso ocurriera, y lo miro para ver su reacción, pero su expresión permanece imperturbable.

Olivia rompe el momento de tensión anunciando el postre, y regresa de la cocina con una tarta de chocolate. Wells corta y reparte las porciones, declarándola una tarta de celebración para la feliz pareja: Acker y yo. Lo dice en broma, pero mi falta de entusiasmo no pasa desapercibida. Aunque he aceptado que Acker es mi vínculo, aún estoy muy lejos de querer celebrarlo. Al menos, no de momento.

Aun así, la tarta está deliciosa, y la conversación deriva hacia temas más ligeros: cómo es vivir junto al agua, cómo es el entrenamiento de la guardia. Escuchan y me hacen preguntas cuando me quedo sin palabras.

—Gracias por invitarme a vuestra casa —digo cuando Acker anuncia que nos vamos—. La cena, la compañía, todo ha sido

increíble.

—Nos ha encantado que vinieras —dice Olivia, dándome otro abrazo—. Eres bienvenida cuando quieras. —Me sostiene por los hombros, me mira a los ojos y repite—: Cuando quieras.

Inclino la cabeza en señal de gratitud.

—Gracias.

—Os acompaño a la puerta —dice Wells, buscando sus zapatos.

Acker lo detiene con una mano en el hombro.

—Quédate. Que el suelo siga limpio.

Harold nos espera con el carruaje cuando salimos.

El camino de vuelta al palacio transcurre en silencio, salvo por el traqueteo de las ruedas sobre el adoquinado y el sonido de los cascos de los caballos. Acker se recuesta contra la pared trasera del carruaje, con el codo apoyado en la ventana, pasa los nudillos por la comisura de la boca. Su rostro está inexpresivo, pero puedo ver la preocupación que subyace.

—¿En qué piensas?

Él no se mueve y desliza la mirada hacia mí.

—Tú no quieres esto.

Me da un vuelco el corazón.

—Nunca dije que...

—No hace falta. Puedo verlo. Beau puede verlo. —Baja el codo y me mira—. Y nunca quise presionarte para que lo aceptaras, pero ahora me enfrento a la realidad de que quizá no pueda mantenerte a salvo si no lo haces.

Puedo sentir su agitación vibrando en toda la cabina.

—Nunca me he sentido presionada por ti, Acker, y eso, para mí, significa más de lo que imaginas. Pero... no puedo aceptar un vínculo con alguien que no confía lo suficiente en mí como para ser honesto.

Se le forma una arruga entre las cejas.

—Me ocultaste el vínculo, tu compromiso, y sabías cómo reaccionaría tu gente conmigo, pero aun así me dejaste entrar sin advertirme. Luego me entero de que Irina está en la corte. —Ahora soy yo quien mira por la ventana, sin querer ver la verdad en sus ojos mientras digo—: Nunca habrías hecho esas cosas si no tuvieras dudas.

La ciudad está envuelta en sombras, vacía salvo por las criaturas que aprovechan las calles olvidadas. Lo oigo moverse en su asiento antes de sentir un roce ligerísimo en la rodilla. Miro hacia abajo y veo cómo desliza los dedos hasta entrelazarlos con los míos, llevando mi mano a la suya. Levanto la vista y me encuentro con la expresión más suave que le he visto nunca en el rostro.

—Ten claro esto, Jovie: no tengo ni una sola duda cuando se trata de ti. Lo oíste de Olivia, siempre supe que tú eras para mí. Puede que durante un tiempo pensara que te había perdido, pero siempre supe que nadie ocuparía tu lugar. —Apoyando los codos en las rodillas, se lleva mis manos a los labios, cierra los ojos y las mantiene allí—. Siento haber hecho que dudaras de mí —dice, mirándome a los ojos.

Puedo sentir mis latidos en la garganta, y trago saliva para intentar calmarme antes de hablar.

—Prométeme que dejarás de ocultarme cosas.

—Lo prometo —dice con voz baja.

Suelto el aire como si me quitaran un peso de encima, y me inclino para besarlo. Él responde con un dulce movimiento melódico, poniéndome las manos en la cara para saborear el beso. Es absorbente y embriagador en el mejor sentido.

Un golpe fuerte en la parte delantera del carruaje nos separa.

—Hemos llegado, alteza.

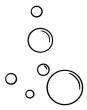
Acker se pasa la lengua por los labios y se recuesta en su asiento, aún con la mano entrelazada a la mía sobre el regazo.

—Gracias, Harold.

Miro por la ventana y veo las puertas arqueadas de palacio justo delante. Es más fácil de contemplar en toda su magnitud ahora que no estamos entrando a toda velocidad, y puedo ver con más claridad las jaulas colgadas en las murallas del palacio.

Ahora veo que lo que pensaba que eran animales, no lo son en absoluto.

Son personas.



Capítulo 49



A la mañana siguiente, Hallis y yo estamos de pie en medio del patio, esperando a que Acker termine de hablar con el comandante del batallón. El grupo de soldados con los que hice el calentamiento está ahora reunido bajo el arco que conduce al patio delantero del palacio. No puedo evitar mirar las jaulas con cuerpos humanos que cuelgan de la muralla exterior; algunos se mueven, otros están desplomados, dormidos... o algo peor.

Hallis me entrega una espada envainada en cuero.

Hago un gesto con la cabeza hacia los hombres.

—¿Qué están haciendo?

—Están empezando el entrenamiento matutino.

—¿No voy a entrenar con ellos?

Hallis entrecierra los ojos para mirarme, el sol pega con fuerza esta mañana.

—Acker quiere ver cómo manejas la espada, y no vas a poder combatir si antes tienes que correr, no en el estado en el que te encuentras.

Tiene razón. Estoy por debajo de mi peso normal y mi fuerza ha disminuido bastante. Aunque Fia me curó durante el despertar, la masa muscular que perdí en la travesía por mar nunca se recuperó del todo, y solo con estirar ya siento las articulaciones demasiado flojas y doloridas.

Aun así, le doy la espada a Hallis.

—Ahora vuelvo —le digo, y corro para alcanzar a los soldados justo cuando empiezan a trotar.

El ritmo de inicio es brutal, y voy en la cola del grupo. El recorrido va pegado a la muralla interior del recinto. Algunos soldados me miran por encima del hombro en la primera curva, y estoy convencida de que eso desata una especie de carrera por dejarme atrás. Lo que ya me parecía duro se vuelve directamente agonizante.

Siento cada respiración como una cuchilla en el pecho, cada paso me cuesta más que el anterior. Me quedo rezagada, pero no soy la única. Me consuela, aunque sea un poco, saber que ellos llevan semanas o incluso meses haciendo esta ruta y aun así también les cuesta. Todo el tiempo que pasé compitiendo con Aurora en la adolescencia ahora me parece ridículo. Tendríamos que haber competido igual de duro con los chicos.

Hemos dado la primera vuelta al palacio cuando Hallis me alcanza. Corremos al lado el uno del otro, igualando el paso, aunque está claro que él podría ir mucho más rápido.

—¿Quiénes son? —pregunto en la tercera vuelta, mirando hacia las puertas del palacio.

Dos mujeres están de pie ante las rejas de hierro. Un niño pequeño permanece ante una de ellas, con las manos de la mujer sobre sus hombros. Llora. Todos lloran, pero las lágrimas del niño son las que más me conmueven.

—Su padre fue condenado a la muralla por no revelar sus habilidades —dice Hallis—. Lo han sentenciado a muerte en ejecución pública.

El horror se me queda atrapado en la lengua mientras miro al hombre que llora, con la mano estirada entre los barrotes de su

jaula, intentando alcanzar a su familia. Una familia a la que nunca volverá a abrazar.

—Es cruel —digo.

Hallis aprieta los labios.

—Odio esta práctica, pero el rey Edmond cree que así mantiene a raya a los Herederos, y es difícil negar su eficacia.

—Mientras no haya hecho daño a nadie, ¿por qué le importa al rey si la gente oculta sus dones o no?

—Hay buena gente en el mundo, igual que hay mala. Y la gente mala con poderes mágicos es especialmente peligrosa si no se la controla.

—¿Y no se podría decir lo mismo de quienes están dentro de estos muros?

—Para ser sincero —dice, bajando la voz—, no estoy seguro de que nadie merezca tener magia. Si la Madre Naturaleza existe, nos jodió a todos cuando nos dio estos dones.

Cuando el comandante hace sonar el silbato para terminar la carrera, ya he perdido la cuenta de las vueltas. El comandante ordena que los soldados se alineen. Sus ojos se detienen un segundo en mí, al final de la fila, pero continúa sin decir nada. Nos manda hacer una serie de ejercicios de fuerza, y luego otra. Y otra. Y otra más. La mañana se convierte en una eternidad de repeticiones hasta que la vista se me nubla y siento la garganta llena de bilis.

—Descanso para beber —grita, y los hombres se dispersan hacia los puntos de agua.

Me dejo caer sobre la grava y la piedra del suelo del patio, con la cabeza entre las rodillas para no desmayarme. El sudor me cae por el puente de la nariz y gotea al suelo.

La voz de Acker atraviesa el zumbido de mi pulso en los oídos.

—Te estás exigiendo demasiado, Jovie.

«No recuerdo haber pedido tu opinión».

Algo me roza la pierna y abro los ojos. Acepto el odre que me tiende. No creo que haya probado nunca nada que sepa mejor.

—Dos minutos —grita el comandante.

Necesito levantarme antes de que los músculos se me agarroten.

—Jovie, no —dice Acker, estira la mano para agarrarme del codo.

Me aparto de un tirón y me impresiona que pueda mantenerme en pie tal y como me tiemblan las piernas. Acker gruñe mi nombre a modo de advertencia, pero no tengo fuerzas para discutir. Vuelvo a la fila, esta vez colocándome más o menos en medio.

—Tres minutos de combate —dice el comandante, esta vez con la vista detenida en mí un segundo más—. Yo elijo las parejas.

El comandante empareja a la gente al azar y yo no aparto la mirada ni me echo atrás cuando me salta. Observo los duelos, algunos más entretenidos que otros. Hay un par de hombres a los que no me gustaría enfrentarme, y me aprendo sus nombres por si acaso me cruzo con ellos más adelante. No es hasta el segundo combate cuando empiezo a respirar con normalidad. Me siguen temblando las piernas y los brazos me pesan, pero al menos ya puedo ver y oír bien.

Cuando solo quedan dos combates por hacer, se vuelve evidente que no me van a elegir. Miro a Hallis y a Acker, que están en el borde del círculo formado en el centro del patio. Mi orgullo queda herido, y la rabia me hace lanzarles una mirada de desprecio cuando me quedo allí plantada, sin haber tenido mi oportunidad.

El comandante ni siquiera me mira al disolver la formación. Salgo disparada a través del patio, furiosa, mientras Acker se ríe de algo que dice Hallis. Pero se le borra rápido la sonrisa al verme. Se

planta, con los brazos cruzados sobre el pecho, preparándose para lo que viene.

Le arranco la espada del cinturón.

—Jovie —me reprende, el rostro endurecido por la indignación—. ¿Qué estás haciendo?

—Querías verme con una espada en la mano —declaro, caminando hacia atrás hasta el centro del círculo—. Pues aquí me tienes. Solo necesito un oponente.

Los soldados que quedaban se detienen para ver el espectáculo de una princesa desquiciada desafiando a su príncipe.

—No después de lo que ya has hecho esta mañana —dice Acker, sin moverse—. Quizá en unos días, cuando tu cuerpo haya descansado, puedas intentarlo otra vez.

Hirviendo de rabia, me vuelvo hacia el patio abierto, consciente de las miradas desde la galería.

—¿Alguien quiere enfrentarse a una princesa que no está en forma? —pregunto—. ¿Nadie?

Los soldados se miran entre ellos. Algunos sonríen, otros parecen preocupados. Uno valiente da un paso al frente, y mira a Acker. Lo reconozco: es uno de los espadachines más hábiles. Se llama Talon.

—Yo estoy dispuesto, alteza.

Acker no parece nada contento.

—No. —Se gira hacia Hallis.

Estoy pensando qué insulto soltarle cuando se vuelve de nuevo, con la espada de Hallis en la mano.

—¿Quieres combatir? —dice, entrando en el círculo con paso firme, balanceando la espada en posición de guardia—. Bien.

Su postura relajada y su expresión tranquila son un insulto. Me dan justo el combustible que necesito para despertar mis músculos agotados. Una última acometida antes de que el cuerpo me falle,

para demostrar que no soy tan débil como aparento. No pierdo el tiempo. Avanzo, girando, y lanzo un revés como primer ataque. Acker levanta la espada para bloquearme y nuestras hojas chocan con un fuerte estruendo metálico. Le resulta facilísimo desviar mi golpe con solo empujar el arma.

—¿Sí? —dice, con una leve sonrisa asomando bajo su gesto desaprobador—. Muy bien.

Entonces avanza, blandiendo la espada hacia la derecha. Me muevo para bloquearlo, pero es una finta, y pierdo el equilibrio. Me deja recuperarme antes de atacar otra vez. Esta vez espero hasta que está cerca para responder a su estocada con otra, pero él la esquiva con un paso lateral.

Sé que no hay forma de salir de este duelo como ganadora, pero me niego a caer sin luchar. Aguantaré hasta que se me caiga la espada o se me rindan los brazos, lo que ocurra primero.

Lo doy todo. Golpeo, bloqueo, ataco, fallo.

Fallo.

Fallo.

Jadeo sin aliento. Acker parece estar disfrutando como si fuera un juego de niños.

Niega con la cabeza, regañándome sin palabras. Es más alto y fuerte. Si luchar con Messer me enseñó algo, es que los hombres son más débiles cuando estás dentro de su alcance. Giro a la izquierda y ataco, luego me desplazo a la derecha para defenderme, antes de girar de nuevo, cada vez más cerca. Ataco hasta que él retrocede hasta el borde del círculo, donde la única salida es a través de mí.

—Bien, Jovie —me elogia—. Así, justo así.

No habría creído que fuera posible, pero estoy segura de que las mejillas se me ponen aún más rojas, a pesar de mi estado de

agotamiento. Estamos a menos de un brazo de distancia cuando decide atacar. Es exactamente lo que estaba esperando.

Respondo a su ataque con un rápido barrido lateral y recibo mi recompensa al ver la sangre que gotea del corte, fino como el papel, en la parte trasera de su antebrazo. Acker me mira con una intensidad que no puedo sentir porque me duele todo y creo que estoy al borde de la muerte. Me tiembla el brazo al alzar la espada para devolvérsela, con la empuñadura por delante. Al menos tiene el buen juicio de ignorarla.

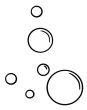
—Buscad a un elemental para que le enfríe el agua del baño —dice a un sirviente apostado bajo el porche. Luego me lanza una última mirada, larga, antes de alejarse.

Escucho las palabras susurradas de Hallis.

—¿Fue el juramento o simplemente que te contuviste?

Caminan demasiado lejos como para oír la respuesta de Acker, pero no me importa.

Sobrevivir es suficiente para mí. Por hoy, al menos.



Capítulo 50



Es el peor baño que he tenido jamás. No está simplemente frío, está helado. Estoy segura de que nunca había sentido una temperatura así, y Beau tiene que obligarme a entrar. El cuerpo me tiembla descontrolado durante los cinco minutos que aguanto antes de salir tambaleándome, y estoy muy agradecida por la comida que me espera en el escritorio al abandonar el baño.

Beau está tumbada en mi cama, comiendo uvas y hojeando un libro.

—Tu carrera de esta mañana es el principal tema de conversación por aquí —dice.

Retiro la silla del escritorio y me dejo caer en ella.

—Me arrepiento de muchas cosas en esta vida, y debo decir que hacer todas esas vueltas es quizá una de las que más me arrepiento.

—No lo tengas tan claro. Causaste muy buena impresión en el comandante y en sus hombres.

«Mmm».

El plato de pollo asado con guisantes acapara toda mi atención. Ignorando los cubiertos, arranco un trozo de pechuga con los dedos y me lo meto en la boca; suelto un suspiro de placer por la perfección de sabores y especias.

—Recuérdame que bese a Henry la próxima vez que lo vea.

Beau ríe, se gira boca abajo y apoya la barbilla en la mano.

—El comandante Imen le dijo a mi padre que serías mejor en la batalla que la mayoría de sus hombres.

Me detengo a medio masticar.

—¿Tu padre ha vuelto?

—Sí —responde, moviendo los pies en el aire—. Ha convocado una reunión con sus consejeros esta tarde.

—¿Nadie sabe dónde estaba?

Ella niega con la cabeza.

—Hace esto un par de veces al año, desaparece sin decir nada. Se especula, claro, que pasa el tiempo con mujeres contratadas en la casa de verano cerca de las playas del sur, pero sería raro que hiciera un viaje tan frívolo en un momento como este.

—¿Un momento como este?

—Tu regreso. Una posible represalia de Roison por eliminar el Bosque Oscuro. También está el hecho de que la familia de Irina ha llegado a la corte, preocupados por el estado de su alianza. —Se encoge de hombros como si nada de eso le importara—. Y sé que tu madre ya ha enviado un mensaje, así que hay más presión con ella respirándole en el cogote.

—Eso me recuerda —digo, limpiándome las manos con la servilleta — que tengo que llamar a mi daga.

Cierro los ojos, fingiendo que está sobre la mesa frente a mí. Es como caminar entre algas espesas. Me concentro para darle sentido a los colores y formas en mi mente, buscando algo tangible a lo que aferrarme, pero esta recuperación está siendo la más difícil hasta ahora, incluso más que cuando la encontré en el fondo del océano. Entonces, como si alguien abriera una puerta, veo una habitación. Está vacía salvo por una mesa redonda en el centro. Me acerco con cautela, viendo la hoja negra descansar sobre la superficie. Me detengo frente a ella.

Esto es una trampa. Es tan obvio que estoy tentada a dejarla ahí, pero lo prometí... Intento ser rápida, intento agarrar la daga y desaparecer, pero una mano se cierra sobre la mía.

La voz está cargada de emoción y entusiasmo.

—Jo.

Levanto la vista y me encuentro con la mujer que me tiene acorralada en mi propia mente. No hay duda ni pregunta sobre su identidad, porque su rostro es el mío, pero más fuerte. La edad y la vida han tallado los contornos suaves, reemplazándolos con una fuerza renovada. El cabello cobrizo, más claro que el mío, cae en ondas, recogido sobre un hombro. Me sonríe, con los ojos llenos de lágrimas.

—Mamá —susurro al conseguir soltar el aire.

Entonces regreso a mi cuerpo, con la daga apretada en el puño. Miro a Beau, atónita.

—¿Qué ha pasado? —pregunta, incorporándose con los ojos muy abiertos.

—Yo... —Niego con la cabeza para que la emoción no se cuele en mi voz—. He visto a mi madre.

Beau se inclina hacia delante, con los ojos brillantes.

—¿Te ha dicho algo?

Vuelvo a negar con la cabeza.

—No —respondo, pasando la mano por el arma ya familiar—. Solo dijo mi nombre. Solo... «Jo».

Una suave sonrisa se dibuja en los labios de Beau. Yo lucho contra las lágrimas que amenazan con desbordarse.

Beau se levanta de la cama y me envuelve en un abrazo.

—Si es como mi madre, lleva planeando cómo sacarte de aquí desde el momento en que se enteró de que habías llegado —dice.

Sonrío.

—Estoy aquí por voluntad propia, ¿recuerdas?

—Ah, sí. —Le da un mordisco a mi pollo—. Todo por amor. —Me guiña un ojo y vuelve a tumbarse con desparpajo.

Coloco mi daga en el borde del escritorio. El agotamiento que sentía al salir del baño ha desaparecido tras ver a mi madre.

He pasado la mayor parte de mi vida preguntándome si me quería. Sabía lo que me habían dicho, pero siempre quedaba la duda que me hacía pensar si me había abandonado. Verla ha curado una herida que me esforcé por convencerme de que no existía.

Termino la comida y saco el libro de debajo del colchón. Pasamos el resto del día leyendo, yo en el escritorio sumida en el caos del texto, Beau alternando entre la cama y una de las sillas acolchadas sin llegar a quedarse en un sitio fijo.

Al parecer, era común que reyes y reinas exigieran una lealtad ciega. Obligaban a sus súbditos a jurar obediencia por sus vidas y aseguraban ese cumplimiento con un juramento de sangre. Un ritual donde una persona derrama su propia sangre voluntariamente sobre la tierra, atando su palabra a su magia. Si se rompía, podía costarle su don. A veces, la vida.

Un escalofrío me recorre la espalda al leer la siguiente frase.

«Un juramento de sangre combinado con la sangre de otro se considera el más peligroso. Se usa como revelador de verdad, pues crear un juramento de sangre con otro mientras se dice una mentira matará a ambos participantes al instante».

Suelto un jadeo.

Beau no aparta la vista de su libro.

—Estaba esperando que llegaras a esa parte —dice, satisfecha.

—¿Por qué no me lo dijiste? —No, la pregunta es—: ¿Por qué no lo detuviste?

—Una cosa que aprenderás sobre Acker es que nada puede detenerlo una vez se le mete algo en la cabeza. —Cierra el libro y se sienta—. Y tampoco lo pediste.

Miro el texto, atónita.

—Pensé que tú y Hallis estabais enfadados por el juramento de sangre, no por...

«... casi matarnos».

—Insisto —dice, levantando las manos, el libro en una de ellas—, todos estamos a merced de la voluntad de Acker.

Me levanto y empiezo a pasear mientras sigo leyendo. Ese tipo de juramento fue finalmente prohibido tras el establecimiento del cónclave. Cualquiera que cometiera el crimen de hacer un juramento de sangre con otro sería colgado en la muralla. O peor, si se decía una mentira durante el juramento y alguien moría por ello, colgarían a sus familias en su lugar, como advertencia para quien quisiera intentarlo.

—¿De cuándo es este libro? —pregunto a Beau.

—Esa es una pregunta para mi madre —responde ella—. Algún tiempo antes de que mi padre tomara el trono, hace siglos.

Reviso el libro en busca de la respuesta, pero no encuentro nada. Todo el libro parece más bien una advertencia contra cualquier tipo de juramento, sin palabras a favor de la buena voluntad que pueda surgir de su uso.

Beau se va a buscarnos la cena, y siento un poco de pánico mientras preparo otro baño, descolocada por mi lectura. Este es todo lo contrario al baño helado de antes, y me sumerjo en el agua humeante con aceite de lavanda soltando un suspiro de alivio. Mis pensamientos corren y se agolpan tratando de entenderlo todo. Cierro los ojos y me concentro en despejar la mente. Todo parece

demasiado, pero recuerdo las palabras firmes que Acker pronunció mientras me sostenía la mano y la sangre caía entre nuestros dedos.

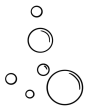
«Y la amo».

En ese momento, pensé que no era más que una táctica de manipulación, algo dicho solo para convencer al general Samasu de que yo estaba segura con él, para dejarme en manos de Kenta. Pronunció esas palabras como si dijera el color del cielo o su plato favorito para el desayuno.

Solo un simple «la amo».

Se me escapa una risa, una burbuja de euforia que no puedo contener hasta que se convierte en una verdadera cacofonía de risas que reverberan en las paredes del baño. No debería importar, pero me alegro de que no haya testigos del calor que me sube por las mejillas ni de mi sonrisa embobada mientras disfruto de esa verdad.

Acker me ama.



Capítulo 51



No.

No. No. No.

Una sirvienta le entrega a Acker un vaso con un líquido ámbar. Él le da las gracias, toma un sorbo, con el rostro tranquilo, cuando su mirada repara en mí. Entonces se queda paralizado, el cuerpo inmóvil, la respiración detenida en el pecho mientras los ojos se detienen en mi rostro antes de bajar a mi cuerpo desnudo.

Sé que nadie más que él puede verme, pero no puedo evitar el deseo de cubrirme los pechos, esconderme de las miradas de hombres extraños, apretar los muslos con fuerza. El agua me resbala por la piel desde el pelo, me baja por el cuerpo y las piernas, empapando las fibras de la alfombra de lana bajo mis pies.

Él parpadea y desvía la mirada, con la mandíbula temblando mientras aprieta los dientes. Llama a la sirvienta para que vuelva.

—Por favor, envíen a alguien a comprobar que la princesa Jovinnia está bien.

La sirvienta inclina la cabeza y desaparece por una puerta oculta en la pared panelada, dejándome encerrada con el grupo de siete hombres. Estamos en un salón con sillas acolchonadas y mesas bajas cubiertas con decantadores de cristal con diferentes bebidas alcohólicas.

—¿Hemos recibido informes de movimientos? —pregunta el hombre sentado a la derecha de Acker. Me doy cuenta de que es el comandante del entrenamiento.

Acker niega con la cabeza, pero hay una tensión visible en el gesto.

Un hombre que no reconozco está sentado frente a él.

—¿Estás bien? Parece como si alguien le hubiese dado una patada a tu perro.

Los hombres ríen la broma, y Acker logra aflojar la mandíbula en una sonrisa hacia sus burlas. Empiezan a discutir sobre las tropas que planean enviar a la frontera, comentan la necesidad de sangre fresca si la discordia vuelve a estallar en una pelea real entre Roison y Kenta.

Acker me mira y luego curva los dedos haciendo un gesto para que me acerque. Camino de puntillas alrededor de las sillas altas, cuidando de no chocar con la mesa ni los vasos. Él no me mira mientras separa las rodillas para hacerme sitio entre ellas. Luego apoya los codos en los brazos de la silla, con la copa equilibrada en su mano, invitándome a sentarme.

Estoy temblando, el aire frío se amplifica contra mi piel húmeda mientras debato las consecuencias de acomodarme en su regazo. No importa cuánto me repita que nadie puede verme, nadie salvo Acker; la sensación de estar expuesta no desaparece.

—¿No estás de acuerdo, Acker?

—Sí —responde, con voz seca mientras sigue la conversación—. Creo que celebrar una cena sería buena idea.

Se atreve a mirarme, sus ojos lo dicen todo en el instante en que se encuentran con los míos.

«Siéntate».

Es una orden. Con cuidado y lentitud, inclino mi cuerpo para descansar sobre su muslo. Él no se mueve, ni siquiera parpadea mientras me acomodo. La piel se me eriza por el calor que él irradia. Apoyo una mano en el respaldo de la silla detrás de él, cuidando de no presionar demasiado el material mientras levanto un pie y luego el otro, cruzándolos sobre su otra pierna. Es un espacio estrecho, pero me siento cómoda con las paredes altas de la silla, que dan la ilusión de privacidad.

Acker se mueve para bajar más el cuerpo en el asiento, haciendo que me recueste de lado contra su pecho, apoyo la cabeza en su hombro. Toma un trago de su licor, y me habla con una voz tan baja que casi no la oigo sobre el ruido de la conversación.

—¿Estás durmiendo? —dice, manteniendo la mirada en los hombres que conversan a su alrededor.

Sé que nadie debería poder oírme, pero susurro de vuelta.

—No lo sé.

No me acuerdo. Estoy en el baño, eso es obvio, pero no recuerdo haber estado tan cansada como para dormirme. Más bien, todavía estaba aturdida tras la conexión con mi madre, y por darme cuenta de los verdaderos sentimientos de Acker.

—Creo que estoy despierta.

No parece muy contento con mi respuesta. Esta vez, cuando bebe, es un buen trago.

—Estás enfadado conmigo —señalo— porque todavía no he aceptado el vínculo.

Él no responde, no puede, pero la dureza de su mirada, la forma pétrea en que vuelve la cabeza es respuesta suficiente.

Paso los dedos sobre la correa de dagas que siempre lleva cruzada sobre el pecho.

—Creo que esto está pasando porque el vínculo puede sentir lo cerca que estoy de ceder —digo, dejando que la verdad me salga libre por la boca.

Su inhalación presiona contra la mano que tengo apoyada en su pecho. Sonrío, satisfecha con que no esté totalmente indiferente a pesar de su exterior frío.

—... la mercancía está bien..., no tienen ni idea...

Las palabras entran por un oído y salen por el otro mientras le deslizo los dedos entre los botones abiertos del cuello de la camisa.

—Estaba pensando en ti. —Observo cómo traga saliva, noto el pulso vibrante en su cuello—. Mientras me bañaba.

Sus respiraciones se hacen más profundas, los músculos tensos, permanece inmóvil. Me inclino hacia delante, sabiendo que no puede detenerme, y susurro en su oído.

—Tocándome.

El músculo de su muslo se tensa debajo de mí.

—La reserva está bien provista.

Estoy impresionada, pero también molesta por su habilidad para mantenerse concentrado en la conversación. Pongo los labios en ese punto sensible de su cuello, saboreando la piel con la superficie de la lengua.

Entonces se mueve. Al acercarse la bebida, introduce el codo entre mis muslos. Me abre hacia él, hacia el aire, mientras finge inspeccionar su bebida. Pero no está mirando la bebida. Aspiro una bocanada de aire, mientras los nervios y la anticipación me recorren las venas.

—¿Has hablado con tu padre?

Acker alza la vista y presiona el vaso contra el interior de mi muslo, lo usa para empujar mi pierna hacia su abdomen tenso, abriéndome aún más.

—No.

Le clavo las yemas de los dedos en los músculos del pecho. Aparece una sonrisa en su rostro mientras juega con la bebida, deslizándome el vaso por el interior del muslo.

—Sabes que él vive según su propio calendario —dice, lanzando una mirada cómplice por la habitación. Me roza de pasada—. Vendrá cuando quiera venir.

Arrastra el vaso más abajo hasta casi besar mi centro descubierto.

—Acker —le advierto, mientras saco la mano libre de debajo de su camisa, sin importarme el efecto ondulante que causa, y la coloco sobre la suya entre mis piernas para detenerlo.

No me escucha. En lugar de eso, atrapa mis dedos bajo los suyos contra el vaso y lo presiona con firmeza en el vértice de mis muslos.

El vaso está tibio por estar en su mano, y eso provoca instantáneamente una sensación ardiente que se enciende en mi bajo vientre. Me muevo inquieta en su regazo intentando escapar, pero no hay adónde ir, no sin derramar su bebida o delatar que algo pasa.

Una ronda de risas estruendosas estalla y Acker lo usa a su favor.

—¿Dónde te estabas tocando? —susurra.

Luego abre las piernas aún más, me hunde en el hueco de su regazo, donde su erección presiona contra la tela de sus pantalones, caliente contra mi trasero. Un jadeo ahogado se escapa de mis labios mientras él inclina las caderas y presiona, presiona y presiona el vaso contra el haz sensible de nervios entre mis piernas. La respiración se me entrecorta en el pecho mientras me retuerzo en su agarre.

Para cualquier otro en la habitación, parece que está contemplativo, perdido en sus pensamientos, pero sus ojos están

fijamente atentos al espacio donde nuestros dedos se entrelazan, donde el vaso se desliza contra mi humedad.

La única señal es la respiración acelerada que no puede ocultar, las fosas nasales que se dilatan.

Dobla el otro codo, apoya la sien contra un puño, y eso presiona mi espalda alta para mantenerme en su lugar dentro del marco de su brazo. No hay manera de detener el pulso creciente en mi cuerpo ni el zumbido profundo en mi garganta. Es implacable, sus dedos castigan los míos mientras varía la presión, hasta el punto que temo por la integridad del vaso en nuestras manos.

¿Mi integridad? En el suelo hecha trizas, porque ya no puedo luchar contra el placer. Lo persigo, moviendo las caderas, frotándome contra su dureza. Cierro mi otra mano sobre su muñeca, lo insto a acabar, a que me libere presionando más fuerte.

Más fuerte. Más.

Casi...

Entra el rey, llamando la atención de todos en la sala justo cuando llego al clímax, dejo que el gemido que no puedo contener se hunda en el hueco del cuello de Acker. Me muevo lánguidamente en su regazo, absorbiendo los últimos momentos de dicha.

Sus dientes parecen crujir por el esfuerzo de contenerse, pero retira el vaso con rapidez. Mi corazón late con fuerza en el pecho mientras lo levanta hacia su padre en señal de saludo.

—Ven a sentarte —dice.

Luego hace lo impensable y acerca el vaso a sus labios, la lengua toca el borde cuando inclina la cabeza hacia atrás y traga el resto del líquido. Me recoloco sobre su muslo, agradecida por sus pantalones oscuros con capacidad para ocultar cualquier señal de mi excitación. Él se endereza, cubre su propia respuesta física al poner el vaso vacío sobre la mesa, y tiene que inclinarse de forma un poco extraña

al esquivarme para alcanzarla. Se lame los labios, mirándome brevemente.

El rey se quita la capa y se sienta en la silla frente a Acker, observando la variedad de licores.

—¿Dónde está la sirvienta?

Como si la hubieran convocado, emerge de la puerta camuflada, con la cabeza baja mientras camina hacia Acker y se detiene junto a su silla.

—Parece que hay un problema —dice con voz tímida.

La voz de Acker sale apresurada.

—¿Qué pasa?

—La princesa —dice ella, con la mirada hacia el suelo—. Beau dijo que os buscara.

Eso es todo lo que Acker necesita escuchar y me pongo de pie tambaleándome cuando él se levanta.

El rey se inclina hacia delante.

—Estoy seguro de que no es nada que Beau no pueda manejar —dice, mirando fijamente a su hijo—. Necesitamos hablar de negocios. —Si no me equivoco, sus ojos se posan en un hombre detrás de la sirvienta, un hombre elegante, de cabello rubio claro y rasgos llamativos.

La sirvienta habla de nuevo, aunque su voz es apenas audible.

—Creo que... algo anda mal —dice, moviendo las manos con nerviosismo delante de ella—. Parece urgente.

—Tendrás que ponerme al tanto después —le dice Acker a su padre, rodeando a la sirvienta para ir hacia la puerta.

La llamada del rey a su hijo queda sin respuesta mientras Acker sale de la habitación apresuradamente.

Corro tras él, ansiosa por alejarme y también por saber qué me está pasando que tiene tan alarmada a la sirvienta.

La gente se queda paralizada mientras Acker acelera el paso y sus pies retumban en el suelo de mármol mientras corre hacia mi habitación.

—Baja el ritmo —le grito—. Seguro que no pasa nada.

Ni siquiera me mira, sube la escalera de dos en dos.

—Wells dijo que podía pasarte algo.

Una sirvienta que pasa mira a Acker con confusión sorprendida.

—¿Perdón, alteza?

La ignora mientras tuerce hacia el pasillo. Me siento obscena, corriendo tras él completamente desnuda, pero lo único que puedo hacer es seguirlo hasta mi habitación. Él irrumpe, los ojos recorren el espacio vacío.

—Aquí —llama Beau.

Nada me podría preparar para la escena ante mí. Beau se inclina sobre la bañera, ya vacía, y me sostiene la cabeza con una mano para evitar que la barbilla me caiga sobre el pecho. Mis ojos están abiertos y desenfocados, mirando hacia el vacío. Acker sube a la bañera, se pone a horcajadas sobre mi cuerpo inmóvil, con las manos enmarcándome el rostro.

—Está viva, pero su aura... —Las palabras de Beau se cortan cuando me mira. No a mí físicamente, sino a lo que ve junto a la bañera—. Guau.

Acker me mira, luego a Beau.

—¿Qué ves?

—Es como... —Ella niega con la cabeza, asombrada—. Como si nunca hubiera visto un aura completa hasta ahora. Hay tantos colores. Es diferente a todo lo que he visto.

Eso no calma la preocupación de Acker, que vuelve a centrarse en mi cuerpo físico. Me da una bofetada en la mejilla.

—Ya he hecho eso —dice ella—. Le eché agua fría, le tiré del pelo. Nada.

—Muchas gracias, chicos. —Recojo una toalla y me la envuelvo alrededor. La boca de Beau se abre en *shock* al ver la toalla flotando.

—¿Qué demonios?

—Fuera —ordena Acker a su hermana.

Ella lo mira mientras él se baja más, con las rodillas a ambos lados de mis piernas.

—Sé que estás vinculado con ella, pero no parece muy adecuado dejar sola a una mujer inconsciente en manos de un hombre.

Acker estalla.

—Joder, Beau, está justo ahí. Fuera.

Beau mira hacia donde estoy, y yo agito la toalla para hacerle saber que al menos soy consciente en esta extraña situación.

—Está bien —dice al levantarse—. No me hago responsable de esto. De lo que sea que es esto.

—Sería raro que lo hicieras.

Él me sostiene el rostro con las manos y la preocupación se le marca en el entrecejo.

Entonces lo entiendo.

—El vínculo quiere que estemos juntos —explico—. Mientras esté cerca de ti, me mantendrá aquí.

La comprensión se dibuja en el rostro de Acker, que se pone de pie y sale de la bañera.

—Volveré en quince minutos.

—Puede que necesite más tiempo —le digo—. Me siento satisfecha ahora mismo.

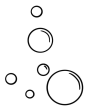
Él entiende lo que insinúo. La conexión física que compartimos creó una especie de ancla. Asiente con la cabeza, sin despedirse, con la mirada apartada y tensa mientras se mueve para salir.

Un momento después, Beau regresa al baño, apoyándose casualmente en el marco de la puerta.

—Está enfadado.

Suspirando, me siento en el borde de la bañera, molesta al verme a mí misma tendida en el agua.

Esto es un desastre.



Capítulo 52



Pasan horas.

Horas antes de que vuelva a mi cuerpo, y la normalidad finalmente regresa cerca de la medianoche. Ha sido muy inquietante mirarme desde fuera. Desnuda. Expuesta. Vulnerable.

Cuando reacciono, me doy prisa en tomar otro baño y vestirme. Encuentro a Beau dormitando en la cama y la despierto con instrucciones para que me lleve a los aposentos de Acker. Ella no pregunta ni por qué. Caminamos por el pasillo principal, deteniéndonos en una hornacina donde hay un busto en exhibición. Miro a Beau con confusión, pero ella mete los dedos en la nariz de la estatua y tira. La pared detrás de ella se desliza hacia fuera.

—Todos los castillos tienen secretos —dice.

Cierra la puerta detrás de nosotras y sigo el sonido de sus pasos en la oscuridad. El pasadizo oculto parece extenderse a lo largo del castillo. Tras tomar una curva pronunciada al final, caminamos por otro largo pasillo antes de que Beau se detenga.

No sé cómo sabe dónde estamos respecto a las habitaciones y pasillos principales del castillo, pero presiona contra la pared de piedra hasta que cede, creando una abertura del ancho justo para que podamos salir detrás de otra estatua. Nos encontramos en otro de los pasillos principales. Justo enfrente, hay una puerta de hierro, y no necesito que ella me diga a quién pertenece.

Abro la boca para darle las gracias, pero ella me detiene con una mano levantada.

—No digas ni una palabra.

Luego se aleja con paso firme, y creo oír que se atraganta. Miro hacia la pesada puerta y levanto el puño hacia la aldaba, pero me detengo. Pruebo la manija y me sorprendo cuando la cerradura cede. La puerta se abre hacia una sala de estar. Las paredes oscuras de madera se curvan hacia dentro, y la piel de un gran animal está extendida sobre el suelo.

Más allá de las sillas de cuero y la mesa de ajedrez, un arco conduce a la habitación contigua. Una gran cama está centrada contra una pared llena de armas. Espadas y cuchillos de todo tipo, mazas con puntas, cascos y otras herramientas que no sé nombrar. Acker está en la puerta que conduce al baño, con los brazos cruzados y una toalla alrededor de la cintura.

Ninguno de los dos se mueve.

—No entiendo por qué estás enfadado conmigo —le digo.

Él inclina la cabeza, y sus ojos relumbran en la sala iluminada por linternas.

—No estoy enfadado contigo, Jovie. Estoy enfadado por la situación.

—¿Por cuál, exactamente? ¿Por haber aparecido desnuda o por haber aparecido, sin más? No es que pueda decidirlo.

La contestación es rápida y dura.

—Por no haber podido verte la primera vez —dice.

Su respuesta hace que el alivio me recorra el pecho.

—Me viste cuando Fia me curó.

—Es diferente. Tenía miedo por tu vida. —Sacude la cabeza—. Esta noche, me vi obligado a apartar la mirada, a fingir que no me afectaba ver a mi vínculo desnudo frente a mí. —Aprieta los dientes

para calmar la rabia con la que lucha antes de continuar—. No pude tocarte. Podía casi saborearte al otro lado del cristal, pero no podía tenerte.

Su pena me duele en el corazón mientras me acerco. Me dirige una mirada intensa, mientras se agarra al marco de la puerta como si así pudiera mantenerse en su lugar. De pie ante él, ya no tengo miedo de sostenerle la mirada como cuando nos conocimos, cuando parecía abrumador y absorbente. Ahora, me doy cuenta, quiero sumergirme en esos sentimientos. Quiero todo de él, que me envuelva.

—No me disgustó precisamente —le recuerdo.

Él no se conmueve.

—Me sentí fuera de control. Te obligué a...

—No, Acker. —Doy un paso adelante, nuestros pechos están apenas a unos centímetros mientras lo miro desde abajo—. Yo te obligué a ti y tú me obligaste a mí. Lo que es verdad es verdad.

—No cuando el vínculo te obliga.

Mantengo la sonrisa mientras le cojo una mano. Él deja que la coja, y se la giro dejando la palma hacia arriba. La cicatriz que la atraviesa es igual a la mía.

—Creo que lo supe la noche que nadamos entre las estrellas —le digo, mirándolo—. Si necesitas un juramento de sangre para probarlo, lo haré.

Él toma aire con dificultad, con los ojos encendidos por una rabia renovada. Con un movimiento demasiado rápido para que reaccione, me agarra del cabello de la nuca con fuerza.

—Nunca le ofrezcas eso a nadie. Ni siquiera a mí.

Apoyo las manos contra su pecho.

—Tú lo hiciste.

—Porque yo lo sé —dice, con los ojos saltando entre los míos—. Siempre lo supe.

—No me estás escuchando. —Inclino la cabeza aún más hacia atrás, dejando clara mi oferta—. Te amo.

Se le escapa un suspiro y el pecho se le hunde cuando cierra la boca sobre la mía. La rabia y la frustración siguen ahí, justo bajo la superficie del deseo en su boca, en su lengua ansiosa por saborear cada parte de mí. Me levanta y le envuelvo la cintura con las piernas mientras va hacia la cama. Hace un gesto hacia la puerta más allá de la sala de estar, y se oye el sonido metálico del cerrojo deslizándose en su lugar. Me recuesta, se acerca a mi cuello, pero lo aparto con manos firmes.

—Espera.

Me incorporo, cruzo las manos sobre el estómago y me quito la suave tela de la camiseta por la cabeza, llevándome el sujetador con ella. Meto los pulgares en la cintura del pantalón, pero Acker me detiene.

—Déjame —dice, arrodillándose sobre una pierna.

Me baja la prenda por las piernas, me ayuda a sacarme el pantalón antes de volver por la ropa interior. Coloca un beso en la piel bajo mi ombligo, revelando más de mí mientras la desliza con lentitud. Luego otro beso, más abajo, y otro aún más abajo, y otro, hasta que deposita un beso abierto sobre ese haz íntimo de nervios mientras me deja caer la ropa hasta los tobillos. Cuando me tiembla el cuerpo, me agarra las caderas para mantenerme quieta.

—Acker —le suplico, entrelazando mis manos en su cabello—. Por favor.

«No me tientes. No me hagas esperar. Solo... Por favor».

Arrastra la lengua desde mi centro, y casi me corro solo con ver eso, sus ojos oscuros brillan divertidos ante mí.

—La paciencia no es vuestra virtud, princesa —dice, poniéndose de pie.

Se quita la toalla, pero antes de que pueda apreciarlo completamente, me levanta y me recuesta de espaldas, devorándome con otro beso. Abro las piernas y él se hunde en el espacio. Duro y creando la fricción perfecta, se impulsa hacia delante, y me aparto de su boca para recuperar el aliento. Me mira el cuerpo.

—Joder, eres preciosa.

Mantiene el empuje de sus caderas mientras me agarra de la mandíbula y fuerza su lengua dentro de mi boca. Luego me suelta, me recorre la garganta con la mano y baja por el pecho.

—Eso es lo que quería decirte en el momento en que te vi —dice, acariciando uno de mis pechos y luego el otro.

Arqueo la espalda para que siga, las durezas de sus manos me crean la mejor sensación del mundo en la piel y los pezones mientras los recorre con las puntas de los dedos.

—Quería tenerte ahí mismo, delante de todos ellos, y me importaban una mierda las consecuencias.

Gimo cuando me succiona un pecho, dándole el mismo beso decadente que le dio a mi coño, aunque esta vez hay más apremio, más urgencia.

—Creo que te lo habría permitido —le digo, agarrándole el pelo con fuerza.

Gime con mi confesión, y luego me cubre otra vez, con la boca sobre la mía. Le succiono la lengua y un temblor le recorre el cuerpo.

Me mete la mano entre las piernas, siente la humedad, la esparce, moja su dedo medio y lo introduce. Gimo.

Se detiene por completo.

—Jovie.

Abro los ojos, sin darme cuenta de que los había cerrado.

Me mira con un asombro nuevo.

—¿Nunca has...?

Quiero mentir, pero no lo hago. Él ya puede percibir mis nervios, tanto que es capaz de notar mi inexperiencia, así que niego con la cabeza.

Emite un suspiro estremecido que me roza el pecho mientras él se mira la mano.

—Dime que pare y lo haré.

—Si paras, igual te mato —digo.

No se ríe.

—Te dejaré matarme —dice, mirándome a los ojos mientras introduce el dedo un poco más adentro—. Si me pidieras la vida, estoy bastante seguro de que te la daría en bandeja de oro.

Me cuesta concentrarme en sus palabras cuando presiona su mano contra mí. Muevo las caderas para obtener mejor ángulo cuando él se mueve al ritmo de las embestidas de sus dedos, que ya son dos, pues logra meter otro.

Digo su nombre, para que me mire.

—Bésame.

Así lo hace. No se detiene hasta que soy un amasijo retorciéndose bajo él. Estoy desesperada por el clímax mientras me aferro a él, a sus hombros, su pelo, su pecho, a cualquier sitio donde pueda sostenerme.

—Quiero ver cómo te corres —dice, con la mirada recorriéndome entera otra vez—. No pude verte cuando estabas sentada en mi regazo.

Observa el rubor que se me extiende por el cuello y el pecho. Es más revelador que estar desnuda en una sala llena de desconocidos,

pero en el mejor de los sentidos, como si quisiera entregarle todas mis partes..., al menos todas las que puedo soportar dejarle. Me golpea como una ola gigante, y me deshago en su mano, tirándole muy fuerte del pelo. A él no parece afectarle lo más mínimo mientras retira la mano y contempla la prueba de mi excitación, llevándose los dedos a la boca para probarla.

Estoy demasiado deshecha y saciada como para escandalizarme, pero no puedo negar que me gusta ver ese gesto carnal. No hay más que deseo puro y gratificación cuando los saca. Me pone la mano húmeda en la cadera para acomodarme.

—Iré despacio —dice, traga saliva mientras alinea su cuerpo con mi abertura—. Si quieres que pare, no tienes más que decirlo.

Guío su boca hasta la mía, pero no me deja perderme en el beso.

—Lo digo en serio, Jovie. Si es demasiado, dímelo.

—Vale —prometo.

Entonces empieza a entrar. Me deja sin aliento, la sensación de cómo me llena por dentro. Se detiene y suelta el aire que había contenido. Le aparto el pelo del rostro cuando me mira, con el sudor formando una película brillante sobre su piel.

Luego me besa y empuja hasta el fondo.

Es mucho. Más que suficiente. Posiblemente demasiado.

—Jovie, mírame.

Obedezco, me encuentro con su mirada, incapaz de evitar que una lágrima se me escape por la comisura del ojo. Él la ve, sigue su recorrido y la limpia con el pulgar.

—Lo siento —dice—. No me gusta la idea de hacerte daño. Casi preferiría que hubieras estado con alguien antes, solo para que pudieras disfrutar de nuestra primera vez.

Niego con la cabeza, dejando escapar una risa rota.

—No, no lo preferirías.

Él niega también, con una sonrisa suave.

—No. No lo preferiría.

Retrocede un poco solo para volver a entrar, marcando un ritmo suave mientras me besa. Lleva tiempo, pero el dolor se va atenuando lo suficiente para que empiece a percibir el latido bajo del deseo. La respiración de Acker se vuelve más pesada; su placer ya no es su objetivo, solo quiere pasar por esto causándome el menor daño posible. Lo admiro, y al mismo tiempo lo detesto.

Alzo las caderas para acompasar sus embestidas, y él vacila.

—Jovie —me advierte—. Despacio.

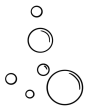
Eso me molesta aún más.

Le agarro del pelo y lo beso con rabia. Él gruñe —no sé si es molestia o rendición—. Sus embestidas se vuelven más duras, más profundas, mientras me ahogo en su beso. Es total, absorbente, y gimo con cada golpe de sus caderas.

Pierde el control. De sus labios se escapa un sonido que nunca le había oído, algo entre un gruñido y un gemido, mientras se queda quieto dentro de mí, palpitando. Da una última embestida antes de dejarse caer sobre mí con todo su peso.

No estoy segura de haber sentido nunca verdadera paz hasta este momento. Entonces, como un imán que al fin encuentra su polo, el lazo bajo mi esternón encaja de golpe, formando un vínculo irrompible entre los dos. Acker se apoya con los brazos para mirarme y, si no me equivoco, hay un brillo vidrioso en sus ojos.

Lo beso, y aunque la calma me inunda, el temor se instala en mi vientre, porque sé que nada tan bueno dura para siempre.



Capítulo 53



Está oscuro en la biblioteca escondida bajo el escritorio de Greta, así que llevo un farol de estantería en estantería. Recorro los estantes con la mirada, saltando de lomo en lomo en mi búsqueda. El cansancio de los brazos por el entrenamiento de esta mañana empieza a notarse, sobre todo después de haber pasado la noche con Acker. Dicho eso, la recuperación no es tan ardua como lo era en Alaha. Un don que debo a mi despertar y a la curación más rápida en tierra firme, gracias a los dioses.

Cojo un libro que me parece interesante y lo coloco en la pequeña pila que he ido formando en el suelo. *Piedras del hogar y talismanes*, *Magia oscura,* y ahora *Armamento.*

Una voz entusiasta suena detrás de mí.

—¡Lo conseguí!

Dando un grito, me vuelvo y encuentro a Acker encima de la mesa de estudio.

—¿Es que quieres matarme? —digo, llevándome la mano al corazón, que late con fuerza.

—Aparecerse conlleva un trabajo —dice, bajando de la mesa con un pequeño salto—. Pero no ha estado mal para empezar. —Se inclina para besarme.

—¿Cómo estás aquí? —pregunto, dejando el farol sobre la mesa.

—El vínculo —dice, llevándose la mano al pecho—. Ahora va en ambos sentidos. Mejor aún, podemos controlarlo.

Le empujo.

—¿Por qué lo habrás hecho? ¿Dónde estás?

—Tranquila. Estoy solo en mi habitación y sigo teniendo control total de mí mismo. —Desaparece, solo para aparecer de nuevo sobre la mesa—. ¿Ves? —Salta de la mesa y me besa otra vez como si no pudiera evitarlo, luego observa a nuestro alrededor—. ¿Dónde estamos, por cierto?

—¿No lo sabes?

Mira a su alrededor.

—No que yo recuerde. ¿Es parte del pasadizo secreto entre las paredes?

Levanto las cejas.

—Si no lo sabes, no pienso decírtelo.

Sonríe ante mi burla, mientras me acorrala entre las estanterías.

—Puedo suponer que tiene algo que ver con Greta.

—No metas a la dulce Greta en esto —digo, jugueteando con los botones de su camisa.

—Estos libros son antiguos. —Limpia el polvo de un título y lo lee en voz alta—: *Cazando dragones*. —Suelta una risita—. ¿Qué estás buscando?

—He venido a por un texto sobre piedras del hogar, pero en realidad busco cualquier cosa que me parezca interesante. —Le desabrocho el primer botón.

Se acerca más.

—¿Y has encontrado algo interesante?

—Pues es curioso, pero algo interesante me encontró a mí —le desabrocho otro botón.

Él se lleva la mano al cinturón, lo desabrocha, sus labios rozando los míos.

—¿Crees que a Greta le molestaría que mancilláramos su biblioteca secreta?

Sonrío al alcanzar sus pantalones y soltar el broche.

—Deberíamos hacer poco ruido, por si acaso. —Noto cómo se coloca frente a mi entrepierna, y cualquier respuesta se me borra de los labios cuando empuja hacia dentro.

Me alza con un brazo alrededor de la cintura, presionándome contra los estantes.

—Eso es cosa tuya.

—¿Decías?

Hemos estado juntos tres veces desde la primera, y estoy convencida de que cada vez mejora, incluida esta. Se mueve dentro de mí con intención, cada empuje de sus caderas es un intento por romper mi voto de silencio, con una mano en mi hombro para mantenerme en el sitio y la otra apoyada en el estante junto a mi cabeza.

Me pellizca la barbilla después de vestirnos, besándome entre respiraciones agitadas.

—Hagamos una apuesta la próxima vez, ¿te parece?

Luego desaparece justo cuando estoy a punto de lanzarle un libro a la cabeza, y su risa aún resuena entre las paredes. Greta tiene la elegancia de fingir que no sabe nada de mis actos cuando dejo mis libros en el mostrador.

—Sé que lo sabes —digo, con las mejillas encendidas al mirarla—. Y no volverá a pasar.

Se ajusta las gafas sobre la nariz, sonriendo.

—No hagas promesas falsas —dice, volviendo al lomo del libro frente a ella—. Recuerda que puedo ver el futuro.

Eso solo hace que me sonroje más.

Se ríe.

—Soy la consorte del rey, querida. No hay nada que puedas hacer que me escandalice.

—No sabía que el rey y tú todavía...

—Oh, no —dice, levantando la vista—. Hace muchos años que no estamos juntos, pero el título sigue vigente a ojos de la corte.

Reviso la biblioteca vacía y me siento al borde del escritorio mientras ella trabaja.

—¿Te importa si te pregunto algo?

—Por supuesto que no —responde—. Soy un libro abierto.

Sonrío ante su analogía.

—Es solo... ¿Estuviste enamorada del rey?

Sus dedos se ralentizan mientras fija el forro interior del libro y me mira.

—Sí, sí que lo estuve.

Hay una tristeza en sus ojos que me indica que no siga por ahí. Cojo mis libros y le doy las gracias por permitirme entrar en su biblioteca secreta.

—Aunque un poco menos secreta de lo que era esta mañana, me temo —digo.

La sonrisa le vuelve al rostro.

—No hay nada de lo que avergonzarse, Jovinnia. Nunca se puede amar mal a alguien.

Dejo que esas mismas palabras de ánimo que Beau me dio se asienten por un momento antes de marcharme, dándole las gracias una vez más. Estoy a punto de llegar a la puerta cuando ella dice mi nombre.

—El rey no siempre fue el hombre que conoces hoy —dice, lanzándome una mirada por encima de las gafas—. Cada ganancia

de poder y riqueza tiene un precio. Cada vez que lo haces, una parte de tu alma se desgasta. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

Es algo osado hablar de poder cuando el rey tiene tanto, pero inclino la cabeza en un gesto kenta y le devuelvo una mirada leve.

—Lo entiendo.

Tomo el pasadizo secreto hasta mi habitación y me paso las siguientes horas leyendo el texto sobre piedras del hogar, comparándolo con lo que encuentro en el libro sobre armamento. Reitera lo que Acker ya me explicó: las armas hechas con piedra de hogar pertenecen completamente a su creador, son las únicas capaces de cortar la magia de alguien, y son muy raras, difíciles de encontrar y de elaborar.

Uma, la malvada portadora de luz de la que me habló Acker, fue derrocada con piedra del hogar. La traicionó su amante, que molió el material hasta convertirlo en un fino polvo y se lo mezcló con la comida, lo que hizo que Uma cayera gravemente enferma. Aunque eso demostró que la reina no era tan intocable como se creía, aún persiste un temor hacia quienes manejan la luz. Después de leer sobre sus crímenes, casi no los culpo.

La vista se me empieza a nublar mientras voy y vengo entre los textos. Ambos libros fueron escritos mucho antes de que el rey Edmond subiera al trono, e incluso antes de los reinados registrados. No hay forma de saber si son precisos.

Siento una insistente necesidad de dibujar, y no paro de mirar de reojo el cuaderno que me regaló Acker. Después de lo que parecen cien miradas, lo cojo. No sé si Acker aún puede ver dentro de mi mente cuando dibujo, pero solo hay una forma de averiguarlo. Lo abro, apoyo la punta del lápiz sobre la hoja en blanco y cierro los ojos.

Empezaba a preguntarme si mi amor por el dibujo estaba ligado de algún modo a Alaha, como si fuera mi soledad lo que alimentaba el arte y no mi creatividad, pero no. Volvió con toda su fuerza en cuanto se selló el vínculo de unión.

Abro los ojos y empiezo con una línea larga de lápiz, disfrutando de la sensación sobre el papel. Dibujar siempre me ha ayudado a despejar la mente. Pasé la mayor parte de mis días en Alaha deseando subir al tejado de mi cabaña, donde podía dejarme llevar por las ensoñaciones. Dibujaba cualquier cosa, aprendí composición por ensayo y error. Empecé con árboles simples, luego barcos y, más tarde, aves e insectos. No pasé a temas más difíciles, como las personas, hasta que apareció Kai.

Suspiro. Kai.

A decir verdad, no sé si amaba a Kai. Quiero decir, sé que lo amaba... Sí lo amo..., pero no lo amaba de verdad. Puedo ver cómo me confundí. Era mi mejor amigo y la persona más cercana en una isla repleta de gente que no me prestaba mucha atención. Por supuesto que me aferraría a quien decía quererme, al primero que me besó, que preguntó cómo había sido mi día, al primero en desearme.

Pero no es nada comparado con lo que siento por Acker. Dejar Alaha, dejar a Kai atrás fue más fácil de lo que debería haber sido. Sé que, si llega el momento en que tengo que dejar a Acker, podría destruirme.

Miro lo que llevo dibujado hasta ahora y no me gusta nada, pero es lo normal a estas alturas. Estoy intentando dibujar un caballo de memoria, pero es evidente que no va en serio, sobre todo con la cinta y la tiara que delatan su verdadera identidad: yo.

Oigo la risa de Acker detrás de mí un momento antes de que me bese el cuello en ese lugar que parece obsesionarle.

—Me encanta —dice, rodeándome con los brazos—. Gracias.

—Parece que tienes mucho tiempo libre hoy —le digo, volviéndome hacia él—. ¿Por qué estás tan sudado?

Él levanta una ceja.

—¿Por qué no vienes a averiguarlo?

—Estoy estudiando —respondo, señalando los libros.

—Tú verás —dice. Y desaparece.

—Me va a volver loca —digo en voz alta en la habitación vacía.

Cierro los ojos. La única vez que viajé hasta él mientras estaba despierta fue cuando me estaba bañando. Estaba pensando en él entonces, pero no puede ser solo por eso, porque pienso en él una cantidad absurda de veces cada maldito día. No, tiene que ver con el vínculo.

Me concentro en el lazo. Ya no parece unilateral, sino completo.

Entero. Firme. Lo sigo como cuando llamo a mi daga. El suelo se ondula bajo mis pies, y entonces estoy de pie en el patio. Hallis y Acker están en el centro. Hay tres muñecos alineados a lo largo del patio.

Acker sonríe, mostrando todos los dientes al verme, como si no le sorprendiera en absoluto.

—Ven aquí.

Es extraño estar caminando en un lugar y sentada en mi escritorio en otro. Me concentro en coger el lápiz y dibujo una carita sonriente en el borde del cuaderno. Luego parpadeo y estoy de nuevo en el patio, retomando lo que dejé.

—¿Cómo? —pregunto, sacudiendo la cabeza.

Él hace lo mismo.

—Tu suposición es tan buena como la mía, pero tengo una larga lista de preguntas nuevas para Wells.

Hallis ajusta el hacha que sostiene, colocándosela bajo el brazo.

—Suponiendo que no hayas perdido completamente la cabeza —le dice a Acker, mientras recorre con la mirada el espacio a su alrededor—. Hola, princesa.

Los dos nos reímos. Luego Acker cruza el patio hasta la pared donde se guardan las armas de entrenamiento. Coge una coraza metálica. Le doy la espalda cuando se acerca, y él me pasa los brazos por encima de los hombros, colocándome la pieza sobre el pecho y asegurándola con correas de cuero a la espalda.

Hallis golpea el centro de la coraza con el reverso del hacha, sonriendo como el chico que salía en mis sueños, todo picardía y provocación.

—¿Lista para entrenar de verdad?

Entorno los ojos.

—No me gusta ese tonito.

—Es mi mejor amigo, Jovie —dice Acker, girándome hacia una fila de muñecos colocados a distintas distancias—. No puedo arrancarle los dientes.

—Una pena —respondo.

La risa de Acker me vibra en la espalda.

—Tienes que ejercitar tu don. Es como un músculo. Hay que trabajarlo.

—Ten en cuenta a los que tienes cerca —dice Hallis—. Incluido tu vínculo.

Me quedo pasmada.

—¿Puedo invocar mi magia en este estado?

—Solo hay una forma de saberlo —dice Hallis, entendiendo lo que Acker le ha estado diciendo.

—Pero ni siquiera sé cómo... invocarla.

Acker se coloca a un lado, con los brazos cruzados.

—¿Necesito recordarte la quemadura en la puerta de tu armario?

Hallis lanza a Acker una mirada inquisitiva.

—¿La qué?

—Eso fue distinto —digo—. Estaba actuando por impulso emocional. No se puede controlar cuando es así.

—Eso no es cierto. Te he visto contener tu don muchas veces para que no se descontrolara, y es más fácil sacar pintura de un tubo que volver a meterla.

Suspiro e intento imaginar una esfera luminosa en la palma de mi mano. Pienso en la rabia y los celos que sentí al recordar que me había ocultado su compromiso, en la belleza de Irina, y me concentro en la culpa por haberme acostado con un hombre prometido.

Como era de esperar, no pasa nada. Quizá lo de la culpa era demasiado forzado. Me encojo de hombros y le lanzo una mirada que dice «¿lo ves?».

Acker se muerde el interior de la mejilla, mirando hacia los blancos.

—Quizá necesitas más incentivo —dice, invocando dos espadas desde la pared. Le aterrizan en sendas manos, y me lanza una—. Tengamos la revancha.

—Oh, dioses... —murmura Hallis, apartándose—. No creo que esto vaya a ayudar...

Me muevo justo a tiempo para bloquear el primer ataque de Acker. No me da respiro antes de lanzar otro golpe. Giro para ganar algo de margen y pensar en un plan, pero él no me da tregua. No hay nadie en la galería viendo nuestro combate, pero me imagino lo que pensarían, o mejor dicho, lo que creerían ver: Acker luchando con una espada contra un montón de chatarra.

No estoy ágil, no he calentado, y el pelo me cae sobre los ojos, pero consigo tomar ventaja y hacerle un corte en el costado,

rasgándole la camisa y dejándole la piel al descubierto. Acker da un paso atrás y levanta la mano para pedir una pausa.

—Es el juramento —dice Acker, mirando a Hallis—. Tenías razón.

Pongo los ojos en blanco.

—No pensaste en todo, ¿verdad?

Hallis coge la espada de la mano de Acker y se coloca frente a mí en posición de combate.

—Esto no es una pelea justa —digo, mirando a Acker.

—No lo menosprecies —responde, con los brazos cruzados.

Hago girar la espada en la mano y se la ofrezco a Hallis por el mango, un gesto habitual de respeto antes de un duelo. Él rechaza la espada con un movimiento de la suya.

—Esta es mi única y última advertencia, princesa. Puede que me falte una mano, pero no voy a tener piedad contigo.

Levanto una ceja que él no puede ver. Está luchando a ciegas. Gran parte del manejo de la espada es leer el lenguaje corporal del oponente. Que le falte una mano es lo de menos para mí.

Él ataca primero, y yo estoy completamente desprevenida. Hago los primeros movimientos en un intento desesperado por protegerme la espada y el cuerpo. Mis bloqueos son torpes, tengo los reflejos muy mermados. Grito cuando su espada me roza el muslo por detrás.

Por fin me da un respiro, pero no dura. Su brazo se mueve como el agua, su cuerpo gira sin cesar mientras lanza un ataque implacable contra mí. No tengo forma de atacar cuando solo puedo pensar en sobrevivir.

—Hallis —advierte Acker con voz firme.

La punta de su espada me roza la mejilla y unos mechones de mi cabello caen al suelo.

—No va a aprender si no la presiono —dice Hallis, fijando la mirada en mi peto mientras me muevo en dirección contraria.

Inclina la cabeza, como un depredador acechando a su presa, mientras se le dibuja una sonrisa en los labios. Cuando ataca, me corta tres veces más: en el pecho, la cadera y la pantorrilla.

—¡Basta! —dice Acker, con las manos levantadas como amenazando con llamar a las espadas.

Hallis baja la espada. Aprovecho su guardia baja para atacar, pero es solo un instante: él me bloquea, y con cada estocada y golpe que me corta la piel siento más remordimiento. Retrocedo, usando la espada más para defenderme que para atacar, hasta que siento la piedra fría de la muralla detrás de mí. Pero Hallis no para, la espada golpea desde todas las direcciones. Con los ojos vidriosos por el esfuerzo, no cede, el sudor le resbala por las sienes.

Entonces... como en el Bosque Oscuro y contra Acker, mi propia inutilidad hace que la frustración me consuma. La ira espolea mi magia y me explota en las manos, primero como un ataque contra Hallis que lo manda volando hacia atrás, luego haciendo arder una llama de luz a lo largo de mi espada. Un impacto me recorre y suelto la espada, la luz se apaga y me deja solo un leve resplandor en las manos.

Hallis no se mueve.

Acker llega primero. Le apoya la mano en el hombro mientras se arrodilla junto a él.

—¿Estás bien? —pregunta.

—Sí —responde Hallis con voz débil—. Solo me quedé sin aire.

Acker le da una palmada en el pecho.

—Te lo merecías.

Se pone de pie y me observa mientras me acerco, recorriendo con la mirada cada marca en mi piel.

—Estoy bien —le digo entre jadeos.

Hallis se levanta despacio, recoge su espada caída y me da un pequeño golpe con el mango en el abdomen, poniendo los nudillos justo donde mi lazo con Acker tira de mí.

—Nunca muestres dónde está tu magia —advierte con voz áspera —. La expusiste varias veces. Solo hace falta que alguien se dé cuenta en el momento justo para descubrir tu punto débil.

Cojo la espada antes de que caiga al suelo. Los ojos de Acker están entrecerrados, pero sé que Hallis puede ver el dolor que oculta su amigo. Le da una palmada en el hombro al pasar.

Acker me desabrocha la armadura del pecho y la devuelve a su lugar con un gesto, junto con las espadas.

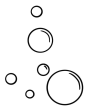
Me besa, rápido y suave.

—¿En mi cama esta noche? —pregunta.

Asiento.

Y entonces estoy de nuevo en mi habitación, sentada en mi escritorio como si nunca me hubiera ido, ni en cuerpo ni en mente. Siento el ardor en los músculos y la falta de aire, señal de que lo que me pasa como visitante espectral también me afecta físicamente.

Sin dejar de pensar en la mano amputada de Hallis, vuelvo al libro sobre piedras del hogar.



Capítulo 54



Voy a la cocina a saludar a Henry y a los cocineros. Es el centro neurálgico del palacio. Las sirvientas van y vienen sin parar, haciendo recados para la nobleza, siempre acompañadas de chismes y rumores: líos amorosos, borracheras, disputas. Cualquier información sobre transgresiones en la corte termina filtrándose por aquí.

En el palacio nunca falta la especulación sobre los asuntos del rey, desde lo más trivial hasta lo más importante. Hay inquietud por los movimientos cerca de la frontera de Roison, miedo a que estalle otra guerra. La incertidumbre en torno a la alianza con Strou, después del numerito de Acker durante la cena de celebración, ha llegado hasta el pueblo. Todo el mundo tiene una opinión distinta: algunos creen que sería buena idea retomar la vieja alianza con Maile y otros piensan justo lo contrario, sobre todo después de que mi madre haya rechazado durante años abrir sus fronteras.

Pero hay algo en lo que todos coinciden: el cariño que sienten por el príncipe. Están convencidos de que Acker los protegerá pase lo que pase. Se cuentan y repiten historias sobre sus batallas con una mezcla de respeto y devoción, casi como si fuese un héroe de leyenda.

Yo me siento más a gusto en medio del trajín de la cocina. Además, a Henry le encanta darme a probar sus recetas nuevas, o

las favoritas, y a mí me encanta servirle de conejillo de indias.

Llevo horas escuchando al personal y estoy comiéndome una magdalena de arándanos cuando aparece Beau.

—Es casi imposible dar contigo —dice.

—¿Conmigo? —le respondo, ofreciéndole el plato con las magdalenas—. Hace días que no te veo.

—No todas nos dedicamos al ocio, Jo.

Me fijo en sus ojeras y el pelo sin brillo.

—¿Tu padre te ha tenido ocupada?

—Algo así —dice, cogiendo dos magdalenas y dándole las gracias a Henry—. Ven, mi madre quiere enseñarte algo.

Me cuesta seguirle el ritmo cuando echa a andar hacia la puerta. En el pasillo hace frío, y tras pasar toda la tarde en la cocina me recorre un escalofrío. Beau va vestida con su uniforme, incluida la cuerda metálica y la armadura de cuero. El arma le golpea el hombro y la cadera al andar.

Greta sonríe al vernos entrar en la biblioteca.

—Ya pensaba que te habías perdido —dice, y nos hace señas para que la sigamos a un rincón bajo la escalera. Allí, en una esquina, hay un escritorio con un farol colgado encima. De puntillas, Greta saca un tomo enorme del estante superior, y Beau y yo estiramos los brazos para ayudarla a bajarlo hasta la mesa.

—Llevo buscando estos registros desde que volviste, y por fin los encontré —dice, soplándose el flequillo para apartarlo y sentarse en la silla.

El libro tiene cuatro veces el tamaño de uno normal, y cada página que pasa levanta una ráfaga de aire. El polvo flota en el ambiente y Beau tose mientras se lo quita de la cara con la mano.

—Aquí —anuncia Greta, limpiando una página antes de señalar con el dedo—. Tu madre.

Levanto el farol para ver mejor. La imagen ilustrada de mi madre es sorprendente. De joven, podría haber pasado por mi gemela. Si no fuese por el nombre escrito con una caligrafía elegante bajo el retrato, o por el tono ligeramente más oscuro de su pelo, juraría que soy yo.

«Evelyn».

Hay un texto bajo el nombre, y lo limpio con la mano para leerlo.

«Elemental: aire».

—¿Qué es esto? —pregunto.

—Son los primeros registros que tenemos de Herederos y sus dones. Al menos, los primeros conocidos.

Miro a Greta.

—¿Mi padre está aquí?

Veo la tristeza en su rostro antes de que conteste.

—No, querida. Él no era un Heredero.

La sorpresa me deja clavada en el sitio.

—¿Qué?

—Pensaba que lo sabías —dice.

—¿Cómo iba a saberlo?

—¿Acker no te lo dijo? —pregunta Beau.

Niego con la cabeza.

—Supongo que no importa, pero nunca se me ocurrió preguntarlo.

—Su historia de amor fue muy romántica —dice Greta—. La princesa que se enamoró de su guardaespaldas. Fue un escándalo tremendo que se casara con un plebeyo. Nunca antes ni después alguien así había llegado al trono.

—Bueno —dice Beau con tono escéptico—, eso es discutible.

—Todos los tronos los ocupan usurpadores —asiente Greta—. Pero él fue el único que lo hizo por amor.

Beau pone los ojos en blanco.

—En fin —continúa Greta—, quería mostrarte un poco de la historia de tu madre.

—Gracias, Greta. ¿Te importa si echo un vistazo por mi cuenta?

—Claro que no —responde, levantándose para dejarme el asiento —. Si encuentras algo interesante, compártelo.

Beau acerca una silla. El libro parece estar ordenado por linajes. Paso a la primera página y la limpio con la palma. El primero es el rey Edmond. Se parece bastante a Acker, aunque agradezco las pequeñas diferencias entre ambos.

«Elemental: fuego».

Estoy a punto de cerrar el libro cuando me fijo en la imagen que aparece junto al retrato del rey. Me inclino, limpio con cuidado la ilustración con el pulgar y miro con detenimiento esos ojos un poco caídos, el nacimiento del cabello en forma de V. La madre de Acker tiene una sonrisa traviesa. De hecho, parece un poco condescendiente, incluso en una ilustración. Me recuerda a...

No.

No puede ser.

—¿Qué pasa? —pregunta Beau, asomándose a mirar por encima de mi hombro.

—No... no estoy segura. ¿Sabes si hay alguna imagen más clara de la reina difunta?

Se pone en pie y me lleva al escritorio de Greta. Ella ya no está cuando abrimos el acceso al subsuelo y descendemos a la oscuridad. Beau enciende una lámpara, la saca del soporte y camina con ella hasta el muro más alejado, donde hay un retrato medio cubierto por un tapiz: la familia real, el rey en su trono y su hijo a su lado. Acker no debía de tener más de cinco años. Detrás de él, una mujer de pelo rizado y sonrisa luminosa apoya la mano sobre el hombro de su marido.

Una joven Grenadine me devuelve la mirada. La vieja gruñona que vivía al lado de mi casa en Alaha. No tengo dudas.

—Jo —exige Beau—. ¿Qué estás viendo?

Tengo que contárselo a Acker.

Me aferro al vínculo y me encuentro en la habitación de Acker.

El sonido de la voz del rey me hiela la sangre.

—Quédate con Jovinnia como concubina o mándala de vuelta a Maile.

Girando sobre mí misma, me los encuentro en la sala de estar, Acker de espaldas a mí mientras mira a su padre, que pasea de un lado a otro.

—¿En qué mundo esas son opciones válidas? Ella es mi vínculo —dice, con la voz subiéndole una octava—. Nunca en la historia se le ha negado a un rey su vínculo.

—Pero tú no eres rey —dice su padre con voz fría—. No eres más que un príncipe, bajo mi reinado, y cuando doy una orden, espero obediencia.

—¿Aunque estés equivocado? —dice Acker.

No puedo ver su cara, pero puedo imaginar la dura mirada que le lanza a su padre, parecida a la que el rey le devuelve mientras se impone sobre su hijo. Es una batalla de poder, de voluntades.

—Dame un argumento que justifique su elección en lugar de la de la hija de los Strou —dice el rey—. Dame algo más que el simple hecho de que la deseas.

—La amo —dice Acker—. ¿No es suficiente?

—No. —Su padre niega con la cabeza—. No cuando eres responsable del bienestar de tu pueblo. Necesitamos la alianza con los Strou más de lo que necesitas su mano en matrimonio.

Acker se pone en pie y yo me apresuro a esconderme tras la pared del dormitorio, escuchando desde la puerta.

—Podemos negociar una nueva alianza con Evelyn.

—Ella nunca aceptará, hijo. Desprecia a todo el cónclave.

—No lo sabes con certeza —replica Acker—. Jovie es la prueba de que Wren la secuestró de niña. Puede ayudarnos a convencer a Evelyn para que esté de nuestro lado. La reina querrá venganza.

—Jovie. —El rey resopla y pronuncia el nombre como si fuera una broma—. La chica que se entrenó en la guardia de Alaha, que estaba enamorada del hijo de Wren, según todos los informes. ¿Y esperas que preste el ejército y los recursos de su madre para erradicarlos?

—No simpatiza con sus intrigas —dice Acker.

El rey alza las manos.

—Estás actuando como un niño malcriado.

Doy un respingo al oír cómo algo se estrella contra la piedra y luego una serie de objetos cayendo al suelo.

—Me dijiste que encontrarías una solución —dice Acker, y la emoción hace que la voz le tiemble con escasa contención—. Di la cara. Fui amable con Irina para tranquilizar a los Strou mientras tú buscabas un nuevo plan. ¿Para qué? ¿Para que me digas que no hay otra forma? Que te jodan.

—Los alaha se están preparando para la guerra, y el incidente en el Mercado fue solo el comienzo. Ahora tenemos a Roison uniéndose a la lucha gracias a la pequeña jugarreta de tu vínculo en la frontera. Vamos a luchar en varios frentes y si tenemos alguna posibilidad contra Wren, contra Roison, necesitamos más efectivos en el campo de batalla, y los Strou los tienen.

—El ejército de Maile es más grande —insiste Acker—. Si conseguimos convencer a Evelyn...

—¡Basta! —La orden del rey hace, en efecto, que la pared a mi espalda vibre—. Hablé con Joss y Urich. Están de acuerdo con que

mantengas a Jovie como amante si te desposas con su hija y le das un bebé. Piden al menos un heredero. Es una oferta generosa, sabiendo que probablemente querrás tener hijos con tu vínculo.

—¿Y si me niego? —pregunta Acker, con voz oscura.

Pasa un largo momento de silencio en el que empiezo a preguntarme si me han descubierto. Entonces el rey dice:

—¿Cuándo lo has hecho?

No tengo una imagen para explicar ese repentino silencio. Tengo el corazón en la garganta y me esfuerzo por oír hasta el más mínimo movimiento, por si deciden acercarse.

La voz del rey es calmada. Demasiado calmada.

—Si alguna vez descubro que has hecho otro juramento de sangre, te encadenaré en las mazmorras. ¿Entiendes?

Me atrevo a asomar la cabeza desde detrás del muro para ver qué ocurre y veo la mano del rey apretada contra la nuca de su hijo, con un agarre visiblemente fuerte.

—En cuanto a tu amenaza original, si me desafías otra vez, tengo formas que no puedes ni imaginar de asegurarme de que no vuelvas a ver a tu vínculo jamás.

El sonido de la cerradura al abrirse resuena en el silencio que queda tras su escalofriante declaración.

—Si fuera tú —dice el rey—, encontraría la manera de convencer a Jovinnia de que acepte el acuerdo. Te hablo por experiencia: nunca acaba bien cuando intentas ocultar la verdad a otra mujer. En cuanto a futuras conversaciones entre nosotros, llevarás collar.

Me sobresalto cuando la puerta se cierra de un portazo. Entonces vuelvo a estar en la biblioteca secreta con los ojos de Beau clavados en mí. La visión se me nubla mientras hago todo lo posible por evitar que el corazón me reviente el pecho. Me concentro en respirar, en

inspiraciones largas y profundas mientras me sujeto al borde de una estantería, con el rey mirándome desde el viejo retrato familiar.

Inhalo.

Exhalo.

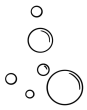
Inhalo.

Exhalo.

Que Acker haya perdido el ánimo para enfrentarse a su padre no significa que esté de acuerdo con él.

Tengo que darle la oportunidad de arreglarlo, de confiarme lo que su padre le está presionando para hacer. De decirme que él no quiere esto.

Levanto la vista hacia Beau. Sus ojos están llenos de pesar, como si hubiera visto la misma conversación que yo. Entonces me doy cuenta: es mi aura. Sabe que lo que he visto está destrozándome por dentro, y que no hay nada que pueda decir para impedir que se me rompa el corazón.



Capítulo 55



No me reconozco.

El pelo ondulado sobre un hombro, los ojos pintados en tono carbón y los labios teñidos de rojo. El vestido verde me resalta el cabello y los ojos, con el corpiño formando un drapeado asimétrico sobre un hombro y una falda que se desliza como una cascada hasta los tobillos. Los zapatos, plateados como los pendientes, asoman por debajo del dobladillo, añadiendo altura a mi figura.

—Perfecta —dice Beau, que sonríe a mis espaldas.

Sassia sostiene una cadena plateada alrededor de mi cintura.

—¿Qué te parece? —Es el vestido de Beau, y el cinturón fue hecho a medida para combinar con su cuerda metálica.

Niego con la cabeza.

—Creo que está bien sin él.

La doncella hace un pequeño sonido de aprobación. Ha avanzado mucho desde aquella primera vez que me acompañó a mi habitación.

—Yo también lo creo —dice, en un susurro apenas audible.

Me giro hacia Beau, observando su atuendo habitual mientras balancea las piernas, colgadas del brazo del sillón.

Las hijas ilegítimas no pueden asistir a las cenas reales. Aunque Beau es la tercera al mando de su padre, ni siquiera a ella le está permitido asistir por su condición de ilegítima.

Ojalá pudiera tenerla a mi lado. Esta noche puede que sea la más importante de mi vida. De las vidas de todos.

Beau se incorpora y apoya la barbilla en el puño, el codo firme sobre el reposabrazos.

—Recuerda lo que te dije. Tienes tanto derecho a estar aquí como cualquier otra persona. Compórtate como tal.

Es más fácil decirlo que hacerlo. Aunque la cocina y el servicio se han acostumbrado a mi presencia, los asistentes no. No apartan la vista al verme, y aunque no hay detractores abiertos —por miedo a acabar colgados en la muralla— tampoco hay sonrisas de cortesía. Para los cortesanos, no soy más que un ratón curioso paseando por los pasillos.

Esta cena es una farsa. Se supone que es una celebración por mi regreso, por el éxito de la misión de Acker al salvarme de los alaha y de Wren, pero no hay ni una sola persona, aparte de Acker, Beau y Hallis, que parezca mínimamente contenta de verme.

De vez en cuando, algún soldado me ayuda durante los entrenamientos matutinos, me corrigen cuando es necesario o, muy de vez en cuando, me hacen algún cumplido. Pero sus interacciones conmigo se reducen al mínimo bajo la mirada vigilante del tribunal desde el porche, sobre todo cuando el rey está presente. Su mirada es como el calor implacable de mil soles sobre nuestras espaldas.

Llaman a la puerta y la doncella la abre, anunciando la presencia de Hallis. Le indico que lo deje pasar.

Vestido con su atuendo más negro, está deslumbrante. Lleva el cabello peinado con esmero y las solapas negras de su ropa formal le acentúan los anchos hombros. Mientras inclina la cabeza a modo de saludo, veo una caja de terciopelo en su mano. Percibo, más que veo, cómo Beau contiene la respiración, y estoy bastante segura de que Hallis sonríe en respuesta.

—Levántate, déjame verte —dice, haciéndome un gesto con la caja en la mano.

Me levanto del asiento frente al espejo y aliso la tela de la falda para que caiga sin arrugas. Sé que es solo Hallis, pero el recorrido de su mirada sobre mí me hace sentir cohibida, y el rubor me delata.

Hallis es un caballero y no se burla, lo cual me sorprende.

—Estás preciosa, Jovie.

—Gracias —digo, mirándome una vez más en el espejo de cuerpo entero. Parece que ha pasado una vida desde que envidiaba a las mujeres del Mercado. Y ahora aquí estoy, vestida con ropas aún más exquisitas, y sintiéndome más vulnerable.

—Acker ha sido convocado a una reunión con su padre, así que me envió a entregarte esto —dice, abriendo la caja y mostrando un collar de plata y perlas—. ¿Puedo?

Me sostengo el pelo a un lado para que pueda colocarme el collar, sujetándolo contra la clavícula con la mano libre.

—Las perlas hiladas de Cadence —dice Beau, que se acerca para ayudarle con el broche. El asombro en su voz me sorprende.

—¿De...? —pregunto.

—La madre de Acker —responde Hallis.

Paso los dedos por las perlas. Siento un nudo en el pecho.

De algún modo, eso me da el impulso que necesito para entrar en una sala llena de miradas hostiles y juicios.

Hallis me ofrece el brazo, y deslizo la mano en el pliegue de su codo.

—¿Lista? —pregunta.

Respiro hondo.

—Totalmente.

Beau sonríe.

—Estás amarilla —dice, acariciándome el hombro al descubierto en un gesto tranquilizador mientras camina hacia la puerta—. Intenta disfrutar.

Luego lanza una mirada a Hallis.

—Y tú también..., que vas tan gris como siempre.

Hallis le sonríe de buen humor.

—Buenas noches, Beau.

La observamos alejarse por el pasillo hasta desaparecer al girar la esquina.

—¿Ella lo sabe? —le pregunto.

—¿Saber qué? —dice, lanzándome una mirada mientras emprendemos nuestro camino en la dirección opuesta.

—Que estás enamorado de ella.

No se inmuta ni un segundo ante mi afirmación.

—Beau cree que todo el mundo está enamorado de ella, así que probablemente.

Caminamos en silencio, nos cruzamos con un par de doncellas que inclinan la cabeza en señal de respeto. Les devolvemos el gesto. Nos topamos con Henry, que va hacia la cocina con su mejor delantal, y se detiene para decirnos lo guapos que estamos. Está emocionado porque voy a probar sus coles glaseadas con balsámico.

Nos despedimos de él y nos detenemos en una de las estancias que salen del comedor. Hallis me lanza una mirada tranquilizadora. Asiento, pero me detengo al oír pasos acercándose por detrás.

Al girarnos, vemos a Acker salir de las sombras y avanzar hacia nosotros con paso rápido. Viste de verde, un tono más oscuro que el mío, y me observa: el vestido, el rostro, el hilo de perlas en mi clavícula.

—Jovie —dice, rodeándome la cintura con el brazo y atrayéndome hacia un beso—. Estás... —Niega con la cabeza, los ojos recorren el

rostro, el cuello—. Indescriptible.

—¿Qué haces aquí? —dice Hallis, soltándome el brazo—. Tu padre dijo...

—Ya sé lo que dijo —interrumpe Acker. Inclina la cabeza hacia mi cuello, respira hondo y besa el punto sensible—. Y he decidido que no me importa —añade, con la mirada firme al alzarla hacia mí—. ¿Vamos?

Me ofrece el brazo, y una gran parte de mí se relaja en su presencia. Sonrío mientras acomodo la mano en el pliegue de su codo.

—Acker —dice Hallis, en tono de advertencia.

Acker se gira con brusquedad.

—He dicho que no me importa —espeta.

Hallis está tan sorprendido como yo. Tal vez más, a juzgar por esos ojos tan abiertos mientras observa a su mejor amigo.

Acker suelta el aire por la nariz, mientras aprieta los dientes.

—Jovie es mi vínculo, y nada va a cambiar eso —dice, ajustándose los puños de su traje—. Ni tú. Ni una alianza absurda. Y menos aún mi padre.

Hallis suelta un suspiro al sentir que está perdiendo esta discusión, mientras desliza la mirada hacia la entrada del comedor.

—Yo iré primero. Al menos tendré una buena vista del espectáculo. —Inclina la cabeza en señal de despedida, sus ojos se detienen en Acker antes de posarse en mí—. Princesa —dice, y luego se aleja doblando la esquina del pasillo.

—Tengo la sensación de que tu padre no está dispuesto a romper la alianza con Strou.

Acker coloca la mano libre sobre la que yo tengo escondida bajo su brazo.

—Una vez que entremos, no tendrá elección.

Conmigo a su lado, se refiere.

Con los tacones, estoy casi a su altura.

—Una mujer más honorable intentaría hacerte cambiar de opinión —le digo, mirándolo fijamente.

Su sonrisa no es otra cosa que lasciva.

—El honor es para los piadosos —responde, inclinándose para besarme.

Es todo calor y promesas, y me entristece que dure tan poco. Parte del tinte de mis labios se transfiere a los suyos, así que intento limpiarlo con la yema del pulgar, pero él se aparta.

—Déjalo —dice con una mirada peligrosa, y me guía hasta el final del pasillo—. Ve al estrado. Yo iré justo detrás de ti.

—No vas a ir a mi lado —le digo, deteniéndome.

—Iré justo detrás de ti —me asegura, con la mano en la parte baja de mi espalda—. Me sentirás todo el tiempo.

No me gusta, pero me da otro beso suave en los labios, como si nunca se le ocurriera resistirse a poner su boca sobre la mía. Tendré que confiar en él.

Me vuelvo y me enfrento a la entrada del comedor, iluminada más allá del velo... y entro. Cualquier esperanza de pasar desapercibida se desvanece rápidamente cuando todas las miradas se vuelven hacia mí. Acker cumple su promesa, y noto sus dedos presionándome ligeramente la espalda mientras caminamos por el pasillo central entre las mesas y nuestros pasos resuenan desde el suelo de piedra hasta el techo dorado. Incluso los soldados con casco alineados en la sala se vuelven para observarnos.

Mantengo la vista fija en el estrado, en el rey, que ríe con un noble antes de notar que la algarabía va disminuyendo. Sus ojos se fijan en mí cuando se vuelve, y luego en su hijo, y el rostro le enrojece de ira ante esta clara insubordinación.

Al llegar al pie de la plataforma, bajo la cabeza en un saludo kenta, inclinándome todo lo que puedo con mi falda y tacones para mostrar sumisión.

—Su alteza —lo saludo.

Acker no hace nada parecido. Se adelanta y mira a su padre a los ojos, un desafío sin palabras, y me ofrece una mano para subir la escalera. Me conduce alrededor de la mesa hacia los asientos del otro lado, frente a la congregación. Pasamos junto a dos personas rubias y de ojos claros. Acker aparta la silla más cercana al centro y me siento con toda la gracia que puedo reunir.

Entonces, en su movimiento más audaz hasta ahora, Acker pone las manos sobre mi piel descubierta, se inclina y me besa la mejilla frente a toda la asamblea. Me sorprende ser capaz de controlar mi sonrojo.

Acker toma un cáliz de la mesa y lo levanta hacia la congregación.

—Por la princesa perdida de Maile —anuncia—. Y por su regreso.

Los susurros de sorprendida reverencia recorren la sala mientras la gente alza las copas, mayormente por respeto al príncipe. Acker bebe de su copa, con ojos atentos que examinan a sus seguidores, desafiando a cualquiera a mostrar descontento. Su mirada es intensa, evaluadora y peligrosa.

Me equivoqué al temer a Acker cuando se sentó en el trono aquel primer día de nuestra llegada: estando a su lado, la cosa cambia. Lo miro y alzo mi cáliz. Con adoración y gratitud, digo las palabras sin alardes, como un simple enunciado.

—Viva el príncipe de Kenta.

En respuesta, se oye una ovación más fuerte y clara.

—¡Viva el príncipe de Kenta!

El príncipe que mató en el campo de batalla por su pueblo, que arriesgó su vida para devolver la esperanza trayendo un símbolo de

paz del pasado.

—¡Viva el príncipe de Kenta!

Miro al rey, sentado con el rostro rojo y airado, y una sonrisa se me dibuja en los labios. Parece que el pueblo ha hablado.

Los vítores se apagan cuando una mujer atraviesa la entrada que cubre el velo, llamando la atención de toda la sala. Irina avanza, con el cabello rubio recogido en un moño alto y un vestido rojo que le cae desde los hombros, me doy cuenta de que es el color de Strou, igual que el de la ropa que llevan sus padres, sentados inmóviles a mi derecha.

Ella camina por el centro de la sala, sus tacones resuenan en el mármol, no lleva joyas en el cuello. Su belleza es casi etérea y, aunque soy yo la que está sentada a la derecha de Acker, no puedo evitar sentir que no estoy a su altura. El paso firme de la mujer flaquea cuando se acerca al estrado y sus ojos recorren rápido las pocas sillas libres, el aspecto furioso de sus padres...

Y yo sentada en su asiento.

Acker apoya la muñeca en el respaldo de mi silla y me guiña un ojo, completamente indiferente ante la humillación silenciosa de la joven perdida y sola al pie del estrado. Termina su vino y golpea la copa contra la mesa.

—¿Dónde está la comida? —pregunta, mirando alrededor—. Se supone que hemos venido a comer, así que comamos.

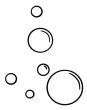
Aparece una criada con una jarra para rellenarle la copa, luego otra, y otra más, y de repente el comedor se llena de sirvientes llevando plato tras plato a las mesas, la nuestra es la que más rápido se llena.

Apoyando el codo en la mesa, Acker toma un sorbo de su copa llena de nuevo.

—Me encontré con Henry en el pasillo —comenta, lanzándose a la conversación.

Hago como que presto atención al relato de Acker, sonriendo ante la misma interacción que Hallis y yo tuvimos con el cocinero, pero estoy atenta a Irina, que finalmente capta la indirecta y se va, mientras sus tacones resuenan en su rápida retirada.

Poco después, sus padres también abandonan sus asientos. Y Henry no se equivocaba. Sus coles de Bruselas realmente son increíbles.



Capítulo 56



Alaha, la mañana después de la tormenta

—¿Por qué has sacado al soldado de Kenta del calabozo? —dice Kai con los ojos como platos.

Lo hago callar y lo arrastro más lejos, detrás del taller del curtidor.

—Iba a morir.

—Sí, Brynn, esa era un poco la idea —responde, encorvado mientras me grita en susurros—. Luego íbamos a poner su cuerpo en un bote y devolverlo al mar, para que pareciera un accidente.

—Escucha —le digo, mientras trato de calmarlo poniéndole una mano en el pecho—. Tu padre le hizo jurar con sangre que no revelaría mi verdadera identidad cuando fuimos a hablar con él. Está completamente convencido de que no sé nada, que he estado protegida de la verdad sobre la magia y mi linaje todo este tiempo.

Me acerco más. El viento, aún revuelto tras la tormenta, agita los árboles con fuerza, capaz de arrastrar las voces consigo.

—Creo... que si logro convencerlo de que no sé nada, me llevará de vuelta a tierra firme con él.

—No, Brynn —dice, con los ojos firmes—. No tienes idea de lo que es capaz. Lo llaman el Soldado del Caos. Podría tener un arrebato repentino y matarte mientras duermes.

—Es el príncipe de Kenta —insisto—. Puede llevarme al palacio. Si consigo acercarme lo suficiente al rey...

—¿Qué puedes hacer? —interrumpe, con voz firme—. ¿Matarlo? ¿A Edmond, el rey de Kenta, el gobernante más poderoso de la historia?

—Todavía no he tenido mi despertar. Podría ser tan poderosa como tú y no saberlo.

Ya está negando con la cabeza, alejándose de mí mientras pone los brazos en jarras.

—Solo ha venido a vengarse por lo del Mercado. La explosión debía parecer un accidente, pero debe de saber que tuviste algo que ver.

—Te digo que está completamente seguro de mi inocencia. Cree que llevo toda la vida manipulada por tu padre. Podemos usar eso a nuestro favor.

Más negaciones con la cabeza.

—¿Y cómo piensas llegar a Kenta?

—Tomaremos una de las barcas de pesca.

Se burla.

—Nadie ha cruzado nunca el mar abierto en un bote tan pequeño. No funcionará.

—No puedes saberlo.

—Sabemos que cualquier ola que supere el tamaño medio destroza el casco. Pasa todo el tiempo.

—Kai —digo, dejando que la terquedad en mi tono quede clara entre nosotros—. No te estoy pidiendo permiso.

Él se vuelve a mirarme con una tormenta de emociones cruzándole los ojos.

Ira. Incredulidad. Pero, sobre todo..., dolor.

—Mis padres me harían casarme con otra persona.

Bajo la vista antes de reunir el valor para mirarlo de nuevo.

—Lo sé.

Mi respuesta lo atraviesa de golpe antes de que logre ocultarlo, dándose la vuelta con un suspiro.

—No puedes negar que esta es nuestra mejor oportunidad para avanzar en la rebelión —digo, suavizando la voz, tratando de calmarlo—. Nos vamos a quedar sin comida si seguimos sin poder ir al Mercado, y sucederá mucho antes si tu padre no reanuda las salidas de pesca por culpa de ese barco de Kenta.

Quiere discutir, pero sabe que tengo razón.

—Si el pueblo cree que el príncipe te ha raptado —dice, casi con desgana al terminar la frase—, entrarían en pánico al pensar que uno de ellos puede venir al bosque y llevarse a quien quiera. Podría provocar que mi padre se plantease trabajar con los Roison, especialmente tras sus repetidos intentos de reclutarnos para su causa.

No quiero expresar mis dudas, porque necesito que Kai crea que esto puede funcionar. No voy a decirle que la gente no se preocupará tanto por una olvidada como él cree. Nunca me han visto como una de las suyas.

—Habría que encargarse de Dupre —digo.

La mirada de Kai pasa de la inseguridad a la reflexión. Asoma el líder estratégico de la rebelión. El deseo de devolver al pueblo de Alaha a tierra firme lo gobierna todo.

—Tendríamos que hacer que su muerte pareciera obra del príncipe —dice, volviendo a mirarme—. Todo esto suponiendo que no sospeche que estás tramando algo.

—Creo... que si te ve usar tu poder contra mí, no dudaría de mí en nada.

Asiente.

—Tendría que ser convincente —dice—. Algo imperdonable. Algo que hasta el canalizador de metales de Kenta creyera completamente despiadado.

Pienso en su extraña obsesión con mi apego a Kai.

—Cree que tú me has manipulado para que me enamore de ti.

Frunce el ceño con fuerza, y la indignación le arde en la mirada.

—Eso es tan insultante como asqueroso.

—Lo sé, pero reafirmar ese pensamiento ratificaría sus sospechas.

Sigue paseando de un lado a otro, y yo espero mientras Kai procesa todo lo que le he puesto sobre la mesa. Es un giro enorme respecto a nuestros planes originales: volver a tierra por cualquier medio necesario, incluso aunque eso significara unirnos a las fuerzas de Roison y comenzar una guerra. Sería una tontería no aprovechar la oportunidad. Y él lo sabe.

—Cuando descubran que falta, registrarán el bosque. Me aseguraré de ser yo quien vaya a tu cabaña, y usaré mi influencia sobre ti en ese momento.

—Está bien —digo, aceptando.

Se detiene y me mira.

—Puede que mi padre muestre favoritismo hacia mí, pero no sé hasta dónde llegará si descubre que estoy liderando la rebelión. No hay mucho margen de error. Tendrás que bajar la guardia.

Asiento, sabiendo que se refiere a relajar el escudo que me enseñó a mantener frente a su padre, para evitar ser influenciada por él.

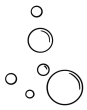
Se acerca y me coge la cara, acercándomela hacia la suya.

—No quiero hacer esto —dice.

—Lo sé —respondo, odiando el dolor que veo en sus ojos—. Confío en ti.

Apoya su frente contra la mía, con los ojos cerrados por la tensión.

—Podría estar enviándote a la muerte, Brynn.
—Es un riesgo que estoy dispuesta a correr.
Niega lentamente con la cabeza.
—Si se atreve a mirarte mal...
—Lo mato yo misma.
Me besa rápidamente y luego se aparta.
—No se lo digas a Messer.
—¿Por qué?
Hace una mueca extraña antes de responder.
—Porque perdería los estribos.



Capítulo 57



Acker me hace girar, y mis faldas se abren azotándome las piernas mientras me atrae hacia su cuerpo. Le brillan los ojos, y las mejillas están enrojecidas por el vino mientras me mira y me besa. El brazo que me rodea la espalda me mantiene anclada a él mientras nos movemos por la pista de baile.

Está cálido y huele divino, como la dulzura de la lluvia fresca y los pinos. Lo saboreo, deseando que tuviéramos más tiempo. Me arrepiento de no haberlo buscado antes ese día, pero creo que eso habría empeorado las cosas, habría hecho que mi traición doliera aún más. Más amarga, cortante.

La música es hipnótica. Las notas del cuarteto de cuerda flotan sobre el suelo y trepan por las paredes hasta el techo dorado y espejado, y caen desde arriba envolviendo toda la sala. Me provoca una emoción que no sé nombrar, pero quizá sea solo porque estoy llena de tantas que no puedo ni contarlas.

La celebración sigue, aunque ya es tarde. Los niños ya se han ido a la cama.

Hallis se retiró no mucho después, tal como Beau había predicho. Tolera estas cenas a duras penas. El vino ha corrido sin pausa, y su potencia se nota en los rostros alegres y enrojecidos de los cortesanos que quedan.

¿Y Acker? Él está feliz. En su rostro hay una sonrisa tranquila que no le he visto mucho desde que llegamos a la corte. Duele mirarlo, pero tampoco puedo apartar la vista, sabiendo que puede que no vuelva a ver esta faceta suya. Que puede que no vuelva a verlo jamás después de esta noche. Si es que siquiera salgo con vida...

El rey ha pasado la noche en el estrado, observando a su congregación junto a uno de los muchos hombres que han estado a su lado durante la velada. Cada vez que me atrevo a mirar en su dirección, parece irritarse más y más por el ambiente alegre y las risas de su pueblo.

La canción termina con un floreo y los bailarines estallan en vítores. La banda se retira con reverencias y promesas de volver. Las doncellas entran en tropel con más decantadores de vino y rellenan todas las copas que se encuentran.

Acker comparte una risa con uno de los hombres que está en la pista, un comentario sobre su propia torpeza de borracho, y luego me coge de la mano para llevarme al estrado. El rey, como el niño malcriado que había acusado a Acker de ser, está sentado en la mesa con gesto hosco. Observo cómo sostiene la copa mientras la doncella se la llena. Ni siquiera la mira; simplemente se bebe el vino de un trago.

Acker no le presta atención y se deja caer en su silla, me arrastra a su regazo.

—Te amo —dice, besándome el hombro desnudo. Es un beso casto, pero de alguna forma cargado de promesas.

Es difícil no verse afectada por su esplendor.

—Estás borracho.

La doncella que iba por la mesa se detiene ante nosotros y llena también la copa de Acker.

Él toma su bebida.

—¿No se me permite estar de celebración con mi futura esposa?

Le quito la copa antes de que llegue a sus labios.

—Vale, creo que ya has tenido suficiente —le digo, sonriendo.

—Jovie —dice, y de pronto parece sobrio, con la mirada despejada —. No estoy borracho.

Me quedo sin habla y con el corazón desbocado mientras busco su mirada sincera.

—Acker —digo, intentando pensar cómo responder, cómo hacer que siga hablando mientras sacudo la cabeza con una sonrisa temblorosa—. Ni siquiera me lo has pedido.

Pasa el pulgar por el pliegue de mi codo, haciéndome estremecer.

—Te lo estoy pidiendo. ¿Quieres casarte conmigo?

No se me ocurre una peor pregunta en un peor momento. No puedo contener las lágrimas que empiezan a asomar. Él cree que son por la emoción, por la felicidad abrumadora, mientras me mira con tanto amor y adoración que me convenzo de que voy a vomitar.

No lloro de alegría.

Se me está rompiendo el corazón, tal como Beau sabía que pasaría.

—Acker —digo, con la voz temblorosa—. Nunca te di las gracias por todo lo que hiciste por mí. Seguiría en mi diminuta cabaña en las alturas de Alaha si no hubieras venido a salvarme.

Sus ojos no se apartan mientras intento ordenar mis pensamientos.

—Te quiero —le digo, con más firmeza esta vez—. Y siempre te querré.

Él ladea la cabeza y su mirada se vuelve suspicaz.

—Jovie —dice, con expresión inquisitiva y un tono cargado de sospecha—. ¿Qué es lo que no me estás diciendo?

Como si fuera una señal, uno de los nobles se tambalea fuera de su silla, las palabras arrastradas mientras intenta pronunciarlas.

—Ve-nen-o...

Da dos pasos más antes de caer de rodillas, con los ojos turbios al escupir la palabra.

—Veneno.

Y entonces pierde la lucha, golpeando el mármol de bruces con un chasquido espeluznante.

Acker me mira alarmado, pero pronto ata cabos, los ojos se posan en la copa que no le dejé beber.

Me pongo de pie y retrocedo hasta que mis muslos chocan con la mesa.

La congregación está alarmada, pero también entorpecida en su intento de luchar contra lo inevitable. Los platos caen al suelo, la comida salpica. El vino tinto se derrama por el suelo, llamativo sobre las baldosas blancas como preludio de la sangre que está por venir.

Acker se incorpora en la silla, pero es demasiado tarde. El collar de *mangi* que saco de los pliegues del vestido se le cierra sobre el cuello, pero no basta para detenerlo por completo. Por eso Beau está ahí: para lanzar su cuerda metálica alrededor de sus tobillos, anclándolo a la silla. Él gruñe mientras ella cierra un lazo en una muñeca y luego en la otra, pero el daño ya está hecho. No puede moverse. Las púas de la cuerda se le clavan en la carne y la sangre brota de las hendiduras.

Mira a su padre, inconsciente y desplomado en su silla, luego al amplio salón ahora en silencio. Todos están colapsados e inmóviles.

El sonido de pasos arrastrados y metal resuena en la sala por lo demás silenciosa cuando los soldados de Kenta finalmente deciden acercarse al estrado. Con retraso, diría yo. Tal vez pensaban que su amado príncipe, el Soldado del Caos, se encargaría, o que la llegada

de Beau era para ayudar..., hasta que se dieron cuenta de que en realidad ella había inmovilizado a su única esperanza.

No me muevo de donde estoy frente a Acker, más asustada de él que de esos doce hombres.

Le sostengo la mirada.

Los ojos le arden llenos de furia y se le tensan el cuello y los músculos mientras forcejea contra las ataduras, contra las piedras que le rodean el cuello. Espero mientras los pasos se acercan cada vez más. Los soldados se despliegan mientras avanzan hacia mí con pasos resonantes hasta llegar al primer escalón del estrado.

El segundo. El tercero.

Entonces, cuando están a un paso de la cima, Acker habla, ordena:

—Rendíos.

Los hombres se detienen en seco.

Una sonrisa se me dibuja en la comisura de los labios. No importa si es por voluntad propia o por el juramento de sangre. No puede permitir que nadie me haga daño. Vuelvo lentamente la cabeza y miro por encima del hombro, enfocando la vista en el único hombre que reconozco bajo el uniforme de palacio, los anchos hombros familiares y la alta figura, al final del grupo de hombres que esperan la orden de matar de su príncipe.

—Messer —lo llamo.

Veo su sonrisa bajo el borde del casco un instante antes de que se mueva. Le corta el cuello al hombre que está delante de él, y este cae de rodillas aullando, mientras intenta detener con las manos el flujo de sangre que le brota de la yugular.

El resto de los soldados se gira para enfrentar la amenaza que se acerca por detrás, pero es inútil. Messer los elimina uno a uno. El movimiento de su espada es una obra de arte practicada, suave y

precisa. Los cuerpos caen sobre el mármol con un fuerte estrépito metálico. En un par de minutos todos están muertos.

Messer deja su espada manchada de sangre sobre la mesa y se quita el casco, apartándose el cabello sudoroso de la cara mientras exhala con una sonrisa.

—B —dice—, la ropa elegante te queda bien.

Pongo los ojos en blanco ante su burla y vuelvo la atención a Acker. Él respira con las fosas nasales dilatadas, sin hablar. No hace falta. El asco y el desprecio que me lanza con la mirada hablan por sí solos.

Trago saliva y aparto los platos y cubiertos que quedan. Luego me siento sobre la mesa.

—Acker.

Él se sacude en la silla, haciendo que la sangre le resbale por las muñecas, pero sus ojos no vacilan. Son armas por sí solos.

Dirijo la mirada a Messer y a Beau. Necesito recomponerme antes de continuar. El dolor que me atraviesa los pulmones se intensifica con cada respiración. La única forma de seguir es encerrando ese sentimiento dentro de mí.

Beau asiente hacia mí en señal de ánimo.

Ignorando la herida que me crece en el pecho, vuelvo la vista a Acker.

—Tengo una oferta para ti.

Hay una frialdad en su expresión que habría deseado no ver nunca, pero prosigo como si no me afectara.

—Toma la corona de tu padre, y dejaremos intacto tu consejo.

Ni siquiera pestañea ante mi propuesta.

—¿Por qué iba a querer usurpar el trono de mi propio padre? —pregunta con una calma escalofriante.

Me encojo de hombros como si la respuesta fuera obvia.

—Para evitar la guerra que se avecina sobre tu pueblo.

Una sonrisa ladeada le aparece en el rostro, reemplazando el frío por algo aún más siniestro: indiferencia.

—Una promesa muy grande para una chica humilde que vivía en la miseria en Alaha.

Sus palabras intentan herirme, pero le devuelvo la sonrisa.

—Estabas tan empeñado en que Wren era malvado, en que Kai me manipulaba, que nunca sospechaste la verdad —digo, apoyando las manos sobre la mesa detrás de mí para poder inclinarme hacia él y que vea la astucia en mi mirada—. Que la mala soy yo.

Sus ojos se cierran un instante, pero se recupera rápido.

—¿Eso es lo que te dices a ti misma? —replica con dureza—. ¿Que tú eres la verdadera líder de la rebelión de Alaha?

—Estoy aquí, ¿no?

Me levanto el vestido por encima de las rodillas y cruzo las piernas para poder alcanzar las correas del tacón y desabrocharme el zapato, dejándolo caer al suelo. Miro hacia arriba y, sin prisa, hago lo mismo con el otro, sabiendo que le ofrezco una vista indecente bajo la falda. Él aprieta los dientes, pero no baja la mirada más allá de mi cuello.

—Al contrario de lo que crees, Acker, es tu padre quien llama a la guerra —digo, deslizando mi daga y mirando la hoja negra en mi mano—. Quiere terminar lo que empezó hace siglos, para gobernar todos los territorios.

Sus ojos se fijan en el arma y aprieta las manos en puños. La sangre cae en goteo constante de los brazos de la silla.

—Seguro que lo ves —dice Beau por encima del hombro—. La necesidad de nuestro padre de controlar a los que poseen el don, su deseo de hacer volver la tierra a la Edad Oscura, cuando los Herederos eran adorados como dioses.

Él deja escapar una risa sin humor.

—¿Como acabo de ver a mi hermana y a mi vínculo traicionándome justo delante de mis narices? —Su voz es seca—. No puedo decir que lo vea.

Beau y yo nos miramos. Esto será tan difícil como esperábamos. Revelar la verdad sobre su madre puede herirnos al final si no cede.

—Este es el trato, Acker —digo, haciendo girar la daga, imitando los movimientos que él ha realizado incontables veces—. Tu padre está bloqueando el acceso al Mercado con la intención de forzar a Alaha a regresar a tierra, quiere que rompan el pacto. Sospecho que ha estado atacando nuestros barcos pesqueros durante años, agotando nuestro suministro de comida, y le dimos la excusa perfecta para cortarnos el acceso sin levantar sospechas. Wren se negó a la petición de Roison de unirse a su causa por preferir una solución pacífica, pero pronto se quedará sin opciones. O se une a la lucha o deja que su gente muera de hambre.

—Si simpatizas tanto con su situación, ¿por qué no los dejas entrar en territorio maile? —pregunta.

—Oh, lo haremos —interviene Messer con una sonrisa tranquila—. Los jóvenes, los ancianos y quienes no quieran luchar.

Esto desestabiliza a Acker, sus músculos tensos empiezan a temblar con la rabia contenida. Está peleando contra las ataduras y el collar. La cuestión no es si podrá romper la sujeción de Beau, sino cuándo.

—Pero puedes evitarlo —digo, atrayendo su atención—. Toma el trono. Acepta coexistir con Roison, con mi madre, y no habrá guerra.

Frunce el ceño y cierta confusión le nubla los rasgos por un momento antes de desaparecer.

—Podrías haber logrado todo eso y más si te hubieras quedado a mi lado.

Un nudo doloroso se me forma en la garganta y trago saliva para hablar.

—No mientras tu padre tenga el trono, y lo sabes.

Sacudiendo la cabeza, dice:

—Deberías haber planeado tu juego a largo plazo.

—¿Como tu puta? —respondo.

Acker lo comprende al instante.

Asiento.

—Sabes tan bien como yo que nunca aceptará nuestra unión. Quiere que tenga el mismo papel que Greta, y me niego a ser prisionera del vínculo de unión, a llevar un collar y no poder salir nunca de estos muros.

Me mira con un desprecio clarísimo.

—Siempre vas a suponer lo peor de mí.

—Te equivocas —digo, negando con la cabeza y maldiciendo por la emoción que me empaña la voz—. Te ofrezco el trono porque conozco tu corazón. Mereces llevar la corona.

Inclina la cabeza y me mira un momento antes de que el horror absoluto le inunde el rostro.

—Jovie. No.

No tengo ánimo para responderle pues sé que, de todos modos, nunca podrá perdonarme. Acker, adivinando lo que viene, tira con furia de las ataduras. El metal suena bajo el agarre de Beau y sé que él está a punto de liberarse.

—Después de tanto hablar de que Wren quiere el poder absoluto y de que las mujeres se arrodillan ante él —digo en voz baja, desolada —, qué pena que no puedas ver a tu padre tal como es de verdad.

Messer habla desde atrás.

—Uno diría que su padre es quien tiene el verdadero poder, no Wren.

Es un comentario casual, pero Beau y yo nos miramos con los ojos abiertos de par en par.

—No tenemos mucho tiempo —advierte Messer.

Apoyo las manos a los lados de Acker.

—El día que llegué a palacio —digo—, cuando estaba de rodillas, no podía sostenerme. Al principio pensé que eran nervios, pero creo que me equivoqué. Creo que tu padre me influyó para que permaneciera de rodillas ante la congregación.

—Estás exagerando —dice—. El don de mi padre es igual que el mío.

—Excepto que el registro más antiguo que encontró Greta dice que no —digo, esperando que vea la verdad en mis ojos—. Es fuego.

Refleja el impacto y se le abren los ojos en señal de asombro antes de conseguir ocultarlo.

Un grito de mujer resuena por el salón. La criada nos mira, ve al príncipe capturado y al rey desplomado, y sale corriendo.

Llegó el momento.

Me aparto de la silla de Acker y me pongo en pie. Noto el peso de la daga en la mano mientras miro al rey.

Messer extiende una mano.

—Déjame hacerlo, B.

Niego con la cabeza.

—¿Rechazas mi propuesta de tomar el trono de tu padre? —le pregunto, sabiendo ya la respuesta.

No responde. Los ojos son gélidos, ni rastro del hombre del que me enamoré.

Hermoso y letal, ya lo lloro, y está justo frente a mí.

Miro a Messer.

—Da la orden.

Asiente y se lleva dos dedos a la boca para dar un silbido agudo, la señal a los soldados maile. Tres hombres emergen de las sombras con un solo objetivo: encontrar a los quince nobles restantes y exterminarlos.

Dejo a Acker, concentrándome en mi única tarea: matar al rey.

La baba cae de la boca de Edmond formando un charco sobre la mesa. Todo ese poder y autoridad, pero al final, no es más que un hombre. Agarrándolo del cabello, le inclino la cabeza hacia atrás para dejar su garganta expuesta, mientras le acerco al cuello la punta afilada de mi daga. Presiono...

La voz de Acker me detiene.

—Espera.

No me muevo, solo ladeo la vista para mirar a Acker por el rabillo del ojo.

—Tienes una deuda de vida conmigo —dice entre dientes.

Tardo un momento hasta entender a qué se refiere.

Kai.

No mató a Kai, a pesar de tener todo el derecho para hacerlo..., porque le supliqué que no lo hiciera.

Se forma un alboroto cuando los soldados de Kenta invaden la sala, pero mantengo la mirada fija en Acker. Vine con un solo objetivo en mente, pero si lo cumplo, podría volverme tan malvada como el hombre al que siempre he odiado.

Dirijo la atención a Beau. Lucha por mantener sujeto a Acker, con los dientes apretados por la concentración.

Por difícil que haya sido para mí, no puedo ni imaginar su tormento, traicionando a su propia sangre.

—¿Dónde está la magia del rey? ¿Puedes verla?

Jadea entre respiraciones.

—En la parte derecha del pecho, cerca del hombro.

No pienso, levanto el brazo y llevo la daga al área indicada.

—Otra vez —grita Beau.

Lo hago otra vez, pero más fuerte, clavando la hoja hasta el mango.

Y lo siento, el zumbido de la magia muriendo contra la hoja oscura, antes de quedar quieta dentro del pecho del rey. Un alarido de dolor se escapa de su boca y despierta por un momento, con la cabeza ladeada, luchando por recuperar la consciencia. Podría ser una herida fatal si no consiguen traer un sanador a tiempo.

Me atrevo a mirar a los tres soldados maile; no, cuatro ahora que Messer está en la pelea luchando contra el ataque de los hombres de Kenta. Siguen avanzando, y es solo cuestión de tiempo antes de que los derroten.

Extiendo las manos mientras avanzo hacia Beau.

—Dame la cuerda.

Ella niega con la cabeza.

—Nos matará en cuanto se libere.

—No puede hacerme daño —le recuerdo.

Ella mira a su hermano, las púas están tan clavadas en la piel que apenas se ve el metal a través de la carne rota y la sangre. Pero nada de eso lo detiene; lucha con más fuerza, creando cada vez más holgura en las ataduras.

—Ve —le digo—. Busca a Messer y sal de aquí. Yo os alcanzaré cuando pueda.

Ella duda, pero me entrega un extremo de la cuerda, lanza una última mirada a su hermano antes de bajar del estrado y adentrarse en el caos. No me molesto en mantener la tensión de la cuerda para contener a Acker. Lo mejor que puedo hacer por mis amigos es alejar a Acker todo lo posible, y no tengo duda de que a quien va a buscar primero es a mí.

Como un monstruo liberado de su jaula, Acker se pone de pie con una quietud maligna. La sangre cae al suelo, me salpica la falda y los pies desnudos. Aunque sé que no puede hacerme daño, estoy aterrorizada.

Me doy la vuelta y corro. Me siento aliviada y asustada a la vez por el sonido de sus zapatos golpeando el suelo detrás de mí. Escapo por la entrada lateral que usan las criadas para ir y venir de la cocina. El pasillo es estrecho cuando doblo la esquina, y bajo los escalones de dos en dos. Él es más rápido que yo, y sus pisadas resuenan demasiado cerca para mi gusto. Demasiado cerca, demasiado pronto.

Acabo de entrar a la cocina cuando me tiran al suelo. Grito. No puedo evitarlo. Lucho con todas mis fuerzas, dando un codazo hacia atrás y contorsionándome para librarme de su agarre. No funciona. Me agarra del cabello y me lanza contra la pared, me atrapa por la garganta antes de que pueda estabilizarme. Su mano se resbala por mi mandíbula, pero no hace que suelte el agarre castigador de los dedos.

Por el rabillo del ojo veo aparecer a una pantera en la cima de la escalera. Messer lanza un gruñido mientras se lanza hacia delante. Levanto la mano a un lado, indicándole que no ataque, y él se detiene justo antes del último escalón; las patas le resbalan en el suelo ensangrentado.

Acker no puede hacerme daño.

Pero por más veces que me lo repita, el corazón me late desbocado. Por primera vez desde que descubrió mis intenciones, las verdaderas emociones de Acker afloran. Una mezcla de desamor, decepción e incredulidad le ensombrece los rasgos, su mundo hecho pedazos al mirarme a los ojos.

Messer merodea por la escalera, hundiendo las garras en cada lado de la pared mientras gira, esperando.

—Acker —murmuro, desesperada porque vea mi dolor.

Entonces me besa.

Le abro la puerta al instante, hambrienta de conectar con él. El vínculo entre nosotros está asfixiado por las piedras mangi alrededor de su cuello, y crea un vacío donde debería estar el lazo. Su beso no es más que una dolorosa despedida, pero tomo lo que está dispuesto a ofrecerme. Me rindo, dejándolo hacer mientras me devora entera en un solo beso.

De pronto acaba, y cuando abro los ojos para mirarlo, el odio ha vuelto a su expresión, y lo acompaña la venganza. Me da una bofetada y me quedo atónita.

Me cubro la mejilla con la mano, mientras lo miro incorporándome, y él se sostiene la cabeza con las manos, con el rostro desfigurado por el dolor. Gruñe entre dientes mientras la sangre comienza a caerle de la nariz.

El juramento le está devolviendo el favor.

—¡Vete! —ordena entre dientes.

Hallis aparece al otro extremo del pasillo, pero no se acerca más.

Paso junto a Acker, el impacto de su golpe todavía me arde en la piel.

Mantengo la mirada en él, y Messer hace lo mismo mientras se desliza con gracia felina, levantando el labio superior y mostrando los colmillos al pasar.

—¡Vete! —grita Acker—. Antes de que nos mate a los dos.

Siento como si el pecho se me hundiera mientras el corazón termina de partírseme en dos. Me voy y no miro atrás.

No te pierdas la siguiente entrega de la serie *Fuego y Metal*:
LIGHT WIELDER

Fuego y metal 1. Metal Slinger
Rachel Schneider

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *Metal Slinger*

© del texto: Rachel Schneider, 2024
Publicado por acuerdo con BookEnds Literary Agency a través de International Editors & Yáñez Co' S.L.
© de la traducción: Cristina Carro, 2026

© de la cubierta: Vero Navarro, @veronavarro.ig

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibrosjuvenil.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2026

ISBN: 978-84-08-31483-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta



Table of Contents

Portadilla
Dedicatoria
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30

Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Créditos